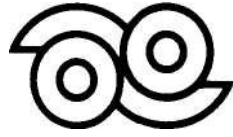


**Narcisismo de vida,
narcisismo de muerte**

André Green

Amorrortu editores

Narcisismo de vida,
narcisismo de muerte



Obras de André Green en esta biblioteca

«Pulsión de muerte, narcisismo negativo, función desobjetalizante», en *La pulsión de muerte*

De locuras privadas

«Desconocimiento del inconciente (ciencia y psicoanálisis)», en *El inconciente v la ciencia*

La nueva clínica psicoanalítica y la teoría de Freud. Aspectos fundamentales de la locura privada

El lenguaje en el psicoanálisis

El trabajo de lo negativo

Las cadenas de Eros. Actualidad de lo sexual

Narcisismo de vida, narcisismo de muerte

André Green

Amorrortu editores

Biblioteca de psicología y psicoanálisis

Directores: Jorge Colapinto y David Maldavsky

Narcisisme de vie, narcissisme de mort, André Green

© Editions de Minuit, 1983

Primera edición en castellano, 1986; primera reimpresión, 1990;

segunda reimpresión, 1993; tercera reimpresión, 1999

Traducción. José Luis Etcheverry

Única edición en castellano autorizada por *Editions de Minuit*, París, Francia, y debidamente protegida en todos los países. Queda hecho el depósito que previene la ley n° 11.723. © Todos los derechos de la edición castellana reservados por Amorrortu editores SA. Paraguay 1225. 7ª piso, Buenos Aires.

La reproducción total o parcial de este libro en forma idéntica o modificada por cualquier medio mecánico o electrónico, incluyendo fotocopia, grabación o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, no autorizada por los editores, viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Industria Argentina. Made in Argentina.

ISBN 950-518-478-6

ISBN 2-7073-0635-5, París, edición original

Impreso en los Talleres Gráficos Color Efe, Paso 192, Avellaneda, provincia de Buenos Aires, en marzo de 1999.

índice general

11	Prólogo. El narcisismo y el psicoanálisis: ayer y hoy
29	Primera parte. Teoría del narcisismo
31	1. Uno, otro, neutro: valores narcisistas de lo mismo
78	2. El narcisismo primario: estructura o estado
127	3. La angustia y el narcisismo
165	Segunda parte. Formas narcisistas
167	4. El narcisismo moral
196	5. El género neutro
209	6. La madre muerta
239	Epílogo. El yo, mortal-inmortal

Índice de esta digitalización

Índice de esta digitalización.....	8
Prólogo. El narcisismo y el psicoanálisis: ayer y hoy.....	10
Primera parte. Teoría del narcisismo.....	25
1.Uno. otro, neutro: valores narcisistas de lo mismo (1976).....	25
2.El narcisismo primario: estructura o estado (1966-1967).....	63
3.La angustia y el narcisismo (1979).....	102
Segunda parte. Formas narcisistas.....	133
4.4. El narcisismo moral (1969).....	133
5.El género neutro (1973).....	156
6.La madre muerta (1980).....	167
A Catherine Parat.....	167
Epílogo. El yo. mortal-inmortal (1982).....	192
Referencias.....	212

Alcánzame esa copa, quiero leer en ella.
Shakespeare, *Ricardo II* (IV, 1, 276).

*Así, en una persona, a muchas
represento, Y ninguna satisfecha. . .*
(V. 5, 31).

*. . . Lo que soy, no cuenta Porque a
mí, ni a hombre que hombre sea Nada
conforma, hasta que no lo alivia Ser
nada. . .* (V, 5, 38).

*¡Elévate, alma mía! Tu sitio está en lo
alto Mientras mi tosca carne se hunde,
para morir aquí.* (V, 5, III).

*Ahora bien, como el yo vive atareado
pensando en una multitud de cosas, y
como no es mas que el pensamiento de
esas cosas, cuando, por casualidad, en
lugar de tener delante esas cosas, de
repente da en pensar en sí mismo, sólo
encuentra un aparato vacío, algo que él
no conoce y, para conferirle alguna
realidad, le agrega el recuerdo de una
figura que percibió en el espejo. Esa
cómica sonrisa, esos bigotes desparejos,
he ahí lo que desaparecerá de la
superficie de la Tierra. (. . .) Y mi yo me
parece todavía más nulo cuando así lo
veo ya como algo que no existe. Proust, *A
la recherche du temps perdu (La fugitive)*,
Ed. de la Pléiade, 3, pág. 456.*

Prólogo. El narcisismo y el psicoanálisis: ayer y hoy

En las horas del jardín

Analizar es ensayar una diferenciación en la masa compacta y a menudo confusa de los hechos -confusa en mayor medida si se renunció a percibirlos desde la unidad aparente del discurso-, siguiendo ejes que se consideran apropiados para descubrir una composición distinta del objeto, una composición que no es manifiesta; así se revelará su verdadera índole. Es más difícil alcanzar esta meta ideal cuando nos alejamos del objeto del mundo físico para acercarnos al objeto psíquico. En efecto, si los objetos del mundo de la naturaleza sólo oponen al examen una respuesta pasiva, los objetos humanos le agregan una resistencia activa que estorba su desocultamiento, si es legítimo calificar así el resultado de la investigación.

Cuando el análisis recae sobre el yo, una de las principales razones de esta oposición tenaz es el narcisismo. El cemento que mantiene constituida la unidad del yo ha reunido sus componentes imprimiéndole una identidad formal que para su sentimiento de existencia es tan preciosa cuanto lo es el sentido por el que se aprehende como ser. Por eso mismo el narcisismo opone una de las más feroces resistencias al análisis. ¿Acaso la defensa de lo Uno no supone, en virtud de ella misma, el rechazo de lo inconciente, que implica la existencia de una parte del psiquismo que actúa por su propia cuenta en desafío al imperio del yo? Para aprehender esto, sin embargo, hacía falta primero que el trámite analítico consiguiera individualizar su existencia y su función. Porque tenemos ahí un nuevo obstáculo para el análisis de los objetos humanos: los ejes y los constituyentes que los componen no se entregan de manera inmediata al espíritu por la observación o la deducción. Por eso se pudo negar que la teoría psicoanalítica derivaba de la experiencia, hasta tal punto parecía que la retícula interpretativa debía ser previa a toda comprensión, por parcial que fuera, de los sucesos psíquicos y, más todavía, de la estructura del sujeto.

El narcisismo fue en cierto modo un paréntesis en el pensamiento de Freud. La sexualidad es la constante indestronable de la teoría íntegra del inventor del psicoanálisis, pero su poder es de continuo cuestionado por una fuerza adversa que, por su parte, experimentó cambios con el paso de los años. Antes del narcisismo fueron las pulsiones de autoconservación; después, las pulsiones de muerte. En el interregno que se extiende de la primera a la última teoría

11

de las pulsiones, el narcisismo resulta de la libidinización de las pulsiones yoicas, que hasta ese momento se consideraban empeñadas en la autoconservación. Sin duda que fue un salto decisivo para Freud llevar la sexualidad al interior del yo, cuando, en un primer abordaje, este parecía escapar a su imperio. Con el descubrimiento del narcisismo, creyó haber descubierto la causa de la inaccesibilidad al psicoanálisis que ciertos pacientes mostraban. Como en ellos la libido se había retirado de los objetos y se había replegado sobre el yo, era imposible una transferencia, en todos los sentidos de ese término, y por lo tanto una elaboración de la psicosexualidad. que había encontrado refugio en un santuario inviolable. En esa época, Freud entendía que la perturbación fundamental de la psicosis provenía de ese retiro de la libido, que hallaba más

satisfacción donde había encontrado asilo que en la aventura de la libido de objeto, fuente de satisfacciones diferentes pero también de innumerables decepciones, riesgos, incertidumbres.

Era preciso, entonces, descubrir el narcisismo como subconjunto de la psique antes que se pudiera dar razón de su puesto en la tónica, la dinámica y la economía de la libido. Esta dimensión de la vida psíquica no se impuso enseguida en el psicoanálisis. Hicieron falta unos veinte años de reflexión y de experiencia para que Freud se decidiera a enunciar la hipótesis de su existencia en el escrito canónico sobre el tema, "Introducción del narcisismo" (1914). A los analistas, esta adquisición teórica les pareció pertinente y esclarecedora; cuál no sería entonces su asombro cuando, no habiendo transcurrido aún siete años, *Más allá del principio de placer* (1921) salía a escena para afirmar que esa pertinencia era ilusoria porque conducía a una concepción monista de la libido.

En suma, el narcisismo era un engañoso señuelo, tanto más eficaz porque imprimía en la teoría la seducción de que él mismo era expresión: la ilusión unitaria, que esta vez afectaba a la libido. Freud decidió entonces poner fin a esta peripeia de su pensamiento y propuso la última teoría de las pulsiones, en que se oponían pulsiones de vida y pulsiones de muerte. La hipótesis de las pulsiones de muerte estaba destinada a suscitar controversias. La sexualidad, por su parte, cambiaba su ubicación. Ya no eran las pulsiones sexuales, sino las pulsiones de vida las que se oponían a las pulsiones de muerte. Lo que sólo parece un matiz trae serias consecuencias. Es que frente al espectro de la muerte, el único adversario que se puede medir con él es Eros, figura metafórica de las pulsiones de vida. ¿Qué se reagrupa en esta nueva denominación? La suma de las pulsiones descritas precedentemente, que ahora se reúnen en un solo rótulo: las pulsiones de autoconservación, las pulsiones sexuales, la libido de objeto y el narcisismo. En suma, todos los constituyentes de las anteriores teorías de la pulsión sólo son subconjuntos reunidos por una idéntica función: la defensa y el cumplimiento de la vida por Eros, contra los efectos devastadores de las pulsiones de muerte.

12

Advertimos hasta qué punto el amor, que parece incuestionado, lo más "natural" que existe, sin embargo es contrariado desde todos los ángulos. No sólo tiene que enfrentar a un temible adversario que en definitiva siempre prevalece, sino padecer las querellas que dividen su propio campo porque cada uno de los subconjuntos está en conflicto con los demás en el propio seno de las pulsiones de vida. Así, aun dentro de la vida, ciertas fuerzas —incluido el principio de placer— colaboran con las pulsiones de muerte sin saberlo. Hacía falta audacia para proponer a los psicoanalistas, dominados todavía por el apetito de conquista, el reconocimiento de ese implacable ejército de las sombras, las potencias de muerte, que socava sus tentativas terapéuticas.

Lo que al comienzo no era más que una especulación, que los psicoanalistas no estaban obligados a admitir, con el paso de los años se convertiría, por verificación de la clínica -y también de los fenómenos sociales-, en una certidumbre, al menos para Freud, puesto que no se puede afirmar que encontrara en este punto aceptación unánime.¹ Parece, no obstante, que la comunidad analítica se empeñó más en discutir las innovaciones teóricas de Freud que en

¹ En 1971, en el Congreso de la Asociación Psicoanalítica Internacional que celebró el regreso de Freud a Viena en la persona de su hija Anna, se propuso como tema de reflexión de los debates científicos la agresividad. A cincuenta años de la publicación de *Más allá del principio de placer*, se pudo comprobar que casi la totalidad de los analistas seguía contemplando con escepticismo la existencia de las pulsiones de muerte. La excepción eran los kleinianos, pero las entendían con un significado muy diferente.

manifestar su adhesión a la teoría destronada por ellas, en que el narcisismo ocupaba el lugar central.

Podemos citar otra razón para el olvido del narcisismo, tanto por parte de Freud como de sus discípulos: la creación de la segunda tópica, que traía consigo una reevaluación del yo. Esta innovación fue mucho mejor recibida que la pulsión de muerte. Parecía que Freud quisiera minar la moral de sus tropas, puesto que el enemigo que arruinaba sus esperanzas terapéuticas demostraba ser prácticamente invencible. En ese momento se habría podido esperar que a favor de la nueva concepción del yo se retomaran problemas planteados por el narcisismo, contemplados desde el ángulo de la segunda tópica y de la última teoría de las pulsiones en un empeño de integración de los logros del pasado y los descubrimientos del presente. Nada de eso sucedió. Freud, que sin duda se reprochaba haber hecho excesivas concesiones al pensamiento de Jung, ¿habrá querido deliberadamente romper con sus anteriores concepciones? No es imposible. Lo cierto es que el narcisismo perdería más y más terreno en sus escritos en favor de las pulsiones de destrucción. Testimonio de esto, la revisión de sus perspectivas nosográficas, que restringieron el campo de las neurosis narcisistas a la melancolía exclusivamente o,

13

si se quiere, a la psicosis maníaco-depresiva, mientras que la esquizofrenia y la paranoia pasaban a depender de una etiopatogenia distinta. En cuanto a la melancolía, si bien se la mantenía en la jurisdicción del narcisismo, se la presentaba como expresión de un cultivo puro de la pulsión de muerte. Queda entonces por descubrir una articulación, necesaria, entre el narcisismo y la pulsión de muerte; Freud no se ocupó de ello, y ha dejado a nuestro cargo ese descubrimiento. La mayoría de los trabajos que aquí reunimos intentan, de manera implícita o explícita, pensar las relaciones entre narcisismo y pulsión de muerte: lo que he propuesto llamar narcisismo negativo.

Después de Freud, el narcisismo conocería un doble destino. En Europa, la obra de Melanie Klein, enteramente centrada en la última teoría de las pulsiones de Freud (acaso ella es el único autor que tomó realmente en serio la hipótesis de las pulsiones de destrucción, aunque le dio un contenido muy diferente), ignora el narcisismo. Entre sus seguidores, sólo H. Rosenfeld trató de integrarlo en las concepciones kleinianas; en efecto, ni H. Segal, ni Meltzer ni Bion le dan cabida en sus elaboraciones teóricas. Y no le otorga más atención la obra de Winnicott, que tan profundamente difiere de las teorías de Melanie Klein, no obstante que deriva de ellas.

En cambio, del otro lado del Atlántico el narcisismo renacería de sus cenizas, primero bajo la pluma de Hartmann, aunque de manera relativamente incidental. Pero sería Kohut quien habría de volver a ponerlo en vigencia en el psicoanálisis. Su obra *The Analysis of the Self*² alcanzó gran popularidad. Pronto Kohut haría escuela, no sin despertar resistencias. En primer lugar, en los que pretendían ser "freudianos clásicos" -de hecho eran hartmannianos-, sin que verdaderamente se averiguara en qué se fundaba su oposición, puesto que la lectura de Kohut permite inscribirlo en la filiación de Freud y de Hartmann o, más exactamente, en la filiación de Freud interpretado por Hartmann. Sin duda, queda sujeta a debate la manera de comprender el material comunicado por los analizandos, y de darle

² Traducido al francés en Presses Universitaires de France, con el título *Le Soi*. [Heinz Kohut, *Análisis del self. El tratamiento psicoanalítico de los trastornos narcisistas de la personalidad*, Amorrortu editores.)

respuesta, cuando cabe. Pero la oposición vendría también de otro lado: de Kernberg, en particular, quien defendía una concepción de las relaciones de objeto que es un poco tributaria de Melanie Klein (a pesar de que pone en entredicho sus teorías), pero todavía más de Edith Jacobson, cuya obra no es suficientemente apreciada. Por otra parte, tanto Kohut como Kernberg fueron muy discutidos por la escuela inglesa, cuyos postulados fundamentales son muy diferentes.

En esta situación, Kohut pasó por el teórico que había conseguido la resurrección del narcisismo. Equivocadamente. En efecto, si

14

la comunidad psicoanalítica no profesara una ignorancia, teñida a veces de desprecio, hacia los trabajos psicoanalíticos franceses, habría reconocido que, en Francia, Grunberger se había anticipado a Kohut en este camino. Y si no hubiera pesado sobre Lacan durante tanto tiempo un ostracismo que sólo hace poco tiempo se ha levantado, se habría advertido que el narcisismo es una pieza maestra de su aparato teórico. El movimiento psicoanalítico francés de posguerra siempre acordó al narcisismo la mayor atención, aunque, en este campo como en los demás, se hayan expuesto concepciones más o menos divergentes. Así, si me es lícito hablar de mis propias contribuciones, el lector informado advertirá con facilidad que las opiniones que sostengo son diferentes de los puntos de vista tanto de Lacan como de Grunberger.

No cabe lamentar esta falta de acuerdo sobre un problema, aunque sea tan decisivo; al contrario, tenemos que saludar el hecho de que elaboraciones teóricas inspiradas en interpretaciones diferentes reaviven la controversia, puesto que la luz sólo puede nacer del cotejo de las ideas.

Los debates a que hoy mueve el narcisismo giran, en el fondo, en torno de un problema que me parece mal planteado. Todo se reduce a averiguar si se puede atribuir al narcisismo autonomía, o si se trata, en las cuestiones que plantea, del destino singular de un conjunto de pulsiones, que es preciso considerar en relación estrecha con las demás. Por mi parte, no veo la necesidad de elegir entre una u otra estrategia teórica; las enseñanzas de la clínica nos autorizan a creer que existen, en efecto, estructuras y transferencias narcisistas, es decir, en las que el narcisismo se sitúa en el corazón del conflicto. Pero ni unas ni otras se pueden pensar ni interpretar aisladas, desdeñando las relaciones de objeto y la problemática general de los nexos del yo con la libido erótica y destructiva. Todo depende de una ponderación, que el analista se ve precisado a hacer por sí solo, sin que en la situación analítica se pueda apoyar en consejo alguno; se ve reducido a su propio criterio, no importa cuán esclarecido. Y las más de las veces se tratará de una ponderación intuitiva, para no decir imaginativa.

La prevalencia del narcisismo en ciertos cuadros clínicos abona la suposición de que en el seno del aparato psíquico existe una instancia cuya fortaleza es bastante para reunir en torno de sí investiduras de índole idéntica, todas las cuales poseen características diferenciadas en medida suficiente para justificar que se las distinga. No se sigue de esto, con necesidad, que la formación de las estructuras narcisistas obedezca a un desarrollo enteramente separado, movido por fuerzas intrínsecas, e independiente de las pulsiones orientadas hacia el objeto. Parece que un afán de claridad nos impusiera decidir sobre lo primario y lo derivado en las relaciones entre libido yoica y libido de objeto, en particular a la luz de la última

15

teoría de las pulsiones. Acaso esta preocupación causal es la responsable de cierta confusión en el debate. En efecto, salvo si uno está obsesionado por cierta

concepción del desarrollo, a saber, una supuesta reconstrucción de los componentes del esquema evolutivo del aparato psíquico, que indicaría los puntos en que se apoya, es mucho más fecundo determinar la organización de las configuraciones clínicas y discernir el tipo de coherencia a que obedecen, a fin de deducir de ahí los ejes organizadores del psiquismo. En cuanto al empeño de decidir, en nombre de una científicidad que se niega a admitir el carácter en alto grado conjetural de toda construcción o reconstrucción del psiquismo infantil, si las manifestaciones observadas son de origen primitivo o secundario, he ahí, las más de las veces, un combate nunca resuelto, sobre todo en lo que atañe al narcisismo, porque, en efecto, sobre este no se puede obtener testimonio alguno de una pretendida validación por la observación, puesto que los fenómenos que a él se refieren se sitúan en el mundo más interior del sujeto. En la situación en que nos encontramos, el valor heurístico de las teorías contradictorias se aprecia en el campo de los hechos clínicos que son capaces de abarcar y de los que pretenden dar razón. Si las formas clínicas que se querrían atribuir a funciones arcaicas son a menudo confusas y no siempre permiten percibir con claridad los distinguos que se postulan en la metapsicología, es poco probable que el conjunto de los fenómenos reconducibles al narcisismo sean productos de transformación de pulsiones ajenas a él. Es legítimo pensar que aun donde el cuadro es poco claro, existen los esbozos de lo que después se podrá expandir con la floración plena de los caracteres que todo el mundo llama narcisistas.

Aun si se reconoce al narcisismo su existencia como concepto de pleno derecho, es empero imposible no plantear el problema de sus relaciones con la homosexualidad (conciente o inconciente) y con el odio (hacia el prójimo o hacia sí mismo). Ahora bien, está claro que en el acto de citar a estos vecinos, que son los más cercanos, nos vemos obligados a tomar en cuenta a todos los demás conceptos teóricos del psicoanálisis, se refieran a las pulsiones objetales, al yo, al superyó, al ideal del yo, a la realidad o al objeto.

De igual modo, si existe un lazo muy estrecho entre el narcisismo y la depresión, como bien lo había advertido Freud, me parece no menos innegable que los problemas del narcisismo ocupan un primer plano en las neurosis de carácter —lo que no era difícil prever, y no sólo para los casos en que existe una esquizoidia acusada-, en la patología psicósomática y, *last but not least*, en los casos fronterizos. Un distinguo demasiado tajante entre estructuras narcisistas y casos fronterizos sólo lleva a erigir compartimientos artificiales, separación que la complejidad de los problemas clínicos se encarga pronto de desmentir. Y ello, para no hablar de la inevitable componente narcisista que está en todos los casos presente en las neurosis de transferencia. De hecho, tan pronto como la organización conflictiva interesa

16

a estratos regresivos situados más allá de las fijaciones clásicas que se observan en las neurosis de transferencia, la contribución del narcisismo resulta más importante, aun en los conflictos en que no ocupa una posición dominante.

Un problema que se trata con frecuencia en la bibliografía son las relaciones entre estructura narcisista y casos fronterizos, que parecen dividirse el interés de los autores del psicoanálisis contemporáneo. No deja de ser interesante observar que Kohut, defensor de la autonomía del narcisismo, pone cuidado en distinguir entre casos fronterizos y estructuras narcisistas y dedica los últimos años de su vida al estudio exclusivo de las segundas. En cambio, Kernberg, quien se opone a esa declaración de autonomía, aunque admite la legitimidad de un distinguo clínico, escribe a la vez sobre unas y otras. Los partidarios de la entidad

"Narcisismo" parecen inclinados a rendirle el culto que se tributa a una divinidad desdeñada del panteón psicoanalítico.

Por mi parte, adopto en la clínica la misma posición que defendí para la teoría. Me parece poco discutible que ciertas estructuras reúnen las condiciones para ser individualizadas con el nombre de narcisismo, pero en mi opinión sería erróneo exagerar las diferencias entre estructuras narcisistas y casos fronterizos. Si, como creo, es preciso pensar la frontera, el límite como un concepto, y no sólo de manera empírica situando a los *borderlines* (fronterizos) en las fronteras de la psicosis, ¿cómo no tomar en cuenta el narcisismo?³

Sé que estas consideraciones nosográficas no siempre encontrarán buena acogida. Si persisto en referirme a ellas no es sólo por razones de estenografía clínica, si se me permite la expresión, sino porque, a mi juicio, entre metapsicología y nosografía las relaciones son más estrechas de lo que se suele creer. En efecto, así como la nosografía no tiene otro objetivo que poner de manifiesto la coherencia de ciertas constelaciones psíquicas que se han estructurado siguiendo una particular cristalización, en lo cual no le interesa la frecuencia observada, pero la mueve la preocupación legítima de aprehender la inteligibilidad estructural de modelos organizadores, de igual manera la metapsicología, en el sentido lato, tiene por objetivo definir principios de funcionamiento, ejes rectores, subconjuntos funcionalmente distintos que actúan en sinergia o en oposición unos con otros.

A la nosografía se le ha reprochado que presenta el inconveniente de fijar las estructuras y no conceder espacio suficiente al dinamismo psíquico en que el analista funda sus esperanzas de modificación referidas al funcionamiento mental del analizando. Acaso ese reproche

17

está justificado para la nosografía psiquiátrica, pero no es algo de lo que se pueda acusar a la nosografía psicoanalítica. Es que si esta, en efecto, dibuja una coherencia en la organización psicopatológica y distingue entre diversas modalidades, en no menor medida le preocupa comprender cómo esas diversas modalidades se articulan entre sí y, además, cómo puede el propio analizando, con la ayuda del análisis de transferencia, pasar de una a otra en un sentido progresivo o regresivo. Desconfiados hacia la nosografía, los analistas prefieren atender a la singularidad de sus analizandos, actitud esta indispensable en quien emprende el análisis de una persona. Sería despersonalizar al analizando concebir sus conflictos inconcientes en función de categorías y de clases. La protesta está bien inspirada; es legítima. Sin embargo, en el afán de analizar la especificidad del complejo de Edipo en un determinado analizando, ¿se negará por ello que es preciso hablar *del* complejo de Edipo como estructura supraindividual? Pero acaso la objeción es más explicable cuando se trata del narcisismo. Se ha observado que el narcisismo tiene mala prensa. Es raro que "narcisista" sea un calificativo laudatorio. Los narcisistas nos irritan quizá más todavía que los perversos. Puede ser porque podemos soñarnos objeto de deseo de un perverso, mientras que el narcisista no tiene más objeto de deseo que él mismo. Narciso niega a Eco, como los analizandos que-no-hacen-transferencia nos ignoran soberanamente.

Aquí es preciso recordar los datos: los narcisistas son sujetos lastimados; de hecho, carenciados desde el punto de vista del narcisismo. A menudo la decepción

³ Remitimos al lector a nuestros trabajos sobre los casos fronterizos, que reuniremos en otra recopilación.

cuyas heridas aún llevan en carne viva no se limitó a uno solo de sus padres, sino que incluyó a los dos. ¿Qué objeto les queda para amar, si no ellos mismos? Es verdad que la herida narcisista infligida a la omnipotencia infantil, directa o proyectada sobre los padres, nos es deparada a todos. Pero está claro que algunos no se recuperan nunca, ni siquiera después del análisis. Siguen siendo vulnerables; en todo caso, el análisis les permite valerse mejor de sus mecanismos de defensa para evitar las heridas, puesto que no han podido adquirir ese cuero duro que en los demás parece hacer las veces de piel. No hay sujeto que sufra más que el narcisista cuando lo catalogan en una rúbrica general, a él, cuya pretensión es ser no solamente uno, sino único, sin antepasado ni sucesor.

Fácil sería enderezar a los conceptos psicoanalíticos el mismo reproche que se hace a la nosografía, y negar que existan estructuras narcisistas y aun un narcisismo como entidad autónoma. Pero en ese caso será preciso proceder de igual modo con el masoquismo y tantos otros conceptos. Siempre es posible demostrar que la más intensa expresión de erotismo incluye intenciones agresivas camufladas, y lo mismo a la inversa. ¿Qué quedará entonces de la exigencia analítica de separar, distinguir, deshacer la complejidad confusa a fin de rehacerla sobre la base de sus componentes no manifiestos?

La metapsicología carece de aplicaciones clínicas y técnicas inmediatas.

18

Todos conocemos a excelentes analistas que la ignoran, de manera más o menos deliberada; lo que no impide que su práctica analítica se funde en una metapsicología inconciente que guía a su espíritu en su actividad asociativa, cuando parece que ellos "flotaran" con mayor o menor atención. La metapsicología sólo sirve para pensar. Y siempre con posterioridad, no en el sillón del analista, sino en aquel donde se sienta ante la hoja en blanco que estimula o inhibe su intelecto.

Antes señalé que lo pensable por medio del narcisismo sólo podía serlo si antes se aislaba por completo el concepto y se lo estudiaba por sí. Si para aprehender su índole de la manera más específica posible conviene en efecto que en ciertos momentos de la reflexión nos encerremos con él, es decir en lo más profundo de nosotros mismos, puesto que es el corazón de nuestro yo, este movimiento centrípeta que no quiere conocer otra cosa que a sí mismo sólo revela su sentido si se opone el objeto al yo. Las relaciones entre ambos son complejas porque el concepto de relación de objeto incluye para ciertos autores las relaciones del yo consigo mismo, narcisistas. La teoría más clásica admitía la existencia de investiduras narcisistas de objeto, aun antes que Kohut propusiera la hipótesis de los *Self-objects* (sí mismo-objetos), que son sólo emanaciones del narcisismo.

Como quiera que fuere, hay un punto en que están de acuerdo los sostenedores de teorizaciones opuestas: la consumación del desarrollo del yo y de la libido se manifiesta, en particular, en la capacidad del yo para reconocer el objeto como es en sí y no como mera proyección del yo. ¿Se tratará, como en el caso de la relación genital, de un sesgo normativo que habría que atribuir a la ideología del psicoanálisis? ¿Será un objetivo asequible a las capacidades del aparato psíquico y estará al alcance de la cura psicoanalítica? Opino que en estas cuestiones un dogmatismo excesivo, tanto en un sentido como en el otro, rápidamente linda con la incoherencia. No es coherente, en efecto, afirmar la alienación total, definitiva e incurable del deseo en su narcisismo, tesis no menos ideológica que sostener que el objeto se revelará un día en su verdadera luz. De todas maneras es insoslayable poner en perspectiva el yo (narcisista) y el objeto; por esa vía se revelan todas las

variaciones del espectro que va del engeguimiento subjetivo al encuentro verídico.

Me he preguntado si una nueva metapsicología, una suerte de tercera tópica, no se había instalado sin que nadie lo advirtiera, subrepticamente, en el pensamiento psicoanalítico cuyos polos teóricos eran el sí-mismo y el objeto. Y ello por presión de la experiencia, que instiló en los psicoanalistas el afán de una construcción teórica más profundamente enraizada en la clínica. Dicho de otro modo, no tendríamos la práctica por un lado y por otro la teoría,

19

sino una teoría que sólo sería -lo que en Freud no sucede- teoría *de* la clínica.

Así la transferencia deja de ser uno de los conceptos del psicoanálisis que se pudiera pensar como los demás, porque es la condición desde la cual los demás se pueden pensar. De igual modo, la contra-transferencia ya no se limita a la pesquisa de los conflictos no resueltos -o no analizados- del analista, que pudieran falsear su escucha; se convierte en el correlato de la transferencia, es su ladero, a veces la induce y, para algunos, la precede.

Si algo nuevo sobrevino en el psicoanálisis estas pasadas décadas, hay que buscarlo del lado de un pensamiento de la unión de dos. Parece que ello nos habría permitido librar a la teoría freudiana de un relente de solipsismo. Porque, es preciso declararlo, la relectura de Freud da demasiado a menudo la impresión de que cuanto él describe se revelaría con independencia de su propia mirada o, en los casos clínicos que expone, de su propia acción. El niño imaginario, de cuya vida psíquica Freud esboza el curso -se trate de la sexualidad o del yo-, parece describir su trayectoria según un desarrollo previsto de antemano, en que las detenciones, los bloqueos, los desvíos, en definitiva, deben poco a sus relaciones con sus objetos parentales. En resumen: que Freud descuidó a la vez el papel de su propio narcisismo y el del objeto.

Pero con formular las cosas de esa manera no necesariamente se las vuelve más claras. La reverencia por la clínica no declara de qué clínica se trata. Si la metapsicología silenciosa de las relaciones sí mismo-objeto se impuso poco a poco, es sin duda porque es más apta para dar razón de los aspectos clínicos del análisis contemporáneo, que los modelos clásicos de la teoría freudiana esclarecen sólo muy imperfectamente. Dicho de otro modo: la psicología de Freud está demasiado limitada por su referente, la neurosis (y sobre todo la neurosis de transferencia). Pareciera entonces que la problemática sí mismo-objeto fuera más apta para esclarecer no sólo los casos fronterizos, sino las propias estructuras narcisistas; para no decir que sobre todo estas, porque lo que corresponde oponer al narcisismo es sin duda la irreductibilidad del objeto.

Pero sería por lo menos enojoso instituir un corte en el psicoanálisis, entre el antiguo y el nuevo, sin tratar de aprehender la continuidad conceptual que se esconde tras el cambio aparente. Sí es fácil recordar que no hay nada nuevo bajo el sol, más exacto sería decir que todo cambio tiene sólo media novedad de la que pretenden quienes lo proclaman.

La teoría que se apoya en la experiencia del análisis de la neurosis de transferencia sitúa el objeto en mitad de su reflexión como objeto fantasmático o también como objeto de deseo. Por su parte, la teoría nacida del análisis de los casos fronterizos se sigue apuntalando en el objeto fantasmático, pero no puede abstraer de sus relaciones con el objeto real. A menudo se comprueba, en efecto, que la participación

de los objetos de la realidad desempeñó su papel en la psicopatología del sujeto; o si uno quiere ser más prudente en asuntos de etiopatogenia, se limitará a decir que la estructura psíquica del sujeto es testimonio de unas relaciones singulares entre objeto real y objeto fantasmático. En efecto, todo ocurre como si el objeto fantasmático, aunque se lo reconozca en su calidad de objeto de la realidad psíquica, coexistiera con el objeto real sin que este poseyera el poder de afirmar su supremacía sobre el otro. Como si una inscripción doble de los sucesos psíquicos acordara la misma realidad a los objetos fantasmáticos y a los objetos reales.⁴

Por lo que toca al narcisismo, el objeto, sea fantasmático o real, entra en relación de conflicto con el yo. La sexualización del yo tiene por consecuencia transformar el deseo hacia el objeto en deseo hacia el yo. Es lo que he llamado el deseo de lo Uno, en que se borra la huella del deseo del Otro. El deseo, entonces, ha cambiado de objeto, puesto que el yo es el que se ha convertido para sí mismo en su objeto de deseo; este movimiento es el que corresponde aclarar.

¿Qué es el deseo? Iremos más allá de las definiciones conocidas, que no hemos de recapitular aquí, y diremos que el deseo es el movimiento por el cual el sujeto es descentrado,⁵ es decir que la procura del objeto de la satisfacción, del objeto de la falta, hace vivir al sujeto la experiencia de que su centro ya no está en él, que está fuera de él en un objeto del que está separado y con el que trata de reunirse para reconstituir su centro, por el recurso de la unidad -identidad reencontrada- en el bienestar consecutivo a la experiencia de satisfacción.

En consecuencia es el deseo el que induce la conciencia de la separación espacial y de la diacronía temporal con el objeto, engendradas por la inevitable demora de la vivencia de satisfacción. Sobre esta matriz simbólica primaria, fuente del desarrollo psíquico, múltiples factores concurrirán después para oponerse al cumplimiento pleno del deseo. Citemos, entre otros, la desmezcla de las pulsiones, la bisexualidad, el principio de realidad y, por último, el narcisismo. Este conjunto de factores está gobernado por los tabúes fundamentales: fantasmas de parricidio, de incesto y de canibalismo. Más allá de este sumario de los hechos, nos interesa investigar los medios a que se recurre para salir al cruce de la imposibilidad de pleno cumplimiento del deseo.

Cuando sobreviene la "primera" vivencia de falta, una solución

la ofrece la realización alucinatoria del deseo, como ilusión reparadora de la falta del objeto. Es el modelo que se enriquecerá a raíz de las frustraciones posteriores, que ya no se limitarán a la búsqueda del pecho. Con razón se ha señalado que esta solución es asaz imperfecta, y que reclama otras más apropiadas para una satisfacción efectiva. Como tal, sin embargo, conserva el valor de un logro psíquico tanto más apreciado cuanto que el niño le atribuye la virtud de haber hecho reaparecer el objeto-pecho. No está en condiciones de considerar que la madre acudió a atenderlo alertada por sus gritos y su llanto; en cambio establece una relación de causa a efecto entre la realización alucinatoria del deseo y la vivencia de satisfacción.

⁴ Por el objeto real no entendemos que se pudiera circunscribir su "realidad", siempre incognoscible; denotamos la presencia, en el seno del sujeto, de un discurso que lo aliena, que viene de fuera y se sobrepone a su propio discurso. Más certero sería hablar del objeto de fuera, adentro; aunque es casi cierta la realidad de algunos traumas sufridos por obra del objeto externo.

⁵ Según una fórmula de Lacan.

Si las necesidades vitales están aseguradas cuando sobrevienen nuevas situaciones de falta del lado del objeto, se dispondrá de otras soluciones. La fundamental es la identificación, que suprime la representación del objeto; es el yo el que se convierte en ese objeto, confundiendo con él. Las modalidades de identificación difieren según la edad. Al comienzo la identificación primaria se llama narcisista; el yo se fusiona con un objeto que es mucho más una emanación de él mismo que un ser distinto reconocido en su alteridad. Si este modo de identificación narcisista persiste más allá de la fusión con el objeto, es decir en el período en que el yo se distingue del no-yo y admite la existencia del objeto en estado de separación, ese modo de funcionamiento expone al yo a innumerables desilusiones. La alteridad no reconocida inflige al yo incesantes desmentidas sobre lo que se supone que el objeto es, y de manera inevitable trae consigo repetidas decepciones en lo que de él se espera. Tanto es así, que nunca el yo podrá contar con el objeto para reencontrar la unidad-identidad que le asegurara recuperar su centro a raíz de una vivencia de satisfacción, siempre insatisfecha. La triangulación de las relaciones complica todavía más esta situación, porque es frecuente que los dos objetos parentales narcisistamente investidos causen desengaño al yo, cada uno por razones diferentes. Todo esto es nocivo para el yo; en efecto, fracasada la experiencia fundamental del desplazamiento en la procura de un objeto sustitutivo, que restañe las heridas del objeto originario, la secuencia íntegra de los desplazamientos sobre objetos sustitutivos, de los más personalizados a los más impersonales, no hará más que renovar el fracaso inicial.⁶ Todo contacto con el objeto exacerba el sentimiento de descentramiento,

22

sea en el orden de la separación espacial o de la diacronía temporal. La ego-sintonía sólo se podrá buscar en la investidura del yo por sus propias pulsiones: es el narcisismo positivo, efecto de la neutralización del objeto. La independencia que de este modo adquiere el yo respecto del objeto es preciosa, pero es precaria. Nunca podrá el yo remplazar totalmente al objeto. No importa la ilusión que se afane en mantener sobre esto, descubriendo que es placentero existir en la soledad: pronto se harán sentir los límites de la operación. En ese momento será preciso que las investiduras del yo se enriquezcan con otra investidura volcada sobre un objeto enteramente idealizado, con el que se fusionará del modo en que lo hacía con el objeto primario. Así se podrá alcanzar, por fin, una serenidad: reencontrarse en el seno de Dios, desvalorizando al mismo tiempo cualquier alegría simplemente humana.

Parece que se podría permanecer en esa serenidad. Pero la clínica muestra que los logros del narcisismo de vida nunca son completos. En ciertos casos, el efecto combinado de la distancia espacial insalvable y de la diacronía temporal interminable convierten a la vivencia del descentramiento en el infortunio del rencor, del odio, de la desesperación. Cuando esto sucede, ya no están expeditas la retirada sobre la unidad ni la confusión del yo con un objeto idealizado. Sobreviene entonces una búsqueda activa, pero no de la unidad, sino de la nada; es decir, de un rebajamiento de las tensiones hasta el nivel cero, que es la aproximación de la muerte psíquica.

⁶ Es esencial comprender que esos desplazamientos, inevitablemente, sólo permitirán alcanzar soluciones imperfectas, siempre más o menos insatisfactorias: es la vida, se suele decir. Es que el reencuentro de la vivencia de satisfacción inaugural es un fantasma constituido con posterioridad; y obedece a un espejismo el afán de reproducirlo. Sin embargo, a causa de esto mismo la libido está siempre en busca de investiduras nuevas que traen consigo una satisfacción pulsional más o menos sublimada.

El narcisismo ofrece, entonces, la ocasión de una mimesis del deseo por la solución que permite evitar que el descentramiento obligue a investir el objeto poseedor de las condiciones de acceso al centro. El yo adquiere cierta independencia transfiriendo el deseo del Otro sobre el deseo de lo Uno. Esta mimesis puede también invertirse, anular los constreñimientos del modelo del deseo cuando fracasa la realización unitaria del narcisismo. Se convierte en mimesis del no-deseo, deseo de no-deseo. En este caso se abandona la búsqueda del centro, por supresión de este. El centro, como objetivo de plenitud, se convierte en centro vacío, ausencia de centro. La búsqueda de la satisfacción prosigue entonces fuera de toda satisfacción, *como si esta de todas maneras ocurriera*, como si aquella búsqueda hubiera encontrado su bien en el abandono de toda búsqueda de satisfacción.

Es aquí donde la muerte cobra su figura de Ser absoluto. La vida se hace equivalente de la muerte porque es liberación de todo deseo. ¿Se deberá a que esta muerte psíquica camufla el deseo de que muera el objeto? Sería un error creerlo, puesto que al objeto ya se le dio muerte al comienzo de este proceso que es preciso atribuir al narcisismo de muerte.

La realización alucinatoria *negativa* del deseo se ha convertido en el modelo que gobierna la actividad psíquica. No el placer; lo

23

Neutro ha remplazado al placer. No debemos pensar aquí en la depresión, sino en la afánisis, el ascetismo, la anorexia de vivir. Es el verdadero sentido de *Más allá del principio de placer*. La metáfora del regreso a la materia inanimada es más fuerte de lo que se cree, porque esta petrificación del yo apunta a la anestesia y a la inercia en la muerte psíquica. Se trata solamente de una aporía, pero que permite comprender la intencionalidad y el sentido del narcisismo de muerte.

Narciso Jano hace entonces mimesis de la vida, así como de la muerte; adopta para ello la solución ilusoria de hacer de la vida o la muerte un par absolutamente cerrado. Comprendemos mejor la razón por la cual Freud se desentendió del narcisismo, en el que vio una fuente de malentendidos. Pero el reemplazo de un concepto por otro cambia la palabra, no la cosa.

Lo Neutro se yergue entonces en toda su estatura, en desafío al pensamiento. Todo se complica en el preciso momento en que nos vemos obligados a tomar conciencia de que lo Neutro es también la realidad indiferente a la agitación de las pasiones humanas. Lo Neutro es la región de esa imparcialidad del intelecto que Freud invocó cuando postuló la existencia de la pulsión de muerte. El narcisismo es un concepto, no una realidad. Esta, en efecto, aun cuando toma el nombre de clínica, es siempre de una complejidad apenas aprehensible. Hipercompleja, se dice hoy.

Una aporía insuperable de la teoría psicoanalítica es el encabalgamiento permanente, que se percibe en la lectura de los trabajos psicoanalíticos, entre nivel descriptivo y nivel conceptual. No hay un solo escrito analítico en que no se advierta el continuo deslizamiento de un plano al otro. Una descripción pura es imposible porque en mayor o menor medida siempre estará presidida por conceptos mudos, si no inconcientes. Y tampoco es imaginable una conceptualización igualmente pura, porque el lector sólo se interesa a condición de que le afloren reminiscencias de los análisis que ha hecho, o del suyo propio. El voto piadoso que movería al teórico a mantenerse en todo momento conciente del nivel en que se sitúa su reflexión, sensible al paso de la descripción al concepto o de este a aquella, a menudo escapa del poder de los autores.

Si un prurito de rigor, no exento de su cuota de prejuicios, impone al analista equipararse -ilusión tenaz- a las ciencias exactas, lo cierto es que, a mi juicio, nunca irá más lejos que la física y quedará para siempre alejado de la matemática pura, en virtud de las condiciones mismas de su práctica. Pero no por denunciar las pretensiones seudocientíficas de ciertos psicoanalistas (con harta frecuencia los de América del Norte evocan *the science of psychoanalysis*, lo que curiosamente trae a la memoria las orientaciones impuestas por Lacan a sus discípulos); no por denunciarlas, pues, hay que apresurarse a extraer la conclusión de que el psicoanálisis es

24

poesía pura. Es cierto, en el funcionamiento mental del psicoanalista hay algo que se asemeja al proceder mitopoyético. y no por azar Freud y los psicoanalistas siempre discernieron en la poesía del mito y de la literatura una de las dos fuentes del psicoanálisis, debiéndose buscar la otra del lado de la biología. Después de todo, el mito de Narciso no fue desdeñable en la invención del narcisismo: su poder evocador contribuyó a realzar las descripciones clínicas de Näcke. Acaso la biología es más poética de lo que cree, y la poesía está más ligada de lo que ella misma imagina a la "naturaleza" del hombre.

Lo cierto es que tan pronto como uno se empeña en *pensar* el psicoanálisis más allá de la biología, de la psicología o de la sociología (metacientíficamente, sin ceder a las tentaciones combinadas de la seudociencia y de la seudopoesía), hay trabajo teórico, aunque provisional, continuo choque con los propios límites en virtud de las injerencias recíprocas de nivel descriptivo y nivel conceptual.

Y es el narcisismo, en mayor medida que los demás puntos de la teoría, el que presenta el peligro de confusión entre la descripción y el concepto. La razón es que se trata, si se me permite decirlo así, de un concepto espejo, de un concepto que se refiere a la unidad del yo, a su forma bella, al deseo de lo Uno, por lo cual contradice -hasta negarlas, quizá- la existencia de lo inconciente y la escisión del yo, el estatuto dividido del sujeto. Como tal, el narcisismo sólo espera el reconocimiento de esta individualidad, de esta singularidad, de esta totalidad. Por eso es preciso poner en tensión el concepto de lo Uno, que imprime su sello en el narcisismo. Esta unidad que se da de manera inmediata en el sentimiento de existir como entidad separada es, según sabemos, el desenlace de una larga historia que del narcisismo primario absoluto lleva a la sexualización de las pulsiones del yo. Es uno de los logros de Eros haber alcanzado esa unificación de una psique fragmentada, dispersa, anárquica, dominada por el placer de órgano de las pulsiones parciales antes de concebirse, al menos en parte, como un ser entero, limitado, separado. ¡Pero cuán cara se paga esta conquista de no ser más que yo! Antes que a los psicoanalistas, nos tenemos que remitir a Borges, quien ha comprendido mejor que nadie la herida que inflige no poder ser el Otro. Lo que debemos comprender, como quiera que fuere, es que un conjunto de operaciones interviene entre la diada primitiva madre-hijo y el yo unificado: la separación de los dos términos de esa diada, en virtud de la cual el niño queda librado a la angustia de la separación, la amenaza de la desintegración y la superación de su *Hilflosigkeit* [desvalimiento] por la constitución del objeto y del yo "narcisizado". Este encuentra en el amor que a sí mismo se tiene una compensación por la pérdida del amor fusional, expresión de su relación con un objeto consustancial. En consecuencia, el narcisismo no es tanto efecto de ligazón, como de religazón. A menudo seductor, hamacado en la ilusión de autosuficiencia, el yo forma ahora pareja consigo mismo, a través de su imagen.

25

Lo Uno no es, entonces, un concepto simple. Si lo hemos de tensar, para conseguirlo no bastará poner su antagonista, el Otro o aun lo Neutro; será preciso además pensar, con lo Uno, no sólo el Doble, sino sobre todo el Infinito del caos y el Cero de la nada. Acaso lo Uno nazca del Infinito y del Cero, en la medida misma en que pudiera ser que estos sólo fueran.. . Uno. Pero será en las oscilaciones del Uno al Cero donde tendremos que aprehender la problemática intrínseca del narcisismo sin dejarnos disuadir por el hecho de que lo Uno se da inmediatamente por una apercepción fenomenológica, mientras que el Cero, en cambio, nunca es concebible cuando se trata de uno mismo, así como la muerte es irrepresentable para lo inconciente.

No en todos los casos escapa el concepto a la metáfora. Por cierto que deberemos tratarlo de ese modo cuando nos veamos obligados a hablar del Cero. Pero la curva será asíntótica, porque sólo podremos hablar de una "tendencia" de la excitación, es decir de la vida, al rebajamiento al nivel cero. Habrá llegado entonces el momento de introducir la diferencia entre abordaje descriptivo y abordaje conceptual. Será en el nivel del concepto y sólo del concepto, desprendido de la descripción, como nos referiremos a esa aspiración a la muerte *psíquica* para esclarecer manifestaciones clínicas que otros comprenderán de manera diferente. Que ese punto cero entre en contacto con la inmortalidad no hace más que rozar la complejidad del problema.

No me resulta agradable invocar aquí a los filósofos del Lejano Oriente, hoy de moda, porque poco y nada sé de ellos. Pero la escasa información a que he tenido acceso llamó mi atención sobre un hecho evidente. Sin que se pueda hacer valer una pretensión de universalidad, difícil de sostener, lo cierto es que muchos hombres sobre esta Tierra viven según los principios esenciales de una filosofía que impregna su manera de vivir y de concebir la existencia, por más que estén ellos mismos lejos de conocerla en el detalle. Freud, sin abandonar el campo del occidentalocentrismo (si bien es cierto que nos obligó a revisar algunos de sus más arraigados conceptos), quizás entrevió aquella limitación cuando se decidió a tomar en cuenta el principio del Nirvana que descubrió Barbara Low. No sería difícil demostrar que las deducciones teóricas que de él extrajo están sin duda muy alejadas de lo que enseña el Oriente metafísico, tan diferente de la filosofía occidental que se ha podido poner en duda que se trate también de filosofía. Como quiera que fuere, yo hablo en nombre del psicoanálisis, y no de la filosofía, que no es mi campo. Si la menciono de pasada es para señalar que ciertas elaboraciones que en este libro se presentan con el nombre de narcisismo negativo ya han sido objeto de una reflexión filosófica en tradiciones culturales muy alejadas de las nuestras. Esas reflexiones filosóficas obedecían a las exigencias de su marco de referencia, que no son las del psicoanálisis. Pero sin duda que nacieron de algo, de una atención

hacia ciertos aspectos de la vida psíquica que dentro del pensamiento occidental han sido ocultados en buena medida, o que, cuando se los advirtió, sólo movieron a una reflexión tímida. Es como si hubiera faltado aquí libertad de pensamiento, frenada por un temor oscuro que hacía retroceder a los que pudieron dejarse arrastrar y disuadía a los que pudieron sentirse tentados de retomar esos aspectos e insistir en ellos. Por mi parte, considero cosa cierta que la reflexión y la práctica psicoanalíticas enfrentan al analista con las tensiones entre lo Uno y el Cero, y no siempre de la manera más clara. Acaso, cuando por primera vez di a la luz mis observaciones, debí haber esperado hasta que fuera capaz de formularlas de manera más adecuada.

Presentar al público una colección de artículos que datan, los más antiguos, de hace más de quince años no puede dar al autor entera satisfacción, aun si alimenta la esperanza de que no hayan perdido todo su interés. Las advertencias de estilo, presentes en casi todas las recopilaciones de esta índole, no serán reproducidas aquí en la medida misma en que obedecen a un estereotipo. No obstante, creo que no se insiste suficientemente en una de las comprobaciones que se pueden hacer leyendo trabajos de publicación anterior, reunidos en el espacio de un libro. Es como si se asistiera a la operación de un extraño fenómeno, observable en los analistas que escriben. Me refiero al proceso teórico, tan manifiesto en Freud y, en menor grado, en los demás autores del psicoanálisis. Se trata de la elaboración, en el curso de muchos años, de una trayectoria conceptual que pareciera constituirse según la misma modalidad de lo que se ha llamado el proceso psicoanalítico en el terreno de la práctica. Con toda razón se ha señalado que no se debía separar demasiado el proceso analítico y la transferencia. Esto así, convendría entonces considerar el proceso teórico como el efecto de la transferencia que el proceso psicoanalítico hace sobre el funcionamiento psíquico del analista en el momento de la escritura. En tal caso, ¿será muy diferente este proceso teórico del trámite del autoanálisis del analista por medio de su experiencia del psicoanálisis? Si esto se puede creer, si no es posible dejar de creerlo, es preciso guardarse de extraer la conclusión de que un subjetivismo fundamental impregna la teorización, lo que llevaría a un escepticismo radical que hoy está de moda cultivar.

Es lícito poner en duda que la teoría psicoanalítica alcance alguna vez la objetividad sin pasar por un desfiladero subjetivo, pero no hay que llevarlo al extremo de echar sobre ella la sospecha de que sólo sería una defensa contra la locura, pues lo mismo se podría afirmar de cualquier pensamiento. Más bien conviene destacar lo original que es en el psicoanálisis el camino de la objetividad; en eso se debe descansar, más que extraer la apresurada conclusión de que es vana toda tentativa de alcanzarla, sin tomar conciencia de que así no se hace más que obedecer al Espíritu de la Época (*Zeitgeist*).

27

Si toda la teoría analítica nace del análisis de la transferencia, está claro que su formulación necesariamente habrá transitado por la contratransferencia, si es que esta no la codificó inconcientemente. Ahora bien, junto al análisis *de las* transferencias (de los analizandos) y *de las* contratransferencias, hay lugar en el analista para una transferencia de su "analizabilidad" sobre el psicoanálisis que, en el momento de la escritura, es considerado como algo impersonal, tanto más cuanto que su escrito se dirige a un analista impersonal, conocido o desconocido, del pasado o del futuro. Si se buscan comparaciones en el seno de la propia teoría analítica, no se podrá menos que recordar que el ello y el superyó son portadores de esa misma impersonalidad: en el punto de partida en el caso del primero, en el de llegada para el segundo. No cabe reconducir la subjetividad objetivadora a lo más personal del psicoanalista ni, cuando es el caso, a la manera en que esta "personalidad" deviene hablante para los otros. Nada de asombroso hay en esto, porque la puesta en marcha de esta subjetividad analítica hacia la objetivación es siempre la obra de la palabra de otro. Y si es sin duda el sujeto el que procura hacerse oír por otro sujeto, la subjetividad de la escucha nunca pierde de vista, aun si nunca llega a hacerle plena justicia, que es la voz de otro la que se expresa. Por cautivo que esté de la suya, el cuidado del analista es siempre no oír esa otra voz como un eco. Y si es cierto que a menudo se engaña, es falso sostener que infaliblemente sucumbirá a esa trampa. No sólo el narcisismo existe.

Agosto de 1982

28

Primera parte. Teoría del narcisismo

1. Uno. otro, neutro: valores narcisistas de lo mismo (1976)

*"Fue así como fabricó a los hombres. Tomó un terrón y se dijo: 'Quiero hacer un hombre, pero como es preciso que pueda caminar, correr, andar por los campos, le daré dos piernas largas como las de un flamenco'. Hízolo, y tornó a decirse: 'Es preciso que este hombre pueda cultivar su mijo; le daré entonces dos brazos, uno para sostener la azada y el otro para arrancar la mala hierba'. Y le dio dos brazos. Tornó a reflexionar: 'A fin de que pueda ver su mijo, le daré dos ojos'. Y dos ojos le dio. Enseguida meditó: 'Es preciso que el hombre pueda comer su mijo; le daré una boca'. Y le dio una boca. Tras lo cual, tornó a meditar: 'Es preciso que el hombre pueda bailar, hablar, cantar y gritar; para ello le hace falta una lengua'. Y le dio una. Por fin, la divinidad se dijo: 'Es preciso que este hombre pueda oír el ruido del baile y la palabra de los grandes hombres; y para ello le hacen falta dos orejas'. De este modo envió al mundo un hombre perfecto". J. G. Frazer, *Les dieux du ciel*, Rieder, pág.357.*

"Y dijo Dios: 'Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza⁷ nuestra, y mande en los peces del mar y en las aves de los cielos, y en las bestias y en todas las alimañas terrestres, y en todas las sierpes que serpean por la tierra'".

31

*"Creó, pues. Dios al ser humano a imagen
suya,
a imagen de Dios le creó, macho y hembra los
creó".*

Deslizamientos semánticos

Las dos fuentes de los conceptos psicoanalíticos son la práctica psicoanalítica, por una parte, y por la otra el horizonte epistemológico. Los conceptos psicoanalíticos, una vez adoptados, modifican la escucha del psicoanalista, lo que a su vez lleva a replantear los instrumentos teóricos del psicoanálisis. En el caso

⁷ "Semejanza" atenúa el sentido de "imagen" porque excluye la paridad. El término concreto "imagen" denota una similitud física como la que hay entre Adán y su hijo (*Génesis*, 5, 3). Además, supone una similitud general de naturaleza: inteligencia, voluntad, poderío; el hombre es una persona. Y prepara una revelación más alta: habrá participación de naturaleza, en virtud de la gracia. (La cita del epígrafe es del *Génesis*, I, 26, 7, *Biblia de Jerusalén*, Desclée de Brouwer.)

del narcisismo, quizás en mayor medida que de cualquier otro concepto. Freud lo creó bajo presiones diversas. A lo largo de su obra, una certidumbre inquebrantable sostiene sus pasos: la sexualidad. Pero esa certidumbre lleva consigo esta otra, no menos segura: un factor antisexual funda la conflictualidad que habita el aparato psíquico. Será el papel asignado al comienzo a las pulsiones llamadas de autoconservación. Atribuirles ese papel no demandaba de Freud un gran esfuerzo de originalidad. Porque para él lo más urgente era consagrar por entero su atención a lo que había sido ocultado, y con tanta obstinación: lo sexual. Por eso bastaba en un primer momento poner, aunque fuera provisionalmente, el polo opuesto, la autoconservación, dando por supuesto que después se lo podría cambiar. Evidentemente, Freud se vio obligado a ello, en la misma medida, por los obstáculos nacidos de la experiencia y por las críticas de los oponentes, tanto de adentro como de afuera. Entre aquellos, pero en primer lugar, es preciso mencionar a Jung, que se interesaba por la demencia precoz. El yo, que se había dejado a la espera de su elaboración teórica, pasaría al primer plano. Pero las definiciones que Freud había dado del yo desde el "Proyecto" (1895) permitían prever que sus investiduras habrían de ser específicas y de origen endógeno.

"Esta organización se llama el 'yo, y se la puede figurar fácilmente si se reflexiona en que la recepción, repetida con regularidad, de Q endógenas en neuronas definidas (del núcleo), y el efecto facilitador que de ahí parte, darán por resultado un grupo de neuronas que está constantemente investido, y por tanto corresponde al portador del reservorio requerido por la función secundaria".⁸ Es

32

cierto que Freud apunta aquí sobre todo a la función secundaria, pero ya se enuncia la idea de una investidura particular, una suerte de reserva energética propia del yo. Lo atestigua la frase final de la carta n° 125, a Fliess, donde Freud se interroga, sin ir más adelante, sobre las relaciones entre el autoerotismo y el "yo" originario. Recordemos que Freud formulará la hipótesis del narcisismo por el rodeo de las perturbaciones psicógenas de la visión (1910). Pero ya la segunda edición de *Tres ensayos* deja ver la atención que se dispone a dispensar al problema. El trabajo sobre Leonardo, que data de la misma época, menciona explícitamente el mito de Narciso, (*SE*, 11, pág. 100 [*AE*, 11, pág. 93]).⁹ Observemos, desde ahora, que tanto la oposición entre dos tipos de elección de objeto como el material que justifica la introducción del narcisismo se ligan con la mirada: conflicto de Leonardo entre su actividad de pintor, ligada a la escopofilia, y su extraordinaria curiosidad intelectual, que deriva de la epistemofilia, que por su parte es retoño de la anterior. La mirada de la Gioconda tendría entonces muy otra importancia que el buitre engañoso (del que por otra parte no fue Freud el descubridor). Los ojos de Argos lo siguen a uno dondequiera, de lo alto de la tenebrosa sonrisa. No es entonces casual que, vuelto al terreno más serio (y aun al más serio, puesto que se trata de medicina ocular) de la clínica, Freud se valga otra vez de la visión para introducir la idea de una investidura libidinal de las pulsiones llamadas de autoconservación. Pero hasta que ese momento llegue permaneceremos en las aguas conocidas del complejo de castración.

⁸ S. Freud, "Esquisse d'une psychologie scientifique", en *Naissance de la psychanalyse*, P.U.F. [S. Freud, *Obras completas*, Amorrortu editores, 24 vols.. 1, pág. 368. En lo sucesivo citaremos, de esta versión castellana, con la sigla *AE*, y el número de volumen en negrita.]

⁹ Citaremos la *Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, Hogarth Press, por la sigla *SE* y el número de volumen en negrita.

"La perturbación psicógena de la visión"¹⁰ proporcionó a Freud un consuelo tardío por haber fallado en el descubrimiento de la cocaína. -Pero si la mirada dirige sus rayos hacia el mundo exterior y se puede libidinizar hasta no ver ya nada en la ceguera histérica, se debe a que es víctima de una erotización excesiva. Se vuelve hacia adentro, donde otras aventuras la esperan. Hasta hoy reconocemos la validez de la relación que Freud estableció entre escopofilia y epistemofilia, de las que la segunda supone la erotización de los procesos de pensamiento. Por eso me decido a sostener que el texto precursor más ignorado sobre el narcisismo es "El Hombre de las Ratas" (1909). Lo habitual es citar a *Tótem y tabú* (1913) acerca de las relaciones entre el narcisismo y la omnipotencia del pensamiento. Pero cuando se procede de ese modo se olvida que todo cuanto Freud dice sobre este último lo descubrió por el análisis del Hombre de las Ratas. Me parece que se podría haber caído en la

33

cuenta de ello cuando Freud, en las últimas líneas de su ensayo, se refiere a una triple organización psíquica: una inconciente y dos preconcientes. La tercera de esas organizaciones muestra al paciente "supersticioso y *ascético*" (las bastardillas son nuestras), y Freud llega a sostener que la evolución espontánea de la enfermedad habría tenido por consecuencia una invasión progresiva de toda la personalidad por esta tercera instancia.

Freud, que había partido de la mirada, anuda el narcisismo al dominio de lo invisible. Pero las dificultades teóricas están presentes desde el comienzo. ¿De qué se había tratado hasta ese momento? De la investidura del yo, en circuito cerrado; del yo originario en sus relaciones con el autoerotismo, anuncio de un narcisismo primario que se engendrará en la teoría; además, de la elección de objeto autoerótico, que es secundaria respecto de la represión. Leemos en el trabajo sobre Leonardo:

"El muchacho reprime su amor por la madre poniéndose él mismo en el lugar de ella, identificándose con la madre y tomando a su persona propia como el modelo a semejanza del cual escoge sus nuevos objetos de amor" (*SE*, 11, pág. 100 [*AE*, 11, pág. 93]). Se apoya, entonces, en el amor que la madre le tenía, para amar a los muchachos como ella lo amaba, muchachos que le evocan su propia imagen, en tanto que él pasa a ocupar el lugar de la madre. "Decimos que halla sus objetos de amor por la vía del narcisismo, pues la saga griega menciona a un joven Narciso a quien nada agradaba tanto como su propia imagen reflejada en el espejo y fue transformado en la bella flor de ese nombre".

Paréntesis: Freud forja un neologismo, *Narzissmus*, por razones de eufonía. .. narcisista.¹¹ Pasa de la imagen de sí como objeto de amor a la flor de la resurrección, y omite citar el momento narcisista por excelencia, la fusión del objeto y de su imagen en el elemento líquido, fascinante, mortífero y regresivo hasta el pre-nacimiento. Pre-nacimiento, pos-nacimiento: narcisismo originario que es aquí literalmente escotomizado en favor de la seducción de la apariencia, de la forma bella en la búsqueda del doble, que nunca será un complemento sino un duplicado. Pero esto es todavía demasiado simple. Freud persigue su desarrollo en Leonardo, ese curioso Narciso a quien fascinaban mucho más la forma del Otro y los enigmas del Mundo que su imagen (son escasos los autorretratos, si lo comparamos con Rembrandt; es cierto que este es posterior). Señala entonces que, si en efecto persigue con sus asiduidades a los efebos, esta apariencia engañosa

¹⁰ En *Névrose, psychose, perversion*, P.U.F. ["La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis", *AE*, 11, págs. 209 y sigs.]

¹¹ Cf. nota de *SE*, 14, pág. 73. [*AE*, 14, pág. 71.]

nos enmascara su amor indeleble, incommovible, incomparable hacia su madre. Desde ese momento, Freud nos permite predecir que el narcisismo ha de ser en sí apariencia, y detrás se ocultará siempre la sombra del objeto invisible.

34

En el punto de partida es el modelo de la perversión el que justifica la innovación teórica de "Introducción del narcisismo" (1914). Es un llamado al orden para los que están seducidos por la sirena junguiana del "fuera-de-sexo". No; la sexualidad está siempre presente y, si hay algo no sexual en el amor propio, es preciso meterse bien en la cabeza que el amor propio del adulto tiene su raíz en el amor de que el niño se apropia en su beneficio, quitado de los objetos. El razonamiento freudiano es aquí prototípico. Atribuyámosle este discurso:

1. Hay perversos que aman a su cuerpo como se ama el cuerpo del Otro. No soy yo quien lo afirma; lo dijo en 1899 Näcke, que no era psicoanalista y por lo tanto no es sospechoso de hacer una descripción clínica tendenciosa.
2. Si se presenta perversión en el adulto es porque hay fijación en uno de los rasgos de la constelación de la perversión polimorfa del niño.
3. Si un rasgo puede ser tan atractivo que monopolice el conjunto de la libido, se lo debe separar e introducir en la teoría como concepto susceptible de esclarecer de manera mucho más general el destino de las pulsiones. Por otra parte, ¿acaso la sublimación no exige una neutralización así, y por lo tanto una aparente desexualización?

Observemos que el tipo de conflicto a que Freud se refirió en "La perturbación psicógena de la visión", lejos de indicar la existencia de un factor no libidinal en el yo, en el ejercicio de sus funciones somáticas, atestigua por el contrario un desborde de la libido sobre el yo, una invasión de este por aquella. También los ataques histéricos habían revelado parecida invasión, en este caso a la esfera motriz, por la vía de la conversión. La omnipotencia del pensamiento, del obsesivo, pone de manifiesto la sexualización del pensamiento. Mientras más reflexionaba Freud, más inaceptables le parecían los argumentos de Jung. No cedería en nada, sino que radicalizaría la sexualidad y anexaría el yo. Tras esa operación, la libido estará dondequiera, aun en los repliegues más profundos del cuerpo orgánico: en la cavidad de la muela enferma, en el órgano interior que atarea al hipocondríaco, o en cualquier otra parte. El conflicto cambia de protagonistas: ahora opone el objeto y el yo, y remite a una problemática esencialmente distribucionista; económica, en consecuencia: tanto para el yo, tanto para el objeto. Cuestión de inversión-investidura, para equilibrar el presupuesto de los ministerios del Interior y de Relaciones Exteriores.

Conocemos lo que seguiría: se plantearía el problema del origen de las investiduras. Más adelante trataremos este punto.¹² Es preciso distinguir tres problemas:

35

1. *¿Qué se entiende por narcisismo primario?*

a. La organización de las pulsiones parciales del yo en una investidura unitaria del yo;

b. El narcisismo primario *absoluto* como expresión de la tendencia a la reducción de las investiduras al nivel cero.

¹² Cf. el capítulo 2.

En la primera acepción se trata del yo narcisista como Uno, nacido de n pulsiones parciales -por la acción de Eros-. En la segunda, en cambio, de la expresión del principio de inercia, al que desde el "Proyecto" se le había atribuido la jerarquía de referente principal y que después recibiría el nombre de *principio de Nirvana*, que tiende al narcisismo primario *absoluto*.

Freud nunca decidirá la cuestión. Se le podría proponer una solución dialéctica. Alcance el yo una investidura unitaria por emerger de la fragmentación o parezca llegar al cero absoluto, el efecto obtenido es análogo (lo que no significa que sea idéntico). En los dos casos, el yo encuentra en él mismo su satisfacción, genera la ilusión de autosuficiencia, se libera de las peripecias y de la dependencia de un objeto eminentemente variable porque da o rehúsa según su albedrío. La progresión lleva hacia el yo Uno, lo que llegado el caso le permite reencontrar esa quietud por regresión, si la frustración lo constriñe porque las otras defensas resultaron ineficaces. La regresión lleva a veces más lejos: hacia el cero de la ilusión de la no investidura; pero aquí es el cero el que deviene objeto de investidura, con lo que esta retirada regresiva se convierte en una aspiración positiva, un progreso; así lo quiere la ascesis, regreso al seno de la divinidad.

2. El origen de las investiduras: el yo y el ello

La economía remite a la tópica. El cuánto (la cantidad) no se puede comprender si no se sabe de dónde viene eso. ¿De dónde salen los recursos? Freud varió de continuo en sus respuestas. El "reservorio" es la búsqueda de las fuentes del Nilo o del Amazonas. Cuestión esta que, entre otras, dará origen a la tesis de Hartmann. En realidad, Freud no puede dar respuesta a la interrogación bizantina, de la que depende la localización del reservorio, sobre si el yo surge del ello o si existen un yo y un ello desde el origen. Cabe señalar que hoy no interesa a nadie. El verdadero problema está, en cambio, en averiguar si el origen se sitúa en el ello-yo (¿es nuestro sí-mismo?) o en el objeto. En mi opinión, Freud lo plantea de ese modo porque seguía dependiente del problema de la mirada. En efecto, primero era preciso mirar; él debió tomar distancia, excluirse de la relación mirante-mirado, hacerse no *voyeur*. Si hubiera sido *voyeur*; esto lo habría llevado a enredarse en la mirada, pero

36

acaso también a situarse en su punto ciego. Es mejor ser vidente y mirar a través del que ve. O todavía mejor, salirse del campo visual, ocultar la mirada y remplazarla por la escucha (*écoute*). Jean Gillibert ha propuesto un término acertado: "écouteurisme". Escuchar lo inaudito es ir a lo invisible, al más allá de lo visible. La escucha no nos remite solamente a lo inaudito, sino a lo inaudible: la queja sorda del cuerpo, y hasta las voces del silencio.

3. El destino del narcisismo después de la última teoría de las pulsiones

Sabemos que el narcisismo, que Freud abandonó por razones presuntamente teóricas, se dejó estar después de *Más allá del principio de placer*. El *Esquema* apenas lo menciona. Así andan los conceptos. Como amores efímeros, se los deja cuando otros más atractivos nos convocan. Sin embargo, el narcisismo no ha desaparecido de la bibliografía psicoanalítica. Más aún, ha recuperado vigencia;

pero se trata de un concepto vestido al gusto del momento, a la moda del self (sí-mismo).

Los psicoanalistas están divididos en dos campos, según su posición frente a la autonomía del narcisismo. Para unos es legítimo defender esa autonomía. Esto supone aceptar la hipótesis del narcisismo primario, sea como instancia *autónoma* (Grunberger),¹³ modo de funcionamiento de la vida psíquica antenatal, o en la acepción de la mira unitaria del yo (Kohut).¹⁴ Grunberger opondrá el narcisismo a las pulsiones, mientras que Kohut, negando pertinencia a la oposición direccional hacia el yo o el objeto, discernirá la característica del narcisismo en la particularidad de su *modo de investidura* (sí-mismo grandioso, idealización, transferencia "en espejo"). Por último, algunos autores verán ahí el origen del sí-mismo (Hartmann), soporte de la identidad (Lichtenstein).¹⁵ En opinión de los que se sitúan en el otro campo, *el narcisismo primario es un mito*, una ilusión de Freud. La posición de Balint acerca del *amor primario de objeto* convenció sin gran trabajo a la escuela inglesa. También la acepta un autor tan poco sospechoso de tentación modernista como Jean Laplanche,¹⁶ aunque la teoriza de manera diferente (por referencia al masoquismo). Melanie Klein, que defiende simultáneamente la hipótesis del instinto de muerte (al que sin embargo

37

concibe de manera diferente que Freud) y la de las relaciones de objeto (heredada de Abraham, pero modificada; no hay estadio anobjetal). prescindir sin dificultad del narcisismo. Sólo H. Rosenfeld¹⁷ lo reintroduce, subordinándolo empero al instinto de muerte y sin cuestionar la tesis según la cual las relaciones de objeto están presentes *from the beginning* (desde el comienzo). Bion nada dice sobre la cuestión del narcisismo. La economía remitía a la tópica. La dinámica remite a lo genético, a lo genérico. Kernberg,¹⁸ que rompe lanzas con Kohut, se alinea del lado de los que reconducen el narcisismo a los destinos de las pulsiones pregenitales. En cuanto a Pasche,¹⁹ postula, junto al narcisismo, como "agonista" y antagonista, un antinarcisismo que aparea a aquel.

¿Y Winnicott? No sabe. Quizá. .. queda Lacan.²⁰ Su trayectoria va del estadio del espejo (siempre la mirada) al lenguaje y al lugar del Otro, "tesoro del significante", depositario de la estructura. Lejos están estas pocas frases de hacer justicia al alcance de esta teoría; en la red sistemática que acabo de desplegar, sólo he marcado puntos de referencia. Con todo eso, lo que es preciso tener bien presente es que el narcisismo es la clave de bóveda del sistema lacaniano.

Me he empeñado en sustentar la idea de que no es válido aceptar la segunda tópica ahorrándose la última teoría de las pulsiones. No puedo exponer circunstanciadamente este punto importante.²¹ Además, me parece que la coherencia teórica, así como la experiencia clínica, nos permiten postular la existencia de un *narcisismo negativo*, doble sombra del Eros unitario del

¹³ B. Grunberger, *Le narcissisme*, Payot.

¹⁴ H. Kohut, *Análisis del self. El tratamiento psicoanalítico de los trastornos narcisistas de la personalidad*, Amorrortu editores.

¹⁵ H. Lichtenstein, "Le rôle du narcissisme dans l'émergence et le maintien d'une identité primaire", *Nouvelle revue de psychanalyse*, 1976, 7.

¹⁶ J. Laplanche, *Vie et mort en psychanalyse*, Flammarion. [J. Laplanche, *Vida y muerte en psicoanálisis*, Amorrortu editores.]

¹⁷ H. Rosenfeld, "A clinical approach to the psychoanalytic theory of the life and death instincts: an investigation into the aggressive aspects of narcissism", *Nouvelle revue de psychanalyse*, 1976, 7.

¹⁸ O. Kernberg, *Bordeline Conditions and Pathological Narcissism*, Jason Aionson, 1975.

¹⁹ F. Pasche, *A partir de Freud*, Payot.

²⁰ J. Lacan, *Écrits*, Seuil.

²¹ Cf. A. Green, *Le discours vivant*, P.U.F.

narcisismo positivo, porque toda investidura de objeto, así como del yo, implica su doble invertido, que aspira a un retorno regresivo al punto cero. P. Castoriadis-Aulagnier (1975) confirma esta opinión.²² Este narcisismo negativo me parece diferente del masoquismo, no obstante las puntualizaciones de muchos autores. La diferencia está en que el masoquismo -aunque sea originario- es un estado doloroso que aspira al dolor y a su mantenimiento como única forma de existencia, de vida, de sensibilidad posibles. A la inversa, el narcisismo negativo se dirige a la inexistencia, la anestesia, el vacío, lo *blanco* (del inglés *blank*, que se traduce por la categoría de lo neutro), sea que eso blanco invista el afecto (la indiferencia), la representación (la alucinación negativa) o el pensamiento (psicosis blanca).

38

Resumamos esta "deriva conceptual": Freud partió de la mirada y descubrió lo Uno. Después de él, los analistas instalaron lo Otro en posición dominante (se trate de las relaciones de objeto de la escuela inglesa o de la acepción, por entero diferente, que le da Lacan). Propongo completar esta serie con la categoría de lo Neutro (*neuter*, ni lo Uno ni lo Otro).

El *corpus* y sus límites: superposiciones y coherencia

Los deslizamientos semánticos, las fluctuaciones de la bibliografía psicoanalítica nos dan una idea de las múltiples facetas en que se presenta el concepto de narcisismo, a decir verdad no deslindable. Es curioso que la idea misma de totalización unificadora, a que adhiere la denominación de narcisismo, ofrezca dificultades para la reunión de un *corpus* claramente limitado. Una lectura más sistemática de la obra de Freud (para atenernos a ella) revela una multitud de temas que no haremos más que evocar, sin agotarlos; nos lleva el propósito de poner a prueba la cohesión de los elementos reunidos por nuestro ensayo.

1. Con el título de la *investidura libidinal del yo* podemos diferenciar la acción positiva, unificadora, del narcisismo desde el auto-erotismo, es decir el paso del autoerotismo (mencionado por primera vez en la carta n° 125, a Fliess, de diciembre de 1899),²³ estado de la pulsión en que esta es capaz de satisfacerse localmente, sin "meta psicosexual", al estadio en que el yo es vivenciado y aprehendido como una forma total. Más adelante veremos el modo en que Freud concibió la dialéctica -porque lo es, sin duda- de esta transformación. Ahora bien, entre las pulsiones parciales, se debe atribuir a la escopofilia una situación particular, aunque de igual modo el sadismo desempeña su papel en la pulsión de apoderamiento, que participa en la apropiación del cuerpo. El yo, señala Freud, es ante todo un *yo corporal*; pero agrega: "No es sólo una esencia-superficie, sino él mismo, la proyección de una superficie" (*SE*, 19, pág. 26 [*AE*, 19, pág. 27]) Esta precisión nos ayuda a comprender el papel de la mirada y del espejo. Espejo sin duda de doble faz: si forma su superficie desde el sentimiento corporal y al mismo tiempo crea su imagen, sólo la puede crear con los auspicios de la mirada, que lo hace testigo de la forma del semejante. Necesariamente esto introduce el concepto de identificación, cuya primera forma es narcisista ("Duelo y melancolía", 1915).

²² P. Castoriadis-Aulagnier, *La violence de l'interprétation*, P.U.F. [*La violencia de la interpretación*, Amorrortu editores.]

²³ En *Naissance de la psychanalyse*, op. cit. [*AE*, 1, pág. 322.]

La *organización narcisista* del yo será descrita por Freud en "Pulsiones y destinos de pulsión" (1915).

39

Se supone que adviene antes de la represión, y es definida por dos destinos de pulsión: la vuelta sobre la persona propia y el trastorno hacia lo contrario, cuya combinación engendra el modelo del *doble trastorno*. La identificación (identificación secundaria) marcha en el sentido de una desexualización que consume la transformación de la libido de objeto en libido narcisista para salvar la integridad narcisista amenazada por la angustia de castración. Hacia los orígenes, los lazos que Freud establece con el estado narcisista antenatal (dirección esta en la cual precedió a Rank) ponen de manifiesto la continuidad de la problemática del narcisismo desde el nacimiento. Que ese paraíso perdido sea desplazado de la vida intrauterina a la relación anterior al destete oral o a la pérdida del pecho, he ahí algo que tiene mucha importancia respecto de ciertas formulaciones modernas del narcisismo, pero que en nada modifica el fondo de la cuestión. La integridad narcisista es una preocupación constante, aun si varía según las circunstancias; plantea interrogantes: ¿qué es la integridad de lo que no tiene límites? Hacia adelante, la estructura del carácter revela la tenacidad de las defensas narcisistas que se aferran al mantenimiento de una individualidad inalienable. En este sentido me parece que por lo menos una parte de lo que antes se abordaba en la bibliografía psicoanalítica desde el ángulo del carácter, reaparece hoy con los auspicios de la identidad. Sin duda es porque un examen más atento revela que la coraza del carácter es vulnerable en su compacidad. La reiterada afirmación tautológica "Soy como soy" deja traslucir un "¿Quién soy?" que no puede formular su pregunta sin correr el riesgo de poner en entredicho la más fundamental de las "razones de ser". La identidad no es un estado; es una búsqueda del yo, y sólo puede recibir su respuesta reflejada desde el objeto y la realidad, que la reflejan.

2. En segundo lugar, henos aquí frente a la *relación narcisista con la realidad*. En principio, realidad y narcisismo se oponen, si no se excluyen. En esto reside la contradicción principal del yo: ser la instancia que debe entrar en relación con la realidad, y a la vez investirse narcisistamente, ignorando aquella para tener trato sólo consigo. Atestigua esta relación el lazo que Freud establece entre la represión de la realidad y las neurosis narcisistas, primero, y las psicosis, después. Desde luego, Freud comprendió que hacía falta algo más que una fijación o una regresión narcisistas para engendrar una psicosis, lo que nos remite a los nexos del narcisismo con las pulsiones de destrucción, que trataremos más adelante. El terreno abarcado por la relación narcisista con la realidad se extiende entre dos límites: el pensamiento y la acción. La omnipotencia del pensamiento, que es uno de los primeros aspectos con que el narcisismo se presenta a Freud, es la expresión de una doble investidura: de la sobrestimación de los poderes del yo impotente (de hecho, la inversión de su impotencia en omnipotencia) y de la sexualización del

40

pensamiento. Esta, lejos de desaparecer en las formas más evolucionadas, persiste siempre en ciertas formaciones de lo inconsciente, cuyas más elocuentes figuras son el fantasma o el chiste. Se instila hasta en las más refinadas elaboraciones del yo. En mi opinión, desde este ángulo, justamente, se debe considerar la *racionalización*, explotada con abundancia en la lógica pasional del delirio. Agreguemos en este punto una reflexión cuya importancia advertiremos después.

Si, como sostiene Laplanche, el yo es una metáfora del organismo, se puede entender que el lenguaje es la metáfora de doble entrada del yo y del pensamiento. Freud ya hizo notar la extensión en que el juego del yo se apoyaba en la omnipotencia del pensamiento. Con igual razón se puede invocar la omnipotencia del lenguaje, tanto en la creación — ¿acaso en el principio no era el verbo?- como en el dominio del mundo: intelectualización. Como quiera que fuere, el lenguaje es sin duda lo que revela al sujeto su alcance narcisista: el buen decir tropieza en la falta de decir.

En el otro polo, el de la acción, la relación narcisista atestigua la misma contradicción: por una parte, la actitud esquizoide huye del mundo para llevar a cabo un repliegue sobre el mundo interior separado de la realidad, porque el aislamiento solitario se prefiere a cualquier participación entre dos o entre varios; pero, en sentido opuesto, en otro tipo de investiduras narcisistas, se valoriza la acción social. Freud lo advirtió desde su análisis del caso Schreber. En su descripción de los caracteres narcisistas ("Tipos libidinales", 1931), esboza en unos pocos trazos el retrato de esas personalidades que disponen de una elevada medida de agresión y que son "en particular aptas para servir de apoyo a los demás, para asumir el papel de conductores, dar nuevas incitaciones al desarrollo cultural o menoscabar lo establecido".²⁴ Este conjunto de rasgos, según Freud, atestiguaría una ausencia de tensiones entre el yo y el superyó, porque —agrega— el superyó está apenas desarrollado en estos casos; y lo propio sucede con las necesidades eróticas, poco exigentes. Una vez más el acento recae sobre la conservación de sí, la autonomía y la insumisión.

3. Los caracteres que hemos expuesto nos mueven a plantear el problema de la *desintrincación del narcisismo y las pulsiones de objeto*. La eterna discusión sobre el distingo (que no sería pertinente) entre el narcisismo y las pulsiones, si bien estorba a nuestra necesidad de coherencia conceptual, es sin embargo evocadora de una realidad clínica que se percibe en la práctica psicoanalítica. Ciertamente, la sexualidad está lejos de desempeñar un papel desdeñable en las estructuras narcisistas; se equivocaría quien creyera que en ellas el goce es contrariado por las tendencias autoeróticas. Y en el mismo

41

sentido, la elección narcisista de objeto no es contradictoria con la obtención de grandes satisfacciones tomadas del objeto, que no son de índole narcisista únicamente. Pero lo que se debe afirmar es esto. ora la sexualidad es vivenciada como competidora del narcisismo, como si la libido narcisista corriera el riesgo de empobrecerse por la huida de las investiduras de objeto, ora -y es sin duda el caso más frecuente— sólo tiene sentido en la medida en que nutre el narcisismo del sujeto: gozar se convierte en la prueba de una integridad narcisista preservada. Así las cosas, en paralelismo con la culpa, que nunca está ausente pero es de menor significatividad, es la vergüenza de no gozar la que sustituye a la angustia de castración. De igual modo, el fracaso sexual hace correr el riesgo de abandono o de rechazo por el objeto. Esto signa menos la pérdida de amor que la pérdida de *valor*; y el quebranto de la necesidad de reconocimiento por el otro. Peor todavía; los sufrimientos narcisistas, más allá del fracaso, se acrecientan por la insatisfacción del deseo en la medida en que señala la dependencia del sujeto respecto del objeto en la satisfacción de las pulsiones o, más precisamente, en la obtención del silencio de los deseos, a los que sólo el objeto puede satisfacer. La envidia del objeto llega a su colmo cuando se supone que este goza sin conflicto.

²⁴ En *La vie sexuelle*, P.U.F. [AE, 21, pág.220]

El pene narcisista proyectado (de cualquier sexo que sea) es el que puede gozar sin inhibición, sin culpa y sin vergüenza. Su valor no proviene de su capacidad de goce, sino de su aptitud para anular sus tensiones por la satisfacción de sus pulsiones; aquí todo placer se convierte en investidura narcisista del yo.

La agresividad es objeto de esta misma desintrincación. Mucho se habla del afán de dominación narcisista; el ejemplo de los líderes, citado por Freud, proporciona una ilustración bastante buena. En realidad, sin negar las satisfacciones objetales que se ligan con la posición de dominación, lo que en esa situación cuenta es tanto asegurarse un poder como ocupar el lugar del que lo ejerce a fin de impedirle que lo ejerza sobre uno mismo, es decir: librarse de su tutela. No es la sola necesidad de hacer sufrir al otro la que orienta la procura del poder, ni el solo deseo de ser amado y admirado lo que "acicatea" el narcisismo, sino, sobre todo, evitar el desprecio proyectado sobre el amo, por una razón capital que Freud señala en *Psicología de las masas y análisis del yo*. El padre de la horda primitiva, el conductor que por transferencia se convirtió en el objeto que ocupa el lugar del ideal del yo de los individuos del grupo, vive apartado, en la soledad; ellos lo necesitan, pero a él se lo cree exento de toda necesidad. Las tiene satisfechas *a priori*. A imagen de Moisés, es el intercesor ante Dios y, como tal, una figura más próxima a Dios que a los hombres. No está sometido a deseo alguno, como no sea el deseo del Soberano Bien. Siguiendo este razonamiento, no puede experimentar más que desprecio hacia los hombres comunes que permanecen prisioneros de sus deseos, es decir de su infancia o, peor aún, de su infantilismo. Así, el ejercicio del domoñamiento de

42

las pulsiones persigue objetivos complejos. Cuando hay renuncia a la satisfacción pulsional, el orgullo narcisista le ofrece una compensación de elevado precio. Y cuando, por el contrario, aquel dominio se produce a raíz de la satisfacción pulsional, el placer obtenido sólo es justificable a condición de que se produzca en acatamiento al ideal del yo. Esto vale por igual para las pulsiones agresivas y las eróticas.

La imposibilidad de saciar el afán de dominación produce la ira narcisista. Es claro: la realidad o el deseo del otro lo han impedido. Pero la verdadera razón de la ira es que la insatisfacción frustra, priva al sujeto de la satisfacción, pero no en la medida en que esta supone la búsqueda de un placer determinado: lo priva de ser liberado, por la satisfacción, del deseo. El pene narcisista es un objeto cuya posesión asegura que la satisfacción se obtendrá siempre y se experimentará sin obstáculos. El apaciguamiento se obtiene sin trabas, sin demora y sin demanda. Se trata entonces más de un deseo de satisfacción que de una satisfacción de deseo. Podríamos aplicar a esta configuración el concepto de yo-ideal (Nunberg, Lagache), que no deja de guardar relación con el "yo-placer purificado" de Freud. Que el yo-ideal es una aspiración del yo, uno de sus valores, es de todo punto evidente. Pero es preciso señalar la razón por la cual este valor no se puede imponer. Sin duda que la realidad no lo promueve, pero aún menos lo apoya la desintrincación de las pulsiones. En efecto, dentro de una estructura así, puesto que la unificación se consuma en detrimento de las satisfacciones del ello, el yo no puede buscar en el objeto más que su proyección narcisista, esto es, una verdad perfectamente adaptada a las exigencias del sujeto; este es el primer escollo. En segundo lugar, esta "irrealidad" del objeto induce por fuerza una regresión a la sexualidad pregenital. En esto, precisamente, podemos considerar ilustrada la hipótesis de la índole traumática de la sexualidad (J. Laplanche). La sexualidad irrumpe en el yo. Se la vive tanto peor cuanto que se revela en sus formas más

crudas: una sexualidad salvaje en que el afán de poseer el objeto -a fin de asegurarse su exclusividad— está infiltrado por posiciones perversas (en el sentido en que se trata de la satisfacción de las pulsiones parciales), sobre todo sadomasoquistas. En este sentido se puede afirmar que *la sexualidad vuelve a ser autoerótica, siendo ya función del objeto satisfacer ese autoerotismo "objetal"*.

4. Freud califica la *función del ideal* como una de las grandes instituciones del yo. Esto equivale a decir que si el narcisismo es apenas mencionado después de la segunda teoría de las pulsiones y de la segunda tópica, sobrevive al menos con los auspicios del ideal. Es revelador que la obra freudiana se cierre con *Moisés y la religión monoteísta*, donde el papel de la renuncia a lo pulsional se magnifica en beneficio de las victorias del intelecto. No es muy difícil adivinar los temores del fundador del psicoanálisis con respecto al futuro de

43

su causa. Y si consiente en ser "asesinado", como imagina que lo fue Moisés, eso no interesa, siempre que se mantengan fieles a su obra escrita y se aparten de las vanas satisfacciones ofrecidas por la rivalidad edípica y los anhelos incestuosos que esta encubre. *El porvenir de una ilusión* (1929), *El malestar en la cultura* (1930) y la conferencia "En torno de una cosmovisión" (1932) cumplen la doble tarea contradictoria de analizar la función de los ideales y de esperar el advenimiento de una ciencia verídica liberada de toda ideología, lo que es una nueva ideología. He propuesto llamar "ideología" al conjunto de las producciones ideológicas.²⁵ Freud distinguió entre la sublimación de las pulsiones y la idealización del objeto. Se pronunció en favor de la primera y combatió los efectos nefastos de la segunda, aunque se vio obligado a reconocer que el amor no salía adelante sin esa idealización. ¿El amor? Por suerte, una locura *breve*. La sobrestimación de las figuras parentales, reflejo de la idealización de que es objeto el propio niño por parte de sus padres, engendra un circuito narcisista impercedero. Pero no se debe olvidar que el destino de los ideales es llevar a cabo la más radical renuncia a lo pulsional, *incluida la renuncia a las satisfacciones narcisistas*. Si el orgullo es la prima de la renuncia a cambio de ser "grande", la búsqueda de la grandeza exige que uno se haga pequeñito. "Ser de nuevo, como en la infancia, su propio ideal, también respecto de las aspiraciones sexuales, he ahí la dicha a la que aspiran los hombres" leemos en "Introducción del narcisismo". El ascetismo es el siervo del ideal. La purificación de los servidores del ideal llega a los extremos. Estos pueden semejar, falsamente, satisfacciones masoquistas, que, a mi juicio, no pasan de ser beneficios secundarios o males inevitables, porque es preciso aceptar que el placer se cuele como polizante. Por ese motivo, no siempre el asceta es mártir. Así es exaltado un *narcisismo moral*,²⁶ nutrido por la idealización. Todo mesianismo aspira a la autoanulación, donde el narcisismo recibe como premio de sus penas las migajas del sacrificio en favor del objeto elegido, cuya imagen realimenta el narcisismo negativo. Si insistimos más de lo habitual en las formas de idealización colectiva es porque nos parece que es en ellas donde alcanza cumplimiento pleno el narcisismo proyectado: el despojamiento narcisista individual, merced a unos efectos de rebote, se retraslada al grupo misionero y justifica la abnegación que este exige. Y si flaquea la mística del grupo (Bion), quedará siempre el narcisismo de las pequeñas diferencias. El movimiento psicoanalítico no ha escapado a ese destino.

²⁵ A. Green, "Sexualité et idéologie chez Marx et Freud", *Etudes freudiennes*, 1969, n- 1-2.

²⁶ Cf. el cap. 4.

5. Esta situación contradictoria —exaltación y sacrificio— atestigua el doble movimiento de *expansión* y de *retraimiento narcisista*. Es cierto que Freud insiste mucho más en el retraimiento libidinal narcisista que en la expansión. Sin embargo, hacia el final de su obra, en *El malestar en la cultura*, el análisis del sentimiento oceánico destaca la coexistencia del sentimiento de identidad, que suscita la idea de los límites territoriales del yo, con la tendencia a la fusión, que Freud explica por el afán de regresar a una imagen paterna omnipotente y protectora. Pero en modo alguno hace falta una regresión fusional para comprobar la existencia de esa tendencia expansionista que hace del narcisismo una tierra sin fronteras.²⁷ En ciertos pacientes es lícito hablar de un *yo narcisista familiar*, en que la familia se concibe como una extensión del yo, en la idealización de las relaciones intrafamiliares, que reconocen a menudo una dominante de complicidad fraternal. No es sorprendente que grupos más y más vastos saquen partido de esa misma necesidad de que el sentimiento de identidad se procure por la pertenencia, tanto más cuanto que esta pretende no ser egoísta. ¿Hace falta agregar que no se podría acusar de patológica a una actitud semejante, capaz de engendrar lo mejor o lo peor? En cuanto al retraimiento narcisista, no requiere comentario particular, salvo que se debe tener presente siempre que es la respuesta a un sufrimiento, a un malestar. Pero también debemos recordar que es la más natural de las tendencias del yo la que cada noche desinviste el mundo para entrar en el dormir reparador. Y no sólo para soñar.

Desde hace algunos años se concede interés creciente a la clínica psicoanalítica de los estados de vacío, a las formas de aspiración a la nada objetal, a la categoría de lo neutro. Esta tendencia a la desinversión, esta búsqueda de la indiferencia no es el exclusivo patrimonio de las filosofías orientales.²⁸ Me parece lógico admitir que toda investidura lleva en sus pliegues la desinversión, que es su sombra proyectada hacia atrás (donde evoca el estado mítico anterior al deseo) y hacia adelante (donde anticipa el apaciguamiento neutralizador consecutivo a la satisfacción de un deseo, que se imagina enteramente satisfecho). El *narcisismo negativo*, cuyas extensiones

se corresponden, a mi parecer, con todas las valorizaciones de la satisfacción narcisista por la no satisfacción del deseo objetal, en virtud de las cuales aquella se aprecia más deseable que una satisfacción sometida a la dependencia, al objeto, a sus variaciones aleatorias, así como a sus respuestas, siempre insuficientes para las esperanzas que en su cumplimiento se ponen: el narcisismo negativo, digo, me parece que da razón de la mencionada tendencia: *voi ch'éntrate*. . .

6. Todas esas ambigüedades reaparecen en los conceptos de *objeto narcisista* y de *investidura narcisista*. El enemigo del narcisismo es la realidad del objeto e, inversamente, el objeto de la realidad, a saber, su función en la economía del yo. El objeto tiene una posición privilegiada que le permite convertirse en el punto de

²⁷ Federn y después Grunberger elaboraron este punto, que el segundo suele designar "elación narcisista".

²⁸ De este punto de vista, un abismo separa a las religiones judeo-cristianas de las religiones orientales. Mientras que las primeras tienen manifiesta repugnancia a pensar el vacío, el zen lo erige en su centro de referencia. J.-F. Lyotard (*L'économie libidinale*, Ed. de Minuit) denuncia con vigor al tao: "Treinta rayos convergen en el centro de la rueda, pero es el vacío del medio lo que hace andar el carro" (*Tao-tö king*, XI). Curiosamente, salvo acerca de Cristo, adopta las posiciones del padre Merton en su polémica con Suzuki (*Zen, Tao et Nirvana*). En cuanto al Islam, se sitúa entre unas y otras, según lo muestra con claridad M. Shaffii ("Silence and Meditation", *Int. J. of Psycho-Anal*, 1973,53).

apoyo de este problema: porque es a la vez externo e interno al yo, porque es necesario para la fundación del yo y para la elaboración del narcisismo. La tesis del amor primario de objeto se basa en un malentendido que debemos tratar de disipar. Es verdad que, desde el origen, el amor primario de objeto signa la existencia del bebé. Pero no es menos cierto que, *desde el punto de vista del infans*, el objeto está incluido en su organización narcisista: lo que Winnicott llamará, con todo acierto, el *objeto subjetivo*, y Kohut el *si mismo-objeto*. Toda la confusión nace de haberse remplazado la perspectiva monista -hasta se ha llegado a decir monadológica- de identificación imaginaria con el niño pequeño; de que esa perspectiva, digo, es remplazada por una dualista, producto de la percepción del tercero que observa el verde paraíso de los amores infantiles. No corresponde, entonces, negar la existencia del narcisismo primario en aras del amor primario de objeto; es que se trata de dos visiones complementarias que se toman de dos puntos de vista diferentes. Desde luego, se puede poner en tela de juicio la identificación imaginaria que hace con el *infans* el adulto, siempre más o menos adultomorfo. Pero es un obstáculo insuperable. Por lo menos es preciso saberlo y no dejarse coger en la trampa de la seducción de lo visible, que promete remplazar con ventaja la imaginación adultomorfa por la "percepción objetiva" de la observación directa, cuando en verdad esta no es sino una racionalización más cientificista que científica. En cuanto al tercero observador, conviene incluirlo en el cuadro; más aún: recordar siempre que, no por estar ausente de las relaciones madre-hijo, deja de estar presente en una u otra forma *dentro* del niño, compuesto de una mitad paterna (no sólo en sus cromosomas, sino en los rasgos de su apariencia y, muy pronto, en la interpretación de su modo de ser), y *dentro* de la madre, que para crearlo se unió al padre.

El objeto, por lo tanto, a la vez está y no está. Lo inevitable es que al modo autoerótico del funcionamiento según el principio de placer (que incluye los cuidados maternos) sucederá la paradoja

46

de la pérdida de objeto, condición inaugural del hallazgo de objeto (o de su reencuentro, si se prefiere). Recordemos que, según el modelo freudiano, "cuando la primerísima satisfacción sexual estaba todavía conectada con la nutrición, la pulsión sexual tenía un objeto fuera del cuerpo propio:²⁹ el pecho materno. Lo perdió sólo más tarde, quizá justo en la época en que el niño pudo formarse la representación global de la persona a quien pertenecía el órgano que le dispensaba satisfacción. Después la pulsión sexual pasa a ser, regularmente, autoerótica" (*SE*, 7. pág. 222 [*AE*, 7, pág. 202]). Esta evolución liga el autoerotismo con la percepción totalizante del Otro, pero todavía no se trata de narcisismo. En suma, si tenemos en cuenta la reformulación del *Esquema*:

Tiempo 1: cuerpo del *infans*- pecho, pulsión oral.

Tiempo 2: pérdida del pecho; localización del pecho; objeto narcisista; afuera; percepción de la totalidad del cuerpo materno; atribución del pecho al cuerpo materno; autoerotismo (placer de succión). Por otra parte (cf. "La negación", 1925), se afirma que la pérdida de objeto es el motor de la instauración del principio de realidad.

²⁹ Al final de su obra, en el *Esquema*, Freud propone una formulación diferente que dice mucho sobre esta evolución: "Por cierto que al comienzo el pecho no es distinguido del cuerpo propio, y cuando tiene que ser divorciado del cuerpo, trasladado hacia 'afuera' por la frecuencia con que el niño lo echa de menos, toma consigo, como 'objeto', una parte de la investidura libidinal originariamente narcisista. Este primer objeto se completa luego en la persona de la madre. . .".

El nacimiento del narcisismo es precisado en el caso Schreber (1911): "Consiste en que el individuo empeñado en el desarrollo, y que sintetiza en una unidad sus pulsiones sexuales de actividad auto-erótica, para ganar un objeto de amor se toma primero a sí mismo, a su cuerpo propio, antes de pasar de este a la elección de objeto en una persona ajena" (*SE*, 12, pág. 60 [*AE*, 12, pág. 56]).

Tiempo 3: El narcisismo ha nacido de la unificación de las pulsiones sexuales, para constituir un objeto formado según el modelo (cf. *Tiempo 2*) de la totalización percibida del objeto.

Esto no es todo. El desarrollo del yo opera en la elección de objeto una división, por la que es separado un objeto parcial. Lo muestra la continuación de la cita anterior, que a todas luces se inspira en el caso de Leonardo: "En este sí-misma tomado como objeto de amor puede ser que los genitales sean ya lo principal".

Llegamos entonces al *Tiempo 4*: Elección de objeto homoerótico, donde el significante de lo homoerótico se representa por los genitales, que valen por el objeto total. Observación: parece que Freud negara (en la medida en que manifiestamente piensa en el varón) la diferencia sexual que hace intervenir. De hecho, aquí el pene pertenece a los dos sexos. El pene es atribuido a la madre.

47

Sigue el *Tiempo 5*: Elección de objeto aloerótico, que se cumple según la diferencia de los sexos (fálico-castrado; identificación doble), en lo cual el complejo de Edipo evoluciona hacia la creación del superyó para salvar la integridad narcisista. El superyó es el heredero del complejo de Edipo, y el ideal del yo, un retoño del narcisismo.

Tiempo 6: Conocimiento o reconocimiento de la vagina. Diferencia sexual real en la oposición pene-vagina. Perennidad de la línea narcisista, más allá de ese conocimiento-reconocimiento.

Más tarde, en *El malestar en la cultura*, Freud reconocerá que el sentimiento de la unidad del yo es muy frágil, si no falaz. Lo atestigua el análisis del sentimiento oceánico. Pero la explicación de Freud nos deja pensativos. A su juicio, en aquel reaparece el anhelo de ser protegido por el padre omnipotente. Si Dios se escribe en masculino, se dice, empero, Madre-Naturaleza. Paralelamente, el fantasma de devoración, que estaríamos tentados a reconducir al seno materno, por la mediación de la relación oral canibálica, es interpretado de igual modo según el mito de Cronos -el padre celoso de sus hijos-, y esto hasta el término de la obra freudiana.³⁰ Es notable que, por otra parte, Freud diera del nacimiento del objeto una versión que a mi parecer es preciso relacionar con su pérdida. En "Pulsiones y destinos de pulsión", afirma que el objeto es conocido en el odio. No se podría destacar mejor que la percepción de la existencia independiente del objeto lleva a odiarlo, porque pone en tela de juicio la omnipotencia narcisista. No obstante, con unos pocos escritos de distancia, opondrá narcisismo del soñante (narcisismo heroico del soñante, ligado con sus logros oníricos, de los cuales no es el menor el sueño mismo) y narcisismo del sueño.³¹ Un poco más adelante,

³⁰ S. Freud, "La escisión del yo en el proceso defensivo" (1938).

³¹ S. Freud, "Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños" (1915), entre los "Trabajos sobre metapsicología". La idea de pantalla blanca del sueño, de B. Lewin, nos permite pensar de modo más certero el fondo sobre el cual se desenvuelven las figuras del sueño. No obstante, cabe preguntar se si en efecto se

en "Duelo y melancolía" (1915).³² es la pérdida del objeto la que por así decir lo revela a los ojos del sujeto. Esta revelación, que merecería una mayúscula, pone de manifiesto la estructura narcisista: relación oral, ambivalencia, investidura narcisista que es propia de la identificación primaria.

Por la misma época, pero en otro lugar, en "De guerra y muerte. Temas de actualidad" (1925), Freud analiza la reacción frente a la muerte del prójimo. La muerte de los deudos nos pone a prueba porque nos enfrenta con los límites de nuestra investidura del prójimo. "(. . .) Cada uno de esos seres queridos era un fragmento de su propio yo (. . .) Pero por otra parte (. . .) esos difuntos queridos habían sido también unos extraños y unos enemigos" (*SE*, 14, pág. 298 [*AE*, 14 pág. 294]).

Se puede considerar que el efecto de la angustia de castración representa una victoria del narcisismo, que, para preservar la integridad corporal, renuncia al placer del órgano. Podríamos agregar al *Tiempo 5* la frase: el narcisismo quita a los objetos sus investiduras.

Esto nos lleva a tratar de la *investidura narcisista del objeto*. Esta suscita condena, porque rara vez el narcisismo tiene un significado desprovisto de matiz peyorativo. El superyó altruista puede proclamar bien alto sus exigencias. En privado es reducido a silencio (hasta cierto punto, porque es difícil prescindir de los demás). Estamos condenados a amar. Según Freud, el amor trae un empobrecimiento narcisista. Pero C. David señaló, con acierto, que el estado

trata siempre de la alucinación del pecho, o lo blanco puede ser representación de la ausencia de representación. El pensamiento indio nos invita a ello. Muy anterior a los estudios neurofisiológicos que llevaron a descubrir el espacio cerebral del sueño (fase paradójica) y el espacio del dormir sin sueños, la *Milinda Panha* (aproximadamente, del siglo II a. de C, al siglo II d. de C), obra budista, proporciona respuestas precisas a estas cuestiones. El rey Milinda (se puede conjeturar que se trata del rey griego Menandro) discute con un religioso, Nagasena. Y pregunta: " ¡Oh venerable Nagasena! Cuando un hombre sueña, ¿está dormido o despierto?". -"Ni dormido ni despierto ¡oh gran rey! Sino que, cuando su dormir es liviano, pero todavía no es plenamente conciente, he ahí el estado intermedio en que se producen los sueños. Cuando un hombre está profundamente dormido, ¡oh rey!, su pensamiento entra en sí. Entonces ya no obra, y un pensamiento inactivo no conoce dicha ni desdicha. El que no sabe nada no fabrica sueños. Sólo un pensamiento activo sueña. Así como en la sombra y en las tinieblas, cuando no hay luz alguna, ningún reflejo se vislumbra en el espejo, de la misma manera, cuando uno está dormido profundamente el pensamiento entra en sí, no obra más, no conoce dicha ni desdicha. Considera ¡oh rey! al cuerpo como un espejo, al dormir como las tinieblas, y al pensamiento como la luz" (IV, 8, 33).

He ahí, sin ninguna duda, el pensamiento de lo neutro (ni dicha, es decir placer, ni desdicha, o sea displacer). Ya las Upanishadas más antiguas (siglo VI a. de C.) exponen la teoría de los cuatro estados. La *Kanshitaki Upanishada* dice: "Cuando un hombre dormido no ve ningún sueño, se unifica en el soplo: en él reingresa la palabra con todos los nombres, en él reingresa la vista con todas las formas, en él reingresa el oído con todos los sonidos" (III, 3). De esta manera, en la Upanishada más antigua (*Brehad Aranyaka*), un rey y un brahmán llegan junto a un hombre dormido, y lo interpelan: "Grande (ser), de blanco vestido, ser inmortal, rey". Para todas estas cuestiones, consúltese el volumen *Les songes et leur interprétation*, Seuil.

³² Entre los "Trabajos sobre metapsicología".

amoroso exalta el narcisismo.³³ En su descripción de los tipos libidinales, Freud señaló: "En la vida amorosa se prefiere el amar al ser-amado"; uno esperaría lo contrario. No obstante, se lo puede explicar por la negativa a depender del amor del objeto y el deseo de conservar libertad de maniobra en la movilidad de las investiduras. La oposición entre la elección de objeto por apuntalamiento ("anaclítica") y la elección narcisista de objeto es muy esquemática y falocéntrica. Si

49

es discutible la simetría establecida por Freud, es incuestionable la existencia de la elección narcisista de objeto. Conocemos las características de esas investiduras proyección, sobre el objeto, de una imagen de sí mismo, de lo que uno ha sido, lo que uno querría ser o lo que fueron las figuras parentales idealizadas. Las descripciones oscilan entre la investidura fusional, la investidura de una imagen de sí "empobrecida", la investidura especular, y la que podríamos llamar solipsista. La estructura narcisista reacciona con una notable hipersensibilidad a la intrusión en el espacio del sí-mismo; es cierto que al mismo tiempo conserva la nostalgia de la fusión y teme la separación generadora de angustia, aun si aspira a la autonomía y, sobre todo, a evitar la desvalorización, efecto del desprecio del objeto y del desprecio hacia sí mismo por ser inacabado, incumplido, dependiente. El narcisismo no puede llevar a cabo ese olvido de sí *con* el otro. Ese abandono de sí es equivalente a la amenaza de abandono del objeto. El narcisismo sirve entonces, al sujeto, de objeto interno sustitutivo que vela por el yo como la madre vela por el hijo. *Cubre al sujeto y lo empolla*. ¿Cómo paliar esas peripecias del objeto fuera de la protección narcisista propia? Creemos que la *creación artística* (aunque sea menor o mínima) desempeña su papel en esto. El objeto de la creación, narcisistamente investido, sirve como objeto de proyección, a despecho de que su creador, al tiempo que afirma con vigor su paternidad, niega con no menor energía que ese producto sea el reflejo de su vida. Le quiere asegurar una vida propia, una autonomía igual a aquella a que aspira. Tasa muy alto sus producciones y se siente lastimado por cualquier evaluación, que empero reclama. Los escritos de los analistas son creación de ellos; por eso nada los afecta más que el juicio ajeno, cuando les desconoce sus virtudes ocultas o les cuestiona su valor. La función del objeto creado es servir de mediación -de transacción- con el otro, que goza (cuando no lo estorba la ambivalencia) por identificación con el creador. De este modo, todo psicoanalista invoca al padre Freud. Afirmo, entonces, que el objeto y su investidura son objetos *transnarcisistas*. Además de la creación, otros objetos han recibido esta misma función: la droga, el alcohol o, de manera más significativa, el fetiche. Pero el falo, en fin de cuentas, es la *Causa*. A la vez Madre de toda razón de vivir, Padre de todas las esperanzas, Niño-Rey salvador del mundo.

Retrato de Narciso: ser único, omnipotente por el cuerpo y por el espíritu encarnado en su verbo, independiente y autónomo desde el momento en que lo quiere, pero de quien los demás dependen, sin que él se sienta portador del menor deseo hacia ellos. Mora, sin embargo, entre los suyos, los de su familia, de su clan y de su raza, elegido por los signos evidentes de la Divinidad, hecho a su imagen. Está a la cabeza de ellos, amo del Universo, del Tiempo y de la Muerte, plenificado por su diálogo sin testigos con el Dios único que lo

50

³³ C. David, *L'état amoureux*, Payot.

colma con sus favores, hasta la caída en virtud de la cual es el objeto elegido para su sacrificio, intercesor entre Dios y los hombres, que vive en el radiante aislamiento de su luz. Esta sombra de Dioses una figura de lo Mismo, de lo inmutable, lo intangible, lo inmortal y lo intemporal.

¿Quién, en el secreto de sus fantasmas, no reconocería esta figura, sea que esté a su servicio o que aliente el proyecto demente de encarnarla? Pero asaz lejos estamos de la inocente flor que resucita al efebo enamorado de su reflejo hasta fusionarse con el agua quieta sin fondo.

El narcisismo pertenece menos al universo de los mitos estéticos que al de los mitos religiosos. Por eso reflorece sin cesar.

7. *El narcisismo y la organización dualista de las pulsiones.* Las teorías de las pulsiones se suceden en la obra de Freud. La libido narcisista opuesta a la libido de objeto ocupa una posición intermedia entre la primera de las oposiciones postuladas, que distingue pulsiones de autoconservación y pulsiones sexuales, y la última, que enfrenta pulsiones de vida y pulsiones de muerte. Es costumbre ver en esta última elaboración un cambio de rumbo que Freud habría llevado a cabo. No hay nada de eso. Si el vínculo entre pulsiones de autoconservación y libido narcisista es, por así decir, natural, me parece que la redistribución de los valores pulsionales de la última teoría de las pulsiones obedece a la lógica teórica de Freud. Reconsideremos la situación. Ya lo señalamos, Freud establece una constante: la sexualidad permanece durante toda su obra; la posición eminentemente conflictiva de la sexualidad lo lleva a buscar, por vía de tanteos, lo que le podría oponer: la *pulsión antisexual*. La biología parece indicarle el camino en una primera aproximación, puesto que el "instinto" de autoconservación goza de reconocimiento unánime: el hambre y el amor gobiernan los apetitos de los seres vivos. El segundo tiempo por el que Freud libidiniza al yo establece una rivalidad competidora entre las inversiones libidinales de objeto y del yo. Weissmann influyó en esa elección. No obstante, Freud, fiel a su referente, la especie, somete el yo a la perpetuación de la vida. En su pensamiento, el individuo nunca alcanza la condición de concepto. Nos dice en "Introducción del narcisismo", refiriéndose una vez más a la biología:

"El individuo lleva realmente una existencia doble, en cuanto es fin para sí mismo y eslabón dentro de una cadena de la cual es tributario contra su voluntad o, al menos, sin que medie esta. El tiene a la sexualidad por uno de sus propósitos, mientras que otra consideración lo muestra como mero apéndice de su plasma germinal, a cuya disposición pone sus fuerzas a cambio de un premio de placer; es el portador mortal de una sustancia —quizás— inmortal, como

51

un mayorazgo no es sino el derechohabiente temporario de una institución que lo sobrevive. La separación de las pulsiones sexuales respecto de las yoicas no haría sino reflejar esta función doble del individuo"³⁴

Apuntemos aquí que el yo, a su vez, puede ser investido por el sentimiento de inmortalidad, como lo pone de manifiesto Rank a raíz del doble. Doble existencia, pero también estructura doble del yo: mortal e inmortal cuando se identifica con esa parte de él que se trasmite en su descendencia, pero que él incluye en el presente por la constitución del gemelo fantasmático para el que la muerte no existe.

³⁴ S. Freud, en *La vie sexuelle, op. cit.*, pág. 85. [AE, 14, pág. 76.]

La introducción de las pulsiones de muerte en *Más allá del principio de placer*; el retorno del principio de inercia del "Proyecto" bajo la forma del principio de Nirvana postulado por Barbara Low indican, en consecuencia, un vuelco dialéctico. El yo inmortal invierte sus metas: la exaltación de vivir lleva al apaciguamiento de morir. Hay entonces un yo tanatofílico o, para permanecer en el universo poético de Keats, un yo *half in love with death* (medio enamorado de la muerte). Pero el objeto es "fautor de excitaciones", como lo es el mundo exterior. Las relaciones reflexivas que se instauran entre la organización narcisista del yo y el objeto hacen comprender sin duda que la destrucción del objeto puede cobrar la forma reflexiva de la autodestrucción. ¿Quién comienza? Problema vano, porque la idea de sucesividad no es pertinente en una organización así; lo que prevalece es la simultaneidad, y esta no puede menos que llevarnos a pensar la coexistencia de la destrucción del objeto (fundador del narcisismo, e investido narcisistamente) y la destrucción del yo que aspira a encontrar la indiferencia. ¿Es para encontrar un *bienestar*? ¿O para huir de un mal-estar? También aquí está dada de manera simultánea la coexistencia de los dos movimientos "huida de" y "aspiración a". Esta indiferencia buscada con pasión es, obsérvese bien, intolerancia hacia la indiferencia de los otros (lo que Freud, con acierto, pone en la raíz de la paranoia). El punto de equilibrio de esas tensiones, que tiende a su anulación recíproca, es la inmovilización en el punto cero, insensible a las oscilaciones del otro y del yo en el estado inmóvil. Indiferencia entre lo bueno y lo malo, adentro y afuera, yo y objeto, masculino y femenino (o castrado). La plenitud del narcisismo se obtiene tanto por la fusión del yo con el objeto, cuanto con la desaparición del objeto y del yo en lo neutro, *neuter*.

La lógica freudiana procederá entonces, en este momento, a una nueva división: Eros, pulsiones de destrucción. Si las entidades míticas son embarazosas para nuestra epistemología, basta con oponerles

52

la ligazón y la desligazón, la conjunción y la disyunción. Categorías estas de una lógica tranquilizadora. Hace falta todavía que sea dialéctica. Es decir que estas relaciones se conciban interdependientes. No hay ligazón efectiva sin una desligazón individuante, no hay ligazón sin recombinación. Conjunción, disyunción constituyen un eje principal; este se articula con su complemento: lo Mismo y lo Otro. El conjunto de sus relaciones define lo que se llama la relación de objeto v la relación narcisista (la *Ego relatedness*, de Winnicott). Toda la historia del desarrollo se desenvuelve aquí: la escena primordial (unión de los padres), la separación de los compañeros (disociación de la pareja), el embarazo (inclusión ligadora del hijo, al cuerpo de la madre), el parto (disyunción del cuerpo materno), la relación con el pecho (refusión debida a la prematuridad), la constitución del yo (separación individuante) las fijaciones pregenitales en relación con el objeto (autoerotismo plural fragmentante), la triangulación edípica (articulación de las relaciones entre prohibición separadora y reunión por identificación con el rival), el ingreso en el mundo cultural (distinto del espacio familiar), la sublimación (conjunción con el mundo cultural, aunque sea en el cuestionamiento), la adolescencia (como duelo separador de los padres), la elección de objeto (reunión derivada) y, nuevamente, la escena primitiva. Este fresco pudiera parecer normativo: de hecho no es más que la trayectoria de la repetición. Contempladas con alguna perspectiva, las variaciones (culturales o individuales) son desdeñables. De todas maneras, la muerte está al final del recorrido; se dice que es inconcebible para el inconciente. Es para repensarlo. El narcisismo negativo es el complemento lógico del narcisismo positivo, que vuelve

inteligible el paso de la teoría de las pulsiones que opone libido narcisista y libido de objeto, a la última teoría de las pulsiones, de vida y de muerte. La muerte, ¿una "pulsión"? ¿Es así? A esta pregunta, aquí y ahora, sólo podemos responder con el silencio.

Si el narcisismo fue abandonado por Freud en el camino, so pretexto de que su teoría era demasiado compatible con la teoría de aquel en quien había reconocido a su heredero antes de descubrirlo como disidente, Jung -quien prefirió ser su propio ideal, antes que ser el elegido del ideal de Freud-, se debe quizás a que Freud descubrió demasiado tarde que su solución teórica caía en el mismo Círculo de lo que criticaba, con lo que amenazaba arruinar su propia originalidad. Y si prefirió oponer a Eros las pulsiones de destrucción, fue porque tomó conciencia de que aun las ilusiones más aparentemente indestructibles son susceptibles de desaparecer. Defender la pulsión de muerte era confesarse que el psicoanálisis, como las civilizaciones, es mortal. Era el genuino sobrepasamiento de su propio narcisismo, aunque no dejó de creer en una ciencia *anidealógica*.³⁵

53

En el punto de partida, un ideal científico: descubrir las leyes de lo inconciente. Un héroe: Edipo y su doble juicio, menos osado pero más reflexivo, José, que no alcanza el reino, sino un poder mucho más grande, puesto que interpreta los sueños del Faraón. En la trayectoria de su obra, tres pares:³⁶ Leonardo, que prefiere el saber a la representación; Shakespeare, recreador de la escena del mundo y, por fin. Moisés, que trasmite las Tablas de la Ley sofocando su cólera, pero a quien el pueblo, incapaz de renunciamento, asesinará. Es quizá ya el presentimiento de un final posible de lo que se ha llamado la ciencia judía.

La última nota póstuma, del 22 de agosto de 1938, dice: "Mística, la oscura percepción de sí del reino que está fuera del yo. del ello".

Donde era el ello. . . Pero el yo es demasiado narcisista para hacer renuncia. Inmortalidad del yo. . . Sin embargo, la muerte vigila.

Números y figuras del narcisismo

Si el narcisismo, inevitablemente, nos conduce a pensar por fuerza el más impensable concepto del análisis, a saber, lo *Uno*, no se podría afirmar que es un concepto unívoco. El narcisismo es el *Deseo de lo Uno*. Utopía unitaria, totalización ideal a la que todo cuestiona: el inconciente, en primer lugar. De hecho, la delimitación del *corpas* conceptual nos obliga a distinguir diferentes valores.

En nombre del narcisismo primario: la entidad unitaria. Pero esta ya se escinde en lo Uno y lo Único. Lo Uno es la entidad en principio indivisible, pero que es susceptible de desdoblarse, de multiplicarse. Cuando entra en la constitución de una cadena, es el objeto de operaciones aditivas y sustractivas. Uno más o menos; multiplicado o dividido; así queda definida la operación del sucesor, por lo tanto del predecesor.

¿Con qué se liga, de qué se desliga, lo Uno? Con otro, de otro Uno: siempre el Otro. Adición y sustracción se pueden transformar en multiplicación y división. $1 - 1 = 0$. Cero es a la vez número y concepto (Frege³⁷). $1 + 1 = 2$. Pero uno, en el

³⁵ Cf. Althusser, *Philosophie et philosophie spontanée des savants*, Maspero.

³⁶ Y dos contramodelos: Schreber y Dostoievski. Demasiado destructores.

³⁷ G. Frege. *Etudes logiques et philosophiques*, Seuil. Cf. A. Creen, "L'objet *a* de J. Lacan, sa

comienzo, no es, psicoanalíticamente. Porque 1 sólo deviene 1 por la separación de lo que Nicolás Abraham llamaba la unidad dual. Uno nace, entonces, de la sexión (sexualidad) que reclama la recombinación genética (de las dos mitades) para formar la unidad biológica. El desarrollo psíquico parte de ese "Dos en Uno", que después de la separación \

54

de la pérdida del objeto da nacimiento a lo Uno: lo Uno del Otro que precede al Uno Mismo. Para permanecer en la Unidad $1 \times 1 = 1$. ¿o uno que se multiplica sólo produce la unidad. *idem* para la división. Es preciso por lo menos que 1 se una a 2 ($1 + 1$) en la multiplicación para engendrar la serie de los números pares. A partir de la segunda multiplicación, 2 se multiplica por sí mismo. Es la serie de los números divisibles por dos: los dobles. En consecuencia, el Uno remite al Doble. A la inversa, el doble implica la división por dos. Aplicada al Uno, tenemos la fracción llamada mitad. La mitad tiene un estatuto único. Si el Uno está formado por dos mitades, cada una de estas comprende a la vez un estatuto de división y de incompletud, y no obstante cada mitad es unidad constituyente de la unidad formada por la unión de las dos mitades. Recordemos los mitos de los gemelos.³⁸ Es exactamente la definición clásica del símbolo: la contraseña. De hecho, cada mitad tiene una doble identidad en tanto es por ella misma *una* mitad, y en tanto es mitad por constitutiva de la *unidad*. Escisión fundamental que tiende a anularse en la fusión. Comprendemos entonces que la relación narcisista sólo puede concebir al Otro según el modelo de lo Uno. En efecto, la verdadera unidad es la unidad de la pareja. Es lo que descubrimos en el psicoanálisis; me refiero a la práctica psicoanalítica.

No obstante, el narcisismo primario se mueve por su parte en dos direcciones:

1. Hacia la *elección de objeto*, elección del Otro. *Alter ego*; después, sin ego: *alter*. La diferencia parecía reducida a cero en el doble, pero en verdad la diferencia no desaparece nunca. Los mitos de los gemelos la restablecen en forma mínima, discreta, o máxima (cuando uno es mortal, e inmortal el otro).³⁹ El doble, la simetría, se convierte en disimetría,⁴⁰ similitud (lo semejante no es lo idéntico), diferencia. No obstante, el *narcisismo secundario* permite re tomar la ciudadela propia recuperando (quitando, dice Freud), de los objetos, las investiduras que tienen adheridas. Lo *Uno reingresa en si mismo*.
2. Hacia el *narcisismo primario absoluto*, en que la excitación *tiende a cero*: el *narcisismo negativo*. Señalé ya que negativo tiene dos sentidos (por lo menos). Es lo inverso de lo positivo, por ejemplo, el odio opuesto al amor, donde el amor se espeja en forma invertida:

55

en esa encontrada presencia, el amor no puede anular al odio; Lacan lo escribe (*Seminario XX*) "*hainamoration*" (odiamoramiento). Pero, por otra parte, lo negativo remite al concepto puro de la anulación. La confusión imperante en el psicoanálisis durante mucho tiempo hizo que se tomara el segundo sentido por el primero, lo que anulaba el concepto del 0. Ambigüedad del cero: concepto y

logique et la théorie freudienne", en *Cahiers pour L'analyse*, 1966, n°3.

³⁸ En "Répétition, différence, répliation" (*Revue française de psychanalyse*, 1970, n° 3) hemos expuesto el parentesco entre el mito que narra Aristófanes, en *El Banquete*, de Platón, mito que Freud interpreta a su manera, y el código genético de Watson y Crick. Por su parte, T. Sebeok, en *L'unité de l'homme* (Seuil), ha sostenido que del código genético al del lenguaje, todos los códigos forman una unidad o se articulan unos con otros

³⁹ G. S. Kirk, *Myth*, Cambridge University Press.

⁴⁰ R. Caillois, *La dissymétrie*, Gallimard.

número (Frege). Los principios -y entre ellos el de Nirvana- tienden a... sin alcanzar nunca el término de lo que está en el principio de... De otro modo no se trataría de un principio. La curva asintótica tiende a 0, sin alcanzarlo jamás. De igual modo, no existe un placer absoluto ni una realidad absoluta. El cero sustenta -no hay equilibrio inestable- la categoría de lo Neutro. He conceptualizado esta categoría bajo los auspicios de lo *blanco*,⁴¹ del inglés *blank*. *Rima blanca* = rima neutra. Le doy a usted carta blanca = abduco de toda voluntad. Firmo un cheque en blanco = asumo todo el riesgo de desposeerme de todo bien. Inútil es recordar la diferencia entre un matrimonio de blanco y un matrimonio blanco (casto). La psicosis blanca es para nosotros el reino de la desinvestidura radical, tela en la que se inscribe el cuadro de la neo-realidad delirante.⁴² Bion propuso el concepto del 0 como estado de lo incognoscible. Ante la pregunta sobre si valía por cero, rechazó esa interpretación para afirmar que se refería al objeto como divinidad, verdad absoluta, infinito.⁴³ ¿No podríamos compararlo con el concepto del Otro en Lacan, salvada la diferencia de que para este se trata del "tesoro del significante"? El mismo no lo admitiría, seguramente. Propongo la solución del *objeto cero*. Neutro.

Todas esas operaciones implican los conceptos de ligazón y desligazón cuyas figuras presenta Freud: mitos "soberanos e indefinidos" de Eros y las pulsiones de destrucción. Lo Neutro es insostenible; cae de Un lado o del Otro. Por ello se liga y/o se desliga, en lo Mismo o en lo Otro.

Estos tres tipos de valores narcisistas forman diferentes figuras geométricas. Es imposible pensar el narcisismo sin referencias espaciales. En posición central situaremos la *esfera*. No hace falta ir a buscarla muy lejos: Freud la llamó "bola protoplasmática". Esta esfera está limitada por su envoltorio exterior de límites variables (los seudópodos). Clausura espacial que procura al individuo el sentimiento de estar en casa propia. De hecho, la esfera da albergue al sí-mismo, y puede constituir en su periferia el "falso sí-mismo", de Winnicott, formado a imagen del deseo de la madre. Uno remite al Otro. En ese intercambio, Winnicott mostró el papel de espejo del

56

rostro de la madre: de hecho, su mirada. Es preciso que el bebé pueda verse en ella antes de verla. a fin de que pueda formar sus objetos subjetivos, es decir, narcisistas. El espejo, por otra parte, es un *plano*, una superficie de reflexión, un área de proyección. Ahí se inscriben el doble y el Otro. Lacan ha descrito bien el papel de la imagen del Otro en la totalización ilusionante del narcisismo unificador, conferida al yo por el reconocimiento; este, desde luego, presupone el reconocimiento por el Otro. La proyección, del mismo modo, puede formar una imagen idealizante (de Uno o del Otro) o, al contrario, perseguidora (de los mismos). Su combinación está en la base del delirio, cuyo antagonismo es la muerte psíquica. También aquí son posibles diversas direcciones, una de las cuales es el *doble trastorno*⁴⁴ de la organización narcisista, creador de la banda de Moebius, que la interpretación de Lacan nos enseñó a reconocer. Aquí no tomaremos en consideración la topología lacaniana. Pero sabemos, también, que la esfera y la imagen proyectada se pueden expandir y retraer. Winnicott, por

⁴¹ En este punto no debería escribir nada y dejar un blanco para no hacer positivo el concepto. Quedaría a cargo del lector inscribir ahí su significante.

⁴² Cf. J. L. Donnet y A. Green, *L'enfant de (a)*, Ed. de Minuit

⁴³ W. Bion, *Brazilian Lectures*, Imago Editora (1975).

⁴⁴ Constituido por la combinación de las dos defensas primarias vuelta sobre a persona propia y trastorno hacia lo contrario.

medio de su concepto del área intermediaria, nos hace comprender el papel de la *intersección* en el campo compartido de las relaciones madre-hijo. La separación de **las** esferas en estado de reunión da nacimiento al espacio potencial donde se produce la experiencia cultural. He ahí la forma primaria de la creatividad sublimatoria, donde la sublimación y la creación constituyen los *objetos transnarcisistas*.

La intersección óptima tiende a la creación del afecto de *existencia*. Sentimiento de coherencia y de consistencia, apoyo del placer de existir, que no es cosa espontánea, sino que debe ser instilado por el objeto (el elemento femenino puro de Winnicott); ese sentimiento se muestra capaz de tolerar la admisión del Otro y la separación de él. En efecto, el destino de lo Uno es vivir en conjunción y/o separación con el (del) Otro: la capacidad para estar solo frente a alguien signa esta evolución favorable. El yo (*Je*) se pierde y se reencuentra en el juego.

A la inversa, también son posibles otros destinos. Así, la invasión por el Otro, anhelada y temida, ilustrada por los estados de fusión. El peligro es aquí la explosión y la implosión (Laing),⁴⁵ mutuamente catastróficas, lo que Bouvet llamaba *acercar de acercamiento* (*rapprocher de rapprochement*) y *acercar de expulsión* (*rapprocher de réjection*) que se observa en la despersonalización.⁴⁶ La fusión lleva consigo una dependencia absoluta respecto del objeto. La *pasivación* supone la confianza en el objeto. La seguridad de que el objeto no abusará del poder que de ese modo se le confiere. Más allá, el miedo a la *inercia*, a la muerte psíquica, es un espectro

57

horrible, combatido por defensas activas y reactivas, lo que conjura los peligros de la confusión de las dos esferas en una sola, pero en que una absorbe a la otra: proyección del narcisismo de la relación oral canibalica. donde muy pronto se insinúa la primera figura de la dualidad comer-ser comido. En lugar del tercer elemento de la tríada de Bertram Lewin. comer-ser comido-adormecerse. lo que se teme es la desaparición de lo Uno. del Otro o de su unidad fusionada y reconstituida por la decoración del Otro o por el Otro. No obstante, la tolerancia a la fusión es tan necesaria como la necesidad de existir en el estado separado. Es el lugar del distingo entre el estado no integrado —de valor benéfico— y el estado desintegrado —de valor maléfico- (Winnicott).

Por fin. la *retracción del si-mismo* es la última defensa. Perseguido en sus refugios, no le queda más recurso que el retraimiento *puntual*, que se acompaña de la muerte psíquica y acaso también de la muerte a secas. Se ha demostrado⁴⁷ que la retirada total representa el hundimiento del yo tras la quiebra de los mecanismos de defensa, ordinarios o excepcionales, que intentan hacer frente a las angustias psicóticas: angustia traumática, producto de las energías no ligadas, puesto que la ligazón permite la solución de la angustia empleada como señal de alarma. *El punto se convierte en la solución final*. Punto cero.

Los números remiten a las figuras, y las figuras a los números, narcisistas todos. ¿Qué se liga? ¿Un cuerpo (volumen), una imagen (superficie), un punto (límite mínimo)? Quizás un lenguaje.

⁴⁵ R. Laing, *Le moi divisé*, Stock.

⁴⁶ Bouvet, *Oeuvres complètes*, Payot, vol. I.

⁴⁷ Cf. G. Engel. "Anxiety and Depression Withdrawal: The Primary Affect-of Unpleasure". *Int. J. of Psycho-Anal.*. 1962, 43. págs. 88-97.

Funciones gramaticales elementales de los enunciados narcisistas

Una de las funciones del lenguaje es constituir una *representación* tanto del sujeto unitario como de su pensamiento. No retomaremos ahora las reglas de la lengua lacaniana (la lengua incluida). El análisis muestra que aquí las palabras más bien flaquean. Decir por virtud de lo no dicho, de lo mal dicho y de "No es lo que quiero decir" produce la denegación: "¿Cómo desdecirse?". El discurso analítico supone una doble articulación. La asociación libre, la regla de "decirlo todo", implica una deriva sintagmática, ilógica a los ojos del sentido, pero simultáneamente cada sintagma tiene que seguir obedeciendo a la lógica gramatical. Con todo eso, lo que tenemos en mira aquí es la investidura narcisista de los elementos fundamentales de la frase: sujeto, auxiliares, verbo y complemento.

58

1. *El sujeto*. La bibliografía psicoanalítica en los últimos años parece dar testimonio de un sentimiento de incompletud frente a la terminología del narcisismo. Se han propuesto diversos términos para llenar vacíos. Se ha completado el concepto freudiano del yo por medio de las *variantes lexicales del sujeto*. El sí-mismo, que difiere según los autores (Hartmann, Jacobson, Kohut o Winnicott), es la apelación más aceptada, no sin resistencia (Pontalis).⁴⁸ Muchos autores le atribuyen el valor del yo global portador de las investiduras narcisistas que fundan el sentimiento de identidad (Lichtenstein). Otros prefieren destacar la diferencia entre el *Moi* y el *Je*, sea en una perspectiva existencial (Pasche) o en una lingüística (Lacan) o aun como saber sobre el *Je* (Castoriadis-Aulagnier). Por fin, el sujeto recibe acepciones diversas; la de Lacan, de espíritu estructuralista, se singulariza respecto de las otras acepciones, casi siempre descriptivas. La ambigüedad del concepto de yo total o de yo instancia ha merecido un esclarecimiento de J. Laplanche, quien concibe al yo como metáfora del organismo: sistema-yo que funciona según un régimen endógeno singular, si no autónomo. Además de estas designaciones, los autores tratan de identidad, de individuación (Mahler), de personalización. Todas estas formas de la *ipseidad*, si tienen derecho de ciudadanía, presentan empero el peligro de un desplazamiento conceptual que puede llegar a ser grave si lleva consigo concesiones fenomenológicas, si no existenciales. Así las cosas, por justificadas que estén las referencias a la clínica, sería deseable que la experiencia no se tradujera en una paráfrasis metapsicológica de un pensamiento que en verdad es descriptivo, y no teórico. El tema mismo es responsable de esa inducción. Abordar el narcisismo es en cierta manera, si no de manera cierta, ser proclive a una tautología teórica. El yo inconciente tendría que ponernos sobre aviso, pero la "buena forma" o el "alma bella" del yo narcisista tiende a seducirnos en la teoría, que hace jugar los reflejos de su apariencia. Sin duda que los hábitos terminológicos prevalecerán en definitiva. Los términos importan menos que la manera en que se los emplea. Acaso el narcisismo espera todavía la revelación de su estructura inconciente, que parece discernible con más facilidad en el campo de las pulsiones objetales.

Lo que ha producido esta sobreabundancia de concepciones anejas o vicarias del yo freudiano es probablemente la cuestión de la diferencia entre *Moi* y *Je*, que Freud ignora, deliberadamente sin duda. "En cuanto a mí, yo. . . [*Moi, je. . .*]" se dice a menudo, como para ilustrar la escisión y la diferencia. En opinión de los

⁴⁸ Cf. J.-B. Pontalis, "Naissance et reconnaissance du self", en *Psychologie de la connaissance de soi*, P.U.F.

especialistas en lenguaje y comunicación, una de las particularidades del lenguaje humano, y no la menos importante, es que se trata de

59

un sistema auto-referente (*self-referring*): "Yo deseo que. . .", "Yo creo que. . .", en lo que está envuelta la problemática narcisista. "En cuanto a mí, yo creo que el narcisismo no es lo que se dice que es. . .". Interviene en esto el distingo entre sujeto del enunciado y sujeto de la enunciación, puesto de relieve por R. Jakobson. Por nuestra parte destacaremos que el lenguaje *en su conjunto* cobra en la cura analítica esa doble función por referencia a los demás modos de comunicación. Así, *lapsus* y chistes son y no son "puro enunciado". El lenguaje es singular-plural: no sólo por el "nosotros" mayestático, sino porque la pluralidad de los pronombres de la primera persona hace a esta necesariamente plural, mientras que la primera persona del plural es singularizante. "En París, nosotros pensamos que el narcisismo no es lo que en otras partes se dice que es". Enunciado que de hecho esconde dos personas, el autor de estas líneas y su destinatario singular. Esto nos lleva, en fin, a situar el pronombre personal en el terreno de la afirmación y de la negación, las que aseguran funciones convergentes de cohesión narcisista y de pertinencia discriminativa. No obstante, está claro que lo rehusado por la negación regresa en la afirmación, y lo afirmado continúa negando su relación con lo denegado. De todas maneras, esta diferencia se inscribe en referencia a "él". "El (Freud) me habría dado la razón, sin duda". Al cabo, siempre se trata de situarse en posición de *representante* de una función de representación.

2. La cuestión de los *auxiliares* es esencial. De manera espontánea acude a nuestra mente la referencia al ser, y Winnicott, sospechado de complacencia junguiana, no vacila en abordar el problema, no sin despertar reservas. Freud, en sus notas póstumas, señala con claridad la confusión entre "tener el pecho" y "ser el pecho".⁴⁹ Acaso conviniera inventar una fórmula para remplazar el "Yo soy" común. "Tengo-soy el pecho" sería más apropiado si recordamos que tener adquiere aquí el sentido de incorporar y de introyectar, lo que permite ser. Los haberes del sujeto, sus posesiones, como dice Winnicott, están expuestos a variaciones cuantitativas cuyos efectos conocemos. Pero es la variación cualitativa la que interesa para dar razón de lo que está en juego. Se habla de angustia ante las peripecias de las relaciones de objeto; y de herida, de sufrimiento

60

y de dolor, cuando es ofendido el narcisismo. Es decir, cuando el sujeto se siente tocado en su ser. Ahora bien, si el ser es sentimiento de existir, si sustenta la lógica de lo propio, es también ser en devenir. Es ser traspasado por el tiempo, suceda lo que le sucediere. La afección más narcisista no impide que el tiempo pase, el cuerpo envejezca, el mundo cambie, el ser se transforme (no obstante que sigue siendo el mismo ser). Corresponde entonces crear, por el verbo *advenir*, el

⁴⁹ Recordemos sus palabras: " 'Tener' y 'ser' en el niño. El niño tiende a expresar el vínculo de objeto mediante la identificación: 'Yo soy el objeto'. El 'tener' es posterior, vuelve de contrachoque al 'ser' tras la pérdida del objeto. 'El pecho es un pedazo mío, yo soy el pecho'. Luego, sólo: 'Yo lo tengo, es decir, yo no lo soy. . .' ". ("Conclusiones, ideas, problemas", *SE*, 23, pág. 299-300 [*AE*, 23, pág. 301.]) Tengamos presente que esta nota, del 12 de julio de 1938, comienza con una referencia a la identificación con el clítoris, es decir, a la diferencia de los sexos y a la desmentida que esta interpretación provoca.

equivalente del auxiliar alemán *werden* (*Wo es war, soll ich werden*). Haber sido (en el pasado)-deber (en el futuro)-advenir.

3. El apoyo de la acción es el verbo, que para el psicoanalista no es más que *verbo pulsional*. El narcisismo está presente en él por la reflexividad que dice la escisión "Yo me". Vuelta sobre la persona propia y trastorno hacia lo contrario, de la actividad a la pasividad. No siempre está claro el lazo de la forma pasiva con el narcisismo. Si yo me amo (o me odio), hay sin duda pasivación, pero no la misma que cuando enuncio: "Soy amado" o "Soy odiado". El segundo caso implica al objeto, mientras que el primero se funde con él en la fusión imaginaria. De hecho se trata de una "amancia" sin objeto. Es en la pasivación confiada donde se puede formar el doble trastorno constitutivo del yo (*Je*). Es una trayectoria, un circuito que llegado el caso se puede convertir en corto circuito, *shunt* del sistema objetal. Se puede entonces escribir: "En el principio era el verbo", desdoblado verbo del lenguaje y verbo de la pulsión. Pero ¿qué relaciones guardan entre sí? Los movimientos de expansión y de retracción del yo testimonian esa reflexividad: "Soy dueño de mí (= yo me domino), así como del Universo (= así como domino al Universo)". Comoquiera que sea, el desdoblamiento sigue operante. Una paciente de Bouvet decía, hablando de su despersonalización: "Soy el mundo y el mundo es yo". Está claro que aquí la fusión puede hacer cesar el desdoblamiento para llevar al trastorno completo, a la *ecuación* narcisista. Se le podría oponer el "Porque era él, porque era yo", que funda la reunión en el reconocimiento de la diferencia. Ahora bien, el verbo siempre es activo, y sólo por trastorno adquiere la forma pasiva. De ahí la idea de Freud: la libido es siempre masculina. Corolario: la pasividad es segunda. No hay pulsiones pasivas, sino pulsiones de *meta* pasiva ("Pulsiones y destinos de pulsión", 1915). Sin embargo, sabemos que, al contrario, el bebé es pasivizado porque depende de ser objeto de los cuidados maternos. De ahí la controversia: Freud se sitúa en el punto de vista del niño pequeño que vive de manera activa sus pulsiones, mientras que Balint contempla la escena comprobando la pasividad del niño que necesita del amor materno. La complementariedad de ambos sugiere la idea de madre adaptada a las necesidades del hijo: unidad de la diada. Sin embargo, Diatkine ha señalado, con acierto, la importancia de la inadecuación de la

61

madre en virtud del desplazamiento originario. En este punto cabría interrogarse sobre la pertinencia de los pronombres. ¿Yo es enunciable? Si lo fuera, implicaría el tú a un plazo más o menos prolongado. De hecho, se trata sin duda, como afirma J.-L. Donnet, que en esto se apoya en Benveniste, de la importancia de él, concepto del tercero excluido.⁵⁰ "On" (se) incluye a todo el mundo, salvo el yo. La proliferación de trabajos construidos sobre el modelo de "Pegan a un niño" (*On bat un enfant*), como "Matan a un niño", de S. Leclair; "Hablan de un niño", de J.-L. Donnet. trae consigo la necesidad de una reducción: "Hacen un niño". Respuesta del pastor a la pastora: "A mí no me la hacen", porque el narcisismo tiene una sensibilidad a flor de piel para el engaño. Aquí el espejismo es siempre decepcionante. La ilusión no tiene función alguna positiva. "Eso no existe". Dicho de otro modo, "Usted no es más que un analista".

4. Tenemos por último el *complemento de objeto*. ¿Qué objeto? Ahí está toda la cuestión. En este punto nos vemos remitidos una vez más a los diferentes tipos de investidura objetal o narcisista: primaria secundaria, puesto que el narcisismo

⁵⁰ J.-L. Donnet, "On parle d'un enfant", *Revue française de psychanalyse*, 1976,40, págs. 733-39.

primario absoluto es anobjetal. Se nos insinúa la investidura narcisista del tipo que Freud describe en la identificación primaria; y con ella, la dependencia del objeto. La pérdida del objeto, en el duelo, o la simple decepción, produce la herida narcisista, que en sus formas graves lleva a la depresión. La autodesvalorización (aun la indignidad) es su señal específica. Pareciera que el objeto fuera contingente; el narcisista sólo le concede una existencia dudosa o, por el contrario, hace depender de su existencia su razón de vivir. Pero en uno y otro caso, la pérdida del objeto revive la dependencia, hace aflorar el odio bajo la tristeza y muestra, apenas velados, los deseos de devoración y de expulsión. El objeto es un *complemento de ser*. Conocidas son las discusiones que giraron sobre el objeto en psicoanálisis y el objeto del psicoanálisis.⁵¹ Aquí se plantea el problema de las relaciones entre objeto parcial y objeto total. En oposición a Lacan, quien afirma que el objeto sólo puede ser parcial, creo que la alternativa es más complicada. Puede ocurrir que la pulsión se exprese sin inhibición de meta, en cuyo caso será por fuerza parcial; o que intervenga la inhibición de meta, en cuyo caso sobreviene la totalización del objeto, pero con una pulsión que ya no se despliega plenamente. Lo imposible es la relación entre pulsión de meta no inhibida y objeto total. Con una excepción, quizá: la relación sexual amorosa. De ahí, la función del objeto narcisista y la dialéctica

62

programada que antes expusimos. La superación de la investidura narcisista del objeto no es, como se cree, el objeto objetal u objetivo, sino el objeto potencial del espacio transicional. De esta manera se evita la identificación con el modelo normativo del analista. La identificación con la función analítica queda definida si se agrega que el analista es, en sentido etimológico, el *hipócrita*, el que está por debajo de la crisis *para poder hacer su papel*; así llamaban a los actores. El papel analítico se pliega a las exigencias de la intriga: es trágico, dramático o cómico, o todo al mismo tiempo. El repertorio del analista, su posibilidad de hacer esos papeles -a cada paciente su papel- para ser su objeto en una identidad flotante, sólo tiene validez en el marco de la "Otra escena", la del consultorio analítico. El analista hace su papel merced a la identificación secundaria, primaria o narcisista. Esta se diferencia de la identificación primaria porque la fusión da nacimiento a las figuras de la dualidad. Cuando la identificación narcisista permite el establecimiento del narcisismo positivo, puede instaurarse el juego, el juego de hacer su papel, en la capacidad de estar solo en presencia de alguien. Un complemento al que se puede ignorar, que tiene que estar ahí para que se lo pueda desconocer. *Un trato singular*.

En el caso Schreber, y justamente a raíz del narcisismo, Freud expuso las transformaciones que en el delirio sufren el sujeto, el verbo, el complemento. No consideró los auxiliares, que, sin embargo, acaso son los referentes implícitos del sistema. Comoquiera que fuere, el mero hecho de que el lenguaje sea capaz de sustentar la estructura narcisista, a punto tal que las transformaciones de las relaciones internas entre sus elementos pueden dar una imagen de la economía pulsional; ya ese hecho, decimos, nos sugiere que el lenguaje puede ser el refugio narcisista más inexpugnable en la pretensión de crear formas cerradas, capaces de recuperar hasta los más patentes desfallecimientos del discurso. Lo esencial es, en todo caso, la producción de un sintagma, es decir, de una unidad lingüística autosuficiente. El imperativo se conforma con una palabra: "Hablemos" o "Vayámonos". El sintagma no es una unidad, sino una metáfora de unidad donde

⁵¹ Véase A. Green, "La psychanalyse, son objet, son avenir", *Revue française de psychanalyse*, 1975, n° 1-2, págs. 103-34.

descubrimos la oscilación metáfora -metonímica de G. Rosolato. Ahora bien, para hablar de narcisismo, es decir, de una señal individuante, hace falta un estilo. Mil y una maneras de decir "Yo me amo". Pero ¿es eso todo?

Estilo del narcisismo trasferencial

El análisis de las transferencias narcisistas hizo que Kohut y Kernberg adoptaran posiciones opuestas en su interpretación de la autonomía del narcisismo o de su indisociabilidad de las pulsiones pregenitales, la agresividad en primer término. No tomaremos partido

63

en esta controversia; en cambio, abordaremos el problema del narcisismo en la transferencia desde el ángulo del *estilo discursivo* propio del narcisismo, y propio de cada paciente. A raíz del análisis de los contenidos no descubrimos divergencias notables entre los autores. En cambio, son escasos los que tuvieron la idea de que el narcisismo se podía considerar desde el punto de vista del funcionamiento mental, desde luego, pero, específicamente, del *estilo del discurso trasferencial*. Contemplamos aquí dos situaciones, de las que acaso una no es más que la caricatura de la otra, si bien la modificación cuantitativa se traduce en modificaciones cualitativas. En la transferencia de las estructuras que no son particularmente narcisistas, no sólo se puede hablar siempre de un vértice narcisista, sino que se puede sostener que todo material admite siempre ser comprendido según el vértice narcisista y según el vértice objetal, lo que explica la reticencia de ciertos analistas a adoptar el concepto de narcisismo. La experiencia de la transferencia es, en este sentido, perturbadora. En la medida misma en que la interpretación reconduce a la persona del analista el mensaje que en principio no le estaba destinado, ¡es el analista quien puede ser tachado de narcisismo! También es él quien formula la hipótesis de que el analizando no tiene más opción que hablar del analista o de él mismo. El marco analítico de referencia hace necesarios estos axiomas. Si afirmamos que es indispensable la pareja de asociación libre y atención flotante, es sin duda a fin de percibir un circuito de intercambios entre el sí-mismo y el objeto, que a su vez se redefine en una segunda duplicación. Así, el objeto se escinde en investidura objetal del objeto y en investidura narcisista del objeto, del mismo modo como el sí-mismo es portador de investiduras narcisistas y objetales cuando se convierte en su propio objeto. Se asiste a una oscilación permanente de las investiduras narcisistas y objetales, tanto de sí-mismo como del objeto. Desde luego que esta inestabilidad relacional depende de los intercambios entre analizando y analista; y por cierto que no es ajena a las variaciones técnicas, cuando inducen, para no decir que exaltan, la expresión narcisista, o cuando por el contrario el narcisismo es objeto de una persecución por parte del analista, que no puede dejar de lado sus connotaciones peyorativas y fuerza, de rechazo, la "objetalización". La querrela entre "narcisismo" y "antinarcisismo" parte de interpretaciones diferentes sobre hechos clínicos e hipótesis genéticas, interpretaciones de las que ninguna se logra imponer. El debate queda circunscripto a su interés heurístico, no obstante lo cual lleva a actitudes técnicas diferentes. En mi opinión esas discusiones sólo tienen un interés relativo; en efecto, lo que importa es el estudio de la relación de la transferencia narcisista con la transferencia objetal. y sus intersecciones. Para ser más exactos, digamos que en toda relación analítica es preciso distinguir vértice

narcisista y vértice objetal; tomar en consideración las singularidades de las transferencias

64

narcisistas signadas por las estructuras narcisistas (neuróticas. de carácter, perversas, depresivas o psicóticas) y. por último, circunscribir una organización narcisista fundamental, habida cuenta de la valorización de este o aquel rasgo pertenecientes al *corpus* narcisista, según lo hemos deslindado.

Más interesante es abordar desde este ángulo el funcionamiento mental. He sostenido el concepto de la *heterogeneidad del significante*:⁵² estados del cuerpo propio, afectos, representaciones de cosa y de palabra, actos, he ahí sus elementos constitutivos. Es el juego -económico, tópico, dinámico- lo que confiere interés a esos distingos. Pero si esas diferencias están presentes en todo discurso, cualquiera que sea, se equilibran de manera particular en el discurso narcisista. Su articulación puede servir a objetivos diferentes, pero que son convergentes en definitiva. El conjunto de los enunciados constituye una cubierta narcisista, un "protector antiestímulo", si se quiere, revestimiento protector que da refugio al cuerpo. Ese escudo es también estético y moral, el discurso obedece a la exigencia de formar una totalidad bella. Esa es la función del discurso *narrativo-recitativo*, que liga los elementos del funcionamiento mental para obrar como pantalla entre el analizando y el analista. El silencio hace un papel simétrico. Así, se podría decir que discurso y silencio, cada uno a su modo, toman a su cargo la misma tarea. Silencio pesado, espeso, que comunica el sentimiento de la opacidad y de la impenetrabilidad. Sin fisuras. La brecha de la transferencia o el filón asociativo quedan enmascarados por el desarrollo discursivo del hilo de la palabra. El analista se siente frente a un filme, del que no puede ser otra cosa que el espectador.

En" otras variantes, el discurso narrativo-recitativo no se conforma con obrar como pantalla. Una función activa se suma a la resistencia pasiva: el discurso rechaza (¿será lícito decir que reprime?) la presencia del analista, objeto que se percibe como invasor. El movimiento narcisista hace algo más que oponerse a la escucha: asegura los límites del analizando. Pero como estos no pueden correr el riesgo de establecerse en las amenazadas posiciones fronterizas de la vanguardia, se vuelve preciso conjurar la amenaza narcisista penetrando en el territorio del objeto, con el propósito de neutralizarlo. Desde luego que el analizando quiere vivir lo que le hace vivir el análisis. Pero eso es asunto de él. Le ocurre "algo" y, Por desagradables que sean las invasiones en la esfera del sí-mismo, se pueden tolerar a condición de que no se las perciba como efectos del objeto, que de esa manera cobraría una importancia indeseable Para el narcisismo. Las resistencias de realidad —exteriores y atribuibles al rol del medio social- son traídas al primer plano para contrarrestar la extrema tonalidad narcisista de la percepción de la

65

realidad, *sobre todo* la social. No olvidemos que Freud señaló la sexualización de las relaciones sociales en la paranoia. De hecho, el análisis exhaustivo lleva a la conclusión de que el reconocimiento de la realidad exterior en la niñez ha sido objeto de un conflicto muy activo, cuyas secuelas se ponen todavía de manifiesto en las oleadas de despersonalización. A este efecto es preciso agregar el papel de la acentuación, en la vertiente objetal de la transferencia. de la diferencia de los sexos. ¿Se lo debe llamar una proyección? El contrasentido sería creer que el

⁵² Cf. A. Green, *Le discours vivant*, *op. cit.*

analizando pretende proyectar algo sobre el analista o en él. En realidad, lo que pide del objeto es que sólo sea en la posición que él le consiente: testigo, imagen, reflejo, punto de fuga; en todo caso, sin existencia carnal: una posición no tanto fantasmática, como fantasmagórica; una sombra de objeto.

Tercero y último punto: la investidura narcisista del objeto y, de manera refleja, la investidura narcisista de lo que dice el objeto, es decir el lenguaje mismo. El lenguaje de los analistas, su estilo interpretativo, su escritura, permiten identificarlos. Sea seco (seudocientífico), abrupto (falsamente simple), lírico (el canto del deseo), precioso (¡Ah! Si con palabras galantes. ..), embrollado (nada es simple) o gongorino (cuando pretende imitar el genio del sí mismo inconciente), el catálogo, lejos de quedar agotado, comunica la imagen de malogro del narcisismo, del que Freud ha sido uno de los pocos que salieron indemnes. Mantener fascinado al lector, en ausencia del analizando (¡ah! si se le pudiera decir. . .), he ahí la venganza del analista, ese hipnotizador que debió renunciar a fascinar, para analizar.

Ahora bien, para analizar hace falta un discurso analizable. El discurso narrativo-recitativo excluye al objeto, por el hecho mismo de que este deja de ser un testigo. Sólo el discurso asociativo es analizable, si es que se quiere salir de una interpretación que cobra la forma de una paráfrasis, que sin embargo puede tener su utilización en la medida en que hace de eco a la palabra de un analizando que necesita ser *oído*. Que necesita, quiero decir, ser oído por *alguien*, y no tanto ser analizado en sentido estricto. Pero ese análisis no es lo que se entiende por psicoanálisis. El discurso asociativo, con censura levantada, es el producto de una desligazón que admite ser religada de otro modo. El sujeto narcisista no puede correr el riesgo de desligar su discurso; pareciera que la mera desligazón del lenguaje tuviera el poder de destruir la imagen del sí-mismo asediado por la fragmentación. Por eso apunta a un discurso cohesivo y adhesivo. Se podría sostener que el discurso asociativo tiene en su base las pulsiones parciales, no las de tipo autoerótico, sino las que están en relación con el objeto. Dentro de la relación de confianza con el objeto, el analista entonces recogería los fragmentos dispersos, con miras a una coherencia nueva. Por el contrario, el discurso narrativo-recitativo sólo aspira a hacerse reconocer co-

66

mo tal, *en si*; se empeña en prevenir toda desligazón posible y apunta al mantenimiento de su forma. Discurso eminentemente "gestaltista". donde fondo y figura tienden a la unidad.

El peligro del análisis de las organizaciones narcisistas es que al deseo de cambio invocado en la demanda de análisis, antes que este comience, se opone una fidelidad a sí mismo, guardiana del narcisismo, que prefiere el fracaso del análisis al riesgo que supone el cambio consistente en la apertura al objeto. Y esto, fuera de toda referencia pretendidamente adaptativa.

Discurso del vértice narcisista de la transferencia, o discurso de la transferencia narcisista, los dos casos nos obligan a considerar el papel de la palabra en el análisis. Si la palabra es mediación entre cuerpo y lenguaje, cuerpo a cuerpo psíquico, la palabra es *psijé*. Espejo o, más bien, juego de espejos prismáticos que descomponen la luz de los cuerpos o recomponen el espectro de los rayos luminosos. Pero es también relación entre un cuerpo y otro, una lengua y otra, entre Uno y Otro. En verdad, no es solamente relación; es *representación de relaciones*. Como tal tiende a la autonomía, sin embargo de ser dependiente, interdependiente porque es intersubjetiva. En este sentido no es palabra narcisista aunque pueda ser representante del narcisismo o del objeto. Pero puede ser

palabra objetal, y hasta objetiva. Aun en ese caso sigue siendo relación y mediación. Interpsíquica e intrapsíquica, crea un *medio de lenguaje* entre mundos objetivos, entre mundos objetivos y subjetivos, y entre mundos subjetivos. Su función es reunir, pero también dividir; en virtud de sus propiedades, es símbolo de Mismidad y de Alteridad. En todo caso, es *palabra plural*, que tiende más allá de lo Uno y de lo Otro, hacia lo Neutro donde cada quien se podría reconocer. La palabra no es, entonces, ni narcisista ni objetal; menos aún, objetiva. Pero es todo eso al mismo tiempo en su aspiración a la neutralidad. La Ley pretende ser Ley de Dios, inengendrado, que es lo que Es. Pero en definitiva cada quien sabe que es sólo palabra humana, falible, palabra paterna o materna. Es siempre palabra de *infans*. Es grito. Pero el grito es la ambigüedad misma, de goce o de dolor o, en los valores medianos de los hombres, de placer y displacer. Tampoco el silencio evita la ambigüedad: silencio de quietud, de desesperación o de impotencia. Sólo el silencio de Dios es indiferente. Por eso, para el analista, el discurso, palabra y silencio, es siempre *diferido*.

El lenguaje es tributario de esos fines, que, todos ellos, apuntan a transformar al Otro en Neutro en beneficio de lo Uno. Ahí comienza la paradoja. Uno sólo se puede sentir existente en virtud del Otro, que empero es preciso volver Neutro. En consecuencia, Uno, a su vez, no es más que Neutro.

Sujeto del enunciado y sujeto de la enunciación: el sujeto narcisista se vale del lenguaje para hacer coincidir en la medida de lo Posible a los dos; para reducirlos a un solo punto que, de hecho, es

67

un punto en suspenso, un calderón. Silencio y palabra son, al cabo, lo mismo. Se podría decir que el doble "yo" (*Je*) pierde su función en un "él" metafórico, donde el célebre juego de palabras sobre "Nadie" vehiculiza la función del tercero excluido: "él" es neutro. Esa es, en efecto, la paradoja del Narciso: la afirmación extrema de la subjetividad se duplica en su extrema negación, y encuentra su escansión, o su puntuación, en lo neutro. Inestabilidad esencial desde la cual las oscilaciones entre Uno y Otro pondrán en marcha la estructura, siempre a la busca de un nuevo punto de equilibrio. La *estancia*, como reposo, morada, y la *estasis*, como detención, inmovilización, estancamiento, alternan en las figuras narcisistas.

Ya los griegos habían percibido el carácter único del lenguaje, que habla a la vez del mundo y de él mismo (apuntemos, de pasada, que esta es la característica del lenguaje analítico). Los modernos han retomado el distingo entre "lenguaje-objeto" y "metalenguaje". Comoquiera que se juzgue la pertinencia de la oposición de Lacan al concepto de metalenguaje, no se puede menos que reconocer que el lenguaje-objeto no se basta a sí mismo para dar razón de lo que se subsume en el término de metalenguaje, ni aun escindiéndose. Si el lenguaje poético es el aspecto lingüístico más cercano, por su espíritu, al discurso analítico, no podemos dejar de recordar, con Winnicott, que nadie aceptaría ser el poema de otro. Entonces, si nos molesta lo "meta" (pero ¿por qué nos molestaría más que en "metapsicología"?), es porque desconfiamos de toda referencia al más allá. Aquí nos viene a la memoria el desconcierto que ha provocado en los analistas, hasta hoy, el "*Más allá*" del principio de placer. Lo que tenemos por seguro es que estamos frente a un sistema de oposiciones encajadas unas en otras; de ellas, la pareja lenguaje (sobre el) objeto-lenguaje reflexivo (el lenguaje que habla sobre sí mismo) se superpone con el distingo entre el discurso objetal y el discurso narcisista, pero sin confundirse con él. El discurso narcisista y el lenguaje reflexivo se duplican uno a otro inconcientemente. A saber, el discurso narrativo

"olvida" que habla sólo del lenguaje mismo, que es un lenguaje sin objeto. Lenguaje reflexivo que es su propio objeto. En el análisis, el discurso narrativo-recitativo carece de objeto, o tiene su objeto fuera de él, en una relación de fascinación hipnótica cuyo fin último es reducir aquel a su albedrío: dominar para no ser dominado, aunque sólo fuera en el lenguaje. Es la palabra oracular de los maestros, de los amos. Sólo admite el consentimiento, y responde a la palabra del otro rechazándola a las tinieblas exteriores. Imposible circunscribir aquí la dificultad de las relaciones entre mensaje y código: ¿no tiende el oráculo a su coincidencia? Así las cosas, sólo puede suscitar vocaciones de apóstol, más que de psicoanalista.

Lo propio del fantasma de dominio de sí y del objeto es que sólo a condición de negarse como tal puede sostenerse en su enunciación. El amo se dice dominado él mismo. Pero sólo él lo puede

68

decir. La totalización es negada por referencia a una verdad, y esta se declara inasible: estatua mutilada cuya forma completa es reconstituida por aquellos a quienes se muestra. Nos encontramos así con otra particularidad de la transferencia narcisista, a saber, las relaciones que mantiene con la metonimia y la metáfora. Ella, en su principio, supone que todo lenguaje, puesto que no podría ser el portador de un concepto de unidad cerrada, es metonímico. Pero esa metonimia se vuelve metáfora. Una vez más estamos frente a la oscilación metáfora-metonímica, que G. Rosolato eleva a la condición de concepto ordenador. Para el tema que abordo, preferiría hablar de una sustitución metafórica de la metonimia. Así el lenguaje es metonímico, no sólo frente al mundo, sino dentro del discurso analítico, puesto que por lo menos se admite, sin lugar a dudas, que el lenguaje no es "lalengua". En cambio, el lenguaje se convierte en la metáfora de "lalengua". Los efectos de lenguaje dejan de ser sintagmáticos para volverse paradigmáticos. Y si es cierto que la noción central de "lalengua" se podría llamar *multiplicidad inconsistente* (J.-A. Miller),⁵³ es también indudable que encontramos la *unidad consistente* de la teoría lacaniana bajo el concepto del significante. J.-A. Miller dice: "Lo *Icc* es Uno en Dos. Está hecho de partes a la vez incompatibles e inseparables. Es un ser que no puede ser *ni dividido, ni reunido, un torbellino o una conmutación*" (las bastardillas son nuestras). ¿Cómo es posible entonces el análisis? Salvo que el analista se sitúe en el ojo del torbellino, posición narcisista por excelencia. La falta no es unificable en un solo concepto, porque, como dice J. Derrida: "Algo falta de su lugar [la castración-verdad], pero la falta nunca falta ahí".⁵⁴ Se puede entender mejor por qué "La carta robada" puede hacer las veces de *sesión*. Es un discurso narrativo. El análisis que se nos hace hacer deja fuera el relato como tal, que es por cierto la marca de ese escrito porque el relato es el portador del narcisismo. Como he dicho en otro lugar,⁵⁵ la unidad se reencuentra bajo el concepto del significante. Si "lalengua" no es la lengua, entonces es imposible que su elemento constitutivo sea el significante. Poner el significante como constitutivo de "lalengua" no es engendrar un efecto de sentido, por más torbellino que fuera, sino, necesariamente, hacer resurgir de la escucha "la confusión de las lenguas" (Ferenczi). Al trauma-catástrofe, el lenguaje narcisista responde con la clausura del sistema aislado.

⁵³ J.-A. Miller, "Théorie de la langue (rudiments)", *Ornicar*, 1975, 1, págs. 16-34.

⁵⁴ J. Derrida, "Le facteur de la vérité", *Poétique*, 1975, 21, págs. 96-147.

⁵⁵ A. Green, *Le discours vivant*, *op. cit.*

¿Lengua "anterior al significante"? Antes que caer en las trampas de un genetismo proclive a todas las confusiones imaginarias, preferiría, con P. Castoriadis-Aulagnier, hablar de *representante*;

69

en esto retomo la idea de que la psique no puede representar sin representarse, y que su representación nunca es una o unificable, o aun inseparable del saber sobre el yo (*Je*) en el ejercicio de una violencia. La diferencia entre el significante y el representante está en que el representante es un representante de transferencia (de deseo de sentido), mientras que el significante es la transferencia de un representante. Y si es cierto que "el significante es aquello que representa un sujeto para otro significante" (Lacan), se podría decir que el representante es lo que significa un sujeto para otro representante. Lo impresentable no es el significado (más bien, sería polisémico), sino lo representado, es decir, en la teoría psicoanalítica, lo inconciente, que siempre se tiene que deducir por medio de la transferencia. Si lo simbólico gobierna en efecto la psique, sólo puede hacerlo articulando lo inconciente y lo real por la comprobación de su irreductible diferencia. Es preciso entonces recurrir a un modelo más general, como el de Heinz von Forster, quien especifica, con mucho acierto, que las propiedades lógicas de la "invariancia" y del "cambio" son propiedades de *representación* de primer orden, de segundo o de tercero.⁵⁶ Agrega este autor que un "formalismo necesario y suficiente para una teoría de la comunicación no debe contener símbolos primarios que representen *communicabiliae* (símbolos, palabras, mensajes, etc.)". En esta perspectiva podemos decir que, si tanto la lengua como "lalengua" son metafóricas, es porque necesariamente remiten a algo diverso de ellas mismas. Pero el narcisismo es su límite, en la medida en que toda descripción implica al que la describe. Este límite no es superable ni insuperable, si se quiere decir que puede o no puede ser franqueado. Ahora bien, por su naturaleza misma de límite, supone que otra cosa *es*: el objeto que le ha permitido constituirse como tal. La propiedad de este límite consiste en ser una articulación en torno de la cual la investidura se vuelve sobre sí misma y se trastorna hacia su contrario en el espacio narcisista donde la espera el trabajo del lenguaje. Ahí la investidura hace obra de transferencia. El lenguaje es el efecto de reflexión del acto imposible. Si es su representación, no es su imagen, sino la fascinación del haberlo *dicho*. Entonces, ya no habla de él, sino que lo habla en la misma medida en que es hablado. Y por más que uno señale el lugar de la falta de decir, el resultado es bello, lo bastante para atarearse en llenar la falta de decir, más que la falta de ser, de vivir, de hacer. Es que para todo esto es preciso por lo menos ser dos uno con el otro. Destacar esos términos con mayúsculas cuando se designa al tercero, sólo tiene sentido para la Escritura. De esto prescinde la transferencia, que es el representante del tercero, es decir la relación.

70

La representación *liga y desliga*. Liga en el mismo movimiento el mundo, el discurso, el sujeto que es imposible que difiera por esencia de la estructura del mundo. Pero, a lo sumo, se tratará de una representación desligada.

El análisis oscila entre dos ilusiones: la de un discurso íntegramente transmisible, integrable en el discurso mismo, un *decir trascendental* (lo que sale al encuentro de la ambición de los lingüistas, de un lenguaje no equívoco), y la de algo incommunicable, intrasmisible, donde lo in-decible escapa a la índole del

⁵⁶ H. von Förster, "Notes pour une épistémologie des objets vivants", en *L'unité del l'homme*, Seuil.

lenguaje: lo *no-dicho trascendental*. Entre dos: la representación y el afecto, es decir lo inconciente entre las palabras y las cosas. El narcisismo aspira a la unidad egótica, al *alter ego*, a lo Neutro, como reconciliación de la oposición de Uno y Otro.

La escucha del narcisismo y la contratrasferencia

Todo código supone su fragmentación, por el emisor, en mensajes más o menos polisémicos (sólo el código genético puede ser rigurosamente monosémico), lo que implica la existencia de mensajeros para la transferencia del mensaje, cuya representación es reconocida por un mediador que la trasmite a un destinatario cuyo código debe estar en una relación de diferencia eficaz con el emisor. La transferencia psicoanalítica calza en este modelo, y está encerrada entre el vértice de un marco narcisista absolutamente singular (en el límite, intrasferible) y el vértice objetal que condena a hacer transferencia a cambio de mantener la existencia de una relación entre emisor y destinatario, y en el interior de cada uno de ellos. Los aspectos cuantitativos y cualitativos están aquí ligados, como lo están también los puntos de vista económico, tópico y dinámico. Sus referentes axiales son la ligazón y la desligazón, lo Mismo y lo Otro unidos en una red de relaciones interdependientes.

Esto nos lleva necesariamente a la contratrasferencia como escucha y como efecto de transferencia. Transferencia concebida como efecto, él mismo inducido por la contratrasferencia -en el sentido lato-,⁵⁷ en la medida en que el analista establece las modalidades de la comunicación: palabra acostada, invisibilidad del destinatario, convocación de los mensajes de lo inconciente, código de sus desciframientos por el rodeo de la actividad psíquica del analista, que se sujeta a su aparato psíquico conectado con el del paciente. Así las cosas, un doble movimiento signa al análisis: la narcisización del analista, que reconduce a sí todo el discurso en la medida en que él es, en definitiva, su destinatario; y la objetalización de ese discurso en la interpretación

71

que él dará. Para ese circuito, entonces, es prerequisite que el analista sea planteado como análogo del analizando, a la vez el mismo (por la identificación) y el otro (por la diferencia).

El discurso narcisista induce una contratrasferencia que depende de la forma exclusiva, inclusiva o replicativa que cobra dentro de la transferencia. Al discurso de exclusión del objeto, el analista responde con un sentimiento de aislamiento: separado del paciente, de sus afectos, de su cuerpo, puede reaccionar con la agresividad y aun la ira (narcisista), el aburrimiento y hasta la acción de dormirse. El analizando parece vivir un sueño en que sería a la vez el que sueña y el que recita el sueño. El cuadro del prisionero de Schwind⁵⁸ semeja al analizando acostado en su prisión, aislado del mundo como el prisionero de Platón en su caverna. Pero en lugar de percibir la sombra del carcelero, los personajes del sueño representan unos agentes auxiliares: gnomos, de los cuales el que asierra los barrotes se parece al soñante (Freud *dixit*); están a horcajadas de su rey, al tiempo que un personaje femenino, alado, da de beber a esos amables libertadores. El analista, ausente del cuadro, es sin duda el espectador, testigo de

⁵⁷ Cf. Michel Neyraut, *Le transfert*, P.U.F.

⁵⁸ Cf. los comentarios que hace Freud sobre este cuadro en la "8a. conferencia", de *Conferencias de introducción al psicoanálisis*.

la escena. Pero, a fuerza de sentirse aislado del mundo del sueño, bien pudiera suceder que no le quedara más solución que convertirse en el dormir del soñante.

A la forma invasora, englobante del discurso narcisista, el analista responde con la aceptación pasiva de su devoración o, si se defiende, con una represión: *Noli me tangere*. Cuando obra así, y sin duda inadvertidamente, repite el rehusamiento de los cuidados maternos o la distancia glacial de un padre inaccesible.

Por último, ante las trasferencias descritas por Kohut, el analista reacciona con la tentación de tomar al pie de la letra la transferencia megalomaniaca del analizando. Así se establece una complicidad en que el analista se convierte en el único garante del deseo del analizando; el análisis de formación crea las condiciones más favorables para ese desenlace. O bien, en el mismo caso, se sentirá agredido en su alteridad, por el hecho de ser percibido sólo como un doble del paciente. Preferiría una imagen de él mismo más modesta, pero más respetuosa de su individualidad. La contratransferencia exige del analista (me refiero aquí a situaciones en que el discurso narcisista no domina la palabra analítica) narcisizar los fragmentos estallados del discurso del paciente, es decir: recogerlos imprimiéndoles una forma diferente. El discurso narcisista cerrado lo obliga a renunciar a esta tarea puesto que no tiene ahí nada para recoger; en efecto, ese discurso permanece siempre más o menos cerrado sobre sí mismo. Produce entonces una desinvertidura de la situación analítica y, tras la reacción estética frente a la frustración analítica, un repliegue narcisista

72

más o menos extenso. Una contratransferencia que no contraría el desenvolvimiento del proceso analítico, constituida con el conjunto del discurso narrativo-recitativo y el discurso asociativo, que en toda cura alternan según las exigencias del momento a la busca del punto de equilibrio entre investiduras narcisistas e investiduras objetales; una contratransferencia así, digo, es la que puede desempeñar, de manera sucesiva y simultánea, el papel del objeto total y del objeto parcial. Contradicción esta insuperable de la constitución del sujeto en la relación. Es imposible pensar la situación analítica si no se tiene presente que el analista, lejos de sustentarse en su exclusivo deseo, está él mismo sujeto al desenvolvimiento del proceso analítico: está ahí para servirlo, y no para servirse de él.

La contratransferencia no puede ser desolidarizada del ideal del yo del analista, es decir, de su orientación profesional. Dicho de otra manera: si el analista quiere conducir a su paciente, que se defienda o que lo confiese. Hoy la diáspora analítica nos enfrenta con elecciones culturales diferentes. Para Freud, el resultado del análisis era la sublimación (que atañe a las pulsiones), diferente de la idealización (que se refiere al objeto). Pero hay en Freud una idealización de la sublimación, que deja traslucir su elitismo. Hartmann desplaza ese referente hacia la adaptación. Pero de dos cosas, una: o la adaptación es *de facto*, y entonces pierde todo interés teórico, o es *de jure*, en cuyo caso plantea los problemas, asaz conocidos, de la normatividad analítica; y estos en verdad nunca se superan porque, cualquiera que sea el referente, aun el más revolucionario, no por ello es menos normativo. La escuela inglesa prefiere el crecimiento: *growth*. Pero si en la práctica se advierte bien qué quiere decir esto, la teoría ofrece más dificultades al pensamiento. Dentro de la escuela inglesa, Melanie Klein desemboca en la reparación; esta hace de cada quien el contristado de un duelo permanente, que machaca su culpa después de los estragos de una destrucción de la que se hace responsable. Winnicott, más modesto, prefiere el juego: acaso es lo más próximo

a ese otro referente implícito de Freud, el humor. Lacan, por fin, se sitúa en el par contradictorio de goce-castración (verdad). Muy bien por la contradicción, pero ¿qué hacer con ella? Dos imperativos alternan: "Goza" dice el superyó en desafío de la castración, pero esta se muestra la más fuerte, lo que a su turno produce una nueva procura de goce. Círculo vicioso que paradójicamente conjuga la adaptación a las corrientes culturales modernas y el sometimiento al poder castrador de una Ley paterna. Reich dice: "Modifiquemos el mundo", porque es cierto que modificarse uno no alcanza para soportar la crueldad del mundo. Pero ese desplazamiento nos aparta de la realidad psíquica.

Por nuestra parte, creemos que el referente psicoanalítico, que supera el dilema narcisista (cambiar uno mismo)-objetal (cambiar a los otros), es la representación de la realidad psíquica interna y de la realidad física externa, entre las cuales la realidad social hace

73

de transición. Pero en esto corremos el riesgo de ser tributarios de nuestros prejuicios culturales: narcisismo de las pequeñas, o de las grandes, diferencias. Toda cultura es por esencia paranoia. Sólo afirma su identidad narcisista por negación de las demás. Remplazar la cultura nacional por la pertenencia a una clase no modifica esencialmente el problema. La representación, me parece, es la única apertura hacia la aproximación a una verdad de la que somos los sujetos. Que esté por construir no modifica su posición de referencia.

¿Qué dice la representación? ¿Cuál es su modelo? Aquí es preciso reunir cuatro elementos, todos ligados por relaciones biunívocas: la ligazón, la desligazón, lo Mismo y lo Otro. Aquí, en fin, descubrimos suturadas las sucesivas teorías de las pulsiones, de Freud, y sobre todo las últimas dos: el narcisismo (positivo y negativo) y las pulsiones de destrucción. Lo Neutro ocupa el centro, siempre fuera de sitio en la vida, porque lo Neutro le es ajeno.

Mito y tragedia: diccionario y folio

¡El mito de Narciso, por fin! Más bien los mitos, puesto que el diccionario mitológico recoge tres versiones, y una cuarta en que se agosta la vitalidad de la leyenda.⁵⁹

Ovidio nos cuenta la leyenda más conocida. Narciso es hijo del río Cefiso y de la ninfa Liriope: filiación que gravitará pesadamente sobre su destino. Tiresias, siempre en la senda del psicoanalista, pronuncia, a su nacimiento, un oráculo: Narciso sólo llegará a viejo si no se mira. La asociación con Edipo es casi forzosa. Decididamente, este ciego es el sacerdote de la ceguera psíquica y física. Como Narciso era muy hermoso, muchas jóvenes se enamoraron de él. Pero él les oponía su indiferencia, porque despreciaba el amor. La ninfa Eco no se resignaba. Languideció, se retiró del mundo, se negó a tomar alimento alguno, hasta llegar al punto en que sólo fue una voz. Cuando la forma incompleta ya no se puede nutrir de la forma deseada, la voz queda como la única huella de la vida; lo visible se desvanece. Esta desmesura del desprecio hace que las ninfas llamen a Némesis: retorno de lo forcluido. Cierta día de mucho calor, Narciso, excitado después de la caza (actividad masculina bajo la protección de la viril Artemisa), tuvo sed. Tras la anorexia de Eco, tenemos la sed de Narciso. Pero ¿sed de qué? Del río

⁵⁹ P. Grimal, *Dictionnaire de la mythologie grecque et romane*, P.U.F. Basamos nuestra interpretación en el artículo del diccionario, y no en los textos originales. Interpretación de interpretaciones.

-paterno- y no de la mujer, eco de la madre. La fuente (el origen) le devuelve una imagen que él no reconoce; queda prendado, enamorado de ella: "Si no me amas, te amarás a muerte sin reconocerte", debió de decirse

74

Eco. Hete aquí que Narciso, como antes Eco, se vuelve también insensible al mundo: identificación vengadora con el doble de la madre. Inclinado sobre su imagen (¿no podemos decir que se apuntala en ella?), se deja morir. No es un suicidio, sino una renuncia a continuar viviendo. El Cefiso es ahora la Estigia, donde la mirada de Narciso se encarniza en descubrir sus rasgos. Resurrección: la flor que con el héroe de la leyenda no tiene más parentesco que el nombre.

La versión beocia dice otra cosa y la misma para el oído del psicoanalista. Los orígenes de Narciso sólo son definidos un poco más con respecto a la geografía. Es oriundo del Helicón, morada favorita de las Musas, que gustaban de reunirse en torno de una fuente cerca de Tespias. Aquí es un joven el que lo ama: Ameinias (elección homoerótica de objeto). Harto de ese cortejo importuno, Narciso (que no lo ama), para desembarazarse de él, le ofrece una espada. El símbolo, polisémico como es, no requiere de comentario en su transparencia. Ameinias, que ha comprendido, se penetra con el objeto y muere ante la puerta de Narciso maldiciendo a su desdenoso objeto. La maldición remplaza al oráculo: viraje psicológico. La continuación es la misma: la fuente, la imagen de sí tomada como objeto de amor. Pero aquí se dice que Narciso se suicida: identificación con el objeto, extremada hasta la muerte. En consecuencia, los habitantes del lugar, los tespiasinos, erigen un culto al amor. En fin de mito, el oráculo es remplazado por el culto: con posterioridad. De la sangre de Narciso nace una flor roja, color de vida, o de castración.

Pausanias, por último, dice, él también, lo Mismo y lo Otro. Da a Narciso una hermana gemela: he ahí, por fin, la bisexualidad. La joven muere; la muerte ya no es fruto de la pasión. Duelo de Narciso, inconsolable. Cuando se ve en la fuente, reencuentra ahí la imagen de la muerta. "Aunque sabía muy bien que no era su hermana, tomó el hábito de mirarse en las fuentes para consolarse de su pérdida". Pero ¿qué veía entonces? Pausanias racionaliza la leyenda, en obediencia a la inspiración evhemerista.

La cuarta versión es en verdad incomprensible. Las variaciones han afectado el núcleo de inteligibilidad semántica, que las anteriores preservaban. Narciso es muerto por cierto Epops (o Eupo), y de su sangre nace una flor.

Narciso tiene entonces tres objetos, dos de ellos repulsivos: Eco y Ameinias; y atractivo el tercero: su hermana gemela. En las dos primeras versiones, desprecia el amor (heterosexual, tanto como homosexual); en la tercera, ama su mitad como a sí mismo. Se ama o la ama (ella-él). Su fin difiere: en la primera versión, se deja morir; en la segunda, se suicida como el que lo ama, pero a quien no ama. En la primera versión, se ahoga; en la segunda, se hiere; en la tercera nada se dice sobre su fin. En la versión inicial y en la siguiente, hay resurrección. De pasada, señalemos la semejanza entre el

75

mito de Narciso y el de Hermafrodita.⁶⁰ No es lícito decir que la versión de Ovidio es la verdadera, pero es la más rica por la alusión al oráculo (es un destino), la oposición del cuerpo visible y de la voz, la referencia a las imágenes parentales y la ausencia de duelo; trabajo del narcisismo. Por esto habló a Freud. Narciso era

⁶⁰ Cf. "Bisexualité et différence des sexes", en *Nouvelle revue de psychanalyse*, 1973, n° 7.

joven y bello: todas las versiones lo dicen (salvo la última, que ya no dice nada). El narcisismo es una enfermedad de juventud.

Es preciso completar esta visión mítica con una visión trágica simétrica e inversa. Una figura acude a mí, la del padre narcisista: Lear. Shakespeare, el más grande autor sobre el narcisismo (*Ricardo II, Hamlet, Otelo*), nos lo muestra sin piedad. Lear quiere ser amado por él mismo. La busca de amor choca con el "Nada" de Cordelia. Le hace retorsión, en eco: " ¡Nada!", después en espejo: "De nada no sacarás nada. Habla pues" (acto I, escena 1).⁶¹ Pero su hija guarda secreto su amor y hace reserva de la parte de amor destinada al esposo que le ha sido prometido. La continuación es conocida. Cuando sus malas hijas aúnan sus empeños para reducir su turbulento séquito, la puja de subasta al revés lo desespera; en vano exclama "Les he dado todo": los cien caballeros se hacen cincuenta, veinticinco, diez, cinco. Por último, una dice: "¿Para qué queréis aunque fuera uno sólo?". Es demasiado. Lear prorrumpe: "Dad a la naturaleza sólo lo que ella necesita, y el hombre tendrá la vida lamentable de la bestia" (acto II, escena 4). La desesperación culmina en el yermo, en medio de la naturaleza hostil, el negro cielo rasgado por la tempestad donde truena el Dios de la montaña (se supone que la acción transcurre en los tiempos bíblicos). Lanza la maldición sobre sus hijas y todo el género humano. Vayamos a lo esencial,⁶² pues todo se podría citar aquí sobre el narcisismo destructor de aquel de quien dirá una de sus malas hijas: "Nunca se conoció a sí mismo". Ante el pobre Tom, que, para escapar a la maldición persecutoria del otro padre, simulaba la locura como verdadero esquizo, Lear, transido de horror y de piedad, exclama: "Mejor estuvieras en la tumba, que no responder con tu cuerpo desnudo a esta desmesura de los cielos. ¿Es que el hombre es sólo eso? Considéralo bien. No debes al gusano la seda, ni su piel a bestia alguna, ni su lana a la oveja, ni al ratón almizclero su perfume. ¡Ahí Aquí somos tres adulterados,⁶³ pero tú, tú eres la naturaleza misma {*thou art the thing itself*: la cosa misma), y el hombre

76

sin accesorios no es nada más que este lamentable animal desnudo y ahorquillado que tú eres. ¡Al diablo las cosas prestadas, al diablo! ¡Vamos, quitadme eso!" (acto III, escena 4). No más objetos; el cuerpo desnudo vuelve a la cosa misma. Pero, después que reencuentra a la hija amada, la ilusión gobernará su razón hasta el final. La esperanza de reconquistar el trono queda deshecha por la batalla perdida; su hija es asesinada, no hay remedio. " ¡Miradla, mirad sus labios! ¡Mirad, mirad!" (acto V, escena 2). Con esa mirada que quiere leer los signos de la vida que escapa de esa boca muda, abandona la escena del mundo.

Shakespeare nos remite a Freud. Al hombre Freud, obsesionado por la muerte; al que en secreto llamaba Cordelia a su prometida,⁶⁴ al autor de "El motivo de la elección del cofre". La gran ausente de la tragedia es la madre, ese elemento puramente femenino (Winnicott), fundador del narcisismo originario. Tres figuras la representan; la generadora, la compañera, la muerte. Freud ve en la imagen del anciano que carga con su hija muerta lo inverso de la realidad: la muerte indiferente que carga con el anciano. Un límite al narcisismo, donde el narcisismo sobrevive a la muerte; la filiación y la afiliación.

77

⁶¹ Recordemos que Shakespeare no inventa la situación, que ya se narra en Holinshed (*Holinshed's Chronicle as Used in Shakespeare's Plays*, Dent and Outton). Pero escribe.

⁶² Para más detalles, véase A. Green, "Leai ou les voi(es) de la nature", *Critique*, 1971, n° 284

⁶³ Lear, el loco y Edgar

⁶⁴ Breuer, a quien confió este secreto, le reveló que hacía lo propio.

2. El narcisismo primario: estructura o estado (1966-1967)

A la memoria de J. M.

En el instrumental teórico del psicoanálisis, ningún concepto ha conocido tantas revisiones modernas como el del yo. Para no mencionar las contradicciones que parecen inevitables a las formulaciones de que es objeto, su complejidad pareció tanta que buen número de autores posfreudianos pusieron el acento en un aspecto particular del conjunto de funciones que se supone asegura el yo, y de esa manera dieron de-este versiones muy diferentes. Por su lado, otro numeroso grupo de autores sostuvieron que era preciso completar la teoría freudiana del yo y agregar a este un sí-mismo (el *self* de los autores anglosajones) como instancia representativa de las investiduras narcisistas. Hartmann fue, sin duda, entre los autores posfreudianos, el que más abogó por la necesidad de un complemento a la metapsicología del yo. En esto siguió sus pasos Kohut, quien se convirtió en el más destacado heraldo de una línea de pensamiento a la que imprimió un importante desarrollo. Sin embargo, Grunberger lo había precedido en Francia por este camino; provocó cierta sorpresa y no pocas controversias cuando propuso considerar el narcisismo como una instancia, en pie de igualdad con el yo, el ello y el superyó. Muchos autores, siguiendo la senda trazada por Hartmann, o adoptando, en ocasiones, una orientación por entero diferente, han dado cabida al sí-mismo en sus concepciones. Así, autores tan alejados entre sí como Spitz, Winnicott, Lebovici, y aun los kleinianos, prefieren referirse al *self* más que al yo. Edith Jacobson introduce la idea de un *si-mismo primario psicofisiológico*. Conceptos afines, como los de *identidad*, que encontramos en los escritos de Erikson, de Lichtenstein, de Spiegel, o de *personación* (Racamier), están también más cercanos al sí-mismo que al yo.

Es un hecho que Freud no se ocupó mucho del estudio del narcisismo ni, sobre todo, de su devenir en la teoría, desde el momento en que renunció a sus anteriores tesis sobre la oposición entre libido yoica y libido de objeto, en favor del conflicto fundamental entre Eros y las pulsiones de destrucción o, de otro modo, entre las pulsiones de vida y las pulsiones de muerte. Y sin embargo, "Introducción del narcisismo" (1914) sigue siendo uno de los textos más vigorosos de Freud. Cualesquiera que sean las razones invocadas para su posterior desinterés hacia el narcisismo (la polémica con Jung), uno no puede menos que asombrarse por el hecho de que el inventor del concepto ni siquiera considerara conveniente explicar

78

cómo se debía reconsiderar lo que él mismo había descripto antes de manera tan convincente, insertándolo en un conjunto teórico diverso. No había omitido hacerlo, por ejemplo, con el inconciente, cuando la segunda tópica suplantó a sus ojos a la primera. Y ello es tanto más sorprendente cuanto que el papel del yo estaba destinado a cobrar acrecentada importancia a partir de la instauración de esta segunda tópica. Había entonces más de un motivo para que los lectores de Freud, los psicoanalistas en primer lugar, esperaran una reevaluación del narcisismo, que nunca se produjo.

No es extraño que este concepto a medias proscripto recobrara asidua presencia en los trabajos de los psicoanalistas; en efecto, la realidad clínica del narcisismo es un hecho, aun si la interpretación que se le puede dar varía de un autor a otro.

De los problemas que se refieren al narcisismo, ninguno más embrollado y controvertido que el del narcisismo primario. Tampoco hay otro que cuestione más la posición del yo. ¿Cómo admitir una línea de desarrollo que traza su trayectoria desde la indiferenciación o la fragmentación primitivas hasta una imagen unificada del yo, cuando la revolución epistemológica fundada en el concepto de inconciente postula una escisión insuperable, como lo atestigua el título de uno de los últimos escritos de Freud, "La escisión del yo en el proceso defensivo"? Tanto más cuanto que desde 1923 se afirma que el yo es inconciente en su mayor parte, y de particular modo en sus mecanismos de defensa. Si se liga el narcisismo de manera exclusiva al logro de Eros, uno de cuyos atributos esenciales es justamente avanzar hacia síntesis cada vez más vastas (lo que incluye, en particular, la síntesis de las pulsiones del yo), hay que plantearse el problema del efecto de las pulsiones de destrucción sobre las investiduras narcisistas y sobre el narcisismo primario. Es el objeto esencial de las reflexiones que siguen, que a menudo nos llevarán muy lejos de ese centro. La perspectiva que adoptaremos pondrá en tela de juicio un modo de concebir el narcisismo primario: como simple etapa o como estado de desarrollo psíquico. Nos empeñaremos en rebasar el plano de la descripción mítica, propia de toda reconstrucción fundada en el postulado genético, para tratar de aprehender una estructura del aparato psíquico, fundada en un modelo teórico.

"Para tales trabajos, no confío mucho en la llamada intuición; lo que de ella he visto, me parece más bien el logro de una cierta imparcialidad del intelecto".

El ensayo de reunir en una interpretación sintética el conjunto de las figuras o de los estados que Freud describe con la denominación de narcisismo no necesariamente es una tarea realizable. Las contradicciones que se descubren dejan al narcisismo en estado de problema abierto.

79

Narcisismo primario absoluto: ¿narcisismo del sueño o narcisismo del dormir?

La condición que domina a los demás aspectos del narcisismo, y que parece comandar la configuración que se impartirá al conjunto de sus formas, es la del narcisismo primario. La última vez que Freud emplea esta denominación, le agrega un calificativo que sugiere un intento de radicalizar este concepto. En efecto, habla de narcisismo primario *absoluto*.⁶⁵ Pero no nos equivoquemos. Aquí el narcisismo no se cita en el sentido de algo vivido, sino más bien como concepto, o quizá como parte de un concepto. En todo caso, no se advierte nada que se asemeje a una cualidad positiva del orden de lo vivido. No el sueño, sino el dormir se podría tomar como término de esta comparación. El dormir, que exige que el individuo se despoje de sus pertenencias, que Freud, humorísticamente, compara con las prótesis que compensan los defectos orgánicos (como las gafas), depositadas en los vestidores de los dormitorios del sueño. Si a Freud se le insinúa la comparación con un retorno a las fuentes de la vida, la permanencia en el vientre materno no se efectuará en un clima de victoria ni de expansión de ninguna índole. Las condiciones que para el caso se cumplen, como en la vida intrauterina, son "el reposo, el calor y la exclusión de los estímulos".⁶⁶ El

⁶⁵ *Esquema del psicoanálisis*, SE, 23, pág. 150. [AE, 23, pág. 148.]

⁶⁶ Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños", 5£, 14, pág. 222. [AE, 14, pág. 221.]

adormecimiento sólo se puede producir si previamente se abandonan los lazos, los bienes, las posesiones del yo, que repliega sobre sí sus investiduras.

Así las cosas, si el narcisismo primario es un estado absoluto, lo será sólo como el límite, que podemos llegar a concebir, de una forma de inexcitabilidad total. Pero esta misma noción de límite se presta a confusiones. No basta admitirla para que sea lícito introducir acto seguido una cualidad, una tonalidad afectiva cuya presencia pudiéramos explicar sosteniendo que lo vivencial que le es propio se situaría en la vía del narcisismo primario, más acá de un imposible cumplimiento de este. Los estados que se suelen describir con los términos que designan la felicidad no admiten ser amalgamados, si es que no se quiere abandonar el proyecto de considerar que la abolición de las tensiones es la tendencia esencial del narcisismo; así se destruiría, en efecto, el principio de quiescencia postulado por el narcisismo primario *absoluto*. Reparemos en que Freud no considera el sueño como una manifestación situada en el camino del dormir, sino, al contrario, como la expresión de lo refractario a ser reducido a silencio, y que el dormir está constreñido a admitir en su seno, so pena de interrumpirse (una brecha en el

80

narcisismo: es lo que Freud dice sobre los pensamientos inconcientes originadores del sueño, que infligen al yo del dormir una desmentida en su capacidad de hacerse obedecer); pues bien, del mismo modo, la elación o la expansión narcisistas, que connotan la regresión narcisista, le son por así decir ajenas y traducen una oposición del sujeto a ese deslizamiento hacia el silencio. En efecto, cuando el analizado siente que el analista ha dejado de estar presente en la sesión, habría que explicar por qué no se calla, por qué no enmudece. ¿Acaso no es en el momento en que su propio discurso amenaza condenarlo fatalmente a esa extinción para los ojos y oídos del analista, cuando lo sorbe como a un huevo, incorporándolo a fin de que el discurso no se interrumpa, sino que pueda proseguir, conjurada la amenaza de una ausencia que bien pudiera ser la suya? Es cierto que ese sentimiento se puede vivenciar en un momento de pausa, pero aun entonces su toma de conciencia y su enunciación son las señales de ruptura de un momento de esa índole.

Parece que Freud deseara llamar de manera distinta al narcisismo del sueño y al narcisismo del dormir. Cuando leemos el texto⁶⁷ con atención, nos damos cuenta de que aquí dos formulaciones muy próximas entre sí se deben tomar como el reflejo de dos modalidades diferentes, y no tanto como las orientaciones de un proceso único, cuya teoría, por otra parte, Freud no ofrece. En efecto, el narcisismo del sueño es el narcisismo del soñante; este, infaltablemente, es el personaje principal del sueño, que siempre en cierto modo está para la mayor gloria del soñante, punto de vista que los sueños de autopunición y las pesadillas no refutan. En cambio el narcisismo del dormir por así decir sobrepasa los deseos del soñante; es portador del movimiento del sueño y se le escapa en una región que está fuera de alcance, donde el soñante mismo se desvanece. Cuando en un sueño aparece una persona irreconocible o un rostro desconocido, o cuyos rasgos no se pueden aprehender, se trata del soñante o de su madre. Tendremos ocasión de volver sobre esto. Ese rostro en blanco, que sólo está presente en su óvalo, o que sólo está señalado por su lugar, acaso es el hilo que nos puede guiar en la construcción de esa teorización que Freud dejó en suspenso.

⁶⁷ "Complemento metapsicológico". . . , *op. cit*

¿Principio de constancia o principio de inercia?

La separación, que acabamos de exponer, entre el narcisismo como abolición de las tensiones, de que el dormir nos propone, no.

81

una ilustración (en efecto, ¿cómo hablar del dormir sin sueños?), sino un modelo abstracto, y el narcisismo del sueño o del soñante, que vive los estados de felicidad o de rebasamiento de los límites corporales del estado de vigilia; esa separación, digo, nunca fue precisada completamente por Freud. Es costumbre atribuir el desinterés de Freud por el narcisismo a la modificación que se concretó en la última teoría de las pulsiones y, sobre todo, en la introducción de la pulsión de muerte. Sin duda que esta opinión es acertada. Pero, en lo que toca al narcisismo, esa innovación no se reduce a la redistribución de los valores pulsionales según una división nueva y según la orientación pulsional.

La aspiración a un estado de inexcitabilidad total -inexcitabilidad de los sistemas no investidos, a la que ya se refiere el "Proyecto"- es una constante del pensamiento de Freud. Sus primeras formulaciones de inspiración psicobiológica designan de esa manera la tendencia del organismo, que así consigue el dominio sobre los estímulos. Atento después a las peripecias del deseo, asimila el placer a la cesación de la tensión sexual, el aligeramiento de la presión del deseo por su satisfacción, que provoca la distensión agradable. Pero lo que la experiencia le enseñó, probablemente, fue que esa aspiración a reducir la tensión era, por así decir, independiente. Le enseñó que no se la debía considerar una mera manifestación de dominio del aparato psíquico, sino, quizás, o sin duda, un estado del que no se podría decir si es consecuencia del funcionamiento de aquel, una de sus metas, o si el aparato psíquico obedece a ella como a una exigencia. Dice Freud en el *Esquema*: "La reflexión de que el principio de placer demanda un rebajamiento, *quizás en el fondo una extinción*,⁶⁸ de las tensiones de necesidad (*Nirvana*), lleva a unas vinculaciones no apreciadas todavía del principio de placer con las dos fuerzas primordiales: Eros y pulsión de muerte".⁶⁹ Las versiones modernas que se nos proponen del narcisismo primario proporcionan, es cierto, imágenes parciales de esas relaciones, sobre todo en lo que concierne a los vínculos entre el estado de Nirvana y Eros, pero nada nos dicen acerca de la relación entre Nirvana y pulsión de muerte. O se lo omite por completo, o los estados descritos (que sólo se pueden interpretar como el resultado de la fusión de Nirvana y Eros) se conciben como meras fases de equilibrio hacia un Nirvana completo en que la pulsión de muerte tomaría el relevo de Eros, pero no sería su antagonista.

Freud, como suele, olvida que estas cuestiones todavía no apreciadas, sin embargo él mismo había comenzado a examinarlas y aun a resolverlas. Durante mucho tiempo lo frecuentó la idea de un estado de inexcitabilidad: desde las formulaciones neurológicas de la

82

inercia neuronal, hasta los reaseguros que él mismo se procura en la psicología de Fechner (*Más allá del principio de placer*). En el acto de ponerse bajo la égida de su ilustre antecesor, paga ese vasallaje con una renuncia a una concepción original, que sólo redescubrirá arlos después. En efecto, esa absolutización de lo que corresponderá al narcisismo primario absoluto está presente desde el "Proyecto". Es el principio de inercia -y no el de constancia- el primero que Freud

⁶⁸ Las bastardillas son nuestras.

⁶⁹ Cf. *SE*, 23, pág. 198. [*AE*, 23, pág. 200.]

enuncia. La "tendencia originaria" del sistema neuronal a la inercia es el "rebajamiento de la tensión al nivel cero". Tendencia originaria que, para Freud, es la función primaria, cuyo objetivo es mantener el sistema en estado de no excitación. En cuanto a la constancia, obedece a la secundarización, comandada por la necesidad de mantener un mínimo de investidura.⁷⁰ En este punto se debe tener bien en cuenta que Freud sólo habla de principio para el *principio de inercia*; y el mantenimiento de la excitación en un nivel constante no es elevado a la misma jerarquía. Sin embargo, Freud invoca con frecuencia el principio de constancia en sus cartas a Fliess ("Manuscrito D", mayo de 1894; cartas del 29 de noviembre de 1895 y del 8 de diciembre de 1895; "Manuscrito K", del 1º de enero de 1895), que son contemporáneas de la elaboración del "Proyecto". Por lo demás, la primera mención es anterior a la citada; la encontramos en *Estudios sobre la histeria*, 1893-95.⁷¹ Ahora bien, si el principio de constancia pertenece a Fechner, el principio de inercia es puramente freudiano. Esto significa que, en las menciones manuscritas o la correspondencia, sólo se trata de mantenimiento de la excitación en un nivel constante lo más bajo posible, mientras que en el intento de sistematización del "Proyecto", el afán de Freud por dar razón de los procesos en una teoría lo lleva a extremar sus hipótesis y preferir el principio que propende a alcanzar el nivel cero y no sólo "el nivel más bajo posible". Asistimos aquí al origen de una dualidad de principios cuyo orden de precedencia fluctuará en la secuencia de los escritos de Freud. Pero es preciso primero destacar su diferencia para comprender bien sus permutaciones o su fusión ulterior. El principio de inercia es fundamental para Freud,⁷² pertenece al orden de

83

las metas primarias (como atributo del sistema neuronal primario). Debe su existencia a la propiedad del sistema neuronal de suprimir totalmente la excitación por medio de la huida, lo que, en cambio, es imposible en el caso de los estímulos internos. En función de esta imposibilidad, justamente, es preciso conformarse con la solución de mantener la tensión en su nivel más bajo. *Freud, en este punto, llama secundaria a esta función.*⁷³

Observemos, a raíz de esto, las libertades que Freud, empeñado en escindir las funciones en primarias y secundarias, se toma con el punto de vista genético: es asaz evidente que las posibilidades de suprimir la excitación por medio de la huida son muy limitadas en un organismo joven, y que los estímulos más intensos y abundantes provienen sin duda de las grandes necesidades vitales, que, en buena lógica, deberían ocupar una posición de primacía. Pero Freud no se detiene en esta consideración. Lo que le interesa es centrarse en la eficacia o el logro de la

⁷⁰ "Por esto, el sistema de neuronas está forzado a resignar la originaria tendencia a la inercia, es decir, al nivel cero. Tiene que admitir un acopio de Q para solventar las demandas de la acción específica. No obstante, en el modo en que lo hace se muestra la perduración de la misma tendencia, modificada en el afán de mantener al menos la Q lo más baja posible y defenderse de cualquier acrecentamiento, es decir, mantenerla constante". ("Proyecto de psicología" *AE*, 1, pág. 341.)

⁷¹ Mencionado por Breuer, en la "Comunicación preliminar", quien lo atribuye a Freud, así como por este mismo en una conferencia que pronunció en 1893, *SE*, 3, pág. 36. *AE*, 3, pág. 37.]

⁷² Ese principio prometía mucha luz, pues parecía abarcar la función en su conjunto. Es el principio de la inercia neuronal ("Esquisse", en *Naissance de la psychanalyse*, P.U.F., pág. 316. [*AE*, 1, pág. 340.]

⁷³ Cf. *loc. cit.*, pág. 317 [*AE*, 1, pág. 341]: "Todas las operaciones del sistema de neuronas se deben situar bajo el punto de vista de la función primaria o bien el de la función secundaria, que es impuesta por el apremio de la vida". La función primaria es la tendencia al rebajamiento de la tensión al nivel cero. y la función secundaria, la del mantenimiento de la cantidad en el nivel más bajo posible.

operación de huida frente a la perturbación de los estímulos, e instituir esta configuración, a saber: inexcitabilidad-tensión-huida-anulación de la tensión-inexcitabilidad, como un modelo, es decir, en una perspectiva psicológica, como aspiración fundamental, aun si irrealizable en los hechos. He aquí la razón por la cual el mantenimiento de la tensión en el nivel menos elevado, y los recaudos frente a cualquier ascenso ulterior, son en ese momento de su pensamiento un segundo óptimo, como dicen los ingleses; una función secundaria. Es la diferencia a la que Freud parece renunciar después, en *Más allá del principio de placer*, cuando fusiona los dos principios en uno sólo. Es muy de su estilo esto de protegerse tras la autoridad de Fechner en el mismo momento en que da pruebas de la mayor audacia. Por el recurso de convertir al principio de constancia de Fechner en el regulador, respecto del cual el rebajamiento de la tensión al nivel cero no es más que un caso particular, desplazará un punto hacia adelante las relaciones primario-secundario. El carácter primario es atribuido al principio de constancia, del que derivará el principio de placer;⁷⁴ y el carácter secundario, al principio de realidad.

84

Así las cosas, es comprensible que ese cambio pueda dar lugar a una confusión. Es posible que uno dé en considerar equivalentes el aligeramiento de una tensión, que se produce con el retorno al reposo cuando es satisfecha una pulsión cuya insatisfacción generaba displacer, por un lado, y por el otro el estado de eliminación absoluta de la tensión, postulado en el modelo inicial, que hacía de la inexcitabilidad, es decir, la salida de circuito del sistema, su criterio absoluto. A poco que se observe, es notable la diferencia entre la inercia y el reposo, comparable a la que separa la noche de la oscuridad. Esta nueva transcripción es tanto más significativa cuanto que Freud ha de transportar los nexos principio de constancia- principio de placer al registro de una relación entre un modelo teórico abstracto y su ilustración concreta,⁷⁵ en lo que parece olvidar que la misma relatividad que invoca para la situación de placer, ya la había aplicado antes, al mantenimiento de la excitación en un nivel constante, con respecto a la extinción total de los estímulos, hacia la que tendería el principio de inercia. Pero reparemos en que este retroceso aparente coincide con la entrada en escena de la pulsión de muerte.⁷⁶ Y a pesar

85

⁷⁴ "El principio de placer se deriva del principio de constancia" (*Más allá del principio de placer*, cap. 1). Freud declara su pensamiento agregando enseguida: "En realidad, el principio de constancia se discernió a partir de los hechos que nos impusieron la hipótesis del principio de placer". Parece seguro que nos tenemos que remontar más atrás para comprender el origen probable de ese deslizamiento. Freud experimenta la exigencia insoslayable de mantener su teorización dentro de la diferencia primario-secundario y, desde 1911 (en *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*), relaciona lo secundario con el principio de realidad: ya no puede, entonces, atribuir la función primaria a fenómenos cuyo objetivo es reducir la tensión al nivel cero, a fin de instaurar la total inexcitabilidad, y se conforma con un valor relativo, es decir, el mantenimiento de la tensión en un nivel constante y lo más bajo posible. En efecto, el principio de realidad sólo puede ser un rodeo suplementario que es impuesto para el resguardo del placer y no armonizaría con la tendencia a la inexcitabilidad

⁷⁵ Pero entonces debemos decir que, en verdad, es incorrecto hablar de un imperio del principio de placer sobre el decurso de los procesos anímicos. (. . .) Por tanto, la situación no puede ser sino esta: en el alma existe una fuerte tendencia al principio de placer, pero ciertas otras fuerzas o constelaciones la contrarían, de suerte que el resultado final no siempre puede corresponder a la tendencia al placer. Compárese la observación que hace Fechner a raíz de un problema parecido: "Pero puesto que la tendencia a la meta no significa toda vía su logro, y en general esta meta sólo puede alcanzarse por aproximaciones. . .". (*SE*, 18, págs. 9-10 [*AE*, 18, pág. 9].)

de todo, un indicio muestra que es indeciso el relegamiento del principio de inercia a un segundo plano. En el último capítulo de *Más allá del principio de placer*, donde podemos conjeturar que Freud está en libertad de volver sobre el asunto, puesto que se ha librado de la preocupación de hacerse apadrinar, y ya declaró su pensamiento sobre la pulsión de muerte; en ese capítulo, entonces, leemos: "Y puesto que hemos discernido como la tendencia dominante de la vida anímica, y quizá de la vida nerviosa en general, la de rebajar, mantener constante, suprimir la tensión interna de estímulo (el *principio de Nirvana*, según la terminología de Barbara Low), de lo cual es expresión el principio de placer, ese constituye uno de nuestros más fuertes motivos para creer en la existencia de pulsiones de muerte".⁷⁷

Teoría de los estados y teoría de las estructuras

Tenemos entonces que las cosas han vuelto a su orden: el principio de Nirvana en definitiva tiende a suprimir las excitaciones, y el principio de placer no es más que su derivación. Así recupera sus derechos la primera teoría del "Proyecto" Y

⁷⁶ Aunque no nombra separadamente los dos principios de inercia-Nirvana y de constancia-placer, hasta 1915 es fácil, en los textos, dividir lo que corresponde a uno y a otro. Los comentaristas de la *Standard Edition* lo señalan con todo acierto. Sobre este punto, tenemos que decir que no entendemos de la misma manera las relaciones entre esos dos principios. A nuestro juicio, no hay que distribuir estos dos principios, como lo hacen los comentaristas de la *Standard Edition*, en principio de constancia, del que habrá que derivar el principio de Nirvana, y principio de placer, caracterizado por la tendencia al dominio sobre los estímulos por su rebajamiento a la tensión menos elevada y la evitación del displacer. Nos parece que el principio de constancia se confunde con esta tendencia al dominio, que Freud reconduce al principio de placer, mientras que es preciso situar del mismo lado principio de inercia y principio de Nirvana, bajo cuyo imperio está el sujeto, y de los que está ausente la idea de dominio. En efecto, si el placer es afán del individuo mismo, por medio de muchas otras notaciones Freud nos muestra que operan fuerzas de índole diferente, en virtud de las cuales ese afán le está sometido. No obstante, tenemos que agradecer a Strachey y sus colaboradores que nos hayan señalado la existencia de dos funciones distintas. Es sólo en la primera parte de *Más allá del principio de placer* donde se produce la condensación de los dos principios. Sin llegar por nuestra parte a invocar un artificio de presentación, nos parece que si Freud empieza por dar al principio de placer la mayor dimensión posible es porque poco después habrá de defender la existencia de un *más allá* del principio de placer. Una frase de *El yo y el ello* nos muestra que nunca llegó a creerlo verdaderamente: "Si la vida está gobernada por el principio de constancia como lo entiende Fechner, si está entonces destinada a ser un deslizarse hacia la muerte..". (SE, 19, pág. 47 [AE, 19, pág. 47].)

Es preciso insistir en este punto, pues de él depende la interpretación de las versiones modernas del narcisismo primario. Estas son compatibles con un imperio soberano del principio de placer, la liberación de las tensiones (y, en el caso extremo, la anulación del conflicto), que pueden explicar la euforia o la egocosmicidad del yo. En sentido contrario, si el principio fundamental es la reducción que anula (y no meramente equilibra) toda tensión, las manifestaciones descritas conservan, sí, su valor clínico, pero no se pueden reconducir al narcisismo primario.

⁷⁷ SE, 18, págs. 55-56. [AE, 18, pág. 54.]

los reconquistaría de manera todavía más indiscutible unos años después, en los primeros párrafos de "El problema económico del masoquismo", donde Freud aclara considerablemente su concepción. Enuncia allí el divorcio entre el principio de Nirvana y el principio de placer, y prescribe la obligación de no confundirlos.⁷⁸ El reparto de lo que a cada uno corresponde se opera así: "El principio de *Nirvana* expresa la tendencia de la pulsión de muerte; el principio de *placer* subroga la exigencia

86

de la libido, y su modificación, el principio de *realidad*, el influjo del mundo exterior". La tarea de reducir las tensiones ya no compete al principio de placer (la idea de constancia desaparece en esta reformulación): esa tarea es ahora exclusiva del principio de Nirvana, mientras que la función del principio de placer se enlaza muy íntimamente con las "características cualitativas de los estímulos". Esto nos autoriza, en consecuencia, a postular que todos los estados que incluyen una característica afectiva, es decir el placer y sus formas derivadas (elación, expansión, o cualquier otra manifestación de ese registro), son ajenos al narcisismo primario *absoluto*.

Destaquemos sin tardanza que la enunciación de esta trinidad no infringe la regla epistemológica de Freud, quien mantiene todas las oposiciones dentro del marco de la dualidad. El principio de realidad no es más que un principio de placer modificado. De hecho, no queda otra solución que contemplar una doble problemática: oposición entre principio de Nirvana y principio de placer; y otra oposición, que circula más a menudo, entre principio de placer y principio de realidad. En efecto, en el texto, si bien Freud emplea los mismos términos para describir la transformación del principio de Nirvana en principio de placer, por un lado, y por otro, la relación principio de placer-principio de realidad,⁷⁹ no establece la coordinación entre las dos operaciones. No nos queda más salida que formular la hipótesis de que Freud no puede coordinar esas dos modificaciones como consecuencia de que ellas pertenecen a registros, a esferas radicalmente diferentes y que no toleran ser mezcladas ni fusionadas.

En su trabajo original sobre el narcisismo (1914), Freud designa aquello que acaso pudiera esclarecer esta doble problemática: "El individuo lleva (. . .) una existencia doble: es fin para sí mismo y eslabón de una cadena a la que está sujeto contra su voluntad, o al menos sin su concurso. El tiene a la sexualidad por uno de sus fines tangibles, mientras que otra perspectiva nos lo muestra como simple apéndice de su plasma germinal, a cuya disposición pone sus fuerzas a cambio de una prima de placer; es el portador de una sustancia quizás inmortal, como un mayorazgo no es sino el derechohabiente temporario de una institución que lo sobrevive".⁸⁰ ¿Tenemos derecho a creer que sin menoscabo alguno se puede sacrificar el papel que Freud atribuye a la herencia de la especie, por entender que esta elaboración obedece a un romanticismo metabiológico del que

87

⁷⁸ Y en lo sucesivo tendríamos que evitar considerar a esos dos principios como uno sólo". (SE, 19, pág. 160 [AE, 19, pág. 166].)

⁷⁹ "El principio de Nirvana, súbdito de la pulsión de muerte, ha experimentado en el ser vivo una modificación por la cual devino principio de placer (...) no resultará difícil colegir el poder del que partió tal modificación. Sólo pudo ser la pulsión de vida, la libido, la que de tal modo se conquistó un lugar junto a la pulsión de muerte en la regulación de los procesos vitales". (SE, 19, pág. 160 [AE, 19, pág. 166].)

⁸⁰ En *Névrose, psychose, perversion*, P.U.F. [AE, 14, pág. 76.]

deberíamos apartarnos por una exigencia, un reflejo de higiene científica? Es lícito encontrar anticuada la formulación freudiana, y decir que sus hipótesis sobre esta parte de la teoría son desafortunadas y discutibles. Pero es mucho menos lícito rehusarse al examen del fondo del problema, que en manera alguna es el papel de la especie, o de la herencia de los caracteres adquiridos, sino una doble problemática. La tendencia general del psicoanálisis actual es decididamente ontogenética; quizá su yerro consiste en no serlo lo bastante. Freud lo era en mayor medida, puesto que no se dejaba paralizar por una concepción lineal del tiempo. Pero se veía sin cesar remitido de una *teoría de los estados*, que no eliminaba de sí la parte descriptiva de formas clínicas, a una *teoría de las estructuras*, que creaba modelos, que si no se presentaban como convenciones puras, al menos lo hacían como elaboraciones de estos estados hasta los límites en que ellos mismos revelaban su función y su sentido en los más abstractos términos.

¿No es ejemplo de esto que decimos la oposición entre el principio de placer y el principio de Nirvana? Si Freud equivocó el rumbo con el principio de constancia, ¿no se debe a que esta idea estaba a mitad de camino entre una teoría de los estados -en este caso, el estado de placer- y una teoría de las estructuras, donde la constancia del nivel de excitación ocupaba una posición intermedia entre la extinción de la excitación y la elevación de la tensión interna? Si lo consideramos bien, advertimos que la teoría de los estados, engendradora de ese monstruo híbrido que es la fenomenología psicoanalítica, es, en último análisis, teoría de las manifestaciones del sujeto, pero no teoría del sujeto. Ahora bien, el conflicto, si ha de mantenerse en su puesto, será como conflicto "personalizado", según es costumbre decir hoy. En definitiva, se trata siempre del sujeto como ser de voluntad, que quiere o que no puede, que se permite o se prohíbe, que aspira a algo o tiene miedo de algo. Así las cosas, no se comprende por qué un análisis que se llevara a cabo en esta perspectiva no conseguiría remover los obstáculos una vez que trajo a la luz y designó las coartaciones invisibles. Es fácil comprobar que la buena voluntad del analista, por más que se manifieste con lucidez y vigilancia, tiene pocos efectos mutativos. Si la concepción de una *Entzweiung* [división] del sujeto tiene alguna consistencia, no se la puede comprender en la oposición y la reconciliación de dos voluntades, sino como conflicto entre dos sistemas animados por dos racionalidades opuestas y obstinadas, rastreadable hasta los efectos de la constitución del discurso, o hasta la enunciación misma (rastreadable en la sutura y el corte de los elementos de un miembro del enunciado, y en la secuencia de estos), donde se reflejan las marcas del trabajo de esa división. La teoría de las estructuras procura establecer las condiciones de posibilidad del discurso; el ordenamiento de este permite aprehender al sujeto estrictamente en su trayectoria, como una realidad atestiguada por su funcionamiento. El sujeto, entonces,

88

no se sitúa en una posición de modalidad,⁸¹ en que el índice, en el origen del enunciado, designara la operación del pensamiento, distinta de la representación que este se dispone a mentar; tampoco está al final de la frase, donde, terminado el enunciado, por vía regresiva se pudiera esclarecer todo lo que precede: es, en cambio, la operación por la cual *hay* enunciado.

No se crea que rechazamos por entero todo cuanto en el psicoanálisis depende de la teoría de los estados. Representa un primer nivel de la epistemología psicoanalítica, y los psicoanalistas no pueden evitar, en la comunicación

⁸¹ En el sentido en que Charles Bally emplea este término.

silenciosa con sus analizandos, o con otros analistas, expresarse de este modo: él desea *de hecho* esto o aquello, dice *en el fondo* tal o cual cosa, revive *de nuevo*, etcétera. Pero esa inevitable fase de transición no se puede confundir con el grado de organización que da razón del proceso del análisis. La garantía del desenvolvimiento de este proceso es el silencio del analista, que en definitiva no tiene otro fundamento. El gran mérito del impulso que ha dado Lacan a este tipo de investigaciones está en mostrar dónde nuestras indagaciones psicoanalíticas, aun si respetan la intención estructural, remiten a organizaciones *ya estructuradas*.

El aparato psíquico y las pulsiones

Detengámonos en el aparato psíquico. No hay duda de que esta construcción se liga, en el pensamiento de Freud, con un modelo teórico situado en derivación sobre la línea que va del cerebro al pensamiento conciente, de suerte que instituye entre uno y otro una discontinuidad esencial. Ahora bien, a ese modelo Freud le otorga *un espacio*⁸² y *un tiempo* (puesto que menciona relaciones de anterioridad entre instancias). No se nos define de *qué* espacio y de *qué* tiempo se trataría, pero, siendo cuestión del espacio y del tiempo, uno opera una reintegración del aparato psíquico a un universo de representación prefreudiano si lo trata como a uno de esos múltiples organismos definidos por nuestro espacio y nuestro tiempo concientes. Por esta vía nos deslizamos hacia la pesquisa de una arquitectura, comprendida en el marco ontogenético. El aparato psíquico se convierte en una suerte de autocodificación, de construcción del sujeto por sí mismo.

Ese deslizamiento, ya lo habrá advertido el lector, tiende a retraer las dimensiones del aparato psíquico, y al cabo a superponerlas a las funciones del yo; con esto se desdeña la observación de Freud según la cual la experiencia individual, que el yo tiene la misión de

89

recoger, sólo determina "lo accidental y el vivenciar actual".⁸³ Es lógico concluir, entonces, que el efecto de estructuración ha de venir de otra parte si el yo está de ese modo comprometido en la instantaneidad del presente.⁸⁴

Para no quitar a este aparato su valor metafórico, es preciso invertir la cuestión y, en lugar de tratar de averiguar a qué clase de aparato se puede reconducir la vida psíquica, preguntarse: ¿qué es un aparato en vista de una vida psíquica que sería su función? A estos principios que acabamos de considerar por extenso ¿se los debe entender como causas primeras originarias o como reguladores de funcionamiento? En la segunda hipótesis, se les quitaría todo poder "legislador" y ya nada justificaría su nombre de *principios*. En cambio, considerarlos causas primeras o, al menos la conceptualización de esas causas, equivale a discernir en ellos el fundamento último de toda organización psíquica. Ahora bien, un examen atento de la última exposición teórica sistemática -dogmática, llega a decir Freud, es decir, del *Esquema*, nos muestra que él admite en un pie de igualdad, con idéntica dignidad conceptual, la teoría de las pulsiones y los principios del funcionamiento psíquico. Aun los valores de la primera tópica (conciente, preconciente, inconciente) se ven reducidos a las *cualidades psíquicas* cuyo

⁸² Suponemos que la vida anímica es la función de un aparato al que atribuimos ser extenso en el espacio...". (SE, 23, pág. 145 \AE, 23, pág. 143].)

⁸³ SE, 23, pág. 144. [AE, 23, pág. 145.]

⁸⁴Cf. A. Green, "La diachronie dans le freudisme", *Critique*, 1967, n° 238.

estatuto sólo se explica por referencia a la estructura del aparato psíquico, de la misma manera como el *desarrollo* de la función sexual —que es el origen de todo cuanto sabemos sobre Eros— está subordinado a la teoría de las pulsiones.⁸⁵ Freud había entrevisto las dificultades de esas relaciones en el capítulo 7 de *Más allá del principio de placer*; cuando abordó —demasiado sucintamente, por desdichas— las diferencias entre función y tendencia. Nos dice, en particular, que el principio de placer es una *tendencia* que está al servicio de una *función*: "la de hacer que el aparato anímico quede exento de excitación, o la de mantener en él constante, o en el nivel mínimo posible, el monto de la excitación. Todavía no podemos decidirnos con certeza por ninguna de estas versiones, pero notamos que la función así definida participaría de la aspiración más universal de todo lo vivo a volver atrás, hasta el reposo del mundo inorgánico".⁸⁶ Con este aserto anuncia todo un programa de investigaciones que nunca completará, por falta de tiempo, y en que se adivinan las relaciones entre principio y pulsión; se afirma

90

aquí una contradicción, si no entre lo particular y lo universal, al menos entre lo personal y lo impersonal. Alcanzado ese punto, podemos conjeturar que los principios se sitúan en el cruce de las relaciones entre el aparato psíquico y la teoría de las pulsiones.⁸⁷

Un principio es, en el seno de una pulsión, lo que permite volver inteligible un *dispositivo* (*appareillage*) de esta; gobierna su funcionamiento, y lo hace de una manera que en ningún caso se podría entender por referencia al influjo de una fuerza exterior a aquel, sino que encuentra su aplicación en los componentes de la pulsión. De esta suerte, la pulsión se despliega, se distribuye, se amplifica; la estructura del *aparato* (*appareil*) permite entonces articular en un sistema de relaciones sus elementos, primitivamente condensados en una forma cuasi tautológica. No se podría atribuir este efecto, por ejemplo, a la represión, operación que a su vez está sometida al principio de placer-displacer. La función "universal" de la pulsión se individualiza así en un sujeto particular, pero a condición de que este sujeto se le sujete a su vez, lo que únicamente se puede materializar en una "tendencia". No obstante, esta palabra no debe inducirnos a error: no es sinónimo de tentativa, sino de "tensión hacia". Y si el fin es algo absoluto inaccesible, eso absoluto se retrasa al esfuerzo de tensión.

Ahora bien, rara vez se examinaron en detalle las relaciones entre aparato psíquico y pulsiones. Es común hablar de la situación de las pulsiones en el ello⁸⁸

⁸⁵ La primera parte del *Esquema*, a la que Freud no dio título, comprende dos capítulos acerca de los fundamentos, "El aparato psíquico" y "Doctrina de las pulsiones"; y dos capítulos derivados de esos dos primeros, "El desarrollo de la función sexual", que corresponde relacionar con el segundo de aquellos, y las "Cualidades psíquicas", que se remiten al primero; además, el capítulo sobre el sueño, que, como lo indica su título, sirve de ilustración a la combinación de los precedentes.

⁸⁶ *SE*, 18, pág. 63. [*AE*, 18, pág. 60.]

⁸⁷ Así, nuestro análisis nos ha mostrado que lo que se podría atribuir a una vacilación, y hasta a una incertidumbre, entre principio de inercia, por una parte, y principio de placer, por la otra, no es ajeno al contexto. El principio de inercia es afirmado en el "Proyecto" cuando la pulsión no está calificada sexualmente; y si después Freud parece acentuar la relación entre el mantenimiento de la constancia de la excitación y el placer, es justamente porque se dispone a introducir un elemento conceptual que tiene precedencia sobre este, situado *más allá*. Es la compulsión de repetición, que habrá de proponer como una hipótesis. Por fin, cuando ya no abriga dudas de que la pulsión de muerte, más que una hipótesis de trabajo, es un dato fundamental; es en ese momento, digo, cuando circunscribe el principio de placer y da una definición nueva del principio de Nirvana, situado en la posición de una generalidad abstracta, una virtualidad de la que el principio de placer es una modificación.

⁸⁸ La profunda reseña de Daniel Lagache descuella sobre todo en la crítica de las concepciones naturalizantes acerca de la pulsión. El autor la considera principalmente una "relación de objeto en

(el ello como sede o reservorio de las pulsiones). Pero es menos frecuente que se traiga a la luz la articulación entre teoría de las pulsiones y aparato psíquico.

Es opinión general que la teoría del aparato psíquico representa el último grado de la teorización psicoanalítica, y en cierto sentido es cierto. Lo que en el primer nivel de la teoría, aquel que Freud designa

91

como propio del individuo, del cual esa construcción refleja un tipo de organización. Sin embargo, para Freud la teoría de las pulsiones pone en juego eso ya estructurado, a que nos referíamos, y cuya articulación es organizadora de las condiciones de posibilidad del funcionamiento en que se revela un sujeto. Si uno se resiste a ver en esto, con Freud, una manifestación de la especie, es preciso por lo menos admitir eso *desde siempre ya-ahí*, ese montaje que nunca es asequible de manera inmediata, pero al que todo montaje remite. No es posible decir si las pulsiones son siempre *para* el aparato psíquico, o si el aparato psíquico es *para* las pulsiones. "Ya estructurado" no quiere decir que el modo de estructura sea idéntico en todos los casos. Y aun a esta heterogeneidad debe el sistema su interés.

El aparato psíquico representa la construcción que el juego pulsional permitiría hacer si fuera otra cosa que un funcionamiento agonista y antagonista. Pero, a la inversa, no tendríamos idea alguna de lo que pudiera ser la índole fundamental de ese agonismo y de ese antagonismo, si un aparato psíquico no nos lo representara. Adquiriremos quizá una idea más cabal de esas relaciones si recordamos la opinión de Freud según la cual las pulsiones actúan, en esencia, en las dimensiones *dinámica y económica*. No podrían tener localización, ni siquiera en el marco de un modelo abstracto, de convención.⁸⁹ En cambio, el aparato psíquico se caracteriza por tener *extensión en el espacio*, es decir, por convertir los modos de transformación que provienen del sistema *dinámico económico* (más adelante veremos cuáles son) en un sistema interdependiente de superficies y de lugares, apto para recibir modos cualitativos y cuantitativos de inscripciones diversificadas, para filtrarlas y retenerlas en formas a ellas apropiadas.

Entre la pulsión indiferenciada, que ciertos autores presentan en las formas de la corriente de fuerza, de la marea, de la pintura de manchas, y el ordenamiento elegante y preciso de Freud, pero que hoy parece en exceso restrictivo, quizá se pueda ensayar una mediación con la última teoría de las pulsiones. En esta, las funciones de Eros y de las pulsiones de destrucción se alinean en las grandes categorías de la tendencia a la reunión y la tendencia a la división, la intrincación y la desintrincación. En un vocabulario más moderno, hablaremos de conjunción y disyunción, de sutura y de corte,⁹⁰ Pero Freud no se conforma con enfrentar, a la manera de las oposiciones clásicas, dos términos de igual dignidad para que de ahí resulte, por la repetición y el establecimiento de relaciones nuevas, un poder ordenador.

92

Eros y la pulsión de destrucción no forman un par de términos equivalentes. Indicio de esto es que Freud se rehusó siempre a nombrar la pulsión de muerte,

potencia". ¿Acaso estas "relaciones funcionales de objeto", que preexisten a las relaciones efectivas de objeto, no plantean el problema de las relaciones entre la teoría de las pulsiones y el aparato psíquico? Cf. *La psychanalyse*, 6, págs. 18-22.

⁸⁹ SE,23,págs. 149 y 156.

⁹⁰ En "L'objet *a* de J. Lacan, sa logique et la théorie freudienne" (*Cahiers pour l'analyse*, 1966, n° 3), hemos intentado sacar partido de esas formulaciones, aplicándolas a las perspectivas teóricas del psicoanálisis.

salvo de esta manera (o por medio de la fórmula afín de pulsiones de destrucción). En efecto, si la compulsión de repetición es el modo de actividad de toda pulsión —sería algo así como el instinto del instinto, según la feliz expresión de F. Pasche—, podemos decir que algo de la esencia de la pulsión de muerte ha pasado a Eros, o que Eros lo ha captado en su provecho, lo que descualifica la pulsión de muerte y obliga a designarla sólo como el término invisible y silencioso de una pareja cuyo contraste ha dejado de ser aprehensible como no sea por una sombra arrojada sobre el resplandor de Eros. En este punto, una refundición de la oposición permitirá a Freud decir -primera reduplicación- que las dos pulsiones pueden trabajar conjugadas o en contraposición. Si la desintrincación pulsional, en el caso del trabajo discordante, como nos la ejemplifica la patología (melancolía, paranoia), se puede entrever de algún modo representada en las relaciones amor-odio, la colaboración de las dos pulsiones nos deja perplejos, desde luego que si uno no se detiene en la idea de una neutralización del odio por el amor, y si uno no se conforma con argumentos de orden cuantitativo para suprimir la cuestión.

La interiorización de esta contradicción lleva a redescubrir en Eros una dualidad que será la segunda reduplicación. A saber, la división de Eros entre amor de sí y amor de objeto, y por otro lado entre conservación de sí y conservación de la especie. Si a primera vista nos puede tentar reunir amor de sí y conservación de sí, por una parte, y amor de objeto y conservación de la especie, por el otro, no tardamos en comprobar que de esa manera haríamos desaparecer la oposición entre la erótica personal, de que forma parte el amor de objeto, y la erótica impersonal, cuyo valor heurístico es tan importante. Es este quizás el aspecto en que puede extenderse la fecundidad de la teoría lacaniana del sujeto como estructura. Cuando Lacan nos dice: "Sólo el significante puede ser soporte de una coexistencia; sólo puede serlo el desorden constituido (en la sincronía) por elementos en los que subsiste el orden más indestructible a desplegarse (en la diacronía): sólo ese rigor de que él es capaz, asociativo, en la segunda dimensión, que se funda justamente en la conmutatividad que, por ser intercambiable, muestra en la primera",⁹¹ podemos preguntarnos si esa conmutatividad no afecta a los dos registros dobles que acabamos de mencionar. Con relación a esto no hay que olvidar la expresión desconcertante que Freud emplea, en el "Proyecto", y que Jacques Derrida supo leer tan bien,⁹² según

93

la cual los procesos que el estudio de las neurosis nos permite alcanzar, y que sólo por su intensidad difieren de lo normal, son *cantidades móviles*.

La cuestión del narcisismo primario parece haberse eclipsado tras los problemas de la teoría de las pulsiones. Sin embargo, en modo alguno es así, como veremos cuando volvamos sobre ella por el rodeo del siguiente problema: ¿es el narcisismo únicamente la consecuencia de una orientación de las investiduras?

Origen y destino de las investiduras primarias

El paradigma de la ameba domina nuestras reflexiones sobre las formas primeras de los intercambios. Sin embargo, si Freud sólo se valió de esta analogía para comparar los movimientos de proyección y de retracción de las investiduras,

⁹¹ J. Lacan, "Remarque sur le rapport de D. Lagache", *La psychanalyse*, 6, pág-121

⁹² J. Derrida, "Freud et la scène de l'écriture", *L'écriture et la différence*, Seuil.

los fenómenos de periferia que habían sido el móvil esencial para recurrir a esa imagen se deslizaron ellos mismos a la periferia de nuestro espíritu, dejando sitio a la idea de que la forma general de la ameba se debía considerar el modelo de las formas primeras de organización psíquica, en particular, del yo.

Ahora bien, si esta analogía puede ser en rigor congruente con el yo de que habla Freud antes de la última tópica, inevitablemente surgen contradicciones cuando uno pretende seguir valiéndose de la comparación después de la última concepción del yo.

Esa bola protoplasmática, esferilla completamente encerrada en sí misma, sugiere la existencia de una modalidad de funcionamiento que difícilmente se adapta a las ambigüedades o a las imprecisiones de Freud acerca de las relaciones primeras entre el yo y el ello. Parece que le es consustancial otro paradigma, el del reservorio; y el propio Freud opera la condensación de los dos en ciertos textos. Hacía falta toda la perspicaz vigilancia de Strachey para descomponer esta imagen.⁹³ Empero, no basta distinguir entre la función de reserva y la de fuente de abastecimiento, ni señalar que las versiones contradictorias en que Freud sitúa el origen de las primeras investiduras (primero en el yo, antes de su distinción de la última tópica; después en el ello y, por último, paradójicamente, de nuevo en el yo) están destinadas a resolverse en la concepción del yo y del ello indiferenciados. He ahí un esclarecimiento útil, pero que requiere de precisiones complementarias. El ello-yo indiferenciado, primitivo, tiene a su cargo "en el origen" dos funciones al mismo tiempo. Las de ser *fuerza de energía* y *depósito de reserva*. Como fuerza de energía, envía

94

sus investiduras en dos direcciones: hacia los objetos (orientación centrífuga) y hacia el futuro yo (orientación centrípeta), con lo que se vuelve tributario de la segunda función. El yo indiferenciado, a medida que se desarrolla, se constituye fundamentalmente como depósito de reserva. Y si el yo, como es indudable, desempeña un papel en su condición de fuerza de energía para las investiduras de objeto, vela también por el mantenimiento de la reserva de investidura narcisista. En suma, la diferenciación ello-yo instituye una separación funcional. Pero el yo recupera una parte de la función de la que ha desistido en favor del ello, a fin de garantizar, prioritariamente, la investidura narcisista. Entonces intervendrá en las investiduras de objetos que dependen del ello, de manera que estas no comprometan en exceso la investidura narcisista, que está bajo su gobierno. No obstante, es el detalle de esta diferenciación lo que es preciso esclarecer. Pero hay algo de lo que no pueden caber dudas: según lo expusimos ya, Freud ha ligado el estado de narcisismo primario absoluto a la abolición de las tensiones y a una relación con el yo. Si abundó con insistencia en la posibilidad de una conversión en los intercambios entre libido narcisista y libido de objeto, no sostuvo con menos firmeza la perennidad de una organización narcisista, que nunca desaparece. La libido invierte al yo, y de esta manera se da un objeto de amor; es un proceso que se puede observar durante toda la vida. Pero en la pluma de Freud, nunca el estado de narcisismo primario absoluto se asoció al ello. Es bastante frecuente que Freud emplee el término yo para designar el yo en sentido estricto, o el ello-yo de la indiferenciación primitiva. Pero lo inverso no es cierto. Freud nunca asocia el ello con funciones o procesos que son propios del yo.

Ahora bien, aunque nos refiramos a la indiferenciación yo-ello, definir el narcisismo por cualidades como la expansión, la elación, o cualquier otro afecto

⁹³ Véase el importantísimo "Apéndice B", que en *SE*, 19, sigue a *El yo y el ello*. [*AE*, 19, págs. 63 y sigs.]

de este orden, importa hablar de propiedades que sólo tienen significación en el sistema del ello.⁹⁴ Equivale a introducirlas, para definir su pertenencia al narcisismo, por una vía que no es la de las investiduras del yo. Y no basta referirlas a la omnipotencia, puesto que la elación o la expansión son las consecuencias de la omnipotencia, y no la operación en virtud de la cual esta se instaura. La omnipotencia consiste en suprimir el poder de resistencia del objeto o de lo real por la desmentida de la dependencia que imponen, y no por la fusión con ellos. Esta fusión, si se produjera, sólo sería posible después que el yo se hubiera asegurado de que en efecto habría de mantener su dominio sobre las potencias del objeto, cuando de este modo se lo apropia.

95

El principio de Nirvana, del que señalamos el lugar que ocupa en una teoría de las estructuras, pero que de hecho está ausente de una teoría de los estados, donde sólo son perceptibles las expresiones de un aminoramiento de las tensiones; el principio de Nirvana, digo, ha experimentado una modificación en los seres vivos. Es verdad que para colegir su rastro muchas veces nos vemos obligados a pasar por el principio de placer (que, no obstante, adherido como está a las cualidades del placer, es radicalmente diferente de aquel). Acaso, en el sistema freudiano, en que las modificaciones nunca borran por completo el estado al que modifican, habría que investigar si un desplazamiento de valor no permite recuperar lo que pareció desaparecer. Y puesto que, con la pulsión de muerte, nos vemos condenados a no ver más que lo invisible, a interrogar sólo a lo que es mudo, tendremos que buscar por el lado de la parte de Eros que se le asemeja.

¿No está claro que el amor que el yo se otorga (y que le asegura su independencia del mundo exterior y el ahorro del gasto de investiduras en el objeto); que el retorno de la libido de objeto al interior del yo; que la ausencia de conflictos (con tal que la cualidad de ese amor egótico compense la cualidad libidinal destinada al objeto y proteja de las decepciones que este puede infligir); no está claro, repito, que todo ello constituye en efecto un *sistema cerrado* y alcanza la condición más próxima a aquello a lo que tiende el yo en el dormir sin sueños? Aquí tenemos producida esa situación límite en que el "alboroto de la vida" de Eros, y el de la lucha contra Eros, se empeñan en instalar lo que pertenece al principio de la muerte en el seno del amor, en un recíproco compromiso que se pacta en detrimento del objeto. Ahora bien, ¿por qué camino se hace esto posible? Tendremos que dar un largo rodeo antes de responder.

La inhibición de meta de la pulsión

Ha quedado como letra muerta la repetida observación⁹⁵ de que es posible que en la actividad del yo participen otras pulsiones, además de las pulsiones de autoconservación, las únicas cuya operación ha podido averiguar el psicoanálisis

⁹⁴ Después de la diferenciación ello-yo, esos afectos narcisistas son trasferidos al yo. Aquí podemos recordar la nota de Freud, hallada después de su muerte, acerca del misticismo (donde los sentimientos de elación y de expansión son intensos), que sería una autopercepción del ello, más allá del yo.

⁹⁵ Sobre todo en *Más allá del principio de placer*: "Sigue siendo fastidioso que el análisis hasta ahora sólo nos haya permitido pesquisar pulsiones [yoicas] libidinosas. Mas no por ello avalaríamos la inferencia de que no hay otras". Y en un artículo de enciclopedia, de 1922: "Empero, se impone esta reflexión: el hecho de que las pulsiones de autoconservación del yo hayan de reconocerse como libidinosas no prueba que en el yo no actúen otras pulsiones". (SE. 18, págs. 53 y 257 [AE, 18, págs. 52 y 252].)

en el estado actual de sus investigaciones. Como Freud se limitó a anudar las relaciones del yo con la realidad, en aras de la preservación del principio de placer, sin ser

96

más explícito sobre las formas de esa actividad de las pulsiones no libidinales, se infirió que ese silencio estaba destinado a cubrir una de esas misteriosas afirmaciones cuyo secreto Freud se llevó a la tumba.

Entre las pulsiones no libidinales "que actuarían en el yo" y el trabajo inasible de la pulsión de muerte, Freud introducirá una serie intermedia, situándola entre los constituyentes de Eros. Junto a las pulsiones libidinales de pleno efecto, y a las pulsiones de auto-conservación, tenemos ahora las *pulsiones libidinales de meta inhibida o de índole sublimada, derivadas de las pulsiones libidinales*,⁹⁶ Es cierto que Freud protesta contra cualquier interpretación que pretendiera conferir autonomía a este conjunto con el rótulo de los "instintos sociales", que en esa época estaban muy en boga. Pero, tras examinarlo bien, distingue las pulsiones de meta inhibida. La mejor definición que hace de ellas está en la 32a. conferencia, donde las compara con la sublimación: "Además, tenemos razones para distinguir pulsiones *de meta inhibida*, a saber, mociones pulsionales de fuentes notorias y con meta inequívoca, pero que se detienen en el camino hacia la satisfacción, de suerte que sobrevienen una duradera investidura de objeto y una aspiración continua. De esta clase es, por ejemplo, el vínculo de la ternura, que indudablemente proviene de las fuentes de la necesidad sexual y por regla general renuncia a su satisfacción".⁹⁷ Lo que en definitiva se impone para justificar una denominación particular es la idea de la restricción, el freno, la falta de desarrollo de la investidura. Con la propuesta de admitir la existencia de este tipo de pulsión, Freud completa una hipótesis entrevista en 1912.⁹⁸ Cuando atribuye a la corriente tierna de la sexualidad infantil el poder de tomar consigo las investiduras sexuales primitivas de las pulsiones parciales, queda planteado el problema de averiguar de dónde extrae la corriente tierna semejante poder. Y si en *Tres ensayos de teoría sexual* las inhibiciones de lo pulsional son el resultado del período de latencia, en que las pulsiones están

,97

retenidas por los diques que estorban el desarrollo pleno de la actividad sexual, Freud se ve llevado después a distinguir entre el efecto de la acción de los diques -la represión, sin duda- y una inhibición que es *interior a la pulsión*, según lo va definiendo con precisión cada vez mayor en los diversos pasajes en que aborda el problema.

En efecto, la represión no es la causa de la inhibición de meta de la pulsión, puesto que este particular destino de las pulsiones se define, justamente, por el

⁹⁶ *El yo y el ello*, SE, 19, pág. 40. [AE, 19, pág. 41.]

⁹⁷ SE, 23, pág. 97. [AE, 23, págs. 89-90.]

⁹⁸ En su estudio "Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa", Freud atribuye ciertas perturbaciones psíquicas de la sexualidad a la ausencia de conjugación entre dos corrientes de la libido: la *comente tierna* y la *corriente sensual*. La corriente tierna, que es la *más antigua*, es la que corresponde a la elección de objeto infantil, primaria. Se acrecienta con el aporte de pulsiones sexuales que en su origen son investiduras eróticas formadas en la modalidad del apuntalamiento. En cambio, la corriente sexual, que aparece en 1» pubertad, no desconoce sus metas; y sigue las vías creadas por las corrientes que le preexistieron. Aquel fracaso en el logro de la actividad sexual se debe a que la corriente tierna arrastró consigo, por una vía divergente, los aportes de las pulsiones sexuales primitivas, a raíz de lo cual las investiduras de la pubertad, separadas por la barrera del incesto de las investiduras infantiles, tienen un puesto subordinado en la organización definitiva. Cf. SE, 11, págs. 180 y sigs. [AE, 11, págs. 174 y sigs.]

hecho de que la pulsión se ahorra la represión. Y es sólo merced a esa condición de pulsión no desmantelada, sino sólo sofrenada en su cumplimiento, como puede arrogarse el poder de tomar consigo a otras más ligadas a funciones parciales.

Tampoco hay que creer que las pulsiones de meta inhibida se pudieran alinear siempre del mismo lado, con las pulsiones pregenitales. Están del lado opuesto. Las pulsiones pregenitales se califican por apuntar al placer de órgano. Después, los componentes eróticos genitales, en virtud de la nueva meta sexual, que es la unión con el objeto, promoverán transformaciones que denunciarán a las pulsiones pregenitales como orientación hacia el placer de órgano, y las someterán a los designios que las confinan al placer previo. Y aun algunas serán excluidas. En definitiva, quedará preservada en mayor medida la participación de las pulsiones que experimentaron la inhibición de meta. Se conjugarán, por partes iguales, con las investiduras propiamente eróticas de la fase genital. En cambio, quedarán postpuestas aquellas cuya tendencia a la satisfacción no pudo, como en el caso de las precedentes, conformarse con una "aproximación"; por vía del intercambio de sus metas y de sus objetos, contribuirán a la complejidad de la organización del deseo. Pero su tiempo quedará limitado; por no haber experimentado la inhibición de meta, pasarán a la condición de simples introductoras de la unión con el objeto. Bien se advierte la diferencia: por un lado, una inhibición de la actividad pulsional, que mantiene el objeto, sacrificando la realización plena del deseo de unión erótica con él, pero que conserva una forma de adhesión que fija en el objeto su investidura; por la otra, un despliegue sin frenos de la actividad pulsional, con la sola condición de que metas y objetos se presten a operaciones de permutación y de sustitución, cuya única limitación es el influjo de la represión y de las demás pulsiones. El primer tipo de actividad, que al cabo se vuelve dominante, hará entrar a su servicio a las pulsiones del segundo tipo compatibles con su proyecto, y rehusará a las demás. Está claro que este contingente de meta no inhibida es por fuerza el más vulnerable y el más proclive a colaborar en la insumisión de las pulsiones al yo. Paradójicamente, las pulsiones de meta inhibida son las que se deben caracterizar sobre todo por su lazo con el objeto. Aunque no lo dice de manera expresa, parece que a juicio de Freud lo que podríamos llamar la vocación genital hacia el objeto, en su calidad de objeto libidinal definitivo (el de la unión sexual), está presente

98

desde el comienzo. Y justamente, la inhibición de meta de la pulsión interviene para resguardar esa orientación y evitar, así, que se deje el campo por entero librado a las pulsiones pregenitales que hacen pasar al primer plano el placer de órgano.⁹⁹

El complejo de Edipo pone frente a frente relaciones de ternura y de hostilidad. No obstante, existe una relativa independencia entre las relaciones de ternura o de hostilidad, y la organización fálica bajo cuya égida se coloca el Edipo. La relación de ternura hacia el progenitor irá asociada con lo que pertenece a la relación de sensualidad, censurada por la amenaza de castración. Pero no hay confusión entre ambas. La prueba está en que el mantenimiento de la investidura tierna puede ser el mejor modo de sortear el miedo a la castración, como sucede en la situación descripta a raíz de la más generalizada degradación de la vida amorosa. Si Freud reconduce las investiduras del objeto materno del Edipo a las

⁹⁹ Es posible echar un puente entre estas ideas freudianas clásicas y ciertas formulaciones de J. Lacan, aunque sin hacerlas coincidir totalmente. En esta división de las tareas, las investiduras que sufrieron inhibición interna de la pulsión alcanzan el objeto, pero a condición de rendir tributo a la falta, mientras que las pulsiones que se satisfacen en el placer de órgano permanecen al acecho de un destinatario no identificado; en una enramada sin término, están dedicadas al deseo del Otro.

que primitivamente se ligaban con el pecho,¹⁰⁰ es quizás en ese nivel donde debemos concebir la inhibición de meta, en el momento en que la pérdida del objeto-pecho corre paralela a la percepción total del objeto materno.¹⁰¹

99

La función del ideal. La desexualización y la pulsión de muerte

En esta contención de la pulsión por ella misma, que no se debe a un proceso evolutivo; en esta restricción, en que no interviene una fuerza extrínseca, ¿cómo no discernir aquí la acción del grupo de pulsiones antagónicas de Eros, las pulsiones de destrucción? No ocurre en este caso que los dos grupos de pulsiones expresen su antagonismo en la relación con el objeto, por vía de la desmezcla; al contrario: el trabajo de las fuerzas de separación opera en virtud de una modificación intrínseca de las pulsiones eróticas.

Desde 1912, Freud sospecha que una solución de esa índole se impondrá después; en efecto, al final del segundo artículo sobre la psicología de la vida amorosa adelanta la idea de que la pulsión sexual lleva en sí misma componentes que contrarían su propia satisfacción.¹⁰² No son las pulsiones pregenitales las que traban esa expansión, sino un factor que Freud atribuye a la civilización y que a su juicio se ha convertido en parte del patrimonio hereditario.

Nuestra tarea sería sin duda más fácil si pudiéramos admitir que un influjo de esa índole -que en el pensamiento de Freud no se puede atribuir a forma alguna de trascendencia- es en verdad el producto de adquisición de la progresiva aculturación de cada individuo. Desde *El yo y el ello*, parece que Freud atribuye a la vida psíquica tres centros de desarrollo. Así, la percepción le parece ligada de

¹⁰⁰ *El yo y el ello*, SE, 19, pág. 31. [AE, 19, pág. 33.]

¹⁰¹ Es por la adopción de este punto de vista como se vuelven inteligibles ciertos* pasajes esenciales. ¿Se habría comprometido tan a fondo Freud, en "Contribuciones a la psicología del amor", donde confiere a las dos corrientes la misma importancia; habría construido, en *El malestar en la cultura*, la problemática de las relaciones sociales en torno de la oposición entre amor sensual pleno y amor de meta inhibida, si el segundo término del par careciera de mandato para hacerse oír con igual derecho que el primero? Cuando, en *Nuevas conferencias*, reseña la teoría de las pulsiones, parece que sitúa la modificación de meta y de objeto (la sublimación) con la inhibición de meta, y las distingue expresamente de las demás pulsiones. Si en "Pulsiones y destinos de pulsión" sólo definía la pulsión por la exigencia de trabajo impuesta a lo anímico por su trabazón con lo corporal, en *Nuevas conferencias* agrega: "en el camino que va de la fuente a la meta la pulsión adquiere eficacia psíquica". Así las cosas, entendemos mejor por qué tiene que admitir que este refrenamiento, esta reserva, es un destino entre los demás. ¿Podría ser de otro modo, si recordamos que desde "Pulsiones y destinos de pulsión" Freud, entendiendo la índole de la sublimación, ve en ella uno de los cuatro modos fundamentales del destino de las pulsiones, junto con la represión y las dos mudanzas (sobre la persona propia, y hacia lo contrario)? Ahora bien, si nuestra concepción de la coincidencia del proceso de la inhibición de meta con la pérdida del objeto-pecho y la aprehensión del objeto-madre parece acercarnos a la tesis de J. Laplanche y J.-B. Pontalis, en cuanto al nexa que estos autores establecen entre ese momento estructural y el autoerotismo, la continuación de nuestro trabajo definirá las divergencias de interpretación y los puntos de discusión acerca de la relación entre el narcisismo y la represión. Cf. "Fantasme originarie, fantasme des origines, origine du fantasme", *Les temps modernes*, 1964, n° 215.

¹⁰² Una vez más señalemos que responsables de ello son los componentes de la pulsión, y no la acción de la represión, por originaria que sea esta. Casi se podría decir que encuentran un endosante en la represión. Aquel aserto de 1912 se reproduce apenas modificado en la nota póstuma de Freud, de junio de 1938, SE, 23, pág. 299. [AE, 23, pág. 301.] Tomamos nota que Freud atribuye un papel a las prohibiciones sociales, puesto que menciona la otra gran causa de la fragilidad de la función sexual: la prohibición del incesto. En suma, tenemos ahí dos series complementarias: una es del orden de las restricciones y de las limitaciones del superyó, y la otra es intrínseca al ello.

manera tan íntima a la actividad del yo, que por dos veces la compara con lo que es la pulsión para el ello.¹⁰³ Entiéndase que no se trata de una oposición directa, sino de una confrontación de diferentes tipos de sobreinvestidura, cuyo resultado dialéctico es la representación inconciente de la pulsión: el representante-representación. Debe de existir una función correspondiente para el superyó. Es la función del ideal la que desempeña ese papel. Y efectivamente, ¿acaso no dice Freud que no podría asignar localización alguna al ideal del yo.

100

a diferencia de lo que intentó por referencia a las relaciones del yo y el ello? Podemos quizá, si tratamos de seguir el movimiento de su argumentación metapsicológica, entender que la distribución dispersada del ideal del yo, su cuasi-generalidad en el campo de los procesos psíquicos, es una consecuencia de las relaciones tópicas del yo y del ello. Es como si la limitación espacial impuesta al ello, al menos por el lado de la frontera que lo pone en relación con el yo, tuviera su compensación en el campo libre que se deja a la función del ideal. En efecto, si el yo ha conseguido, por medio de la ligazón de los procesos psíquicos, que el ello quede amordazado, al menos en parte, el ello sólo puede consentir enmascarando su derrota. En consecuencia, instala, en lugar de la satisfacción pulsional que obedece al principio de placer, una exigencia nueva tan imperiosa como la suya, de la que es el calco o el doble negativo. Esta segunda exigencia no cejará hasta alcanzar la ilusoria emancipación de la primera. El ideal del yo, respecto del cual el yo se evalúa y procura alcanzar la perfección, se mide con el patrón de la demanda que el cuerpo hace al espíritu. Las pretensiones de la función del ideal no se presentan ahí cómo mero consuelo o contrapartida. En el lugar mismo donde la satisfacción pulsional se cumplía, ella instaura a su contrario. Atribuye un valor todavía mayor al renunciamiento. El orgullo se ha vuelto una meta más elevada que la satisfacción; el yo ideal ha sido remplazado por el ideal del yo. No hay nada aquí que merezca autonomía de derecho o de hecho, puesto que ese injerto no crece si no es en el suelo de la pulsión, a la que se ve precisado a reflejar negativamente. No se trata tanto de hacer de necesidad virtud, como de hacer de la virtud una necesidad.

Que esta función del ideal haya nacido "de las vivencias que llevaron al totemismo" (de las vivencias, y no del totemismo como tal); o que contenga "el germen a partir del cual se formaron todas las religiones",¹⁰⁴ Freud sólo la reconduce a la identificación primordial con el padre en la medida en que se trata de un padre muerto. Esto quiere decir que la muerte es la condición necesaria para que el engrandecimiento del desaparecido pase por los signos que no tanto le restituyen una presencia, cuanto le garantizan para siempre su perennidad en esa ausencia que le ha de conferir una potencia eterna. También en este caso debemos remitirnos a la pulsión de muerte, para la cual la muerte es el cumplimiento pleno de su tendencia. La pulsión de muerte rechaza la muerte efectiva y restaura la investidura paterna esforzándose en eliminar toda tensión posible por celebración de la renuncia en la función del ideal. ¿Qué significa, en el tiempo de la ontogénesis, esta referencia al padre muerto? La paternidad no se podría transmitir íntegramente del padre al hijo, puesto que el padre sólo es dueño de un eslabón; toda la rama de los ancestros

101

¹⁰³ Para el yo, la percepción cumple el papel que en el ello corresponde a la pulsión". "Puede decirse, en líneas generales, que las percepciones tienen para el yo la misma significatividad y valor que las pulsiones para el ello". (SE, 19, págs. 25 y 40 [AE, 19, págs. 27 y 41].)

¹⁰⁴ *El yo y el ello*, SE, 19, págs. 37 y 38. [AE, 19, págs. 38 y 39.]

tros se ha convertido en propiedad de la cultura, de la que el padre no es más que un representante: de esto, el hijo habrá de descubrir las huellas. Huellas que se escriben con una tinta diferente de la que consigna la experiencia. Este proceso está en la base de la identificación primordial con el padre. Dejemos de lado las chicanas en torno del texto¹⁰⁵ sobre la anterioridad cronológica de la madre, y admitamos de una vez por todas aquello de que se trata, en una perspectiva freudiana. Especificar, como lo hace Freud en una nota adjunta, que acaso importan *los* padres, en la misma medida que el padre, no significa que esta experiencia se ha de vivenciar dos veces, la primera con la madre y la segunda con el padre, sino que el motor de esta identificación inaugural es un *principio de parentesco*, la condición de progenitor a que estará llamado el hijo. Dos exigencias se deberán cumplir: la preservación intangible del vínculo y la no menos ineluctable liberación del objeto. "Esta identificación [es] la condición bajo la cual el ello resigna sus objetos. [...] Otro punto de vista enuncia que esta trasposición de una elección erótica de objeto en una alteración del yo es, además, un camino que permite al yo dominar al ello y profundizar sus vínculos con el ello, aunque, por cierto, a costa de una gran docilidad hacia sus vivencias".¹⁰⁶

No podemos dejar de comparar los dos tipos de fenómeno, que en modo alguno se reducen uno al otro, pero revelan dos destinos posibles que permiten el mantenimiento de una relación con el objeto, a expensas de un sacrificio que hace, de la renuncia, la condición de sobrevivencia del vínculo más esencial, al tiempo que revela que esta relación prevalece sobre cualquier otra consideración y en modo alguno se trata de suplirla únicamente por una permutación de objeto o de meta. La renuncia o la inhibición de meta deben proporcionar la mejor prueba de que nada podría remplazar al objeto, y es impensable cualquier secuencia de acciones ajena a la continuidad de la relación que lo une al yo. No es entonces casual que, inmediatamente después de esas consideraciones, Freud introduzca la desexualización y la sublimación; en los párrafos precedentes, en efecto, acababa de referirse a las primerísimas investiduras, las de la fase oral, y de hacerse una pregunta que se plantea por tres veces en *El yo y el ello*.¹⁰⁷ si todas las formas de la sublimación nacen por intermedio del yo, o se puede considerar que se originan en una desmezcla de pulsiones. En definitiva tenemos que reconocer en esta aptitud para la creación de investiduras *duraderas, permanentes*, una justificación estructural, que siempre se percibe como tal, aunque nunca recibe un esclarecimiento conceptual completo, y que encuentra su fundamento en la desmezcla de pulsiones, es

102

decir, en el trabajo de la pulsión de muerte sobre las pulsiones de vida, eróticas, que incluyen a las pulsiones de autoconservación.¹⁰⁸

Estos procesos, si se los refiere a las operaciones gobernadas por el principio de placer y el principio de Nirvana, confirmarían más bien la preeminencia de este último. En el capítulo de *El yo y el ello* dedicado a las dos clases de pulsiones, Freud lleva sus hipótesis hasta el cabo: la sublimación y la identificación no son más que formas de transformación de libido erótica en libido yoica; se consuman por una desexualización, abandono de las investiduras de objeto, que puede llegar hasta la producción de una energía neutra desdiferenciada, forma híbrida entre la

¹⁰⁵ Ibid.,pág. 31.

¹⁰⁶ Ibid., pág. 30. [AE, loc. cit., págs. 31-2.]

¹⁰⁷ Ibid.,págs. 30,45,54.

¹⁰⁸ Una prueba suplementaria de que Freud, en su pensamiento, liga la identificación con esta clase común de fenómenos: "Los efectos de las primeras identificaciones, las producidas a la edad más temprana, serán universales y duraderos". (SE, 19, pág. 31 [AE, 19, pág. 33.])

libido de Eros y la de las pulsiones de destrucción: libido "mortificada". Libido, en todo caso, más vulnerable al efecto de la pulsión de muerte.

Parece indudable que Freud asigna a la desexualización una función muy general, susceptible de afectar las primeras investiduras de objeto: "Al apoderarse así de la libido de las investiduras de objeto, al arrogarse la condición de único objeto de amor, desexualizando o sublimando la libido del ello, trabaja en contra de los propósitos del Eros, se pone al servicio de las mociones pulsionales enemigas". El trabajo que de esa manera se consume es atribuido por Freud a la desmezcla.¹⁰⁹ Y si hemos de tener en cuenta la afirmación que a continuación se lee, y que califica de narcisismo secundario al narcisismo del yo, la dirección seguida por la investigación que llevó a Freud a circunscribir cada vez más la pulsión de muerte en el narcisismo nos invitará a reconocerla desde su tiempo primario.

La protección antiestímulo y la represión

¿De qué manera se puede establecer en el registro de los procesos dinámicos y económicos esa investidura estable, duradera, permanente? Freud sólo dio ejemplos por referencia a *estados*; para reconocer estos, todos nosotros tenemos la experiencia suficiente. Pero acerca de las operaciones que presiden la formación de su *estructura*, nuestra curiosidad queda insatisfecha. Ahora bien, siempre que Freud tuvo que proporcionar una explicación sobre los medios por los cuales se puede adquirir la durabilidad y, en el límite, la permanencia, contra la movilidad y el cambio, recurrió a la metáfora

103

del paso de la energía libre a la energía ligada. Parece difícil prescindir de ella aquí, pues no se avizora otra solución que se pudiera proponer. Todo cuanto acabamos de exponer, con respecto a las relaciones de la pulsión de meta inhibida con el objeto, debería poder describirse en el lenguaje de que se vale Freud cuando se empeña en la descripción de esos procesos.

Especifiquemos sin tardanza que no hay ninguna razón para considerar que la inhibición de meta de la pulsión sólo se produce (aunque Freud sólo habla de estos casos) en aras de las pulsiones eróticas que suponen una elección de objeto, y que no se advierte por qué habría que excluir de este caso a las pulsiones eróticas de autoconservación. Desde el momento en que se admite que también las pulsiones de autoconservación tienen un antagonista, a saber, en las pulsiones que están ligadas con la conservación de la especie, y que encuentran su cumplimiento en la fusión con el objeto en la relación genital, se puede reconocer que también aquí la inhibición de meta preserva al objeto de ser asimilado completamente en el yo, lo que por otra parte produciría la disolución de la organización del yo.

Los mecanismos de transformación de energía libre en energía ligada que describe Freud muestran el modo en que el organismo se protege del exceso de los estímulos externos, ofreciéndoles una superficie de resistencia que si bien ha experimentado una neutralización de las investiduras, es susceptible de recibir, de cribar y de transmitir las excitaciones del exterior. Advertimos entonces que esta barrera, esta "protección antiestímulo" tiene la función de impedir, en su nivel, toda transformación de la recepción de estímulos que consista en eventuales

¹⁰⁹ *SE*, 19, págs. 46 y 54. [*AE*, 19, pág. 46.1 Es evidente que esto no avala la Interpretación de una energía aconflictiva, puesto que Freud se refiere aquí a ■ parte más letal de Eros.

cambios del registro de expresión: mutaciones, combinaciones, etc. Sólo se trata de amortiguar: de transmitir, sin deformarlo, el resultado debilitado de su registro. Por lo tanto, son dos sus funciones: de bloqueo -recepción y ligazón- y de transmisión por circulación. La protección prevalece sobre la recepción. Una superficie análoga ha de recibir la impresión de los estímulos internos, y también ella procurará evitar un aflujo demasiado grande o una cantidad excesiva de excitaciones. Pero es evidente que estas dos operaciones, por más que parezcan homólogas, no son equivalentes, puesto que el poder de rechazo opuesto a las excitaciones externas las elimina, mientras que el rechazo de los estímulos internos no puede tener más consecuencias que una vuelta hacia los procesos inconcientes, una nueva carga, que determinará un nuevo empuje hacia la conciencia, empuje frente al cual las posibilidades de rechazo serán limitadas. En consecuencia, no puede funcionar aquí un dispositivo comparable a la protección antiestímulo. La articulación entre los dos modos de actividad, la que tiene por función acondicionar los estímulos externos y la que enfrenta los estímulos internos, no es concluyente. Freud se valió para ello, nuevamente, de la metáfora del organismo comparado con la vesícula protoplasmática. El yo realidad del comienzo proporciona, es cierto, el distingo

104

entre el origen de las dos fuentes de excitación. Pero su acción no es infalible puesto que es posible la proyección. Por otra parte, la intervención de ese mecanismo proyectivo se produce en una escala demasiado grande para que se pueda desechar la idea -consideremos el caso particular del dolor- de que una ruptura en el dispositivo determine una osmosis tal que lo recibido del interior sea atribuido al exterior. Esta operación no consiste solamente en un rechazo; tiene la ventaja de proporcionar la posibilidad de poner en acción medios para defenderse (una vez obtenida esa exteriorización) de lo que provocó la proyección.

El propio Freud manifiesta algunas reservas sobre esa manera de representarse las cosas. Lo hace en el *Esquema*.¹¹⁰ Las relaciones entre las dos cortezas, externa e interna, acaso pueden ofrecernos una mejor solución. La particularidad de la corteza externa del organismo metafórico consiste en haber sido "trabajada" de tal manera que ha reducido al mínimo todos los procesos orgánicos. Esta corteza se limita a conocer la fuente y la índole de las excitaciones, lo que es posible por su orientación. De hecho, ese logro no puede desmentir su parentesco con el tipo de procesos que, bajo la acción del principio de Nirvana, tienden a la abolición de toda tensión. El propio Freud dice que la *muerte* de esa capa parece representar el sacrificio necesario para la supervivencia de los estratos más profundos que albergan a los órganos de los sentidos, que procesan cantidades infinitesimales y seleccionadas.

Hemos llegado a la conclusión de que ese dispositivo no se puede aplicar a la barrera interna. Pero si Freud las compara es porque discierne entre ellas no una similitud -lo que es imposible- sino una analogía. Todo ocurre como si el modelo de la protección antiestímulo fuera la solución tentadora para los estímulos internos. Así los estímulos serán tratados como cantidades que es preciso reducir, ligar, "inanimar" o mortificar. Y aunque ciertas tensiones siguen quebrando las barreras y engendrando efectos comparables a un trauma externo, este es un caso limitado. La fuerza ligadora será función del nivel cuantitativo de las investiduras

¹¹⁰ "Unos procesos concientes en la periferia del yo, e inconciente todo lo otro en el interior del yo: ese sería el más simple estado de cosas que deberíamos adoptar como supuesto. Acaso sea la relación que efectivamente exista entre los animales; en el hombre se agrega una complicación en virtud de la cual también procesos interiores del yo pueden adquirir la cualidad de la conciencia". Y encadenarse en el lenguaje... (SE, 23, pág. 162 [AE, 19, pags. 159-60].)

del sistema. Puesto que esta fuerza quiescente no es capaz de neutralizar, de descualificar las excitaciones, como en cambio lo consigue la protección antiestímulo, ofrecerá un equivalente de esta: un espejo donde se refleje el señuelo de la abolición de las tensiones. Entonces el ello se convierte, según la bella expresión de Freud, en "el segundo mundo

105

exterior"¹¹¹ para el yo. Sucede que los órganos periféricos que reciben las excitaciones externas pueden, de igual modo, transmitir sensaciones y sentimientos como el dolor. El trabajo de la fuerza de ligazón interna es hacer perceptibles y dominar (por la rebaja de las tensiones) los estímulos internos. Pero es menor su capacidad de discriminar la fuente de las excitaciones, de suerte que lo por ella recibido proveniente de dondequiera (Freud, cuyas formulaciones nunca son vagas, habla aquí de "algo" que corresponde a las sensaciones y que deviene conciente) está sujeto a las mayores confusiones en lo que se refiere a su localización. No obstante, se alcanza un resultado; la comparación con los órganos periféricos que reciben las excitaciones externas permite una analogía, y entonces nos encontramos con que Freud nos dice: "para los órganos terminales, en el caso de las sensaciones y sentimientos, el cuerpo mismo sustituiría al mundo exterior".¹¹² Lo que no significa que estemos autorizados a hablar de una confusión de un mundo y del otro, sino sólo de una reduplicación que también se podría considerar una división. Pero en el acto de instalar un "segundo mundo exterior" en la relación del ello con el yo, Freud reevalúa el sistema de relaciones entre esas tres instancias. Al proceso de la inercia mortificante instaurada en el envoltorio que sirve de mediación con el afuera, corresponde el dispositivo (la represión) que preserva de las exigencias y de las presiones; librarse de estas planteará más problemas que el tratamiento de los estímulos externos. Esta primera relación se complica, como vimos, por la acción de la función del ideal.

El autoerotismo

Es en este punto donde consideraríamos atinada la aplicación de un proceso comparable a lo que era la inhibición de meta para la pulsión erótica; recordemos que, sin conservar todos los caracteres de esta, mantenía algunos. Desde luego, el autoerotismo no presenta la perennidad y la inmutabilidad de las relaciones de ternura de que habla Freud, pero es evidente que tanto el autoerotismo como el narcisismo son algo más que meros estudios. El yo -o, en el origen, las pulsiones del yo- se puede ofrecer como fuente de satisfacción por mecanismos que persistirán toda la vida. Es legítimo empeñarse en fijar un comienzo, un ingreso en el autoerotismo, como lo hacen Laplanche y Pontalis¹¹³ cuando insisten en el hecho de que la pulsión *deviene* autoerótica cuando pierde su objeto. Es demasiado

106

importante la formulación de Freud sobre este punto para que omitamos la cita: "En la época en que la satisfacción sexual se ligaba con la absorción de los alimentos, la pulsión encontraba su objeto afuera, en la succión del pecho

¹¹¹ *El yo y el ello*, SE, 19, pág. 55. [AE, 19, pág. 56.]

¹¹² *Esquema*, SE, 23, pág. 162. [AE, 23, pág. 159.]

¹¹³ J. Laplanche y J.-B. Pontalis, "Fantasme originaiie, fantasme des origines, origine du fantasme", *Les temps modernes*, 1964, n° 215.

materno. Este objeto se perdió después, quizá precisamente en el momento en que el niño . se volvió capaz de ver en su conjunto la persona a la que pertenecía el órgano que le procuraba la satisfacción. La pulsión se vuelve autoerótica...". Cuando Laplanche y Pontalis destacan, en otro pasaje, que no es necesario que el objeto esté ausente para que se realice la condición autoerótica, su argumentación es indiscutible. Pero si es así, ¿no haría falta definir con más precisión el autoerotismo? ¹¹⁴ En efecto, no se puede desolidarizar la observación de Freud del contexto en que aparece, y lo que aquí nos interesa es que ese proceso se liga con la introyección. Tendríamos que poder dar razón del paso que va de tener el objeto de la satisfacción "afuera", a buscar una satisfacción, si no "adentro", al menos en el cuerpo propio del niño, en su límite de contacto, lo que procura una concreción notable a la proposición según la cual el cuerpo ocupa el lugar del mundo exterior. Estamos de acuerdo con Laplanche y Pontalis cuando sostienen, siguiendo a Freud, que el ideal del auto-erotismo son los labios que se besan a sí mismos. Pero es preciso reconocer a esa imagen un alcance mucho más vasto, un movimiento que tiene un valor más radical y más general. No se trata de que la división entre niño y objeto quede abolida; más bien, antes de su advenimiento, en el momento de la pérdida del objeto, que hasta entonces no era más que "afuera", el "sujeto" era esa orientación centrífuga de la búsqueda. La separación reconstituye ese par en el cuerpo propio del sujeto, puesto que la imagen de los labios que se besan a sí mismos sugiere una replicación, seguida de un repegamiento, que, en esta nueva unidad, deja trazado el surco de separación que ha permitido al "sujeto" replegarse sobre él mismo. El autoerotismo está en el camino de ese giro; representa la forma de su detención, el alto en la frontera, y en este sentido se lo podría comparar con la inhibición de meta que hemos descrito para las pulsiones eróticas libidinales.¹¹⁵ Ya vimos, en efecto, que esa inhibición de meta estaba muy ligada con la conservación del objeto. Ahora bien, lo que nos llama la atención en esta situación autoerótica es la posición particular de la pulsión, con respecto a la meta y al objeto. Es que no se podría (y en este punto estamos de acuerdo

107

con Laplanche y Pontalis) ligar el autoerotismo con la ausencia de objeto. Pero en ningún caso se puede asimilar lo que aquí se produce con una sustitución de objeto o aun con una permutación de meta, puesto que la meta sigue siendo la misma: el placer ligado con la succión, de que el chupeteo no es el equivalente, sino la quintaesencia. Por eso el autoerotismo es sin duda, en cierta medida, placer de órgano; pero en cierta medida solamente. Afirmar, acerca del carácter autoerótico de la pulsión, que es "producto anárquico de pulsiones parciales"¹¹⁶ es, quizá, desplazar un poco la teoría, puesto que implica situar esa pulsión del mismo lado que las pulsiones llamadas de meta no inhibida, caracterizadas por el constante desplazamiento, las transformaciones de energía, la permutación repetida de las metas y de los objetos. Primordialmente, la pulsión autoerótica es una pulsión apta para satisfacerse a sí misma, tanto en ausencia como en presencia del objeto, *pero independientemente de este*. En efecto, es imposible formarse una idea clara de la cuestión sin admitir, con Freud, que hay dos categorías de

¹¹⁴ No era el proyecto de Laplanche y Pontalis. Ellos se proponían ligar el fantasma con el tiempo del autoerotismo. Pero, puesto que recusaron ciertas interpretaciones del fantasma, y propusieron hacerlo nacer con el autoerotismo, habría sido lógico que agotaran hasta el final los recursos que sobre esta cuestión proporciona la teoría freudiana.

¹¹⁵ Puede resultar paradójica esta idea, porque en este caso hay obtención de un placer de órgano. Lo que queremos destacar, de hecho, es que el placer autoerótico inhibe al placer de succión del pecho portador de leche.

¹¹⁶ *Op. cit.* pág. 1866.

pulsiones: unas capaces de hallar satisfacción en el cuerpo propio del sujeto, y otras que no pueden prescindir del objeto. Así las cosas, carece de sustento ligar el autoerotismo con el surgimiento del deseo,¹¹⁷ como lo hacen Laplanche y Pontalis, puesto que este es deseo de contacto con el objeto, y en su concepción ellos descuidan el papel de las pulsiones que exigen la participación del objeto. De igual modo, no es necesario postular un antinarcisismo, como sostiene Pasche,¹¹⁸ porque está implícito en el segundo tipo de pulsiones. En Freud, esta diferenciación se inscribe dentro de una notable continuidad de pensamiento. En efecto, si no queremos limitarnos a discernir en el autoerotismo un mero estadio, tenemos que extraer de esta noción todas las potencialidades teóricas que contiene, y que no siempre se encuentran explicitadas; de este modo se podrá justificar el rechazo de una posición genética simplificadora, incompleta y poco satisfactoria.

Detengámonos en un pasaje de "Pulsiones y destinos de pulsión".¹¹⁹ En el origen, en el comienzo mismo de la vida psíquica, el yo está investido de pulsiones y es en cierta medida capaz de satisfacerlas él mismo. Llamamos "narcisismo" a ese estado, y "autoerótica" a esa manera de obtener satisfacción. Es a raíz de este pasaje, que a primera vista parece venir en apoyo del punto de vista genético, donde Freud agrega una nota que ha llamado la atención de muchos autores, entre ellos Winnicott. Allí reconoce que el grupo

108

de las pulsiones sexuales y de las pulsiones de autoconservación no es homogéneo, y que además es preciso considerar la existencia de pulsiones capaces de una satisfacción que no pasa necesariamente por el objeto y de pulsiones cuyo vínculo con el objeto no se puede eliminar. Es el vicariato de los cuidados de la madre el que hace posible el funcionamiento de las pulsiones autoeróticas. Pero esto no equivale a sostener que estén subordinadas a las pulsiones que exigen entrar en relación con el objeto. Y si la madre ocupa una función total de objeto primordial que quita toda realidad a una organización propia del niño, no se debe a que satisface las necesidades del bebé y suple su inmadurez; esa función no cobra su valor en el plano biológico (lo que es evidente, puesto que el bebé moriría sin los cuidados de la madre), sino en el campo del deseo y del significante. *La madre cubre el autoerotismo del niño.*

Estas observaciones iluminan el problema que antes abordamos, sobre el origen de las investiduras primarias que, según las diferentes versiones de Freud, parten del yo o del ello. Strachey tiene razón cuando sitúa el debate recordando el estado indiferenciado primitivo del ello y del yo. ¿No nos acercaríamos más a la verdad si propusiéramos, para la inteligencia de esas relaciones, una imagen del ello que incluyera a la madre desde el comienzo, investida de manera primitiva y directa, en tanto el yo se edificaría desde sus propias posibilidades de satisfacción, esenciales por su función fundadora, pero cuestionadas por las pulsiones que tienen en el objeto su destinatario obligatorio?

La represión y el yo

¹¹⁷ En *op. cit.*, puesto que Laplanche y Pontalis disciernen en el fantasma el surgimiento del deseo y hacen nacer este en el tiempo del autoerotismo.

¹¹⁸ Pasche, "L'anti-narcissisme", *Revue française de psychanalyse*, 1965, 29. pág. 503.

¹¹⁹ *SE*, 14, pág. 134. [*AE*, 14, pág. 129.]

Acaso ahora se comprenda mejor la comparación que esbozábamos entre pulsiones de meta inhibida y pulsiones autoeróticas. ¿Será casual que la caricia y el beso, las marcas más comunes de la ternura, son compartidas por las dos categorías? El autoerotismo se inscribe, entonces, en la *línea de los fenómenos en que el cuerpo ocupa el lugar del mundo exterior*.

Ahora tenemos que decir cómo se puede concebir, en la perspectiva de una teoría estructural, y manteniéndonos lo más alejados que se pueda del espíritu de reconstitución arqueológica; cómo se puede concebir, decimos, la barrera de protección que, si se toma como modelo la protección antiestímulo, permitirá recibir como en una pantalla lo que proviene del cuerpo, ese segundo mundo exterior.

En ciertas concepciones metapsicológicas recientes, se discierne a la represión ese papel (Laplanche y Pontalis, Stein); se le atribuye la propiedad de fundar los registros de lo consciente y de lo inconsciente, así como de separar los procesos primarios de los secun-

109

darios.¹²⁰ Esta manera de ver, si tiene la ventaja de centrar los distinguos en un acto fundador, lo que permite una articulación más suelta de los diversos órdenes de hechos o de fenómenos, tiene a mi juicio el peligro de postular, más acá de la represión, un caos ininteligible, que será opuesto al orden primordial desde el cual adviene lo estructurado inteligible. La protección antiestímulo, cuyas propiedades localizan la fuente externa de las excitaciones, ve reforzada su acción por el principio de realidad,¹²¹ que consuma plenamente el distingo entre yo y mundo exterior. La represión sería su correspondiente. En esta óptica, para algunos, el narcisismo primario caería del lado de ese más acá de la represión, del lado de un mundo no ordenado, ilimitado, donde el yo se confundiría con el cosmos; de ahí su calificación de egocósmico. En nuestra opinión, esta situación es más específica del ello que del narcisismo. Ahora bien, como lo hemos precisado, la característica del narcisismo primario absoluto es la búsqueda de un nivel cero de la excitación. La abolición de todo movimiento, el abrigo frente a toda tensión, no son por fuerza generadores de ese sentimiento de expansión, aunque a veces pueda suceder.

Es importante recordar que en numerosas ocasiones Freud niega a la represión el carácter de una función inaugural; esto ocurre con casi veinte años de distancia: "Sin duda que en el origen todo era ello; el yo se ha desarrollado por el continuado influjo del mundo exterior sobre el ello. Durante ese largo desarrollo, ciertos contenidos del ello se mudaron al estado preconsciente y así fueron recogidos en el yo. Otros permanecieron inmutados dentro del ello como su núcleo, de difícil acceso. Pero en el curso de ese desarrollo, el yo joven y endeble devuelve hacia atrás, hacia el estado inconsciente, ciertos contenidos que ya había acogido, los abandona, y frente a muchas impresiones nuevas que habría podido recoger se comporta de igual modo, de suerte que estas, rechazadas, sólo podrían dejar como secuela una huella en el ello. A este último sector del ello lo llamamos, por miramiento a su génesis, lo reprimido"¹²² De este texto surge:

a. Que el yo no es constituido por la represión, sino que es preexistente a ella;

¹²⁰ Y algunas citas de Freud, de la "Metapsicología", a primera vista permiten considerarlo así.

¹²¹ Por otra parte del yo-realidad, inicialmente.

¹²² *Esquema del psicoanálisis, SE, 23, pág. 163. \AE, 23, págs. 160-61.]*

b. que si esas huellas quedan depositadas sólo en un ello disjuncto de un yo, subsiste el problema de averiguar la forma en que ha sido aceptado y admitido el contenido del ello primitivo;

c. que la represión no opera una separación originaria, sino que rechaza lo que ya se admitió una primera vez;

110

d. que la división en inconciente-preconciente es una condición necesaria para que se ponga en obra la represión;

e. que, por fin, la represión se liga a un mecanismo de re-pasaje. de re-torno de lo reprimido.

Una cuestión inevitable queda planteada: "¿Por qué lo que se admitió primero es rechazado después?". Aun cuando se insiste mucho en la contrainversión -ese gasto considerable de energía-, no se debe perder de vista que la represión es también "una etapa previa del juicio adverso". Es sin duda heurísticamente interesante ligar esos dos aspectos. Ofrece la ventaja de hacer consustanciales los procesos del juicio con los de la actividad energética. Acaso es ir demasiado rápido. No es que corresponda poner en tela de juicio la ligazón entre el orden del significante y el orden energético. Pero, en nuestra opinión, esta ligazón exige una mediación más. Freud parece reconocer una razón de ese tipo cuando escribe: "Tenemos, así, que la condición para la represión es que el motivo de displacer cobre un poder mayor que el placer de satisfacción". Ahora bien, que sepamos, el único tipo de placer que pudiera pretender conservar (bajo la cubierta de los cuidados maternos) esa posibilidad de satisfacción protegida del displacer es, sin duda, el autoerotismo.¹²³ El tiempo de la separación de la madre y el tiempo de la represión podrán reunirse con posterioridad, pero no están confundidos en el origen, puesto que esta conjunción de los tiempos se infiere retrospectivamente por la búsqueda del objeto perdido, que reúne la pérdida real del objeto en el momento de la separación y la pérdida experimentada en virtud de la represión. Sostenemos que sería más coherente justificar de otro modo esta búsqueda. La pérdida del pecho, contemporánea a la aprehensión de la madre como objeto total, que implica que se ha consumado el proceso de separación entre el niño y ella, da lugar a la creación de una mediación que es necesaria para paliar los efectos de su ausencia y su integración en el aparato psíquico, y esto con prescindencia de la acción de la represión, cuyo objetivo es diferente. Esa mediación es la constitución, dentro del yo, del cuadro materno como estructura encuadradora.

Poco más adelante, el texto de Freud nos aclara: "Además, la experiencia psicoanalítica en las neurosis de transferencia nos impone esta conclusión: La represión no es un mecanismo de defensa presente desde el origen; no puede engendrarse antes que se haya establecido una separación nítida entre actividad conciente y actividad inconciente del alma, *y su esencia consiste simplemente en rechazar algo de la conciencia y mantenerlo alejado de ella*".¹²⁴ Decir que la

111

¹²³ Al menos en sus formas primeras.

¹²⁴ *SE*, 14, pág. 147. [*AE*, 14, pág. 142.1 Las bastardillas son de Freud; y re pite esta misma fórmula hacia el final del artículo. Esta cita manifiesta sin ambigüedad que no cabe atribuir a la represión el poder de constituir lo inconciente, puesto que, por lo menos a juicio de Freud, el distingo entre conciente e inconciente le preexiste. Además, Freud reconoce de manera implícita la existencia de mecanismos de defensa anteriores a su instalación. Aquí tenemos un notable ejemplo de que, para él, no siempre lo más antiguo es lo más importante; en efecto, es indiscutible que a sus ojos la represión constituye el mecanismo de defensa capital.

esencia de la represión reside *simplemente* en el rechazo de un contenido psíquico no equivale a disminuir su importancia, sino sólo a especificar su función sin desconocer en nada su valor privilegiado. Ciertos pasajes de *Inhibición, síntoma y angustia*¹²⁵ llegan muy lejos en la comparación entre la defensa opuesta por la protección antiestímulo frente a las excitaciones externas, y la que se opone a las excitaciones internas. Es preciso tener bien en cuenta la idea de que en este último caso el mecanismo fundamental es la *huida*, más que el rechazo. Aquí nos faltan las correspondencias lingüísticas porque el término que emplea Freud contiene la idea de apartar o despachar algo, lo que en definitiva implica una actitud activa en la contrainvestidura, mientras que la fuga es una actitud, si cabe decirlo, activamente pasiva.¹²⁶ Los dos modos de defensa se podrían comparar (de lo cual las imágenes sólo dan razón parcialmente) con tácticas opuestas por principio. La primera, de la protección antiestímulo, consistiría en una retirada en que periódicamente, en la medida de las propias fuerzas, se enfrenta al enemigo volviéndose contra él y aprovechando cada encontronazo para asegurar la cohesión de una defensa que, llegado el momento, pueda resistir con eficacia de suerte que las fuerzas del adversario se quiebren por su propio impulso al chocar contra ella. La segunda, que responde a las excitaciones internas, pone en práctica un repliegue empeñando todos sus recursos en la aplicación de una táctica de tierra arrasada, para atrincherarse en una plaza fortificada donde se aguardarán días mejores.

112

El doble trastorno y la decusación primaria

Está fuera de discusión que la represión participa de esas dos formas. En ese mismo pasaje, Freud agrega que la represión es un equivalente del intento de huida, pero no reconocerá en ella esa huida primaria como tal.¹²⁷ La corrección del error interpretativo que pudiera llevar a confundirlas se lee en uno de los apéndices de *Inhibición, síntoma y angustia*. El concepto de defensa incluye la categoría general de las medidas de protección del yo frente a las exigencias

¹²⁵ SE, 20, pág. 92 [AE, 20, pág. 88]. Una diferencia esencial entre la protección antiestímulo y la represión se puede descubrir sin duda en la índole de una y otra: biológica, en el caso de la primera, y psíquica, en el de la segunda.

¹²⁶ La ambigüedad es extrema, puesto que los términos se deben situar en su contexto. La huida es un fenómeno activo, que a la larga permite la constitución de una protección antiestímulo; y esta, de algún modo, ha sacado partido de aquella resistencia por el abroquelamiento frente a la actividad de afuera. Si la barrera interna funciona según la misma modalidad, este hecho no puede llevarnos a olvidar que esta defensa sobreviene en función de una situación en que el sujeto es esencialmente pasivizado; y que esa huida, a la que no le queda más camino que volverse hacia el propio sujeto, se alimenta, se preserva, en esa pasividad, y a ella se empuja.

¹²⁷ Tenemos un indicio adicional de ello en las repetidas protestas de Freud contra la confusión entre represión y regresión. En particular, en la conferencia n° 22, donde trata de sus relaciones: "El concepto de la represión no tiene, pues, ningún vínculo con la sexualidad; por favor, retengan bien esto. Designa un proceso puramente psicológico, al que podemos caracterizar todavía mejor si lo llamamos *tópico*". (SE, 16, pág. 342 [AE, 16, pág. 311-12].) Toda la dificultad proviene de la idea que uno se puede hacer sobre la huida interna ante un peligro interno, y sobre una huida entre diferentes partes de una organización común, pero heterogénea. Freud lo advierte con toda claridad: "Opinamos que sin duda existen procesos defensivos que con buen derecho pueden ser comparados a un intento de huida, pero en otros el yo se pone «n pie de guerra de manera mucho más activa y emprende enérgicas acciones contrarias. Esto, claro está, siempre que la comparación de la defensa con la huida no se invalide por la circunstancia de que el yo y la pulsión del ello son partes de una misma organización (. . .) de suerte que cualquier conducta del yo forzosamente ejercerá un efecto modificador sobre el proceso pulsional". . (SE, 20, pág. 146 [AE, 20, pág. 138].)

pulsionales y autoriza a "subsumirle la represión como un caso especial". Freud rechaza la solución que él había adoptado antes, cuando le parecía que la represión ilustraba en su generalidad el proceso de defensa. Pero agrega: "Además, nuestra expectativa se dirige a la posibilidad de otra significativa *relación de dependencia*".¹²⁸ No es difícil que el aparato psíquico, antes de la separación tajante entre yo y ello, antes de la conformación de un superyó, ejerza métodos de defensa distintos de los que emplea luego de alcanzados esos grados de organización".¹²⁹ También aquí podríamos conformarnos con poner un signo de interrogación en ese texto, lamentando que el autor

113

no manifestara todo su pensamiento. No obstante, es muy semejante a la frase que once años antes hallamos escrita en el texto sobre la represión: "Este modo de concebir la represión se complementaría con un supuesto, a saber, que antes de esa etapa de la organización del alma los otros destinos de pulsión, como la mudanza hacia lo contrario y la vuelta hacia la persona propia, tenían a su exclusivo cargo la tarea de la defensa contra las mociones pulsionales".¹³⁰ Y esto nos remite a un pasaje semejante de "Pulsiones y destinos de pulsión".¹³¹ De hecho, Freud describe ahí un proceso único en dos operaciones, que consiste, por una parte, en la orientación (cuya inflexión indica que el sentido centrífugo se invierte en sentido centrípeto) y, por la otra, en el modo de mudanza, que no se reduce ni a una inversión de dirección ni a un simple cambio de signo, sino que requiere que la concibamos como una *decusación*. La confusión pura y simple de los dos mecanismos llevaría a un repliegue sobre sí mismo, que de ninguna manera resolvería el problema planteado por la exigencia pulsional; en efecto, esta sólo se puede tramitar por una modificación inscrita en el cuerpo, que deje una huella de satisfacción. En esa mudanza por decusación parece que la respuesta esperada del objeto resultara arrastrada por ese movimiento en que se intercambian, en la corriente pulsional, las posiciones extremas de lo interior y lo exterior. Así se produce el quiasma de lo que en una superficie se puede localizar a la derecha y a la izquierda de una frontera hipotética. Este movimiento de inversión permite alcanzar la zona corporal que espera la satisfacción como si, en esta, fuera el objeto mismo el que prodigara la satisfacción. Lo mismo que en la inhibición de meta, en efecto, el objeto queda aquí conservado; no se lo permuta. Pero esta conservación se pagó con la limitación de la satisfacción: algo que, nos parece, sería el negativo de una operación metonímica, puesto que se opone a la sutura del sujeto y del objeto. Al mismo tiempo, una limitación así la preserva porque la unión suprimiría toda ulterioridad en ese encadenamiento, que sería primero y último. Parece que de ese modo se constituye un circuito que no recae

¹²⁸ Las bastardillas son nuestras.

¹²⁹ "Addenda", A, c, *SE*, 20, pág. 104. [*AE*, 20, pág. 154.] Es exacto que en un pasaje del texto escrito con anterioridad a estos *Addenda*, Freud parece muy próximo a referir la represión originaria al mecanismo de la protección antiestímulo. Pero enseguida señala los límites de la analogía: sólo hay protección antiestímulo para las excitaciones externas, y no para las exigencias pulsionales internas. Sin considerarse en condiciones de decidir por el momento la cuestión, deja entender que el límite entre represión primordial y posrepresión con posterioridad [*après coup*] acaso se sitúa en la aparición del superyó. (*SE*, 20, pág. 94 [*AE*, 20, pág. 90].) Aquí advertimos todavía mejor el sentido de esta rectificación metapsicológica, puesto que en este punto, junto a la aparición del superyó, se menciona la diferenciación yo-ello. Comoquiera que fue-re, la formulación final de! *Esquema*, donde la represión aparece como una conducta de rehusamiento frente a algo *ya aceptado*, nos parece la más interesante, no por ser la última, sino porque es la más fecunda heurísticamente.

¹³⁰ "La represión", *SE*, 14, pág. 147. [*AE*, 14, pág. 142.]

¹³¹ *SE*, 14, págs. 126-27 y 132. [*AE*, 14, págs. 122 y 127.]

sobre las propiedades del objeto, sino sobre la respuesta de este, que, al mismo tiempo que mantiene el objeto en su ausencia, es su vicaria ante el sujeto, *como si* fuera el objeto el que llevara a cabo su consumación; en este punto podríamos ver una operación de metáfora.

¿No volvemos más clara de este modo la mutación que se cumple, de la relación con el pecho, donde "hasta respecto del acto de mamar puede decirse tanto que ella da de mamar al niño cuanto que lo deja mamar de ella",¹³² a aquella reversión de los labios que se besan a sí mismos?

114

Entre la indiferenciación yo-ello, y madre-hijo, y la aparición de la represión interviene un proceso mediador del orden de una regulación pulsional desde la cual se hará posible la represión. En definitiva, esto equivale a decir que entre el proceso "biológico" que opera en la protección antiestímulo, y lo que el propio Freud llama el proceso psicológico de la represión, no hay una correspondencia como la que existiría entre algo exterior y algo interior, sino que entre ellos se realiza un entrecruzamiento, a fin de que lo interior se pueda tratar como lo que se origina en el exterior; y esto, para lo interior, a condición de que se lo pueda percibir proveniente del exterior, pero *sin fusión de lo uno y lo otro*. Es exactamente lo que anuncia el proyecto de Freud en *Más allá del principio de placer*, donde liga la constitución de una barrera interna a la condición de la proyección. El *doble tras-torno* nos ofrece la posibilidad de concebir estructuralmente esta mediación. La lectura del pasaje sobre el doble tras-torno muestra que Freud describe el trabajo que se opone a que una pulsión alcance la satisfacción directa, pero en este caso no por la acción de una fuerza que le fuera extraña -la represión como proceso psicológico-, sino por una modificación interna de su propia naturaleza.

Parece que nadie se habría de preocupar por este hecho: cuando Freud considera que es preciso distinguir dos procesos en el trastorno hacia lo contrario, a saber, la mudanza de actividad en pasividad, y la mudanza de contenido (amor-odio), introducía de ese modo una calificación nueva para la pulsión, esto es, su *contenido*, que no se retomará en ninguna de las descripciones ulteriores, o bien sólo cuando se trate del ello. Aquí se anuda una problemática que confluye con la del autoerotismo, y con la relación de objeto; en efecto, Freud niega que la oposición amor-odio pueda entrar en el marco de un trastorno hacia lo contrario del mismo modo como lo hace la mudanza actividad-pasividad: aquellos afectos sólo se pueden dirigir a un objeto completo. El narcisismo, estado en que uno se ama a sí mismo, parece representar la forma, en este último nivel, de lo que sería su equivalente en el cambio de la actividad en pasividad. Tendríamos entonces fundamento para afirmar que desde el momento en que la actividad pulsional se puede comprender como relación del yo con las fuentes de placer del objeto, considerado independiente del yo; desde ese momento, pues, la mudanza actividad-pasividad cobra la forma del amor que el yo puede dirigirse a sí mismo. Y si nos preguntamos a qué corresponde la preparación de ese tiempo estructural, nos vemos remitidos a una distinción que a Freud se le impone como algo imperativo, la que lleva a escindir la operación de mudanza de la *meta* de las pulsiones, de la vuelta sobre la persona propia. Y con razón las separa. Pero lo hace para señalar enseguida, sobre la base de las situaciones que evoca (sadismo-masochismo, escopofilia- exhibicionismo): "No podemos dejar de observar que en esos ejemplos la vuelta hacia sí mismo y la mudanza de actividad en

115

¹³² 33- conferencia", *SE*, 22, pág. 113. [*AE*, 22, pág. 107.]

pasividad (es decir, de la meta) convergen o coinciden".¹³³ La conservación del objeto, el mantenimiento de ciertas investiduras de un modo duradero e inmutable, se ligan solidariamente con la inhibición de meta de la pulsión. El autoerotismo se ahorra el objeto y no lo pierde del todo, puesto que la pulsión se vuelve autoerótica en el momento en que el sujeto puede tener una aprehensión completa de la madre. Si parece cambiar de objeto, es sólo para dirigirse al *objeto del objeto* (el cuerpo del sujeto); es sólo para crear ahí, dando con ello testimonio de su fidelidad, una segunda zona erógena de "menor valor".¹³⁴ En cambio, que la pérdida del objeto coincida con el momento en que se reúne el órgano que producía la satisfacción, el *pecho*, con quien lo tiene, la *madre*, y que esa pérdida desemboque en el autoerotismo inaugural puede hacer pensar que acaso fue interiorizada igualmente la aprehensión de esa reunión del órgano con la persona. Esta interiorización no culminará en la conciencia de una forma corporal, sino, por vía de la clausura de esta modalidad circulatoria de las investiduras, en el sentimiento de una autonomía, de una perfección, de una liberación del deseo por la creación simétrica, apenas diferida, de la aprehensión global y unificadora del yo del niño, como lo describió Lacan en el estadio del espejo.

El yo y su ideal

Inferioridad e independencia son, en este contexto, términos ligados: inferioridad porque la persistencia de una falta con relación al objeto no es abolida por el autoerotismo; independencia, que sigue atestiguando que la tutela del deseo es el yugo más temible, sin duda necesario para la organización psíquica, pero que es preciso superar a fin de adquirir una *estructura*. Aquí, como en el caso de la inhibición de meta, reencontramos el trabajo de la pulsión de muerte. No es en la imposibilidad de alcanzar una destinación donde se reconoce su seña, sino en la elección de esa zona de menor valor como vocación privilegiada. La rebaja de la tensión al grado cero, el aplastamiento sin dilación de cualquier diferencia, que deroga la ausencia del objeto, reciben una consagración en los templos de la autosuficiencia. La impresión recibida es indeleble, y continuará, sino todo el tiempo de la vida, al menos toda la vida. "Ser de nuevo, como en la infancia, y también en lo que atañe a las tendencias sexuales, su propio ideal, he ahí la felicidad que quiere alcanzar el hombre"¹³⁵

116

Pero ¿estamos seguros de que esa etapa mediadora entre la indiferenciación yo-ello y la represión se tiene que reconducir al narcisismo por la vía del autoerotismo? ¿Qué otro modo de ver las cosas podría conquistarse nuestra convicción? O el narcisismo es rechazado al caos anterior a la represión, o es especificado como campo de la ilusión, pero, en todos los casos, le falta una estructura propia. Parece que Freud indica una solución: "Alcanzamos una intelección * más general: los destinos de pulsión que consisten en la vuelta sobre el yo propio y en el trastorno de la actividad en pasividad dependen de la organización narcisista del yo y llevan impreso el sello de esta fase. Corresponden, quizás, a los intentos de defensa que en etapas más elevadas del desarrollo del yo se ejecutan con otros medios".¹³⁶

¹³³"Pulsiones y destinos de pulsión".

¹³⁴ *Tres ensayos de teoría sexual*.

¹³⁵ "Introducción del narcisismo" [AE, 14, pág. 97.

¹³⁶ SE, 14, pág. 132. [AE, 14, pág. 127.]

El narcisismo se funda en las pulsiones del yo. Pero erraría quien creyera que, porque apuntalamos nuestra interpretación del autoerotismo en ese contingente pulsional capaz de obtener la satisfacción sin el concurso del objeto, consideramos que ese mecanismo bastaría por sí solo para dar respuesta a todas las cuestiones pendientes. Es que no renunciamos a abordar el problema de la unidad del yo, que Freud liga con el narcisismo. Hay mucho trecho de la "energía de las pulsiones del yo" al narcisismo. Es la expresión de que parte Freud; a ella es preciso reconducir toda la indeterminación de las pulsiones primitivas. La pulsión tiene que reconocer su vocación en el curso de su funcionamiento efectivo; a este lo pone en movimiento su orientación misma, es cierto, pero se descubre en la acción misma, en su efectividad, consagrada a una destinación específica. Inferirlo no es introducir una teleología en el pensamiento freudiano; la espontaneidad innata del movimiento de la pulsión se enriquece con el descubrimiento de la meta, que la anima en la trayectoria misma de su actuación. Cuando partimos de esa energía de las pulsiones del yo, no conferimos carácter biológico a esa preforma, sino que de ese modo nos figuramos, con la mayor comodidad, una corriente de investiduras entre dos bornes separados por una diferencia de potencial, sin la que no sería individualizarse corriente alguna. Ese es, en > suma, a nuestro parecer, el estado que es el prerequisite para la constitución de una cadena. Es que tenemos que descubrir un modo * de expresión adecuado para llegar a entender cómo puede Freud, a la vez, sostener que el niño pequeño es incapaz de hacer distinción alguna entre su cuerpo y el pecho, y localizar este, cuando está ausente, "fuera" de él (siendo que la indiferenciación persiste). Creemos, en efecto, con Laplanche y Pontalis, que el apuntalamiento domina todo este proceso. Pero nos inclinábamos a poner en relación ese mecanismo en que la actividad de la necesidad coincide con la aparición del placer en los lugares mismos en que la necesidad se

117

sacia, con la diferencia entre el "lugar" de la satisfacción del placer y lo que permite satisfacerlo. Y si esa relación fuera constitutiva de una demanda, tenderíamos a pensar que la demanda y su circuito son dissociables. *El circuito es investido antes que la demanda*. Lo que no equivale a decir -como lo sostiene Lebovici- que el objeto sea investido antes de ser percibido, sino, más bien, que *la investidura se inviste antes que ¡o sea el objeto*. Así como lo reprimido no se limita a permanecer desterrado de la conciencia, sino que experimenta la atracción de lo reprimido preexistente, y se encamina hacia lo que está aprestado para apropiárselo; del mismo modo, pues, la trayectoria de la investidura sólo se constituye porque la madre la inviste también. Pero es importante entender que la función de las dos corrientes lleva signos contrarios. En efecto, la madre sólo se reúne con el bebé en la medida en que ha consentido su separación futura, y en que por su parte el bebé, en su confrontación con ella, experimenta las limitaciones de la conservación de sí. Por querer conservar, se esfuerza en mantener el vínculo establecido, al tiempo que, en otra acepción de ese término, tiene que apropiarse, junto con la fuente del placer, de la condición de su satisfacción.

La diferencia primera

Llegados a este punto, no podemos avanzar sin valemos del antagonismo de Eros y las pulsiones de muerte. El ello y el yo del estado inicial, indistintos uno y otro, enfrentan la acción de las pulsiones de destrucción, que, del lado del niño,

trabajan por el retorno al estado anterior, mientras que, del lado de la madre, el movimiento de Eros puede encontrar un aliado en el deseo de reintegración del producto de la creación.¹³⁷ *Es menester que intervenga un verdadero trastorno de los valores pulsionales para que se produzca un cambio decisivo.* Es decir que, del lado de la madre, es preciso que encuentren eco las fuerzas que presionan hacia la separación,¹³⁸ mientras que del lado del hijo hace falta que se aúne la parte del ello materno que está al servicio de esas metas, y todo lo que ha tomado partido por el clamor de la vida del individuo. Nos encontramos, en-

118

tonces, con que aquello que en el "tiempo" precedente no perseguía más propósito que la suspensión de cualquier perturbación, en este nuevo contexto cobra una significación nueva, que es traer a sí. Llevar a posesión, *ligar* el yo, no sólo para aferrar el ello caótico o reducirlo a la impotencia, sino para sellar con el signo distintivo de una pertenencia de sí a sí, y de sí al otro. Se comprende que este trastorno de los valores no deja de producir un descentramiento de las polaridades pulsionales de la madre hacia el hijo, y del ello común a ambos, en favor de un yo por nacer. El ello ha creado investiduras de objeto, de que el yo se apodera. *He ahí ja primera trasgresión.* El yo no tiene todo su origen en esto, puesto que también se puede apoyar en la parte de las investiduras que no necesariamente pasan por el objeto. Observamos que esta alianza del yo y del ello necesita, para consumarse, de una sinergia relativa, puesto que si la acción del yo es ligazón, esta no se podría efectuar si no consintiera poner en vigencia en su seno la procura de abolir la tensión, que prevalece en el trabajo de la pulsión de muerte. "El principio de placer parece estar al servicio de la pulsión de muerte".¹³⁹

Advertimos lo difícil que es atenerse a una oposición estricta de los dos tipos de pulsiones antagonistas; sin embargo, es preciso, cada vez que una parece haber prevalecido sobre la otra, interiorizar en este nuevo estado de cosas la fuerza que salió derrotada en la situación de conflicto que las oponía. El pensamiento de Freud no se presta a una simplificación. Así en ciertos pasajes, el ello es concebido como antagonista de la libido. El placer, convertido en calificación de la libido, recibe el auxilio del ello contra la libido. En verdad, no se debe creer que la suplante, sino, más bien, que sus objetivos convergen en la misma medida en que el placer es su destinatario. De igual modo, cuando hablamos de las fuerzas de reunión, nada más lejos de nuestro ánimo que presentarlas como el equivalente de fuerzas físicas; son más bien orientaciones y fines, impersonales y personales. La astucia de Ulises se sirve de la polisemia de la lengua: la palabra "nadie" designa a ninguna persona y a una persona particular. La superposición de las operaciones no siempre permite discernir con claridad lo que está en juego en ellas. Cuando, nos referimos a la contradicción conservación-apropiación, está claro que en modo alguno nos figuramos ese trastorno en favor del yo como un acaparamiento, una toma de posesión que acumulara bienes por cuenta del

¹³⁷ No obstante su aparente convergencia, esos dos movimientos obedecen a tendencias diferentes. La madre busca reunirse con su objeto para formar con él una unidad más grande, y esto tanto más cuanto que la percepción y el con tacto del hijo reactivaron los fantasmas de intimidad con ella. El hijo sólo as pira a recuperar aquellas condiciones en que se encontraba al abrigo de toda perturbación.

¹³⁸ Es notable que en el momento de sobrevenir esta aceptación de la separación, el deseo de reunión de ese modo sacrificado puede desbordar, de rechazo, sobre las funciones de las pulsiones de autoconservación más fundamentales; un ejemplo de ello es el sueño de la niñera.

¹³⁹ Lo dice Freud en *Más allá del principio de placer*. Dicho de otro modo, a la ligazón compete ahora la función que antes se confiaba a la descarga. La ligazón no agota la tensión, como lo hacía la descarga. Por el hecho de ligar, domina en parte, y por medio de la ligazón conserva lo que desaparece, agotándose, en la descarga.

adquirente. Y si trae consigo la connotación de la separación respecto de la madre, sería un error imaginar que sobrevendría por el abandono de esta o una trasfusión de las investiduras de que era objeto.

119

La alucinación negativa de la madre

Volvamos sobre la afirmación de Freud según la cual la comprobación del objeto se liga a su ausencia. Contra el fondo de esa ausencia, justamente, será preciso crear los signos que se inscribirán en el lugar de lo que falta, como un valor de cambio y no como un objeto sustitutivo. Pero como esa comprobación de ausencia es solidaria de una comprobación de pérdida, se tiende a confundirlas en una sola. O en todo caso se considera que el autoerotismo será la forma nueva que ha de resolver los problemas planteados por esa doble comprobación. Si Freud establece como sucesos contemporáneos la pérdida del pecho y el momento en que se es capaz de aprehender la persona total de la madre, lo que precede a esa aprehensión debe incluir en potencia el contenido de la apropiación ulterior. No en la forma de una percepción, puesto que en ese caso su objeto estaría afuera, y la representación de esa percepción sería un mero calco cuya función de replicación no sería congruente con el trastorno de las polaridades, en virtud del cual el esfuerzo de unificación se centra en el yo; no en la forma de una percepción, entonces, sino, al contrario, de una *alucinación negativa* de esa aprehensión global. El autoerotismo en las puertas del cuerpo signa la independencia frente al objeto; la alucinación negativa signa, con la percepción total del objeto, el acto de ponerlo fuera del yo, a lo cual sucede *el yo-no-yo*, en que se fundará la identificación. A esta alucinación negativa, que por definición no puede ser sugerida por imagen alguna, la vemos en la constitución del circuito de doble trastorno. El autoerotismo representa sólo la marca de la función o de la sutura de este circuito: aquella constitución se consume (y aquí la operación de mudanza de la actividad en pasividad es más fundamental que la vuelta sobre sí mismo) por la inversión de las polaridades entre el bebé y la madre. El se trata como ella lo trata, desde el momento en que ella deja de ser la simple excentración de él. *La madre es tomada en el cuadro vacío de la alucinación negativa y se convierte en estructura encuadradora para el sujeto mismo. El sujeto se edifica ahí donde la investidura del objeto ha sido consagrada al lugar de su investir.* Todo queda entonces dispuesto para que el cuerpo del niño pueda remplazar al mundo exterior.

Cuando recurre al ejemplo del carretel, Freud no sólo figura la creación del estatuto de ausencia; sería hacer violencia a su pensamiento sostener que quiso sobre todo destacar el aspecto de dominio que esa actividad presenta. La oposición fonética que acompaña al juego está efectivamente ligada al significante. Sin embargo, no se la puede desasir del circuito que le da sustento.¹⁴⁰ Ni qué decir que el

120

niño no es el creador de ese circuito; si lo fuera, quedarían reducidos a la nada los conceptos de la división del sujeto, y de sujeto de lo inconciente. Toda la interpretación freudiana supone ese dispositivo: el carretel, el hilo que permite traerlo hacia sí, los cobertores de la cuna, etc.; y el movimiento activo de arrojar

¹⁴⁰ Por ejemplo, de esa manera no se explicaría por qué el *ooo* es un sonido prolongado, mientras que el *Da* es de escansión única.

lejos y de volver a traer. El niño, en ese momento, se sirve de sus manos, pero la actividad se delega en la madre, que regresa. La mudanza de la polaridad del sujeto queda indicada por el nexo que establece Freud entre ese juego y la aparición-desaparición, en el espejo, de la imagen del bebé, como si fuera visto por otro, aunque sea él quien cumpla los movimientos que hacen posible la formación de su imagen, ahí donde la madre era esperada. El niño dice: *Bebé, ooo*, con lo que nos proporciona un argumento más para ligar la alucinación negativa de la madre, a la identificación. Pongamos cuidado en que no se nos comprenda mal. Las que experimentaron esa suerte no han sido la totalidad de las investiduras, sino sólo las que eran portadoras de esa aptitud de ser ligadas por la autosatisfacción. No se reniega en nada de las investiduras de las pulsiones parciales, que, en su forma fragmentaria, móvil, cambiante, siguen entrando en relación con los objetos de esas investiduras, a las cuales la identificación no puede compensar por la pérdida del objeto. Sobre este contingente pulsional recaerá la represión. Así se esclarece la idea de Freud según la cual es reprimido lo que ya encontró acogida en el yo. Es la suerte que toca a la parte homóloga de las investiduras susceptibles de una auto-satisfacción, a las que nada separa de las demás, como investiduras de objeto, antes que se les ofrezca ese destino.

Freud siempre hizo recaer la represión en las formas de la representación (los afectos que experimentan ese destino, lo sufren sólo en la medida en que fueron ligados en algún momento con el *Vorstellungs-repräsentanz* [representante-representación]). ¿No podemos inferir que la alucinación negativa de la madre, que en modo alguno es representativa de algo, sin embargo *ha hecho posibles las condiciones de la representación?* Creación de una memoria sin contenido, paso de la repetición a la sutura previa a la presencia de los elementos de la suturación; aquella es presupuesta por la cadena que estos constituyen.

El deseo de lo Uno

El narcisismo es la borradura de la huella del Otro en el Deseo de lo Uno. La diferencia instaurada por la separación entre la madre y el hijo es compensada por la investidura narcisista. Esta capta el término que, en todo sentido, fundaba la diferencia en virtud del lugar que ocupaba el niño en el deseo de la madre. En el más acá de la diferencia se establece otra diferencia, constituida por la cap-

tura de la madre en la estructura encuadradora. En cuanto a las investiduras parciales que le estaban destinadas, entran en la secuencia de los intercambios y de las transformaciones que experimentan entre ellas, cuyo producto y testigo serán las formas de la representación. Es aquí donde la barrera de la represión, que es la duplicación de ese circuito, constituirá el muro en que habrán de reflejarse las pulsiones parciales; esto propicia el desdoblamiento desde el que se efectuará la representación. En lo sucesivo, la represión podrá cumplir su tarea de remisión y de despido de la pulsión juzgada indeseable. Aquí se señala un tiempo que abre la vía hacia otros modos de intercambio en que se producen esas conversiones cruzadas entre investiduras de objeto e investiduras narcisistas secundarias "quitadas a los objetos", cuya economía es regulada por la estructura que acabamos de describir. Es en ese momento, ya recorrida esa revolución, cuando el yo puede, valiéndose de la clausura cuyo modelo era proporcionado por los bordes de la alucinación negativa, proponer como objeto de amor a la parte del

ello de que se ha apoderado engalanándose con los atributos del objeto: "Mira, también a mí puedes amarme... soy tan parecido al objeto".¹⁴¹

Nuestra manera de ver parece dar razón de lo que Freud apunta sobre las primeras identificaciones, de carácter indestructible, y sobre el narcisismo del yo como narcisismo secundario. En la primera etapa se imprimió la marca primitiva del objeto, en que el yo se inspirará para tratar de ofrecer, no su parecido a ella, sino la cualidad autosuficiente de su impresión. Los rasgos que toma prestados del objeto podrán ser diversificados, seleccionados, aislados uno por uno. Pero es preciso que puedan ofrecer al sujeto el sentimiento de que le confieren independencia frente al deseo. Podríamos discernir en esto una nueva forma de apuntalamiento: la que media entre dos narcisismos.

Vuelta la trayectoria sobre sí misma, la alucinación negativa tendrá construidos los límites de un espacio vacío, como en una banda de Moebius. Es lo que Freud señalaba de continuo en el momento de introducir la última teoría de las pulsiones. La división entre pulsiones del yo y pulsiones sexuales lleva a remplazar una distinción cualitativa por una distinción tópica,¹⁴² lo que supone mucho más que el simple señalamiento de una dirección a las investiduras y establece los fundamentos de un aparato psíquico, postulados por nuestra descripción. La estructura de la banda de Moebius nos ofrece el equivalente de este doble trastorno, y deslinda las dos partes del espacio vacío, de que acabamos de hablar.¹⁴³ Estas serán ocupadas, res-

122

pectivamente, por las investiduras de objeto y las investiduras del yo a que se rehúsa la autosatisfacción, en dependencia de las pulsiones eróticas libidinales. Espacios deslindados en orientaciones diferentes y en direcciones opuestas, pero en los que un desvío por la superficie exterior e interior permite, por turno, el paso de una a la otra, proceso en el cual las paredes que sirven de límite a cada espacio autorizan el intercambio de esos dos tipos de investidura.

La introyección y la proyección

Es desde luego imposible articular entre sí todos esos mecanismos sin que la introyección desempeñe un papel fundamental. Cuando Freud, comentando el proceso de introyección en la fase que lleva el sello de la organización narcisista, declara que el objeto es consumido, incorporado al sujeto, pero al mismo tiempo destruido, ese comentario es ininteligible si toda la investidura se sitúa del lado de la destrucción; en efecto, ¿cómo se podría conservar algo si sobrevino la destrucción total? En una respuesta satisfactoria entenderíamos que *la introyección se confunde con la inscripción del circuito encuadrador, que de ese modo constituye la matriz de las identificaciones y coincide con la desaparición del objeto*. La introyección es solidaria de la clausura del circuito, del que dijimos que tiene por resultado la abolición de las tensiones. Consuma este proceso el nacimiento del autoerotismo, que se desenvuelve en el registro de la satisfacción de las pulsiones, independientemente del objeto. Puede ocurrir que las

¹⁴¹ *El yo y el ello*, SE, 19, pág. 30. [AE, 19, pág. 32.]

¹⁴² *Más allá del principio de placer*.

¹⁴³ Es urgente comprobar que la formación de una banda de Moebius comprende dos operaciones: una vuelta de la banda hacia su extremo que hace de punto de partida (sobre sí misma) y un torcimiento de lo de arriba, abajo (hacia lo contrario). Hecho lo cual, basta con sutural los dos extremos. Debemos a Lacan la aplicación de la banda de Moebius a la teoría psicoanalítica.

introyecciones ulteriores se dismantelen según el mismo modo que las identificaciones a que acabamos de referirnos; constituirán entonces el grupo de las investiduras de objeto. No ha de asombrarnos que la proyección encuentre su lugar aquí, puesto que todo el efecto de la mudanza de la actividad en pasividad consiste en tomar por cuenta del sujeto lo que parece cumplirse fuera de él, donde la excentración de la madre se anula por el modelamiento del circuito que reincluye en el individuo la polaridad hacia la que él tiende, con lo cual esta modalidad se convierte en parte integrante de él mismo. La constitución de la banda de Moebius no permite hablar de un derecho y de un revés, de un interior y de un exterior, aunque tampoco los confunde en un universo sin límites.¹⁴⁴

123

Equivocadamente se sitúa siempre la proyección fuera de los límites del sujeto, cuando la hipocondría proporciona el ejemplo contrario. Hoy se suele afirmar que es el resultado de una introyección. De hecho es preciso, con Tausk, que tan certeramente había penetrado la esencia del narcisismo, si no su estructura, ver en ella un ejemplo de proyección a distancia en el cuerpo, hallazgo del objeto perdido. El objeto hipocondríaco es recortado sobre el cuerpo, por la libido corporal de la investidura psíquica afectada al yo. El cuerpo ha ocupado el lugar del mundo exterior, lo que permite constituir las investiduras psíquicas; el órgano hipocondríaco representa el negativo del autoerotismo. el punto de ruptura de la alucinación negativa de la madre, donde el cuerpo, que había tomado el lugar que aquella ocupaba primitivamente, deshaciendo la interiorización de esta exterioridad, restablece su presencia o más bien la del objeto, cuya ausencia era signo de su localización fuera del niño. El órgano hipocondríaco, empero, no es sólo esto; es también fuente de escrutación. de investigación, de escucha. Es. en el cuerpo, el ojo que siente, presiente, adivina y pone en guardia.

El ojo de Narciso

Freud atribuye a ciertas formaciones de origen narcisista el papel de evaluar al yo, de medirse con él, de rivalizar y esforzarse, frente a él, hacia una perfección siempre mayor. Reconducimos esas formaciones al narcisismo secundario. La lucha de que informamos se empeña entre la satisfacción y la renuncia a las satisfacciones libidinales, renuncia que es sustentada por el yo. Los sacrificios que ha consentido le parecen desdeñables frente al sentimiento de orgullo que de ellas extrae. Por múltiples ejemplos sabemos que ese ideal del yo puede llegar a mostrar una intransigencia que empuja al yo contra los límites de lo que es capaz de soportar.

Los mitos, las producciones artísticas, los fantasmas personales nos han familiarizado con el tema del doble.¹⁴⁵ La literatura romántica y expresionista se ha inspirado mucho en ese patrimonio de "inquietante extrañeza". Freud señala

¹⁴⁴ Nuestra reflexión sobre el modelo del narcisismo debe mucho a la enseñanza de Lacan. Los conceptos de este autor merecerían un estudio particular, Peto aquí hemos dejado de lado su discusión. Debía preceder a su puesta a Prueba el tiempo actual de nuestro trabajo. Para ciertos puntos comunes, véase mi trabajo "L'objet *a* de J. Lacan. . .", *op. cit.*

¹⁴⁵ Se podría cuestionar el recurso a la banda de Moebius como modelo, criticando su carácter enteramente abstracto. No obstante, recordamos haber examinado hace algunos años a un sujeto que, en sus fantasmas personales, había dado en crear un doble que caminaba por el lado "opuesto" a aquel por el cual él mismo evolucionaba sin poder alcanzarlo nunca, volviendo de continuo al punto de partida.

que una de las características más frecuentes del doble es ser inmortal.¹⁴⁶ Parece que tenemos que reco-

124

nocer ahí una huella del narcisismo primario, que nos hace sospechar su participación en este orden de hechos.

Strachey observa que Freud ha oscilado entre diversas formulaciones en lo que atañe al ideal del yo. En ocasiones este es presentado como lo que restablece la perfección del narcisismo perdido de la infancia; esto así, es otra formación la que asegura las funciones de auto-observación, de vigilancia y de medida del yo. Otras veces, el conjunto se confunde en una sola unidad, la del superyó. La mayoría de los autores admiten el nexo entre el narcisismo y el ideal del yo, para distinguirlo del superyó. Pero acaso es preciso separar más nítidamente la función de censura, que depende más del superyó, de la función de vigilancia, llamada de observación de sí. Lo que oficia como mirada no nace de una función análoga a la función visual,¹⁴⁷ sino del desprendimiento de una parte del yo del resto de este. Y si recordamos que el doble es inmortal, reconoceremos que el yo no pretende menos que la invulnerabilidad más completa. El narcisismo primario, por su parte, no admite desdoblamiento alguno, y el velo que oculta el dormir sin sueños deja insatisfecha nuestra curiosidad. Merced a ese desdoblamiento podemos formarnos una idea más precisa de las aspiraciones más extremas del narcisismo primario. No hay contradicción en concebirlo a la vez como el estado de quiescencia absoluta, en que se ha abolido toda tensión, como la condición de independencia de la satisfacción, el cierre del circuito por medio del cual se fija la alucinación negativa de la madre, que despeja el camino para la identificación; y por otra parte, como el camino para la apropiación del ideal en aras de la mayor perfección, de que la invulnerabilidad es el objetivo final. La etapa que necesariamente seguiría a esta invulnerabilidad sería, sin duda, el *auto-engendramiento que suprimiera la diferencia de los sexos*.

El Ave Fénix, Narciso y la muerte

No nos sorprenderá entonces comprobar que Marie Delcourt, en un análisis de los mitos y los ritos de la bisexualidad en la Antigüedad clásica,¹⁴⁸ descubre en ellos la síntesis de la materia prima Espíritu-Cuerpo, Cielo-Tierra y, en definitiva, la inmortalidad. El ejemplo más notable es la leyenda del Ave Fénix, que conjuga la bisexualidad efectiva andrógina y el rejuvenecimiento eterno que ignora la muerte. La leyenda de Narciso, en muchos puntos, prolonga y completa la leyenda del Ave Fénix.

125

Nuestra reflexión sobre la obra de Freud nos hace comprender por qué, tras la genial introducción del narcisismo (1914), se imponía su abandono, pues de lo contrario nos habría llevado por falsas pistas; y del mismo modo, se imponía la introducción de la pulsión de muerte (1921), que determinó una redistribución más coherente de los valores de la teoría psicoanalítica, que Freud mantuvo hasta

¹⁴⁶ Cf. "L'inquiétante étrangeté", en *Essais de psychanalyse appliquée*, Gallimard. ("Lo ominoso", *AE*, 17, págs. 219 y sigs. 1

¹⁴⁷ No por mero azar, desde luego, Freud introdujo las pulsiones de conservación basándose en un estudio sobre la función visual, y la escopofilia es una de las dos pulsiones de que se vale para describir el doble trastorno.

¹⁴⁸ *Hermaphrodite*, P.U.F

su muerte (1939), con insistencia cada vez más vigilante. Y aunque después de la última teoría de las pulsiones no se manifestó de manera explícita sobre el nuevo destino del narcisismo, es suficiente lo que dejó dicho para que podamos nosotros prolongar su reflexión.

El narcisismo primario no se puede entender como un estado, sino como una estructura. La mayoría de los autores no sólo lo tratan como si fuera un estado, sino que se refieren a él sólo como narcisismo de vida, guardando silencio —el silencio mismo que lo habita— sobre el narcisismo de muerte, presente en la forma de la abolición de las tensiones hasta el nivel cero. Hay temas de la metapsicología freudiana que muestran el trabajo de la pulsión de muerte en ciertos aspectos de la vida psíquica: las pulsiones de meta inhibida, la sublimación, la identificación, la función del ideal. El problema del narcisismo primario no puede eludir la cuestión del origen y el destino de las investiduras primarias, de la separación del yo y del ello, lo que lleva al examen de los conceptos de represión y de defensa. Hemos sostenido, fundándonos en la teoría freudiana, la existencia de defensas anteriores a la represión: vuelta sobre sí mismo y trastorno hacia lo contrario, que nosotros llamamos el doble trastorno. En la elaboración de la estructura que se puede dilucidar en esto, hemos discernido una inversión de las polaridades pulsionales, un intercambio de las metas, que lleva a la diferencia primaria: la de la madre y el bebé, en la que distinguimos varios registros de pulsiones. Estas son las pulsiones parciales, cuyo objeto es el pecho, las pulsiones de meta inhibida, cuyo objeto es la madre; el destino de unas y otras será distinto hasta la elección definitiva de objeto. En el momento de la diferencia primaria, la pérdida del pecho es, en un registro, el homólogo de lo que en otro registro es la alucinación negativa de la madre. El narcisismo del yo será entonces, como dice Freud, un narcisismo secundario quitado a los objetos; implica el desdoblamiento del sujeto, que toma el relevo del autoerotismo como situación de autosuficiencia. El narcisismo primario es en esta perspectiva Deseo de lo Uno, aspiración a una totalidad autosuficiente e inmortal, cuya condición es el autoengendramiento, muerte y negación de la muerte a la vez.

3. La angustia y el narcisismo (1979)

Salir del silencio, pasar al discurso nunca deja de tener riesgos.

En el libro de Houang Ti se dice: "La forma se desplaza, pero no nace entonces una forma (nueva), sino la sombra; el sonido se desplaza, pero no nace así un sonido (nuevo), sino el eco; y si se mueve el no ser, tampoco nace el no ser, sino el ser". Estas líneas están tomadas del *Clásico verdadero del vacío perfecto*,¹⁴⁹ de Lie Tseu, autor que no habría existido, según algunos pretenden.

¿Cómo comunicarse con el otro? Se sabe que el obstáculo principal para esa comunicación es el narcisismo. De la angustia se suele decir que es incomunicable. ¿Qué relaciones guardan entre sí una y otro?

Trataré aquí:

a. *La angustia de lo Uno*: la unidad amenazada, reconstituida, *ligada* al Otro, contra un fondo de vacío, donde la forma reúne objeto parcial y objeto total.

b. *La angustia de la pareja*, en que las figuras de la simetría, de la complementariedad, de la oposición en la diferencia de lo Uno y de lo Otro, donde interviene la bisexualidad, remiten al fantasma de la unidad totalizadora de la pareja, buscada siempre y siempre imposible.

c. *La angustia del conjunto*: por medio de este concepto me propongo, tras haber evocado las figuras de lo Uno, del Dos, abordar no el problema del tercero, sino de *diasparagmos*, de la dispersión, de la fragmentación; conjunto finito o infinito donde se reencuentran la angustia del *infans* y la angustia del superyó, en la medida en que este último, nacido del ello, se convierte en "potencia del destino" (una vez consumada la institución de la categoría de lo impersonal).

Estas tres angustias plantean el problema del límite, de la forma, de la sustancia o de la consistencia, donde la apuesta es la coexistencia de los yoes.

127

Interior y exterior: nacimiento del yo

Decir, de nuevo, que la relectura de *Inhibición, síntoma y angustia* da la medida del genio de Freud, de su rigor y de su riqueza, no nos dispensa de comprobar que ese escrito admirable en su comienzo, se queda corto al final. Uno lo siente a medida que avanza en la lectura de la obra y en particular cuando Freud aborda el problema de las relaciones entre la angustia, por una parte, y el duelo y el dolor, por la otra. Por eso no sorprende que Freud se vea obligado (cosa rara en su obra) a agregar al cuerpo de su trabajo unos apéndices, el último de los cuales vuelve, precisamente, sobre aquellas relaciones.

Freud propone algunas hipótesis, que a mi juicio se deben conservar, pero que están lejos de resolver por completo los problemas que acertadamente se plantea. Sabemos que la obra se escribió para responder a las tesis de Rank (me parece que Freud les hace excesivo honor) acerca del trauma del nacimiento. Freud refuta la idea de Rank según la cual es el nacimiento el que instituye la separación entre la

¹⁴⁹ I Lie Tseu (Maestro Lie), *Le vrai classique du vide parfait*, Gallimard, pág. 5.

madre y el hijo: "El nacimiento no es vivenciado subjetivamente como una separación de la madre, pues esta es ignorada como objeto por el feto *enteramente narcisista*"¹⁵⁰ Además, Freud destaca que las reacciones frente a la separación se asemejan más al dolor o al duelo, que a la angustia. La angustia está ligada a la noción de peligro; es diferente del dolor o del duelo, que más bien pertenecerían a la categoría de la herida (narcisista). En sus consideraciones, Freud liga la angustia con el exceso de excitación pulsional. Hay libido en demasía: es la angustia automática, en que no cabe esperar auxilio alguno del objeto; está la angustia señal, por anticipación frente al peligro de perder el objeto, cuya función protectora frente al aumento libidinal fracasará más allá de cierto umbral; está también la angustia frente al peligro de dejar que se desarrolle una excitación cuya satisfacción sería reprensible; y por último, la angustia que nace de la amenaza de elevación de la tensión a causa de los reproches del superyó, con el riesgo de ser abandonado por las "potencias protectoras del destino".

El problema que entonces se plantea es el paso del feto "enteramente narcisista", que ignora a la madre como objeto, a los conflictos de deseos entre libido erótica y libido agresiva, de la fase edípica. Toda esa trayectoria es la que el texto elude: la del destino del narcisismo primario *absoluto*. La génesis del superyó no da razón de ella; su término es el ideal del yo. Destino de *las figuras narcisistas*. cuyo desarrollo es paralelo a las peripecias de las pulsiones ligadas al objeto. En cuanto al destino de las pulsiones, sabemos que es preciso

128

distinguir entre idealizaciones del objeto, como expresión de la investidura narcisista. y sublimaciones, que son transformaciones de las pulsiones.

Para todas esas operaciones es indispensable un *sujeto*, en el sentido estructural; no se trata de un yo (*Je*) existencial. sino de un *fuego (jen)* de desplazamientos, de condensaciones, de *circulaciones*. Este sujeto se experimenta existencialmente en el afecto y, de manera privilegiada, en la angustia sentida por el yo (*Moi*). *La angustia es la epifanía del sujeto*. Epifanía que aparece al yo. pero que ha menester del sujeto simbólico.

La argumentación de Freud es justa y falsa a la vez. Es justa cuando se rehúsa a la explicación por el origen: el nacimiento como punto cero y el trauma del nacimiento como economía de la cura (en esa condición de causa primera tendría la ventaja de abreviar los análisis en nueve meses). También es justo declarar que no basta con apagar la cerilla que provocó el incendio para que este se extinga. Pero es falsa porque en efecto el nacimiento es una catástrofe, en el sentido teórico moderno de la palabra. Catástrofe que se supera por la reconstitución, en el exterior, de condiciones lo más semejantes posible a la vida intrauterina. He ahí el sentido profundo (que no se le reconoce) de la importancia del *holding* [la acción de tener en brazos], de Winnicott, que no es más que un anidamiento externo del bebé. Si no es el pecado original, sino el nacimiento el que está en el origen de todos nuestros males, remitirnos a él no nos hace avanzar mucho en la solución de nuestros problemas.¹⁵¹ Lo que de esta situación debemos retener es la serie de inversiones dialécticas: nacimiento como catástrofe (separación del útero, corte del cordón umbilical, paso a la respiración aérea y a la alimentación digestiva, inauguración de la relación con la madre), y su negación por la adaptación de la madre a las necesidades del bebé en las primeras semanas, contemporáneas a la instauración del funcionamiento pulsional inicial, en el

¹⁵⁰ *Inhibición, síntoma y angustia* [SE, 20, pág. 130]. Las bastardillas son nuestras. [AE, 20, pág. 124.]

¹⁵¹ Lo cual no nos exime de mejorar sus condiciones, en la medida de lo posible.

modo narcisista. El apuntalamiento, que Laplanche trajo a la luz acertadamente, tiene como efecto el nacimiento de la sexualidad humana.

El segundo nacimiento (que de hecho es para Freud el primero) es la pérdida del pecho, que permite al yo nacer, es decir, alcanzar la condición de yo-realidad, que asegura su distingo del objeto. El problema del límite recibe derecho de ciudadanía en este punto.¹⁵² No nos asombra entonces la conclusión a que llega Freud: los factores causa de la neurosis son sólo anacronismos, es decir, unas reacciones frente al peligro, propias de una actitud infantil adaptativa, pero que sin razón valedera persisten en la edad adulta en virtud del juego de

129

la fijación y de la represión. Tres tipos de causa: *biológica*, el inacabamiento del pequeño ser humano (y por lo tanto, su dependencia del objeto); *filogenética*, el difasismo de la sexualidad (y, de ahí, la compulsión a repetir la sexualidad infantil en la sexualidad adulta); *psicológica*, en fin, la diferenciación ello-yo (que impone al yo, en su esfuerzo de combatir al ello, la obligación de combatirse por contragolpe a sí mismo, puesto que es una emanación de aquel). Todo esto implica la reproducción, la replicación de las relaciones exterior-interior. En efecto, el peligro interior era antaño exterior; el combate contra el peligro interior imita en vano el método empleado contra el peligro exterior. Estas luchas que el yo emprende contra el ello, como si este le fuera exterior, se vuelven contra él en la medida en que no es sino una parte del ello, modificada por el contacto con el mundo exterior.

Así, a la dicotomía entre pulsión y objeto corresponde la constituida por la distinción entre libido narcisista y libido de objeto. Obsérvese que aquí la libido de objeto nace de la libido narcisista, al menos en parte: secundariamente, la libido narcisista será quitada de los objetos.

Agregaremos a este repaso una hipótesis personal: el apuntalamiento del narcisismo en la libido de objeto, y su autonomía relativa. Además, las relaciones agonistas y antagonistas entre libido narcisista y libido de objeto producen, entre otras, esta consecuencia: la creación del objeto narcisista, que sortea las limitaciones impuestas por el señalamiento de los límites entre sujeto y objeto, entre yo y ello.

La elaboración teórica que acabo de hacer, apoyándome en Freud, lleva el propósito de poner de relieve la importancia del problema del límite en las relaciones exterior-interior y en el seno del aparato psíquico, en una perspectiva más metapsicológica que fenomenológica, mientras que las teorías de Federn se sitúan más del lado de la fenomenología psicoanalítica.

El yo y su representación

Me parece que se ha descuidado un punto que se advierte relejendo *Inhibición, síntoma y angustia*. La obra comienza por el estudio de las inhibiciones, que Freud se empeña en distinguir de los síntomas (más adelante, habrá de asimilar la inhibición a un síntoma). Aquí la inhibición es definida como una *limitación funcional del yo*, que persigue el propósito de evitar un conflicto con el ello o con el superyó. Ahora bien, en ese único capítulo dedicado a la inhibición, es notable que Freud en ningún momento hable ni de representaciones ni de afecto. Me veo llevado a hacer estas deducciones:

¹⁵² Fijado ya con la institución del yo-realidad originario y del yo-placer purificado.

a. La limitación funcional hace superflua la intervención de representaciones o de afectos en el nivel del yo. No digo que Freud tenga razón en este punto; me limito a dilucidar las consecuencias de su análisis.

b. Esta manera de comprender la limitación funcional del yo por referencia a la función sexual, aumentaría, locomotriz o ergástica (inhibición para el trabajo) lleva a plantearse, como corolario, el problema de la relación del yo con la representación y el afecto. Si, en lo que atañe al afecto parece seguro que el yo, sede de la angustia, es la sede del afecto (tanto así, que en la bibliografía psicoanalítica contemporánea la existencia de afectos inconcientes ha sido motivo de un prolongado debate); en lo que atañe, por el contrario, a las representaciones, *Freud sólo habla de representaciones de objeto*.

He aquí, entonces, mi conclusión: o Freud omite voluntariamente el problema de las representaciones del yo (representaciones que el yo tendría de sí mismo) o bien (hipótesis esta por la que me inclino) *el yo no tendría representación alguna de sí mismo*. Así las cosas, hablar de representaciones del yo carecería de sentido desde el punto de vista teórico, por más que esa idea tenga un eco fenomenológico. Por lo demás, Freud, en *El yo y el ello*, define al yo como una superficie o lo que corresponde a la proyección de una superficie; por mi parte agregaría que es una superficie destinada a recibir las representaciones de objeto y los afectos.¹⁵³

Citaré un ejemplo tomado de *A la recherche du temps perdu*, de Proust, del que ya me he valido en un trabajo sobre psicoanálisis aplicado.¹⁵⁴

Albertine deja a Marcel al día siguiente de una noche en que él presintió el fin de su relación. Marcel imagina después mil recursos para reconquistarla: "Iría entonces a comprar, con los automóviles, el yate más hermoso que existía. Estaba en venta, pero tan caro que no encontraba comprador. Por otra parte, una vez adquirido, y aun suponiendo que sólo hiciéramos cruceros de cuatro meses, costaría más de 200.000 francos por año mantenerlo. Viviríamos entonces con un gasto mayor de medio millón de francos al año. ¿Podría sostenerlo más de siete u ocho? Pero qué importa; cuando no me quedaran más de 50.000 francos de renta, podría dejárselos a Albertine y matarme. Esta decisión tomé. Ella me hizo pensar en mí. Ahora bien, como el yo vive atareado pensando en una multitud de cosas, y como no es más que el pensamiento de esas cosas, cuando, por casualidad, en lugar de tener delante esas cosas, de repente da en pensar en sí mismo, sólo encuentra un aparato vacío, algo que él no conoce y, para conferirle alguna realidad, le agrega el recuerdo de

una figura que percibió en el espejo. Esa cómica sonrisa, esos bigotes desparejos, he ahí lo que desaparecerá de la superficie de la Tierra. Cuando dentro de cinco años me matara, habría acabado para mí la posibilidad de pensar todas esas cosas que sin cesar desfilaban en mi espíritu. Ya no estaría sobre la superficie de la Tierra y nunca volvería; mi pensamiento se detendría para siempre. Y mi yo me parece todavía más nulo cuando así lo veo ya como algo que no existe. ¿Cómo podría ser difícil sacrificar a aquella a la que se dirigen continuamente nuestros pensamientos (a aquella a la que amamos); sacrificarle, digo, ese otro ser en el que nunca pensamos: nosotros mismos? De esta manera el pensamiento de mi

¹⁵³ Por razones de discreción, omitiré referir aquí, como ilustración, los ejemplos en que me apoyo para enunciar esta hipótesis.

¹⁵⁴ A. Green, "Le double et l'absent", *Critique*, mayo de 1973, n° 312.

muerte se me antojó peregrino, como la idea de mi yo; no me resultó nada desagradable . Pero de repente lo encontré espantosamente triste; y fue porque, habiendo pensado que, si no podía disponer de más dinero, era porque mis padres vivían, di en pensar en mi madre. Y no pude soportar la idea de que ella sufriera con mi muerte".¹⁵⁵

A la luz de esta cita me gustaría señalar que a menudo se confunde imagen del cuerpo y representación del yo. En efecto, si el yo es una superficie o lo que corresponde a la proyección de una superficie, imagen del cuerpo y representación del yo pertenecen a niveles teóricos diferentes. La imagen del cuerpo remite a una fenomenología de la apariencia. Cuando hablamos de una representación inconciente del yo, de ordinario nos referimos a lo que deducimos de la proyección de un fantasma inconciente sobre el objeto *aplicado* (en el sentido en que una pieza de vestimenta se aplica, como complemento) al yo. En cuanto al yo mismo, es un concepto teórico y no una descripción fenomenológica; es una *instancia*. Así como sería absurdo hablar de una representación del ello o del superyó, es absurdo hablar de una representación del yo. Se puede admitir que se hable de *representantes* del ello, del superyó o del yo, es decir de emanaciones con mandato, de *retoños* o de derivados de instancia. Pero la representación de una instancia carece de sustento teórico. El yo trabaja *sobre* las representaciones; *es* trabajado *por* las representaciones: no puede ser representado. Puede *tener* representaciones de objeto, pero no puede más que esto. Es por el afecto como el yo se da una representación irrepresentable de sí mismo.

132

El afecto y el objeto; el objeto trauma

Advertimos entonces que el problema de las representaciones sólo concierne al objeto, mientras que la estructura del afecto es doble: a la vez afecto hacia el objeto y afecto como afecto del yo; uno y otro se pueden confundir, y no siempre el yo es capaz de establecer la diferencia. Hace algunos años, a raíz de la lectura de la comunicación de M. Bouvet sobre "Despersonalización y relaciones de objeto",¹⁵⁶ me había planteado el problema de las relaciones narcisistas, y propuse que se les concediera un lugar separado. Después he cambiado de opinión. Si está justificado definir la noción de una relación del yo consigo mismo, lo que Winnicott llamará *ego-relatedness*, está claro que esa relación auto-egótica de valor narcisista entra en el cuadro general de las relaciones de objeto. Más precisamente, la relación de objeto comprende:

- a. La representación de objeto y los afectos que les corresponden;
- b. los afectos del yo sin representación del yo (lo que no excluye las representaciones del cuerpo).

¹⁵⁵ En Ed. de la Pléiade, 3. Es interesante señalar que Proust originariamente había insertado este agregado en el manuscrito en un lugar diferente del elegido por el editor, es decir, en la página 469 y no en la pág. 465, donde en efecto es lógica su inclusión. Si se trata de un acto fallido, es notable que se produzca en el pasaje en que Marcel anuncia a Albertine su deseo de reemplazarla por André. De este modo el objeto (Albertine) queda atrapado entre el aparato vacío del sujeto, por una parte, y el objeto que es su sucesor porque le ocupa el lugar. Entre dos muertes, la de no-todavía y la de no-más.

¹⁵⁶ M. Bouvet, "Dépersonnalisation et relations d'objet", *Revue française de psychanalyse*, 1960, 24, nos. 4-5, pág. 611. Cf. mi intervención, págs. 651-56.

Esto significa que, cuando se habla de representaciones del yo, es preciso saber que esta licencia termina donde empieza la teoría. Las representaciones del yo son de hecho representaciones de objeto que se disfrazan de representaciones del yo por investidura narcisista. Esto armoniza con la frase de Freud en que el yo, dirigiéndose al ello, dice: "Mira, puedes amarme también a mí; soy tan parecido al objeto...". Con esto, el tan importante problema de la angustia narcisista recibe una luz diferente: desde el punto de vista fenomenológico, es lícito describir sus manifestaciones; desde el punto de vista teórico, la angustia narcisista es angustia de objetos disfrazados de objetos narcisistas, puesto que en rigor el narcisismo sólo conoce los afectos -en el orden del displacer- del dolor, el duelo, la hipocondría.

No puedo aquí, a pesar del interés que tendría, repasar la lista de las funciones del yo para mostrar que es imposible hablar de representaciones del yo. En cambio, me gustaría examinar si en el yo hay ' sólo representaciones de objeto. En "De guerra y muerte. Temas de actualidad" (1915)¹⁵⁷, Freud considera las consecuencias de la pérdida de los seres queridos. "Estos seres queridos son, por un lado, una propiedad interior, componentes de nuestro yo propio, pero por

133

el otro, también son en parte extraños y aun enemigos". Me parece mucho más interesante dilucidar las consecuencias de estas observaciones, no en función de la ambivalencia, como lo hace Freud. sino más bien en función de las relaciones entre el narcisismo y el objeto. En esta óptica, el objeto, no obstante ser. en el origen, la meta de las satisfacciones del ello, de hecho es para el yo, en ciertos aspectos, siempre una causa de desequilibrio; para decirlo de una vez: un trauma. Si es verdad que el yo aspira a la unificación, y que esta unificación interna se extiende a la unificación con el objeto, la reunión total con el objeto obliga al yo a perder su organización. Por otra parte, también la imposibilidad de esta reunificación desorganiza al yo: cuando este no tolera esa separación. El objeto-trauma (para el narcisismo) nos lleva entonces a considerar que el yo no es sólo la sede de los efectos del trauma, sino de las reacciones a esa dependencia respecto del objeto; estas reacciones constituyen una parte importante de las defensas del yo, defensas no frente a la angustia, sino al objeto, cuyas variaciones independientes desencadenan la angustia. Así, en la serie trauma precoz-defensa (conjunto este que constituye la fijación)-latencia-explosión de la neurosis-retorno parcial de lo reprimido, querría poner en relieve la *confusión entre la pulsión (representada por el afecto) y el objeto*, pues el peligro proviene tanto de la irrupción de la sexualidad en el yo, como de la irrupción del objeto.

Así las cosas, comprendemos que el problema de las relaciones entre el yo y el objeto es el problema de sus límites, de su coexistencia. Esos límites son tanto internos como externos. Quiero decir que los límites entre el yo y el objeto entran en resonancia o reverberación con los límites entre el ello y el yo. El problema no se plantea para el superyó, del que recordamos que en el esquema de las instancias, presentado por Freud, se extiende del ello (su fuente) al yo (su objeto). Es decir que la irrupción del superyó en el yo equivale a una irrupción disfrazada del ello, modificado por el desarrollo del yo.

Esto me lleva a definir lo que he de excluir de mi elaboración: la relación del yo con los síndromes psicósomáticos, que depende de las relaciones entre el yo y el soma por medio del ello (anclado en el soma, pero distinto de este); y con el

¹⁵⁷ Considérations sur la guerre et la mort", en *Essais de psychanalyse*, Payot, pág. 248. ("De guerra y muerte. Temas de actualidad", *AE*, 14, págs. 299- 300.]

delirio, que resulta de las relaciones entre yo, superyó y realidad. En cambio, consideraremos el caso del duelo de manera preferencial, en la medida en que es sin duda en el duelo donde se materializa la relación del yo consigo mismo, puesto que en él una parte del yo se identifica con el objeto perdido y entra en conflicto con el resto del yo; en cambio, en la melancolía la regresión se produce en el doble plano del ello (fijación oral canibálica) y del superyó (autorreproches y sentimiento de indignidad). No obstante, si de mi elaboración quedan excluidos esos extremos, no descuidaré los términos medios según los he definido

134

en el modelo que propuse para los *fronterizos* en mi comunicación de Londres.¹⁵⁸

El conflicto entre el yo y el objeto-trauma

La teoría psicoanalítica del yo es particularmente confusa porque, como se sabe, oscila de continuo entre el yo como instancia parcial del aparato psíquico y el yo como entidad unitaria, totalización de la personalidad psíquica. Me ceñiré a la primera de esas dos acepciones. Me mueve a ello considerar que, si esa ambigüedad es constitutiva de la teoría del yo en psicoanálisis, no es menos cierto que una estructura unitaria totalizadora es una idea inconcebible para el pensamiento psicoanalítico. Por eso creo que debemos mostrarnos cautelosos hacia las concepciones psicoanalíticas de inspiración fenomenológica sobre el *self* [sí-mismo], o sobre la identidad.

Si el yo es una instancia parcial (formo esta expresión según el modelo del objeto llamado parcial), es preciso entenderlo como lo hizo Freud en sus comienzos, en el "Proyecto": un sistema de investiduras de nivel constante, o relativamente constante. Es, en mi opinión, el sentido que corresponde atribuir a la idea de Freud según la cual el yo es el resultado de la diferenciación de una parte del ello por influjo del mundo exterior. La aprehensión de la realidad, aunque sea selectiva y esté orientada por los mecanismos de proyección, impone el establecimiento de un nivel de investidura relativamente estable. Por eso Freud entiende que el yo es resultante de la inhibición de la representación inconciente. Hasta me parece que se podría sostener, de manera complementaria a la idea de que el yo no tiene representación alguna de sí mismo, que es *aquello por lo cual puede haber representaciones*. En efecto, poner el yo como funcionamiento de una red de operaciones -sin representación de sí mismo- permite imaginar la lógica de ese conjunto de operaciones: la percepción, la representación y la identificación. Esta última, en cuanto es inconciente, tiene por efecto la integración, por desaparición de las dimensiones contenidas en las otras dos: sensible, en la primera, e imaginaria, en la segunda.¹⁵⁹

En la identificación, la cualidad imaginaria desaparece en beneficio de ser-como-el-objeto; o sea que la identificación suprime la distancia que separa el objeto (percibido o representado) del yo. La

135

identificación no se reduce a ser alienante; es estructurante en la medida en que el objeto de la identificación pudo haber alcanzado la estabilidad de ese

¹⁵⁸ A. Green, "L'analyste, la symbolisation et l'absence dans le cadre analytique", *Revue française de psychanalyse*, 1974, 37, págs. 1192-230.

¹⁵⁹ Esto no contradice la idea de que la identificación puede ser imaginaria, una identificación con una imagen del objeto, más que con el objeto mismo: por referencia a lo imaginario de la representación, justamente, cumple la identificación una transformación.

funcionamiento merced a la investidura en un nivel relativamente constante. Es sin duda lo que califica a la relación madre-hijo en la metáfora de los cuidados maternos. Es también lo que nos muestra la transferencia cuando nuestros analizandos nos atribuyen una vida ordenada y tranquila, sin tormentos pulsionales. como el niño se imagina que al adulto no le cuesta nada vivir en paz con sus pulsiones, o que está en su poder satisfacerlas totalmente, de suerte que no sufre frustración alguna y no conoce las tribulaciones del deseo.

Ahora bien, esta visión ideal del yo —la de un yo ideal— es cuestionada por el deseo de objeto. La falta de objeto es la que está destinada a quebrar ese frágil logro que representa la organización del yo como red de investiduras de nivel relativamente constante. Presencia del objeto. Nunca más presente que en la ausencia en que hace falta, el objeto es "fautor de excitaciones", como dice Freud. Es preciso recordar aquí su posición intermediaria; de hecho, doble. El objeto es encrucijada. Es término de los deseos del ello en busca de objeto que lo satisfaga; por lo mismo, generador de tensiones libidinales, necesariamente contradictorias, de amor y de odio. Es parte del mundo exterior, puesto que sin duda es ahí, fuera del sujeto. donde está situado el objeto. Winnicott nos ha enseñado cómo la función del objeto transicional supera parcialmente esa doble fuente de tensiones. Pero conocemos además otra solución para este problema: el narcisismo. Por la investidura libidinal del yo, este se da la posibilidad de encontrar en sí mismo un objeto de amor, constituido según el modelo del objeto y susceptible, merced a los recursos del autoerotismo, de obtener la satisfacción pulsional buscada. Es el narcisismo el que permite la consumación unitaria, o más bien el espejismo de la consumación unitaria, por la vía de la identificación imaginaria. Esta narcisización será tanto más fuerte si el objeto investido decepcionó. No frustración, sino decepción, que está en la raíz de la depresión. La decepción inicia el movimiento depresivo con más facilidad cuando los dos objetos (interno y externo, materno y paterno) fueron *desilusionantes* desde muy temprano, no fiables, engañadores. El sujeto ha perdido su fe en ellos. Se han vuelto precozmente "demasiado reales". No le queda más alternativa que contar con los recursos de la confianza -ilusoria- que pone compensatoriamente en su omnipotencia.

Este largo preámbulo era indispensable para sustentar mi hipótesis del objeto-trauma. Con derecho se ha sostenido, por una parte, que el trauma no era necesariamente de origen externo, que la irrupción de la sexualidad en el yo era un trauma; y por la otra, que la introyección de las pulsiones en el yo era un modo de resolver conflictos ligados a la incorporación del objeto. El punto de vista que aquí expongo se inscribe en una perspectiva diferente, pero complementaria.

136

Cuando hablo de objeto-trauma, me refiero esencialmente a la amenaza que el objeto representa para el yo, en la medida en que, por su sola existencia, lo fuerza a modificar su régimen. En efecto, por una parte, puesto que el objeto es interior al montaje pulsional, está cargado con toda la energética y toda la fantasmática pulsionales: busca entonces penetrar en el yo desde el interior. Por otra parte, en la medida en que es exterior al montaje pulsional, el objeto no está a disposición del yo, y este debe -al tiempo que obra con miramiento por las demás instancias, el ello, el superyó y la realidad-hacerse violencia para salir de su quietud e *ir al* objeto, como se dice ir al trabajo. Por otra parte, y es lo más importante, el objeto mismo no es ni fijo ni permanente. Es *lo aleatorio* en el tiempo y en el espacio. Cambia de humor, de estado, de deseo, y fuerza entonces al yo a un considerable trabajo de ajuste. Por último, el objeto tiene sus deseos propios, que sólo

parcialmente coinciden con los del yo. Tiene *su* fin y *su* objeto, que no necesariamente concurren a la reciprocidad anhelada por el yo. Otras tantas fuentes de trauma, si cabe, como lo muestra la incapacidad del yo para controlarlo. A estas dificultades se suman problemas cuantitativos (entonces, cualitativos): el objeto es encuadrado por el sentimiento de lo demasiado y lo demasiado poco: demasiado presente, demasiado poco presente; demasiado ausente o demasiado poco ausente. Ahora bien, si la fusión con él es deseable, no puede ser total, puesto que el yo desaparecería por completo en ella. Y si la separación permite al yo "respirar", el objeto no debe estar ni demasiado alejado ni demasiado tiempo fuera de alcance. A esto se agregan las exigencias paralelas del objeto hacia el yo, lo cual se trasluce en este, fuera de los momentos de gracia siempre demasiado breves, siempre insuficientes frente a las realizaciones esperadas.

Se vuelve entonces comprensible que el objeto sea a la vez deseable e indeseable -amable y odiable- y que el polo narcisista prefiera el ser al tener, aunque el tener refuerce el sentimiento de ser. Un menor afán de tener debe preparar para las peripecias del tener; un menor ser puede procurar seguridad ante los peligros de las peripecias del ser, en lo cual la ilusión narcisista suplirá esta supresión de aporte por medio de "deducciones" practicadas en las investiduras del yo, tomadas de sus reservas: de sus "provisiones narcisistas" como se dice,¹⁶⁰

Pero el repliegue narcisista es un espejismo más; Freud lo había advertido en su descripción de los "Tipos libidinales" (1931). El carácter narcisista es más independiente, pero más vulnerable. Cuando el yo se decepciona frente al ideal del yo, que pasa a ser su objeto, el yo ideal pierde su frágil equilibrio. Dos desenlaces se presentan: la

137

depresión por decepción del objeto y, más regresivamente, el sentimiento de fracaso del yo frente a las exigencias del ideal del yo, que ha ocupado el lugar del objeto. O bien, como segunda posibilidad, la fragmentación, cuando la decepción del objeto deja sitio al sentimiento de persecución por el objeto -que resulta de la identificación proyectiva-, en que el yo se identifica con sus partes proyectadas y el yo malo es identificado con el objeto. Vemos entonces que es inevitable el conflicto entre el yo y el objeto-trauma, y que la desinvestidura de objeto y el repliegue narcisista exponen al yo del sujeto a un tipo de angustias muy amenazadoras: las angustias narcisistas.

Angustias narcisistas y angustias psicóticas

Como ya indiqué, no he de abordar la cuestión del delirio. Pero me veo obligado a definir, en el marco de las relaciones entre narcisismo y psicosis, las

¹⁶⁰ La cantidad de las investiduras puede disminuir a favor de la elevación del nivel de esas investiduras aminoradas.

relaciones entre angustias narcisistas y angustias psicóticas. Este problema se plantea sobre todo a raíz del objeto-trauma.

El objeto como objeto de la pulsión es necesariamente objeto-trauma. Pero no se reduce a esto. El papel del objeto, como objeto externo (es decir, exterior al montaje pulsional), tiene por función remediar el mal de que es causa. Factor de perturbación, agente de lo ajeno, turbador de la tranquilidad del yo, el objeto interno también puede, desde luego, en la medida en que es un objeto bueno, ser utilizado como objeto consolador, apaciguador, "objeto-portador" en el sentido del *holding* de Winnicott. Este objeto interno, susceptible de dar nacimiento al objeto transicional, se apuntala en el objeto de los cuidados maternos, brindados por la madre "suficientemente buena", según la terminología de Winnicott.

El papel del objeto externo ligado con el amor de objeto instaura una función oscilante del objeto. Quiero decir con esto que el amor de objeto es una función transitiva donde el objeto es alternativamente la madre o el hijo. El niño pasa a ser objeto del objeto en la relación de ilusión de la unidad madre-hijo.

Llega el día, sin embargo, en que esta ilusión deja sitio a la desilusión creada por la toma de conciencia del tercero. Este, el padre, estuvo ahí desde siempre. Pero estaba presente sólo *in absentia*, en el psiquismo de la madre. La percatación de su existencia en estado separado, que es preciso relacionar con la percatación de que madre e hijo son seres distintos, cuyos anhelos en modo alguno coinciden en la relación de omnipotencia mutua, abre el espacio para la triangulación precoz (muy anterior a la fase edípica propiamente dicha).

Ahora bien, esta evolución sólo es posible para el hijo si la madre suficientemente buena desarrolló con plenitud el amor de objeto. No es fácil decir en qué consiste este, pero cualquier observador de

138

una relación madre-hijo ordinaria sabe de qué se trata. Formulado en el vocabulario del psicoanálisis, diremos que el amor de objeto consiste en investir el niño a la madre como garante de bienestar cuando las pulsiones se activan en busca de la satisfacción, esperada de un objeto situado fuera de la esfera de las pulsiones. Sabemos que la satisfacción inmediata de las pulsiones es imposible; que la frustración es inevitable; que la adaptación perfecta de la madre al hijo es un momento de gracia que no dura, si es que alguna vez existió, y que más bien la tenemos que comprender como un fantasma retroactivo de una idealización del pasado: la edad de oro entre una madre hablante y su *infans*.

Todo lo que viene después, todo lo que es memorable, y aun memorable, es la serie pulsión-deseo-demanda-frustración-satisfacción diferida, necesariamente incompleta, más o menos adaptada al deseo puesto en marcha por la pulsión. Por consiguiente, el amor de objeto sólo puede, del lado del objeto externo, tener una meta y un resultado, bajo el supuesto de lo que Freud llama la *acción específica* (la satisfacción pulsional): hacer tolerables las pulsiones por parte del yo. Es sin duda la acción específica la que procura al niño el sentimiento de ser amado, y paralelamente constituye el narcisismo positivo y la creencia en el amor de objeto. Toda satisfacción anticipada (aun antes que el deseo se vuelva conciente para el niño), toda satisfacción dada sin amor o diferida más allá de las posibilidades de espera del bebé, toda difusión de las angustias de la madre transforman esta acción específicamente buena en una acción específicamente mala. ¿Cuáles son las consecuencias para el aparato psíquico?

Cuando la acción específica se mantiene específicamente buena, el yo puede constituir el sistema que le es propio y que apunta a establecer la red de investiduras de nivel constante, a adquirir una organización relativamente estable.

El objeto externo ha desempeñado el papel de *espejo*, de *continente*, de *yo auxiliar*. En este caso, todo lo que tendrá que hacer el yo será tratar de defenderse del carácter demasiado intempestivo de ciertas exigencias pulsionales. Puede contar con la ayuda y el auxilio del objeto (externo e interno) en ese conflicto con las pulsiones. Si con posterioridad la decepción del objeto, o de los dos objetos en la configuración edípica, lo obliga al repliegue narcisista, encontrará un refugio precario, pero protector, en la autoidealización. Y si en algún momento ese amparo, ese autoanidamiento, se ve amenazado, conocerá las angustias narcisistas. Angustias regresivas sin duda, pero de una regresión que no presenta un carácter radicalmente destructor de la realidad psíquica ni de la realidad exterior, material.

Por el contrario, cuando la acción específica se vuelve específicamente mala, y el objeto deja de cumplir su papel de espejo, de continente y de auxiliar del yo, lo que se instala es una segunda fuente de conflicto. Es decir que el yo, en lugar de tener que defenderse sólo de las pulsiones y de sus derivados (objetos fantasmáticos), librará

139

un combate en un doble frente. Por una parte, seguirá luchando contra las pulsiones; por la otra, tendrá que luchar contra el objeto. Cogido entre dos pinzas, sin saber por dónde hacer frente ni de dónde es más grande el peligro, echará mano de los recursos de que dispone por la operación de las pulsiones de destrucción. Estas se volcarán ora sobre el objeto externo, ora sobre el objeto interno, y aun sobre el yo. La identificación proyectiva será en este caso excesiva. La realidad exterior y la realidad interior serán odiadas (Bion). Es ahí donde aparecerán, no sólo las angustias narcisistas de la locura privada, sino las angustias psicóticas de la locura pública: la psicosis.

Así el objeto-trauma se convertirá en un objeto-amenaza. Espantado y espantante: contra él se intentará una neutralización por medio de las pulsiones destructoras. En este caso, el repliegue narcisista ya no podrá sustentar con la misma eficacia la ilusión de la megalomanía del yo. Es decir que el narcisismo, de positivo, se hará negativo. Negativo en todos los sentidos del término. Negativo en el sentido de contrario de lo positivo: lo bueno se vuelve malo, y negativo en el sentido de la nadiación, en que yo y objeto tienden a la mutua anulación. Estamos aquí ante el extremo de las posibilidades del aparato psíquico en la esfera psíquica. Quedan todavía la regresión psicósomática, esa demencia del soma, o la desagregación psíquica en el deterioro mental. En ambos casos se trata de desbordes de lo psíquico por lo físico somático. La reversibilidad es conjetural: posible o imposible. La regresión destructiva puede ser temporaria o definitiva. Lo probable es que la reversibilidad haya de depender de los cuidados físicos y psíquicos de un objeto que nunca existió. No se tratará de un objeto perfecto, acaso sólo de un objeto-trauma que limitará el trauma inevitable a su falta de adecuación perfecta al yo,¹⁶¹ sin que empero venga a mezclarse en sus intervenciones la angustia nacida de sus propias pulsiones.

Llegados al cabo de nuestra elaboración teórica, nos vemos precisados ahora a volver en procura de bases menos hipotéticas, que obtendremos regresando al texto de Freud de 1926.

Signos y símbolos mnémicos afectivos

¹⁶¹ Diatkine ha señalado que esta inadecuación del objeto es constitutiva de la relación, y que es una fuente de estimulaciones fecundas para el posterior desarrollo.

Si Freud comienza, en *Inhibición, síntoma y angustia*, por el estudio de las limitaciones funcionales del yo, con el propósito de distinguirlas de los síntomas y de la angustia, es porque presente

140

sus diferencias. *El síntoma no se produce en el yo*, he ahí la conclusión del primer capítulo. Después, el yo reaparecerá en el texto como la instancia que desencadena la angustia cuando las investiduras de objeto constituyen una amenaza para él. *Pero ¿qué decir del caso en que el yo no desencadenara la angustia en el nivel de las investiduras de objeto, sino de sus propias investiduras?* Freud no llega a considerarlo en el mencionado trabajo. Al menos en el texto. Es preciso esperar a los apéndices para que, en las últimas páginas de la obra, aparezcan las diferencias entre angustia, dolor y duelo. Distinciones esenciales, porque toman en cuenta el narcisismo. En efecto, Freud llega a la conclusión de que el dolor *corporal* es de índole narcisista, mientras que el dolor psíquico resultaría de la transformación de la investidura narcisista en investidura de objeto (*Inhibition. ...*, pág. 101). De esta manera Freud es coherente consigo mismo, puesto que desde 1914 sostenía que la hipocondría era la neurosis actual preliminar a la neurosis narcisista de la psicosis. Esta idea será corregida por el distingo de 1924, en que la melancolía es la única que merece el nombre de neurosis narcisista, mientras que la paranoia y la esquizofrenia reciben la denominación de psicosis. No obstante, la conclusión a que llega Freud en 1926, a saber, que el dolor psíquico está ligado a la investidura de objeto, demanda algunas precisiones. Si Freud no contradice "Duelo y melancolía" (y nada indica que desee modificar su teoría en este punto), la investidura de objeto del dolor psíquico tiene que ser, con rigor lógico, la *investidura de un objeto narcisista*.

Así, tendríamos un par dolor corporal-dolor psíquico, en que el paso de la investidura narcisista a la investidura de objeto (narcisista) sitúa primero el narcisismo en el nivel del cuerpo -por lo tanto, del yo corporal-, y después en el nivel del yo psíquico, en una relación en que objeto y yo se reflejan especularmente. Pero lo importante es que, a diferencia de la angustia, que es una *señal*, el dolor es una *herida*. De una semántica del signo, hemos pasado a una semiología metafórica: la hemorragia narcisista corre por la llaga del narcisismo herido, cortado. Es decir que la *unidad narcisista* está comprometida. Desde el punto de vista de la forma, la herida crea una hiancia; y desde el punto de vista de la consistencia, el yo experimenta una pérdida y hasta un vaciamiento de su sustancia. La consistencia del yo, si puedo decirlo así, *queda sentida*. El duelo, por fin (en este punto tenemos que seguir a Melanie Klein), es el duelo de un objeto, si no total o totalizado, al menos en vías de totalización; y también aquí son notables las reacciones especulares entre la estructura del objeto destruido y su reparación simétrica por obra del yo que se identifica con él.

Nunca insistiríamos bastante en las diferencias que existen entre *afecto* e *identificación*. La identificación, sobre todo cuando se trata de la identificación primaria, es ante todo afectiva: empática o simpática; en todo caso, "pática". Podemos comprender de este modo la

141

diferencia entre identificación primaria e identificación secundaria. Mientras que la primera se sitúa en el orden del afecto, la segunda es sobre todo la obra de representaciones de deseo. El deseo ya no es *padecido*, como en el primer caso, sino que es reducido a rasgos específicos que se convierten en rasgos de identificación en un modo semántico. Me parece que la transición se explica por el paso del modo de identificación *difuso*, propio de la identificación que se llama

primaria, a un modo de identificación *articulado*, en la identificación que se llama secundaria. En este segundo caso, se comprende que el lenguaje pueda desempeñar un papel apropiadísimo, puesto que hay articulación, mientras que, en el primero, las identificaciones afectivas, masivas, tienen sólo una opción limitada, puesto que las oposiciones están comandadas por la relación dual placer-displacer, o goce-dolor, según modos simétricos, opuestos o complementarios.

Acaso sorprenda esta referencia a la semántica, la semiología y aun la lingüística. No obstante, la escritura misma de Freud la autoriza. En efecto, define el síntoma como el *signo* y el sustituto de una satisfacción pulsional que no se ha producido (*Inhibition...*, pág. 7). Más adelante, reitera su concepción de los estados afectivos incorporados a la vida psíquica "como unas sedimentaciones de antiquísimas vivencias traumáticas y, en situaciones parecidas, despiertan como unos símbolos mnémicos" (pág. 9 [AE, 20, pág. 89]). Huelga plantear aquí la cuestión de la filogénesis; sedimentos ontogenéticos bastarían para dar razón de ello. Más importante es la idea de incorporación a la vida psíquica: a esta se incorporan sedimentos de traumas del comienzo de la vida, que harán la función de señal como *símbolos mnémicos*. Signo, símbolo: la escritura de Freud no desdeña ninguno de los recursos de una semiología que preserva la unidad de la semántica, ora apoyada en las representaciones, ora en los afectos. La expresión de Freud "símbolo de afecto" (pág. 10 [AE, 20, pág. 89]), me parece muy significativa.

Años después, en *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1932), continuará, en el mismo espíritu la comparación que acabo de poner en consideración: relacionará la angustia señal, emisora de pequeñas cantidades de energía, con el pensamiento que explora el mundo exterior. Así, del afecto al pensamiento opera una misma función mnémico-semántica. Lo que distingue a las diferentes manifestaciones es el material que esa función moviliza: su índole y su cantidad, pues está claro que el menor afecto moviliza una energía que no es del mismo orden que el de la que sirve para investir, o desinvertir, las representaciones y, más aún, desde luego, el pensamiento que es actualizado por el lenguaje.

Destaquemos, en todo caso, la participación del yo en todas esas operaciones, sea como desencadenador de la angustia o como agente de los procesos de pensamiento (que son patrimonio de lo preconciente): el yo está en medio del juego. Pero es preciso agregar que

142

no son las mismas funciones las activadas en los diferentes casos, aunque las unan relaciones analógicas.

Ahora bien, hay un problema que no podemos dejar de plantear. Puesto que yo y narcisismo son íntimamente solidarios, para no decir consustanciales; y es averiguar si, además de los casos descritos por Freud (dolor corporal o hipocondría, dolor psíquico, herida narcisista, depresión y, agreguemos nosotros, escisión y fragmentación); si, decimos, no hay manera de completar esas descripciones o de afinarlas y, sobre todo, de procurarles una formulación teórica más ajustada a la experiencia clínica y a las teorizaciones posfreudianas.

Nos veremos obligados a tomar en cuenta el destino de las *mociones* pulsionales narcisistas (es decir, orientadas hacia el yo); el de los *representantes* pulsionales narcisistas, a fin de comprender la clínica y la teoría de las angustias narcisistas, así como la manera en que estas se manifiestan en el análisis. Esto equivale a examinar en una misma perspectiva la vertiente narcisista de la angustia (aunque esté ligada a las investiduras de objeto) y la angustia de las

estructuras narcisistas (organizaciones o personalidades narcisistas). Trataré de abordar aspectos poco estudiados, pero cuya importancia ha sido reconocida, en notable convergencia, por la clínica psicoanalítica moderna.

Propondré entonces una definición de la angustia en una perspectiva moderna:

La angustia es el ruido que rompe el continuo silencioso del sentimiento de existir, en el intercambio de informaciones consigo mismo o con el prójimo.

Este ruido es una información que pertenece a un código que conviene traducir en el código regido por los nexos del lenguaje y del pensamiento en su relación con el deseo, a fin de acrecentar la información de este último sistema que, como todo sistema, tiene funciones y, por lo tanto, límites. La angustia trae entonces al primer plano el problema del límite entre los códigos de un mismo sujeto, o entre dos sujetos.

Dos estrategias son entonces posibles:

a. Englobar en el término "angustia" todos los fenómenos afectivos desagradables o penosos; o

b. preservar la especificidad de la angustia, distinguiendo, con Freud, la angustia de los demás afectos penosos. En este último caso, hay interacción constante entre los dos registros.

Ahora dejaremos estar esta definición, para considerar una de las formas más extremas de las relaciones entre angustia y narcisismo: el dolor psíquico.

143

El dolor psíquico

Hace algunos años, la British Psychoanalytical Society propuso este tema de reflexión para un congreso: "El dolor psíquico".¹⁶²

Como recordaba en esa ocasión J.-B. Pontalis, la experiencia del dolor es la de un "yo-cuerpo";¹⁶³ la psique se muda en cuerpo, y el cuerpo en psique. Las circunstancias en que he podido observar el dolor psíquico me permiten describir la constelación siguiente:

a. El dolor es provocado por *una decepción que se recibió en un estado de no preparación*; esto lo acerca más a la neurosis traumática que a la frustración, a la privación. Decir que se liga con la pérdida del objeto es menos importante que destacar la no preparación del sujeto, debida a la escotomización y a la desmentida [*déni*] de los signos del cambio del objeto, hasta el momento en que sobreviene la imposibilidad de mantener esa desmentida. Es siempre un rayo en cielo sereno, aun si el sol estaba oculto por las nubes desde hacía semanas. Lo intolerable es el cambio del objeto, que constriñe al yo a un cambio correspondiente.

b. El dolor proviene de un *secuestro del objeto*, de una manera semejante a la hipocondría, con la diferencia de que se trata de un objeto psíquico y no de un órgano. Mejor: el yo se enquistas con el objeto en el mantenimiento de una unidad alógica donde trata de aprisionarlo. El dolor es el resultado de la lucha que el

¹⁶²Es una terminología que no pertenece al vocabulario psicoanalítico tradicional, a punto tal que fue rechazada por el psicoanálisis norteamericano como título de una mesa redonda en un Congreso de la Asociación Psicoanalítica Internacional.

¹⁶³J.-B. Pontalis, "Sui la douleur" (Sobre el dolor psíquico), en *Entre le rêve et la douleur*, Gallimard.

objeto interno emprende para desasirse, mientras el yo se encarna con él, mortificándose con su contacto, porque en fin de cuentas el yo se lastima a sí mismo: el objeto secuestrado ya no existe, es una sombra de objeto. El yo es como el niño desesperado que se golpea la cabeza contra la pared. A diferencia de la melancolía, no hay aquí indignidad ni autorreproche, sino un sentimiento de perjuicio, de injusticia.

c. El secuestro del objeto y el dolor interno que actúa como un aguijón constante proporcionan un cuadro contrastado que opone *signos exteriores discretos (debidos a un efecto de vergüenza) a un huracán interior permanente*.

d. Existe una contradicción en la estructura del yo *entre notables posibilidades sublimatorias, que acompañan a una relación de objeto caracterizada por la idealización, así como por la desmentida, y pulsiones escindidas, en estado silvestre*. La sensibilidad narcisista es refinada; y es tosca la sensibilidad objetal.

e. Una defensa común frente al dolor psíquico es el *traslado de*

144

los límites espaciales: la errancia, el viaje. El desplazamiento es actuado en la búsqueda de un espacio desconocido, al tiempo que el desplazamiento interno es imposible porque el espacio psíquico está absorbido por el secuestro del objeto fantasmal.

f. La regresión al pasado cobra una forma paradójica. Desde el momento en que la previsión del cambio del objeto es imposible, porque el tiempo es negado, domina la anticipación. Es en definitiva la intolerancia al cambio, tanto del yo como del objeto, la principal característica del dolor psíquico. Esto se debe a que el cambio atenta contra la permanencia y la perennidad de la organización narcisista unitaria, así en el espacio como en el tiempo.

g. Ese estado de dolor psíquico es el producto de lo que Masud Khan ha llamado *traumas acumulativos*. En virtud de la estructura narcisista del yo, esos traumas acumulados se sobrellevan por negación. Cuando se reabre la herida narcisista principal, el estado interior es, como Freud lo describió, el de una experiencia traumática interna continua. Winnicott ha hablado de comportamiento reactivo. Siguiéndolo, hablaré de un *funcionamiento psíquico interno reactivo*. En efecto, la reactividad responde a un funcionamiento en simetría, de golpe por golpe. La defensa cobra entonces la forma de una *identificación primaria reactiva* o, en los casos más graves, de una *despersonalización, más o menos confusional, reactiva*. La exploración del pasado revela que las formaciones del carácter dependen menos de orientaciones pulsionales definidas, que de formaciones reactivas frente a las pulsiones del objeto. La reacción atañe menos a las pulsiones del sujeto, a las que un esfuerzo trata de reducir a silencio, que a las pulsiones del objeto, odiadas por su orientación nueva o su cambio de expresión. Por otra parte, el mundo interno es relativamente desinvertido, mientras que es sobreinvertida la realidad exterior, fuente de peligros permanentes.

h. Frente a las amenazas que provienen del cambio del objeto, se ejerce una actividad de control. Acaso la contradicción proviene de que al mismo tiempo se trata de controlar el objeto y de ser controlado por él. Dicho de otro modo, el medio para hacer prisionero al objeto es constituirse uno mismo en su prisionero. Los papeles se invierten, según vimos, cuando, convertida la herida narcisista en llaga abierta, se hace indispensable el secuestro del objeto; así se crea la "hipocondría psíquica". El propósito de este secuestro, que se puede acompañar de una identificación proyectiva, es reconstituir la unidad perdida con el objeto por medio de la creación de una *complementariedad interna*. Como resultado de este trámite, se está frente a sujetos de apariencia exterior "normal" (en la medida

en que este adjetivo tiene sentido para un psicoanalista), que viven con una invalidez interior, receptáculo de objetos-trauma que vampirizan al yo hipnotizado. De ahí la dificultad de determinar la estructura psicopatológica.

145

¿Cuál es la explicación metapsicológica de esta estructura? Proporcionaremos un modelo hipotético. El sujeto narcisista, so pena de enervamiento o de "usurpación" por el objeto (Winnicott), no puede correr el riesgo de investir plenamente el objeto en el abandono de sí. Abandono de sí quiere decir confianza en la situación en que uno se abandona al amor del objeto. El objeto puede ser amado; abrirse al objeto es peligroso. Si el objeto, en estas condiciones que para él son frustrantes, se retrae o parte a la búsqueda de otro objeto (objeto del objeto), el yo hace la experiencia de la ira narcisista (Kohut) y de la homosexualidad hacia el rival. Se suspende todo contacto con el objeto en la medida en que ese contacto sugiere una relación homosexual con el rival (objeto del objeto) o un contacto destructor por la decepción infligida. Esto no basta; una inversión de la orientación de las investiduras cobra la forma de una vuelta de efecto aspirante, que "incorpora" las investiduras al yo. El repliegue narcisista es corolario de la desinversión objetual. Lo que entonces se produce a espaldas del sujeto, en esta difracción de las investiduras, o esta inflexión interna, es que, *sin advertirlo*, el yo recoge en su lazo al objeto, pero es un objeto vacío, un espectro de objeto. Desde ese momento, el secuestro objetual de que hemos hablado es la prenda de un combate inmisericorde en que el yo, creyendo dar muerte al objeto, sólo consigue darse muerte a sí mismo. Es la misma condición narcisista del objeto entretejido en la tela del yo la que no hace más que agrandar la desgarradura del tejido. De ahí la investidura *negativa*, investidura del hueco dejado por el objeto, como hueco que tuviera el valor de única realidad. Es lo que Winnicott expresa afirmando que lo negativo de uno es más real que lo positivo del otro, es decir, de cualquier objeto sustitutivo. La ceguera del yo paralizado y dolorido es tanto más comprensible cuanto que no puede ver al objeto, puesto que el objeto no está sobre la tela, la superficie en que se inscribe, sino que *es* la trama misma de esta superficie entelada. En lugar de un *insight* tenemos un "*painsight*". Traducido: en lugar de una *introversión* (para no emplear el término introspección), tenemos una *algovisión*. Esta investidura del "aspecto negativo de las relaciones" (Winnicott) presenta una notable intolerancia al duelo, puesto que perder el objeto es perderse a sí mismo: el objeto es la fuente de toda la estima del yo por sí mismo. En estos casos, el análisis se propone alcanzar un re-nacimiento (acaso, hasta un nacimiento) psíquico por medio de "dolores de crecimiento" (Bion). Esto sólo se consume por la tolerancia al estado no integrado, es decir, el abandono de la hipoteca narcisista y del control del objeto. El estado no integrado es diferente del estado desintegrado (Winnicott). El yo lucha contra esta amenaza antiunitaria, puesto que el objeto y el yo son uno. El dolor es una suerte de valla de protección, un estado de alerta, un medio de existencia para sobrevivir, sin vida verdadera, cuando el yo tropieza con su contingencia vivenciada como futilidad.

Estas consideraciones me llevan a poner muy en duda la afirmación

146

que hace Freud en *Inhibición, síntoma y angustia*, según la cual la investidura negativa no tiene sitio en el inconciente. Y de igual modo, su tesis de que los desmayos no dejan huellas en el inconciente (era un punto sensible, porque él mismo padecía de ellos). Por el contrario, creo que la desinversión, en que consiste el desmayo, no se limita a revivir una experiencia de fusión, sino que además constituye una experiencia de corte, de vacío, que deja un hueco en el

inconciente, cuyas contrainvestiduras se activan en los bordes de la llaga hiante, en oposición al retorno o la extensión de esa experiencia afectiva. La alucinación negativa es su correspondiente en el orden de la representación.

Debo agregar que no sólo la experiencia de la pérdida está aquí en el primer plano; también, la experiencia de la vida *desconocida* del objeto cambiante.¹⁶⁴ Si el objeto ha cambiado sin que el yo notara ese cambio, es porque en el fondo el objeto no era conocido. Era incognoscible, y por lo tanto imprevisible. Equivale esto a decir que era un objeto -y no un objeto narcisista- *autónomo*. Eso es lo intolerable para el yo, que lo considera por momentos parte de sí mismo y por momentos un extraño absoluto. El mismo y otro. Esta incognoscibilidad del objeto obliga al yo a enfrentarse con lo desconocido de él mismo, que su narcisismo disimula. Diversos recursos quedan entonces disponibles: construir una neorrealidad merced a la identificación proyectiva, es decir, *delirar*; o bien, vivir el dolor de lo desconocido en uno mismo, que remite a lo desconocido del objeto, y procurar el final apaciguador y refusionante: *morir*. En ese caso el analista debe navegar entre Escila y Caribdis: ser el apoyo de una transferencia delirante o el de una transferencia mortífera. Para esto el analizando no necesita llegar al suicidio. La muerte psíquica, embalsamamiento del yo y del objeto en lo inerte, puede cumplir con creces ese programa.

El objeto del análisis no se debe encuadrar ni *en* el analizando ni *en* el analista, sino en el espacio potencial de su entre- dos, en una forma nueva de reunión que permita alcanzar la *metáfora del objeto*, que es sólo el objeto del lazo; ni mío ni tuyo: lazo.

Lo blanco

Con Jean-Luc Donnet, describí en 1973 la "psicosis blanca".¹⁶⁵ En esa época me preguntaba si con el análisis de un caso que sin duda entraría en la categoría de la "excepción", como Freud la entiende

147

(y la excepción siempre está ligada a una herida narcisista), no había descrito una singularidad teratológica carente de alcance general. La experiencia me libró de ese escepticismo. Trataré de aportar algunas precisiones a la ambigüedad de esa "blancura". Blanco, en el sentido en que lo empleo, viene del inglés *blank*,¹⁶⁶ que significa espacio no ocupado (no impreso, por ejemplo el que se deja en un formulario para la firma o la suma; cheque en blanco, carta blanca), vacío. El término anglosajón proviene del francés *blanc*, que designa un color. A su vez, el término francés viene del germano occidental *blank*, que significa claro, pulido. *Blank* reemplazó al *albus* latino. Entre los derivados se señala *blanchir* (*blanquear*), *déblanchir*, *re-blanchir*. De la raíz latina proviene albúmina, lo blanco del huevo; esto nos remite al narcisismo. Además, el *Dictionnaire érotique* de Pierre Guiraud incluye, para *blanc*, dos significaciones: 1) esperma; sin duda -dice el autor- en el sentido de la clara de huevo, y 2) sexo de la mujer, lo que coincide con las concepciones psicoanalíticas sobre la castración femenina y la vagina.

Estamos entonces frente a una bifurcación semántica: el color, el *albus* latino, y lo vacío, el *blank* anglosajón. ¿Cómo se asocian estos dos sentidos? B. Lewin

¹⁶⁴ Esto se podría relacionar con lo que Rosolato llama la relación de desconocido.

¹⁶⁵ J.-L. Donnet y A. Green, *L'enfant de (a)*, Ed. de Minuit.

¹⁶⁶ O. Bloch y W. von Wartbuig, *Dictionnaire étymologique de la langue française*, P.U.F.

describió la pantalla blanca del sueño, y el sueño blanco. La pantalla blanca es, para Lewin, una representación onírica del pecho tras el adormecimiento que sigue a una lactación satisfactoria. El sueño blanco es sueño vacío, es decir, sin representación, pero con afecto. Hay entonces una relación de simetría, de complementariedad y de oposición entre el pecho como realización alucinatoria del deseo y la alucinación negativa del pecho. Es la hipótesis que expuse en *Discours vivant*, anterior a "La psychose blanche", donde sostuve que son como el anverso y el reverso de una misma medalla.

Cuando el blanco designa al color, convoca a lo negro: "la negrura secreta de la leche", el revés de la "leche dulce de la ternura humana". En la teoría freudiana, eso negro puede evocar la violencia o el sadismo. Pero lo negro es también el espacio nocturno, el de la desaparición del objeto: pecho, madre, pene de la madre. De aquí, la semántica del color converge con la semántica de la forma: el negro es el espacio despoblado, vacío. La escena primitiva, en lo negro, remite a esta desaparición de las formas, con intrusión de los ruidos. Lo blanco es entonces lo *invisible*;¹⁶⁷ mientras que su contrario semántico es la luz del alba, disipadora de las angustias nocturnas, pero anunciadora del sentimiento depresivo: "Un día más".

¿Qué ocurre en la psicosis blanca? El yo procede a una desinvertidura de las representaciones que lo deja frente a su vacío constitutivo

148

El yo se hace desaparecer ante la intrusión de lo demasiado-lleno de un ruido que es preciso reducir a silencio. La materia fecal que se le escapa al Hombre de los Lobos en el curso de la escena primitiva es de naturaleza polisémica. A la excitación erótica anal que el testigo se procura, a la expulsión de la madre, agrego la *autoexpulsión* del sujeto. "Me cago en eso porque me vuelve loco" [*Je m'en fous parce que ça me rend fou*].

Sin el hijo, es impensable el goce de la madre. Antes que una elaboración teórica, expondré los dichos de una paciente (es inglesa, y es imposible que me haya leído). Me dijo un día: "Cuanto sé es que por momentos me siento vacía y tengo la absoluta necesidad de estar con alguno, a toda costa"; y a poco, tras reflexionar: "Pero acaso el vacío no se puede colmar porque está en mí y ningún objeto lo puede llenar". Unos meses después, proporcionó una descripción precisa de su angustia en la soledad nocturna. "Por las noches, cuando estoy sola no consigo dormir; me siento y soy incapaz de permanecer así; mi espíritu está vacío y no puedo pensar (*My mind is blank and I can 't think*). Entonces siento algo en mi vientre, y desesperadamente trato de hacer de modo que mi espíritu y mi vientre se reúnan, me deslizo abajo para realizar esa unión, y esta no se produce. Como no puedo trabajar, llamo por teléfono a alguno".

Esta imposibilidad de pensar, acompañada de un doble sentimiento de separación total, de soledad intolerable y de impulsión corporal, es lo que se nos presenta, en la teoría, con la articulación de los capítulos 2 y 3 de *El yo y el ello*. Tras haber considerado el paso de lo inconciente a lo preconciente por la reunión de las huellas mnémicas de cosa con las huellas mnémicas de palabra, Freud define el yo como superficie corporal... y se detiene ahí. Después, en el capítulo siguiente, cambia de registro teórico y aborda, a raíz de la melancolía y del papel que tiene en ella la incorporación, el problema del objeto. Este salto teórico entre el lenguaje y el objeto es sin duda el que se produce en esas estructuras narcisistas y fronterizas en que el sujeto, a falta de representación, comprobando la carencia

¹⁶⁷ O, más en general, lo imperceptible, lo insensible y, en el límite, lo impensable y lo inconcebible.

de palabras, opera una mutación y pasa al plano de los objetos, sobre todo orales. El fracaso de las fijaciones fálicas a que el lenguaje da sustento (lenguaje que también pasa por la boca) reconduce al sujeto a una oralidad metafórica materializada en el cuerpo. El pecho invade el vientre para ocupar el espacio vacío que dejó la representación. Es notable que la angustia no se manifiesta como tal, sino, más bien, como un vacío. Un vacío instituido contra el deseo de invasión por el objeto pulsional, que amenaza al yo con hacerlo desaparecer.

Así, la relación entre lo blanco y la moción pulsional se comprende como la interacción de un corte radical con el objeto y una desinversión de la representación, simultánea de aquel, por un lado y, por el otro, la intrusión, en el espacio desinvertido (desocupado), de una moción pulsional que proviene de la parte del ello más anclada en la esfera somática. Los dos tiempos parecen sucesivos. De hecho,

149

la extrema rapidez de este proceso circular hace que no sea posible hablar de sucesividad (lo que sólo es concebible en la descripción que el sujeto hace con posterioridad); por el contrario, todo lleva a pensar que se trata de una cuasi-simultaneidad en que lo blanco se instaaura contra la moción intrusiva, y esta sólo se comprende como efecto de colmadura de lo blanco. Lo importante es la desaparición de la mediación que pudieran ofrecer la representación o la identificación. En los casos que describo, el *movimiento* es lo esencial.

Construcción del yo y estructura narcisista

El yo, dice Freud, es una organización; he ahí el rasgo que lo distingue del ello, que no tiene ninguna. Carácter no desdeñable: esta organización como tal es solidaria del hecho de que su energía se ha *dessexualizado* (*Inhibición, síntoma y angustia*). Ahora bien, Freud relacionó a menudo la diferencia entre investidura de objeto e investidura narcisista, con la dessexualización. En suma: la inflexión de las pulsiones hacia el yo sólo consume esta narcisización a favor de una dessexualización relativa (como sucede en el caso de la sublimación), necesaria para el funcionamiento del yo. Ella da razón de este hecho corolario: la vulnerabilidad del yo, que, cuando se desorganiza, se hunde¹⁶⁸ (cf. "Tipos libidinales", 1931). Parece entonces que la energía convertida por la dessexualización contribuye a constituir el aspecto específico de las investiduras del yo: autoconservación, aseguramiento de sus límites y de su cohesión, fortalecimiento de su consistencia (en todos los sentidos del término), etc. Por sobre todo esta narcisización garantiza el funcionamiento del yo por el amor que a sí mismo se tiene: su fe en sí, si se me permite la expresión. Son numerosos los parámetros que esto supone; comprenden las ideas de constancia de las investiduras, libre circulación de la energía, sentimiento de distinción y de separación respecto del objeto, permeabilidad limitada de las fronteras del yo, capacidad de resistir las intrusiones del objeto y sus variaciones aleatorias, solidez interna, tolerancia a las regresiones parciales y temporarias siempre que se pueda restablecer el estado anterior, etcétera.

Esta visión idílica del yo es enteramente utópica. Su contrapartida es el orgullo narcisista de la autonomía frente al objeto: la autosuficiencia, la necesidad de un

¹⁶⁸ En 1960, a raíz de la discusión de la memoria de M. Bouvet, "Dépersonnalisation et relation d'objet", propuse esta fórmula para caracterizar la relación narcisista descompensada: "El yo se quiebra, pero no se dobla".

dominio permanente, la inclinación a la megalomanía y, por fin, la captura por las identificaciones imaginarias, como lo destacó con acierto Lacan. Esto nos lleva a inferir

150

la *duplicidad esencial* del yo, duplicidad inherente a su funcionamiento, por su condición de servidor de varios amos: el ello, al que debe proveer de satisfacciones *reales*; el superyó, al que debe someterse, y la realidad, que debe tener muy en cuenta. Pero acaso esos tres amos, que exigen servidumbres obligatorias, sólo sean un mal menor en comparación con el más tiránico de los agentes de sujeción, de que todavía no hemos hablado: el ideal del yo, heredero del narcisismo primario. En efecto, el bienestar del yo, su ataraxia, su calma para cumplir sus tareas ideales, son unos imperativos, y no unos estados de bienaventurada seguridad. El yo se debe sentir en paz: aspiración vana, si las hay, y por añadidura peligrosa porque nada se parece más a la paz que la mortificación de la esclerosis, signo precursor de la muerte psíquica.

De este modo, el yo está cogido entre la compulsión a la síntesis, que se sitúa privilegiadamente en el origen del narcisismo, puesto que es responsable de la aspiración a la ligazón y a la unificación de sí mismo, por una parte y, por la otra, en virtud de su dependencia respecto del ello, el deseo de ser uno con el objeto. Cuando ciertos obstáculos, no importa de dónde provengan, se oponen a la realización de esta unidad del *dos en uno*, al yo le queda la solución de la identificación, que lleva a cabo el compromiso entre el yo y el objeto.

Es entonces cuando se manifiesta la contradicción del yo; quiere ser él mismo, pero sólo puede realizar ese proyecto por el aporte libidinal del objeto con el que desea unirse. Se convierte en su cautivo. La captación imaginaria (Lacan) lo aliena entonces en sus identificaciones ideales, y cualquier cuestionamiento de estas desencadenará un grave sentimiento de fracaso, de falta o, mejor, *de falla* narcisista.

El problema que ahora abordaremos nos llevará a considerar el resultado de las cicatrices narcisistas. En verdad, el término cicatriz no es el adecuado. Son más adherencias que cicatrices; es decir, zonas sensibles, vulnerables, que amenazan con despertar el dolor. Cuando el estado agudo y subagudo deja sitio a una forma de organización crónica, esta tiende a crear ese caparazón narcisista protector y preventivo frente a los traumas, pero al precio de una esclerosis mortificante que socava el placer de vivir. La frialdad, la distancia, la indiferencia, se convierten en eficaces escudos contra los golpes que vienen del objeto. Pero este dispositivo, que constituye una *protección antiestímulo psíquica*, no es invulnerable. Aquiles tenía su talón y Sigfrido el espacio de piel por donde se podía introducir el acero. Hasta diría que lo característico de la estructura narcisista es, justamente, ese punto débil en la armadura o el escudo. Punto que no tarda en advertir el objeto, que sufre cuando se ve así mantenido a distancia, excluido de la relación de proximidad, congelado por el sujeto narcisista. Que esa relación de privación empuje al objeto a descubrir la falla no es más que la respuesta normal del pastor a la pastora. La venganza del objeto es tentadora, tanto más cuanto que el sujeto, contrariamente a lo que él cree, exhibirá su falla de manera

151

provocadora, como si inconcientemente convocara el golpe destinado a herirlo. En este punto se instaurará el dilema entre la angustia de castración narcisista y la angustia de penetración en la vagina fantasmática. Es preciso saber, sin embargo,

que la hiancia fantasmática en ningún caso es un callejón cerrado, sino un abismo sin fondo. Empujado contra sus defensas extremas, el sujeto se verá tomado entre la angustia de separación, que significa la pérdida del objeto, y la angustia de intrusión, el peligro de ser invadido por él, en lo cual el deseo de fusión será sinónimo de una vampirización por el objeto. En suma, el objeto es un objeto perdido, es decir, muerto para el sujeto, o un espectro, es decir, mudado en un vampiro sediento de sangre.

Expuesto a esas amenazas, el caparazón narcisista por una parte protege al yo y alimenta la ilusión de omnipotencia en su emancipación del objeto, que le da la seguridad de su autosuficiencia ideal; y por la otra, debe hacer frente a la doble angustia de separación y de intrusión. Trámites intermediarios son inexcusables para cumplir las tareas que ha tomado sobre sí la función señal. Pero siempre estará presente la tendencia a funcionar según el modo de todo o nada. Para contrariar ese modo de funcionamiento, hay una sola salida: la constitución, en el inconciente, de un complejo de representaciones de objeto y de afectos (el fantasma), provisto de la función señal de angustia. De esta matriz derivará la posibilidad de una autonomización del mundo de la representación por la formación de un lenguaje singular, de doble función: lenguaje, como "traducción", en el sentido más lato (dependiente de los objetos) y lenguaje-objeto, que sólo habla de sí mismo y representa al pensamiento.

Distancia útil y diferencia eficaz

Me parece que esto que acabo de sostener proporciona una base a la teoría de las relaciones de objeto, de Bouvet, en la que este autor introdujo el concepto de distancia. El tiempo no le permitió profundizar en este concepto, que va mucho más lejos del punto en que nos lo ha legado. Recordemos, por otra parte, que en *Inhibición, síntoma y angustia*, Freud dice que frente a la amenaza de un peligro exterior "no hacemos otra cosa que aumentar la distancia en el espacio entre nosotros y lo que nos amenaza" [AE, 20, pág. 138]. Pero agrega enseguida que la represión obra más que eso: "interviene en el decurso pulsional amenazante, lo sofoca de algún modo, lo desvía de su meta, y por ese medio lo vuelve inocuo". Sin embargo, con esto no queda resuelta la cuestión. Dos observaciones: todo dependerá de las relaciones de distancia interior entre los elementos sobre los que recayó el proceso defensivo; su separación regula la inteligibilidad del discurso del analizando. Cuando aquella es mínima,

152

produce un efecto de compresión (Bion), muy diferente de la condensación; y una separación máxima crea en el tejido discursivo una laxitud que dificulta mucho la comprensión del material analítico. Además, la observación de ciertas estructuras fronterizas revela, con frecuencia, que la distancia espacial con el objeto se tiene que establecer materialmente, es decir, actuar en lo real. Acude a mi memoria una joven que había ingresado en el cuerpo diplomático para que la enviaran lo más lejos posible de su padre, con quien la ligaban relaciones incestuosas fantasmáticas, y de su madre, a quien estaba unida por un lazo fusional. Pocos meses después de su afectación, desde luego, sobrevinieron la depresión, la repatriación, el ingreso en una clínica. Enamorada de un colega, ocurrieron la erotomanía, el brote delirante y la repetición del circuito psiquiátrico. Más que el alejamiento absoluto, era la idea de una materialización del trayecto lo que predominaba en su defensa frente a la angustia. De igual modo, en otro caso, una

joven, tras fracasar en una universidad, había asistido al hundimiento de sus ambiciones narcisistas, único medio de valer a los ojos de un padre que ocupaba un alto puesto en la administración del Estado y de una madre desvalorizadora. Este fracaso la sumergió en un estado de depresión en que la herida narcisista la llevó a serias tentativas de suicidio. No obstante, se convirtió en una sinóloga distinguida; adoptó con entusiasmo la religión taoísta, en la que se inició en China, pero que practicó también en su domicilio parisino, arrastrando a los suyos en esta conversión.

De hecho, la *distancia útil* y la *diferencia eficaz* son las condiciones de funcionamiento del yo en su relación con el ello, el superyó y la realidad. Por distancia útil entiendo la distancia interior a que el objeto puede ser utilizado para servir a la demanda del sujeto. Esto me remite al artículo de Winnicott "La utilización del objeto",¹⁶⁹ donde muestra este autor que ciertos analizandos son incapaces de utilizar al analista; y que otros sólo se valen de él para repetir las carencias del ambiente o, aun, como apoyo de asesinatos repetidos, seguidos de otras tantas resurrecciones, que satisfacen a la vez la omnipotencia destructora y la inmortalidad del objeto. Por diferencia eficaz entiendo la diferencia, en la asociación libre, entre los elementos asociados con la mira de favorecer la generatividad del proceso asociativo en una relación de velamiento-revelación, óptima para el trabajo en el seno de la asociación analítica. La asociación analítica, que otros llaman alianza terapéutica, es el funcionamiento *en pareja* del trabajo analítico, cuya importancia Freud pareció comprender sólo tardíamente en "Construcciones en el análisis" (1937), después de "Análisis terminable e interminable" (1937).

Cuando distancia útil y diferencia eficaz son remplazadas por una

153

distancia inutilizable o una diferencia ineficaz, se plantea el problema de las funciones de la represión en sus relaciones con el inconciente: constitutiva de inconciente y guardiana de este. Es sin duda de aplicación en la neurosis, pero su valor explicativo es insuficiente en los casos fronterizos y las estructuras narcisistas, donde parece más fecundo el concepto de escisión.

La represión es entendida como una defensa específica frente a la sexualidad y la angustia de castración. Freud declara que si el bebé tiene sin duda una propensión a la angustia, esta disminuye en un primer período para resurgir en el período edípico. Con esto afirma dos cosas: que el bebé normal no experimenta angustia, en rigor, antes del Edipo, pero que además la angustia de castración es inevitable, normal; normativa, por así decir. Cuando escribe: "Eros quiere el contacto pues pugna por alcanzar la unión, la cancelación de los límites espaciales entre el yo y el objeto amado" (*Inhibición. . . [AE, 20, págs. 116-7]*), propone el contacto como el punto común entre Eros y las pulsiones de destrucción, pero al mismo tiempo da a entender que el Edipo inevitablemente lleva en sí el germen de la angustia de castración, puesto que el contacto es imposible; es erótico hacia el objeto de deseo, y destructor hacia el rival. No obstante, se pregunta también: "¿Es seguro que la angustia de castración constituye el único motor de la represión (o de la defensa)?" (*Inhibición. . . [AE, 20, pág. 117]*). Esto equivale a decir que implícitamente plantea el problema de los prototipos o los precursores de la angustia de castración. ¿Dependen estas angustias exclusivamente de la libido de objeto? Lo pongo en duda.

¹⁶⁹ *En Realidad y juego*, Granica.

El límite

Si la represión es el principal mecanismo estructurante y defensivo que permite al yo alcanzar la estabilidad de su organización y asegurar en su seno la libre circulación de las investiduras, es preciso señalar que las investiduras que la represión mantiene a escondidas del yo son, esencialmente, las de objeto. Entonces, el problema que se plantea consiste en averiguar si es todavía la represión la que opera cuando consideramos las investiduras del yo. La represión, como señala Freud, es el equivalente, para el mundo interior, de la protección antiestímulo frente al mundo exterior. Por eso me parece lógico sostener que la represión se puede concebir según un doble funcionamiento. Por una parte, mantiene a distancia las investiduras de objeto capaces de amenazar la organización del yo. Por la otra, en su faz exterior (del mismo modo como un guante posee una superficie interna, en contacto con la mano, y una externa, en contacto con el mundo exterior), la represión constituye un revestimiento cuya función es asegurar los límites que procura al yo. Frontera móvil y

154

sujeta a variaciones, que dispone de cierto *juego*. La permeabilidad de este límite no es constante; puede, y aun debe, aumentar en lo que Bouvet llamaba *acercar de acercamiento* [*rapprocher de rapprochement*], así como puede -y debe-, frente a cualquier amenaza seria para el narcisismo, consolidarse, afianzarse y hasta mudarse en caparazón cuando se cierne sobre el horizonte la herida (narcisista). Es el momento en que tenemos que recordar que la neurosis traumática se engendra *por sorpresa*: la señal de angustia no se pudo desencadenar a causa de la falta de preparación del yo. El yo no está preparado, presto para parar. No está excluida la posibilidad de que el goce masoquista se empeñe, en cada ocasión, en reconstituir la penetración y aun el violentamiento del yo por el trauma doloroso, pero quizá menos doloroso que la anestesia (erótica o agresiva) y aun, en el límite, la afánesis, producida por la pérdida del objeto.

Hay entonces una función limitante, o una función en el límite; ella hace de la represión una función del yo tanto en el interior (en la vecindad del ello) como en el exterior (en la vecindad de la realidad y del objeto). Que esos dos límites tienden a veces a fusionarse en uno solo en virtud de la proyección, he ahí lo que comprobamos en la experiencia analítica.

El problema planteado es averiguar cómo la ventaja creada por el límite ha de superar los inconvenientes de perder lo ilimitado, a cambio de tener separado lo que ahora está de un lado y del otro. Es decir, los inconvenientes de haber constituido un otro, una diferencia. La solución consiste, por una parte, en asegurar la consistencia de los dos territorios y, por la otra, en hallar el medio de hacerlos comunicar sin encerrarse en el dilema de la invasión y de la evasión, es decir, de la pérdida de la vecindad, la pérdida del prójimo, el Otro. Es la puerta abierta para la constitución de los objetos narcisistas y de los objetos transicionales, que sobrepasan paradójicamente la diferencia lo mismo-lo otro, lo existente-lo no existente, ente-no ente.

Así las cosas, me parece muy relativa la discusión sobre las diferencias entre casos fronterizos y estructuras narcisistas. Una manera de zanjar el debate es englobar el todo en los casos fronterizos, los *borderlines* clásicos, en los cuales intervienen más las pulsiones orientadas al objeto, mientras que las organizaciones narcisistas plantearían el problema de las investiduras orientadas hacia el yo. Tanto unos como otras, entonces, nos pondrían frente a un problema único: el destino de las contrainvestiduras y de las modalidades que de ellas

derivan; vertiente objetual, vertiente narcisista, anverso y reverso de una misma realidad.

Por eso sigo pensando que el mecanismo del doble trastorno, que describí en 1966, asegura esta función limitante por la vía de abrir dos subespacios que se comunican entre sí: el de las investiduras de objeto y el de las investiduras narcisistas. Al analista compete saber distinguir, en el desenvolvimiento de la transferencia, con cuál de los dos subespacios se enfrenta de manera dominante. Es importante no

155

equivocarse demasiado a menudo sobre la índole de lo que está en juego.

En esta tarea, la clínica nos ayuda por las señales de la angustia del sujeto, la temática singular del material trasferencial y, por último, las defensas que a este se refieren, muy en particular el lenguaje del analizando.

La angustia de lo uno

Lo que se ha llamado la regresión narcisista caracteriza muy parcialmente, a mi juicio, lo que intento describir. No volveré sobre sus rasgos, que han sido expuestos en innumerables trabajos.

Si, como Freud ya lo indicaba, admitimos que en el narcisismo el yo procura ser amado como su propio ideal, consideraremos que, por su misma índole, el amor que el yo se presta a sí mismo constituye un sistema lo más cerrado posible. Este desdoblamiento, *el yo que ama amarse* ("Amarás a tu prójimo como a ti mismo" es un mandamiento de difícil observancia, dice Freud) o también *el yo que se ama amando* (cuando se trata de un amor de objeto), es evocador de autoamor autosuficiente y de una *unidad dualmente dividida* o de una *dualidad unitariamente multiplicada* ($1 : 1 = 1$; $1 \times 1 = 1$). Reparemos en que estas expresiones matemáticas son psicológicamente contradictorias, si no paradójicas: hay una división que nada divide y una multiplicación que no multiplica nada, al tiempo que la unidad aparece al final de la operación como al comienzo. Esto, porque es preciso asegurar la unidad a toda costa, y también porque cualquier menoscabo profundo de esa unidad divide o multiplica en n partes (fragmentación). Ni en dos, ni en tres, *ni en número alguno finito*. Es este el momento de recordar la diferencia entre el yo y el sujeto. El sujeto persiste, aun en la forma de n , porque sigue asegurando las relaciones entre los n elementos, mientras que el yo unitario se ha partido en fragmentos. Así las cosas, la problemática de la angustia comprende:

- a. la amenaza unitaria;
- b. la duplicación;
- c. lo infinito ilimitado;
- d. los fragmentos despedazados (*diasparagmos*);
- e. la aniquilación = nadización.

Estos dos últimos puntos nos ponen frente a una oposición, que creo esencial, entre el *caos* (*diasparagmos*) y la *nada* (o *nadir*).

¿Qué quiere el yo? Que se lo deje en paz. Ignorar el mundo exterior, fautor de excitaciones, y el mundo interior, pasada la etapa del yo-placer purificado. Winnicott ha abierto un campo nuevo en la

156

psicopatología con su creación de la clínica de la dependencia y de la lucha contra la dependencia, de la búsqueda de la autonomía, es decir, etimológicamente, el derecho a gobernarse por sus propias leyes *bajo ocupación extranjera*. A menudo he observado este hecho en el curso de ciertos análisis que aportaban, a lo que a mí me parecía la transferencia, un material pulsional muy rico. La interpretación de ese material era aceptada sin dificultad por el analizando siempre que la interpretación no se refiriera explícitamente a la transferencia, pero por regla general se la rechazaba cuando se la formulaba como interpretación de esta. Dicho de otro modo, el analizando quería sin duda que a favor del análisis, y aun en la situación analítica, pudiera experimentar los más variados afectos, muy ricos, aunque fuera hacia el analista, y cualesquiera que fuesen esos sentimientos, eróticos o agresivos. Lo que no podía aceptar era que el analista fuera la *causa*, la fuente y el objeto de esos afectos. Tenían que ser sólo asunto suyo. Goethe decía: "Yo te amo, ¿acaso te atañe?". Yo (te) amo. En el límite, se podría suprimir el "te". "Yo amo" es lo esencial. ¿A quién? Esto es contingente. En todos los casos, el yo salva su unidad por la negación del influjo del objeto, del objeto como causa del deseo (Lacan).

Cuando la transferencia objetal desborda las capacidades de contención del yo, aparecen algunos temas característicos. Mientras que el tema del espejo ha sido profusamente tratado por los analistas, el de la transparencia lo ha sido poco. "Tengo la impresión de que nos separa una pared de vidrio, un cristal transparente". Me ha sorprendido la frecuencia de este material, comprobado por otros analistas. Una paciente de Anne-Marie Sandler le decía: "Sus palabras son para mí como la lluvia que castiga los ventanales, pero que no entra en el interior de la casa". Roy Schafer me hablaba un día de cierto paciente; le decía sentirse como un vidrio que suavemente, suavemente se resquebrajaba. Todo sucede, en estos pacientes, como si se sintieran amenazados, lo mismo que el automovilista que conduce detrás de un camión por una ruta que acaba de ser reparada: el minúsculo ripio, con leve golpe, transforma el parabrisas (o protección antiestímulo) en tela de araña.

La angustia de la pareja

La segunda figura es la del espejo (un espejo sin azogue, por el cual uno verá sin ser visto), que permite al analizando prevalerse de la ventaja que atribuye al analista, y que lo mueve a reprimir las asociaciones más significativas, invitándolo a hablar en su lugar: "Diga algo, cualquier cosa". En el caso de una paciente, cierto día caí en la cuenta de que ese llamado repetía el mutismo de su infancia. Para defenderse de lo que llamaba las "antenas" de su madre, que la comprendía

157

aun en sus silencios, no encontraba mejor seguro para su autonomía que un pensamiento singular, destinado a burlar la intrusión materna: "no" significaba "sí", "sí" significaba "no", lo que complicaba terriblemente el análisis de su represión. Había instituido un álgebra privada, en que el signo menos remplazaba al signo más. el "no" hacía las veces del "sí". Esto iba mucho más lejos que la función de la represión. No se trataba tanto de una denegación, como de una supervivencia en la oposición, que le garantizaba su existencia en estado separado dentro de un pensamiento subvertido y subversivo hacia sus representaciones y sus afectos. Todo se estropeó cuando el odio hacia el objeto rompió ese equilibrio

y la puso bajo la amenaza de la pérdida del objeto o, en una identificación proyectiva, de una persecución por el objeto en ley del talión.

Por otra parte, el espejo es conforme a su índole. Es decir que todas las figuras de la duplicación están representadas en la relación imaginaria: identidad total entre analista y analizando, o similitud, complementariedad, oposición; poco importan las variantes: lo esencial es que la combinación de los afectos y de las representaciones de los dos compañeros de la pareja analítica alcance una *totalidad perfecta*, a imagen de una perfección esférica cuyo centro estuviera dondequiera, la circunferencia en parte alguna, lisa e impecablemente redonda, sin la menor aspereza o irregularidad. Lo que equivale a decir que el sujeto trata de reencontrar a la madre ideal, perfectamente adaptada a las necesidades del *infans*, con quien forma unidad.

Quiero incluir aquí una observación clínica sobre la homosexualidad y el objeto narcisista. En muchos pacientes (con fuerte proporción de mujeres, por razones inherentes a la relación con el objeto primordial y a la identidad femenina) se observa que tropiezan con un obstáculo de difícil superación para asumir la posición heterosexual: el objeto heterosexual es inasimilable por *extraño*, por definitivamente otro. La regresión homosexual está de hecho comandada por el narcisismo, que a toda costa trata de reencontrar lo Mismo (o el semejante homosexual) como si el cambio de objeto supusiera el riesgo de la pérdida del objeto homosexual, en su condición de objeto que satisface la exigencia narcisista.

Estas figuras de la dualidad son dadas por diversas estructuras clínicas: aquella paciente del álgebra privada caía presa de angustias indescriptibles cuando, al salir de la peluquería, descubría que su peluquero no había realizado enteramente su proyecto narcisista, que debía procurar a su madre una imagen muy definida de "picaruelo revoltoso", que no era sino la manera en que, creía, ella la percibía. La madre había tenido un aborto; el bebé muerto era, nótese, un varón. Por conflictiva que fuera su relación con la madre, hecha de alternancia, de intrusión y de separación, durante mucho tiempo siguió siendo el único objeto susceptible de investidura. Cualquier interpretación que evocara una transferencia paterna se vivía en la angustia

158

porque el padre estaba cargado de todas las proyecciones maternas, y la vagina, amenazada por un pene destructor. Después de una fantasía de captación de mi pene por una violación activa de su parte, fantasía analizada, y aceptada porque ella asumía un papel *activo*, tuvo un sueño angustiante, una pesadilla en que su madre y su hermana "entraban en ella, como en un molino" y revolían sus cajones. Esto la hizo despertarse en un estado de angustia airada. Tras el análisis de este sueño, en vísperas de mis vacaciones de verano, volvió la paz y ella me expresó su gratitud. Pero quiso el azar que su departamento se inundara. La sobrecogió un estado de pánico, y me llamó por teléfono después de su última sesión, diciéndome: "Es increíble, mis fantasías se realizan" porque dos años antes había tenido un sueño en que el techo se pulverizaba y dejaba paso a una oleada de materias fecales, que su madre evacuaba con una cuchara; ella le dijo: "Pero, mamá, esa no es la solución". De regreso de las vacaciones, donde sucedieron muchas cosas, nueva inundación, nuevo pánico. Esta vez, comprendí que confundía los límites de su yo con las paredes de su departamento. Pero esto seguía siendo menos horrible que el hecho de que su vecino se llamara G. . . , letra inicial del nombre de su madre y de su padre. Ella había escindido completamente

el hecho de que yo también era G. . lo que provocó una regresión inmediata. Tuvo la fantasía de refugiarse en mis brazos, en los brazos de su madre.

La angustia del conjunto

Abordo, por último, la angustia del conjunto. Angustia de la dispersión, de la fragmentación, del despedazamiento, contra las que se instala la despersonalización. Esta angustia no es la angustia del vacío, es decir de la nada, sino la angustia del *caos*. A menudo es externalizada por una conducta de desorden material, total: el síndrome del espacio habitable como cajón de los revoltijos, espacio donde el extraño no es admitido. Espacio a veces confinado a habitaciones cenadas al visitante, a cajones cerrados que ni siquiera los familiares tienen autorización de abrir, un armario que se deja en un desorden indescriptible, sustraído de la mirada. Es lo contrario de la psicosis del ama de casa. Es la psique la que se representa en esos continentes.

La angustia de fragmentación ha sido tratada con tanta abundancia en la bibliografía psicoanalítica moderna que no me extenderé sobre ella. Fue descrita sobre todo por los autores que se dedicaron al estudio de las estructuras psicóticas. El término se ha vuelto sinónimo de amenaza psicótica. Esto sólo es verdadero hasta cierto punto. En efecto, tenemos que recordar que esta tentación de fragmentación no siempre es el signo de una regresión del yo, con peligro

159

psicótico. La despersonalización es una defensa contra la psicosis, no un estado psicótico. La fragmentación pasajera puede ser también una defensa contra la depresión. Se la puede buscar de manera hedónica, cuasi perversa, en la toxicomanía. El histérico, como sabemos, es proclive a ello. Me parece necesario recordar algunos datos clínicos sobre este punto. El medio de salir de las angustias de fragmentación es la procura, a cualquier precio, de un objeto sustitutivo *presente e incorporable* (el llamado telefónico, en que la voz de la persona llamada basta para interrumpir el proceso; el comprimido tranquilizante, que apacigua mágicamente; el contacto con un objeto elegido, equivalente a un pezón: lo que los norteamericanos llaman *pacifier* [chupete]).

Lo que es preciso tener en cuenta en la regresión fragmentante no es su función de señal, por otra parte desbordada, sino su valor relativo, relacional con los objetos, en la evaluación del equilibrio entre solidificación unificante y licuefacción nulificante. Por eso esta experiencia no tiene las mismas consecuencias para el obsesivo o el paranoico rígidos, que para el histérico o el esquizofrénico plásticos.

En la transferencia, es preciso observar que las experiencias de fusión son de duración limitada; dejan sitio, con bastante rapidez, a evocaciones afectivas de las que surgen las figuras de la dualidad: la angustia de fragmentación ha dado nacimiento a la relación dual.¹⁷⁰ No obstante, esta relación dual, imaginaria según la terminología de Lacan, es inconciente. En consecuencia corresponde analizarla y, sin temor a empantanarse en ella, su interpretación ayuda a superarla. Lo importante es comprender que la progresión aritmética 0, 1, 2, 3, . . . , n no es verdadera en la transferencia, donde los números se suceden en orden disperso, según las oscilaciones del sujeto.

Pero hay otro punto en que se manifiesta la angustia del conjunto: en las relaciones grupales.

¹⁷⁰ Cf. A. Green, "L'analyste. . .", *op. cit.*, págs. 1190-230.

La angustia del grupo: las instituciones la conocen en la obsesión de la dispersión debida al narcisismo de los miembros, antagonista del narcisismo del grupo. La angustia del grupo es una angustia frente al superyó, frente a sus reproches, que se asocian a los del ideal del yo, con los que siempre se está en deuda. La respuesta a la angustia fragmentante es la escisión duplicadora. Uno se divide en dos para no estallar en pedazos («).

Estas diferentes angustias *se reverberan* unas en las otras: la aspiración a la unidad lleva consigo siempre la nostalgia de la fusión dual, y aun de la fragmentación; del mismo modo, la dualidad siempre está encerrada en esta alternativa: ir hacia lo Uno o regresar a la multitud. Y por otra parte, la multitud desea unificarse bajo la

160

bandera de uno solo. "El grande hombre", dice Freud *en Moisés y la religión monoteísta*.

El número del código es siempre el 3, símbolo de la unidad, de la doble dualidad que une a un sujeto con el objeto escindido en dos (bueno y malo), y de la multitud. Los ingleses dicen: *Two is company, three is crowd* (estando de a dos, se está en compañía; si son tres, se está en una multitud). Así, el Edipo es la estructura estructurante. Es *reverberada, reverberante*: en la relación con el pecho, y un padre potencial; en la escena primitiva, con un sujeto excluido; en el complejo de Edipo, abierto a la doble diferencia.

La relación del bebé con el pecho anuncia la escena primitiva, salvo esta diferencia, a saber, que en el segundo caso la madre goza más y con otro, que excluye al hijo. Es, acaso, lo más trágicamente impensable para él.

El narcisismo da sustento a la ilusión del *a-Edipo* (no del antiEdipo, sino del no-Edipo) porque sólo conoce al yo [*Moi-Je*]. Como Dios, el *Moi-Je* se pretende autoengendrado, sin sexo, es decir, sin limitación sexual y sin filiación; en consecuencia, sin estructura de parentesco.

Negación y consistencia

La tela de que está hecho el yo, su textura, signa su consistencia. Solemos hablar de la rigidez o de la flexibilidad del yo y de sus defensas. Esta imagen descriptiva es verdadera pero lo es todavía más cuando interviene el narcisismo. Ante las mutaciones regresivas de la indiferenciación, el rehusamiento [*refus*] del objeto es una necesidad vital para el narcisista. Ese rehusamiento está motivado por la *independencia* del objeto, que obedece a sus propios movimientos, mientras que el yo se siente paralizado ante él. Aceptar el objeto es aceptar su variabilidad, sus sorpresas, es decir, que pueda penetrar en el yo y abandonarlo, reavivando de ese modo las angustias de intrusión y de separación. Además, la regresión se consume en un estado de *pasivación*, en que el yo presiente el peligro de un sometimiento total (la *resourceless dependance* de los autores ingleses). En esas condiciones, la negación no sólo garantiza la autonomía del yo, sino, como dicen los propios pacientes, permite tener un *eje* en torno del cual se ordena la consistencia. "Me mantengo a pie firme, tengo buenas piernas", dice una paciente. "Rehusar lo que usted me dice, cuando lo siento demasiado cerca, me procura una columna vertebral". "Querer la muerte de todos los míos, mujer e hijos, es ponerme a salvo de las molestias que perturban mi 'tranquilidad'", dice otro. Esto nos muestra que la negación no desempeña aquí solamente el papel de una

represión económica, sino que es la condición para que el yo *consista* en algo. El problema está en saber cómo

161

la introyección de un objeto que narcisiza al yo y aumenta su poder de placer puede ser del dominio de una interpretación que no sea tautológica.

El papel de espejo, otorgado al analista, tiene por fin la confirmación de lo que en el material no debe ser visto ni por el paciente ni por el analista; es entonces una fuente de aprobación, de apuntalamiento del yo en el objeto narcisista. Toda la dificultad, entonces, a causa de la negación, está en la interpretación. Se trata de introducir, con el eco interpretativo, algunos elementos extraños, disonantes, en dosis homeopáticas, integrables por el paciente, un poco como a los niños se les da una medicina de sabor desagradable oculta en una cucharada de dulce. El Otro desencadena la señal de la negación para que el Mismo se asegure de su identidad. Si el concepto de identidad tiene un sentido en la teoría analítica, es sólo por referencia a la vulnerabilidad narcisista. Su único papel es permitir el advenimiento de la diferencia, una vez creada la ilusión unitaria.

La negación suscita el problema de lo que llamo las investiduras negativas. Por investidura negativa entiendo la investidura de una satisfacción ausente o rehusada, por la escenificación de un estado de quietud (negación de la insatisfacción), *como si* la satisfacción se hubiera producido de hecho.

Es la función que asigno al narcisismo primario negativo.

Un modelo general de la actividad psíquica

Angustia de lo Uno, angustia de la pareja, angustia del conjunto, he ahí, entonces, otras tantas figuras narcisistas de las amenazas que pesan sobre la estructura del yo.

Habría que mostrar el modo en que este rendimiento del yo se replica, o se reverbera, en el rendimiento del lenguaje, y abordar el problema del lenguaje en las transferencias narcisistas o la vertiente narcisista de la transferencia.¹⁷¹ La angustia, sea objetal o narcisista, *corta la palabra*, hace hablar al cuerpo o, más bien, cede el lugar a la cacofonía. Es entonces grande la tentación del silencio, ese significativo cero del lenguaje. Pero el silencio no es sólo la suspensión de la palabra, es su respiración misma. Cuando el silencio no es manifiesto, y aun cuando no marca las pausas, las transiciones, las escansiones del discurso, está en la discontinuidad constitutiva del mensaje verbal.

162

Cabe entonces preguntarse si no es posible proponer un modelo general de la actividad psíquica; lo imaginaríamos en tres fases: 1) El primer tiempo sería el de la investidura de una preorganización, que sería la de la percepción y del fantasma inconciente que la acompaña: 2) el segundo tiempo sería el de una negatividad, ilustrada por la imagen de lo blanco. Este tiempo negativo, que funda la discontinuidad, sería el espaciamento diferencial de las letras, las palabras, las frases, pero también el espaciamento de todas las variedades de la conrainvestidura: represión, negación, desmentida, forclusión; y 3) el tiempo, por último, de la reorganización como efecto retroactivo que la conrainvestidura

¹⁷¹ Para dar una indicación: el lenguaje, puesto que constituye una estructura homeostática por referencia a la realidad material y a la realidad psíquica, hace, frente al pensamiento, el papel de una realidad *tercera*, que supera la oposición de las dos anteriores en su función predictiva y siempre asertiva. Autonomía del sujeto.

produce sobre la investidura, efecto de posterioridad del segundo tiempo sobre el primero: retorno de lo reprimido, de lo denegado, de lo desmentido, de lo forcluido, respecto de lo cual las formaciones sintomáticas y los cuadros de la psicopatología demuestran que opera ahí una lógica plural. Lógica de lo Uno, de la pareja o del conjunto.

El narcisismo, positivo o negativo, participa en esos cuadros. Su fracaso se traduce en la angustia narcisista, en que las pretensiones del sujeto a la totalización experimentan el poder del objeto, fuente de tensiones, que pone en tela de juicio el orden demasiado ordenado, factor de entropía, es decir, de muerte. La vida psíquica -como la vida- no es más que un desorden fecundo. El narcisismo persigue, en vano, el espejismo de poder impedirlo. Todo erotismo es violencia, como la vida hace violencia a la inercia.

Nuestra dificultad para pensar la angustia en sus relaciones con el narcisismo proviene de que nuestra civilización occidental es narcisista sin *advertirlo*. Ha impuesto al mundo su occidentalismo-centrismo, sin pensar su otro: el Oriente. El Oeste es el Oeste; el Este es el Este. Acaso sería hora de que nos interesáramos por los pensamientos del Oriente como por la sombra de nuestro pensamiento. Citaré, para terminar, del *Clásico verdadero del vacío perfecto*, este capítulo: "Sabio sin saberlo":

"Long Chu se dirigió a Wen Ze, y dijo: 'Tu arte es sutil, y yo tengo una enfermedad. ¿Puedes curarme?'. Wen Ze dijo: 'Estoy a tu disposición, pero primero tienes que indicarme los signos de tu enfermedad'. Long Chu se confesó: 'La alabanza de mis conciudadanos no me procura la satisfacción de la fama y no experimento vergüenza cuando me condenan. La ganancia no me alegra y la pérdida no me aflige. Considero que la vida vale lo que la muerte, y la riqueza lo que la pobreza. En cuanto a los humanos, creo que tienen tanto valor como los puercos, y yo no me considero mejor que los demás. Vivo en el seno de mi familia como un viajero en el hospedaje. Mi patria es para mí un país extranjero. Dignidades y recompensas nada pueden contra esos defectos; acusaciones y castigos no me espantan; grandeza y decadencia, beneficios y pérdidas nada lograrían, como tampoco duelos o alegrías. Por eso no tengo aptitud para servir al

163

príncipe ni para mantener relaciones normales con mis parientes y amigos, con mi mujer y mis hijos, y gobierno mal a mis servidores. ¿Qué enfermedad es esta que me aflige, y cómo curarme?'. Wen Ze hizo que Long Chu diera la espalda a la luz, y él mismo se colocó detrás de su paciente para examinar su silueta que se recortaba en el resplandor. Dijo entonces: 'Bien veo tu corazón: es una pulgada cuadrada de vacío. Eres casi como un santo (*cheng-geri*). Seis aberturas de tu corazón están perfectamente libres, y una sola permanece cerrada.¹⁷² En los tiempos que corren, la santa sabiduría se considera una enfermedad.. No conozco remedio para esto' ".¹⁷³

No pretendo ofrecer con esto una alternativa para nuestra ética psicoanalítica. Creo que el psicoanálisis no es más que la asunción de nuestros límites, que implican al Otro, a nuestro prójimo *diferente*. Pero considero que el Oriente nos indica el modo en que ciertas vías se prefieren a otras. En el curso de algunos análisis, repentinamente sucede que el paciente inviste un espacio de soledad, donde se siente en su casa. Es un resultado no desdeñable. No es suficiente. Es

¹⁷² "Según la teoría china, el corazón tenía siete aberturas, pero sólo en el santo estaban libres; en los comunes mortales, una cantidad mayor o menor de ellas estaban taponadas".

¹⁷³ *Le vrai classique du vide parfait, op. cit.*, pág. 132.

preciso, mucho antes, que consienta en abandonar su nido para sentirse bien consigo, con un huésped o con otro, o que permita a ese huésped sentirse bien consigo, en él. Esto sólo es posible si la intersección de los dos está limitada de suerte que cada uno permanece él mismo cuando está *con* el otro. Porque es imposible ser totalmente Uno o totalmente el Otro. Es quizás el sentido de lo que constituye el eje de la teoría freudiana, y que trivialmente llamamos angustia de castración, que yo sólo concibo apareada con la angustia de penetración. Acaso comprendamos que la clave del psicoanálisis no es el falo, sino el pene en la vagina, y/o -es más difícil pensarlo-la vagina en el pene.

Segunda parte. Formas narcisistas

4. 4. El narcisismo moral (1969)

"La virtud no sólo se asemeja a aquel combatiente cuyo único cuidado en el combate es mantener inmaculada su espada, sino que además emprendió la lucha para preservar las armas; y no sólo no puede emplear sus armas, sino que también tiene que mantener intactas las de su enemigo y protegerlo de su propio ataque, puesto que siempre se trata de los nobles lances del bien, en aras del cual se ha puesto en campaña". Hegel, Phénoménologie de l'esprit, 1, pág.317.

*"No sentir nada, he ahí el más dulce tiempo de la vida".
"Cesa en el momento en que se conocen alegrías y penas".
Sófocles, Ajax.*

El narcisismo, al que tantos trabajos teóricos se dedicaron en Francia en años recientes, en cambio ha sido objeto de muy pocos estudios clínicos. Un trabajo anterior (1963) acerca de la posición fálica narcisista¹⁷⁴ nos movió a definir mejor un estado observado en la labor clínica, del que Reich había dado una primera descripción. Aquí intentaremos trazar con más nitidez el contorno de otra figura revelada por la cura; nos gustaría que cada quien verificara su validez en su propia experiencia, y si fuera posible, querríamos atribuirle una estructura. Trataremos, pues, del narcisismo moral.

Edipo y Ajax

Los héroes legendarios de la Antigüedad son un tesoro que el psicoanalista no se priva de explotar profusamente. Por lo común

167

apela a esos altos personajes mitológicos para exornar una tesis y hacerla seductora. Por nuestra parte, partiremos de una oposición que permitirá a cada quien, por recurso a la memoria, remitirse a un ejemplo compartido que acaso le evoque el recuerdo de alguno de sus pacientes. Dodds, en su libro *Los griegos y lo irracional*¹⁷⁵ opone las civilizaciones de la vergüenza a las civilizaciones de la culpa. No es ocioso recordar aquí que, a juicio de Dodds, la idea de culpa se liga con una interiorización (diríamos nosotros, una intemalización) de la idea de falta o de pecado; es el resultado de una trasgresión de lo divino. En cambio, la vergüenza es deparada por una fatalidad, es una señal de la envidia de los dioses,

¹⁷⁴ "Une variante de la position phallique-narcissique", *Revue française de psychanalyse*, 27.

¹⁷⁵ E.R. Dodds, *Los griegos y lo irracional*. Alianza, cap. 2.

una Até, un implacable castigo que ni siquiera guarda relación con una falta objetiva, como no sea la desmesura. La vergüenza alcanza inexorablemente a su víctima; y por cierto que no se la debe atribuir tanto a un dios, como a un *daimón*, potencia infernal. Dodds refiere la civilización de la vergüenza a un modo social tribal en que el padre es omnipotente y no conoce autoridad alguna superior a la suya, mientras que la cultura de la culpa, que se encamina al monoteísmo, supone, más allá del Padre, una Ley. Lo que está en cuestión no es la reparación de la falta, que no difiere en los dos casos. El paso de la vergüenza a la culpa es el correlato de una trayectoria que lleva de la idea de la mancha y la polución, a la conciencia de un mal moral. En síntesis, la vergüenza es un afecto en que apenas participa la responsabilidad humana, es una suerte enviada por los dioses, que golpea al hombre proclive al orgullo (*hybris*), mientras que la culpa es la consecuencia de una falta en que la voluntad del hombre se empeñó en el sentido de una trasgresión. La primera corresponde a una ética del talión, y la segunda, a una ética de justicia más comprensiva.

Me ha parecido que se podían oponer estas dos problemáticas: la vergüenza y la culpa, contraponiendo los casos de Ajax y de Edipo. Ajax, el más valeroso de los griegos después de Aquiles, a la muerte del hijo de Tetis espera que le adjudiquen sus armas. Pero no sucede así. Las armas se otorgan a Ulises, por caminos que difieren según las versiones del mito. En las más antiguas, son los troyanos, vencidos por los griegos, quienes deben indicar a aquel de sus enemigos a quien más temen, y designan a Ulises. Este puede no ser el más valiente, pero es el más peligroso por más astuto. En otras versiones (y es la tradición que recoge Sófocles), son los mismos griegos quienes lo eligen por votación.

Ajax sufre esa elección como una injusticia y una injuria. Decide vengarse por la violencia dando muerte a los atriadas, Agamenón y Menelao; hará prisioneros a los argivos y capturará a Ulises, para azotarlo hasta que muera. Pero Atenea, a quien Ajax había ofendido cuando rechazó su auxilio en los combates contra los troyanos; Atenea

168

pues, lo vuelve loco. En lugar de hacer una hazaña en el combate contra aquellos a quienes pretende castigar, en estado de locura extermina los rebaños de los griegos; es una carnicería sangrienta. El autor de la hecatombe sólo recobra el juicio después que cometió el mal. Recuperada la razón, comprende su locura. Dos veces loco, de dolor y de vergüenza por no haber sabido triunfar con el derecho ni con la fuerza, herido en su orgullo, se da muerte arrojándose (J. Lacarriére dice, y es verosímil, empalándose) sobre la espada de Héctor, que había recibido como trofeo.

En la lectura de Sófocles, advertimos que la vergüenza es la palabra clave de su tragedia. " ¡Ah! rumor espantoso, madre de mi vergüenza", canta el coro cuando se entera de la noticia de la masacre. La locura como tal no excusa de nada: es la peor de las vergüenzas, el signo de la reprobación del dios. Y por añadidura cobra aquí una significación deshonrosa, porque empuja a una matanza sin gloria. Ridiculiza al héroe que se precia de la valentía suprema, constriñéndolo a destruir salvajemente bestias inofensivas y nutricias. Lo aplasta con la "pesada ilusión de un triunfo execrable". Y en el momento en que la razón vuelve por sus fueros, la muerte aparece como la única solución posible. Ajax, perdido su honor, ya no puede vivir a la luz del día. No hay atadura que haga resistencia a esta tentación de la nada. Padres, mujer, hijos, a quienes su muerte amenaza con un destino de esclavos, no bastan para retenerlo. Ajax aspira a los infiernos, e invoca, en sus juramentos, la noche de la muerte: "Tinieblas, ese es mi sol". Deja sus despojos

como una mancha de cuya suerte tendrán que decidir aquellos que lo despreciaban: la exposición a los buitres o el sepultamiento reparador. El Mensajero es el que nos comunica la ética de la medida: "Los seres anormales y vanos sucumben bajo el peso de las desgracias que les envían los dioses. Es la suerte de todos los que, habiendo nacido humanos, conciben proyectos que no son los de un hombre".

Me ha parecido que el ejemplo de Ajax se prestaba a una comparación con Edipo. El crimen de Edipo no es menos grande. Su excusa es el no saber, el engaño del dios. El castigo que después se inflige lo llevará sin embargo a aceptar la pérdida de unos ojos que quisieron ver demasiado; a desterrarse auxiliado por su hija Antígona; a vivir su mancilla entre los hombres, hasta apurarla. Por último, antes de morir, aceptará ser objeto de litigio y de disputa entre sus hijos (a quienes maldecirá), su cuñado y tío Creón, y Teseo, bajo cuya protección se ha puesto. En el bosque de Colona, de los alrededores de Atenas, esperará a que los dioses le hagan una señal. La vida, después de la revelación de su falta, ya no podía ser ocasión de placer alguno. Pero se trata de la vida que los dioses dieron, y que ellos retomarán cuando la hayan juzgado. Y, punto esencial, Edipo se mantiene fiel a sus objetos. Son *su vida*, al tiempo que lo ayudan a mantenerse en vida. No puede abandonarlos, aun al precio de convertirse en prenda siniestra de sus hijos. Odiará a algunos de ellos: a

169

los varones, desde luego. Y amará paternalmente a sus hijas, no obstante ser ellas el fruto de su incesto.

Según se comprende, hemos opuesto dos problemáticas que responden a dos tipos de elección de objeto y de investidura del objeto: con Edipo, la investidura objetual del objeto, que, por la trasgresión, genera culpa; con Ajax, la investidura narcisista del objeto, que, por la decepción, genera vergüenza.

Aspectos clínicos del narcisismo: El narcisismo moral

El apólogo de Ajax, que nos ha servido de introducción, nos lleva derechamente a plantear un problema al psicoanalista. ¿No queda en evidencia que esta forma del narcisismo guarda alguna relación con el masoquismo? ¿Acaso el autocastigo no se sitúa aquí en el primer plano? Antes de pronunciarnos sobre si el masoquismo es, en último análisis, lo que mejor define el tema de Ajax (quien no busca el castigo, pero se lo inflige para salvar su honor, otra palabra clave del narcisismo), hemos de detenernos un momento a considerar las relaciones entre masoquismo y narcisismo.

En su estudio sobre "El problema económico del masoquismo", Freud, al tiempo que escindía los pares tensión-displacer y distensión-placer, discernió la disociación del masoquismo, como expresión de la pulsión de muerte, en tres subestructuras: el masoquismo erógeno, el masoquismo femenino y el masoquismo moral. El que hoy propondremos ha de ser un desmembramiento del mismo tipo. Para ello no tomaremos como base los efectos de la pulsión de muerte, sino los del narcisismo. Nos ha parecido posible distinguir, partiendo de la clínica, diversas variedades, subestructuras del narcisismo:

1. Un *narcisismo corporal*, que recae sobre el sentimiento (el afecto) del cuerpo, o sobre las representaciones del cuerpo. Del cuerpo como objeto de la mirada del Otro, en cuanto le es extrínseca, del mismo modo como el narcisismo del

sentimiento del cuerpo -del cuerpo vivido- es narcisismo de la escrutación del Otro, en cuanto le es intrínseca. Conciencia del cuerpo, percepción del cuerpo, he ahí sus bases elementales.¹⁷⁶

2. Un *narcisismo intelectual*, sobre el que no nos hace falta insistir, puesto que la bibliografía analítica rebosa de ejemplos. El narcisismo intelectual se manifiesta en la investidura del dominio intelectual, con una confianza abusiva en este, desmentida a menudo por

170

los hechos. Su insistencia incansablemente recuerda que "eso no impide que la cosa exista". Esta forma, que no ha de demorarnos aquí, nos recuerda la ilusión del dominio intelectual. Es una forma secundarizada de la omnipotencia del pensamiento. Es una omnipotencia del pensamiento que pone los procesos secundarios al servicio de esta tarea.

3. Por último, un *narcisismo moral*, es el que hemos de describir. Lo dejaremos de lado por el momento, para exponerlo un poco más adelante.¹⁷⁷

Freud, desde *El yo y el ello*, confiere a las diferentes instancias un material específico. Lo que es la pulsión al ello, es la percepción al yo y la función del ideal (función de renuncia a la satisfacción de la pulsión, y apertura hacia el horizonte de la ilusión, que indefinidamente se desplaza hacia adelante), al superyó. Es manifiesto entonces que el narcisismo moral, en la medida en que las relaciones de la moral con el superyó se han averiguado con claridad, se debe comprender en una relación estrecha yo/superyó o, más precisamente, puesto que se trata de la función del ideal, ideal del yo/superyó. Que el ello en modo alguno es ajeno a esta situación, he ahí lo que hemos de mostrar en este trabajo. Si entendemos que el ello está dominado por el antagonismo de *pulsiones de vida* y *pulsiones de muerte*; que el yo vive un perpetuo intercambio de investiduras entre el yo y el objeto, y que el superyó está dividido entre la *renuncia a la satisfacción* y los *espejismos de la ilusión*, advertimos que el yo, en su estado de dependencia doble, del ello y del superyó, no está sujeto a servir a dos amos, sino a cuatro, puesto que cada uno de ellos se desdobra. Es lo que de ordinario le ocurre a cada quien; y nadie está desprovisto de narcisismo moral. Entonces el atractivo de nuestras relaciones brota de la economía general de aquellos lazos: depende de que la pulsión de vida prevalezca sobre la pulsión de muerte; y las consolaciones de la ilusión, sobre el orgullo de la renuncia pulsional. Pero no es el caso de todos. La estructura patológica del narcisismo, que queremos describir, se caracteriza por una economía que lastra pesadamente al yo por la doble-consecuencia de la victoria de la pulsión de muerte, que confiere al principio de Nirvana (el del rebajamiento de las tensiones al nivel cero) una preeminencia relativa sobre el principio de placer, y de la victoria de la renuncia a lo pulsional, sobre las satisfacciones de la ilusión.

Efecto dominante de la pulsión de muerte y de la renuncia a lo pulsional: ¿No nos remite esto, otra vez, a la severidad del superyó masoquista? Sí, aproximativamente; pero no, con todo rigor.

171

Fantasmas masoquistas y fantasmas narcisistas

¹⁷⁶ Cf. el cap. 2.

¹⁷⁷ Desde luego que no tenemos en mente una correspondencia entre las tres formas del masoquismo y las tres formas del narcisismo.

"Donde hay un bofetón para recibir -dice Freud- el masoquista presenta su mejilla". No es el caso del narcisista moral. Parafraseando a Freud, diremos: "Cada vez que se trata de renunciar a una satisfacción, el narcisista moral se presta a ello de buena gana". Comparemos en efecto, los fantasmas masoquistas, tan reveladores, con los narcisistas. Aquellos son de ser azotado, humillado, mancillado, reducido a la pasividad, pero a una pasividad que exige la presencia del Otro. Según Lacan, en el masoquismo esta exigencia de la participación de otro suscita la angustia del Otro, allí donde el sádico no puede llevar su deseo, so pena de destruir al objeto de su goce.

Nada de esto es válido en el caso del narcisista. Para él se trata de ser puro; por tanto, de estar solo, de renunciar al mundo, a sus placeres como a sus displaceres (puesto que sabemos que también del displacer se puede extraer placer). Subvertir al sujeto por inversión del placer está al alcance de muchos. Más difícil y tentador es situarse más allá del placer-displacer, haciendo votos de resistencia, sin buscar el dolor; votos de pobreza y despojamiento, de soledad y hasta de vida ermitaña: condiciones, todas, que acercan a Dios. ¿Acaso Dios tiene hambre o sed, acaso es dependiente del amor, del odio de los hombres? Puede que alguien lo crea, pero quienes así piensan no saben qué es el Dios verdadero: lo Innombrable. Este ascetismo profundo, que Anna Freud describe en el desarrollo normal del individuo como un mecanismo de defensa propio de la adolescencia, y sobre el cual Pierre Male ha vuelto tantas veces en sus estudios sobre el adolescente, puede cobrar formas patológicas. Es verdad que no se busca el sufrimiento, pero no se lo puede evitar, por más energía que el sujeto despliegue para ahorrárselo. Freud dice, del masoquista, que de hecho quiere ser tratado como niño pequeño. El proyecto del narcisista moral es inverso: como niño que es, se quiere parecer a los padres, que según una parte de él imagina, no tienen problema alguno para dominar sus pulsiones. Quiere ser grande. Las consecuencias son diferentes en uno y otro caso. El masoquista enmascara, con su masoquismo, una falta no castigada, resultado de una trasgresión de la que se siente culpable; en cambio, el narcisista moral no ha cometido otra falta que haber permanecido fijado a su megalomanía infantil, y está siempre en deuda con su ideal del yo. La consecuencia es que no se siente culpable, sino que tiene *vergüenza de ser sólo lo que es, o de pretender ser más de lo que es*. Quizá podemos decir que el masoquista se sitúa en el nivel de una relación que atañe al tener, apropiado indebidamente ("Bien mal habido. . ."), mientras que el narcisista se sitúa en el nivel de una relación que atañe al ser ("Uno es como es..").¹⁷⁸ Como Freud nos hace

172

notar, en el masoquismo moral el sujeto no es castigado tanto por su falta, cuanto por su masoquismo. La coexcitación libidinal sólo utiliza la vía del displacer como uno de los más secretos caminos para alcanzar un goce ignorado por el sujeto, así como el Hombre de las Ratas, cuando exponía a Freud el suplicio que provocaba su horror y su reprobación, vivenciaba "un goce por él ignorado". En el

¹⁷⁸ ¿Está en contradicción el ejemplo que tomamos de Ajax con lo que acabamos de exponer? Ajax se mata porque las armas de Aquiles se adjudican a otro. Pareciera que en su caso se trataría de la relación con un haber de que fue privado. No nos engañemos. Ajax sufre una herida del ser porque no lo reconocieron como el más temible de los guerreros, dignidad que valía la posesión de las armas de Aquiles, forjadas por Hefaiostos. Es un atributo fálico el que le falta, pero en tanto le procuraría la admiración de amigos y enemigos. Por eso su reacción es la vergüenza, como si su atribución a otro signara su desgracia y su no-valor. El distingo entre el más valiente (que es él) y el más temible (Ulises, por su astucia) es letra muerta para él. Sólo puede hacer frente al deshonor por el abandono de la vida y de todos los objetos que lo atan a ella.

narcisismo moral, cuyos propósitos fracasan, lo mismo que en el masoquismo, el castigo (la vergüenza, para el caso) se consume en el reforzamiento insaciable del orgullo. El honor nunca está a salvo. Todo está perdido porque nada puede lavar la mancha de un honor manchado, si no es un renunciamento nuevo que por fuerza empobrece las relaciones de objeto para la mayor gloria del narcisismo.

En este punto se revela el rasgo dominante de la oposición: el masoquista, por la negativación del placer y la busca del displacer, conserva un lazo rico con el objeto, que el narcisista, por el contrario, trata de abandonar. Acaso se nos critique el término "rico", porque estamos habituados a dotarlo de cualidades normativas. Si se prefiere, hablaremos de una relación sustancial con los objetos, en la medida misma en que estos, de rechazo, nutren los objetos fantasmáticos con que el sujeto en definitiva se saciará.

El narcisista procurará, como solución del conflicto, empobrecer cada vez más sus relaciones objetales para llevar el yo a su mínimo vital objetal, y así conducirlo a su triunfo liberador. Esta tentativa es puesta de continuo en entredicho por las pulsiones, que exigen que la satisfacción pase por un objeto, que no es el sujeto. La solución, la única solución, será la investidura narcisista de objeto, cuya consecuencia, como sabemos, cuando el objeto se ausenta, se pierde o aun decepciona, es la depresión.¹⁷⁹

Lo que acabamos de señalar nos permite comprender las particularidades de las curas de esos pacientes. Mientras que los pacientes masoquistas plantean los problemas, estudiados por Freud, de la reacción terapéutica negativa, que es movida persistentemente por la necesidad de autocastigo, los narcisistas morales, pacientes fieles e irreprochables, nos exponen, por una progresiva rarefacción de sus investiduras, a una conducta de *dependencia* en que la necesidad del

173

amor y, más precisamente, de la estima del analista es el oxígeno sin el cual no pueden exponerse a la luz del día. Esto es así, aunque se trata de una singular necesidad de amor, puesto que apunta al reconocimiento del sacrificio del placer.

Ahora bien, como señala Freud, "la autodestrucción no se puede llevar a cabo sin satisfacción libidinal". ¿Cuál es la satisfacción que encuentra el narcisista moral en su empobrecimiento? El sentimiento de ser mejor por la renuncia, fundamento del orgullo humano. Esto no puede dejar de sugerirnos la relación entre esta forma clínica narcisista y el narcisismo primario de la infancia, en su lazo con el autoerotismo.

Si Freud pudo afirmar que el masoquismo resexualiza la moral, estamos tentados de agregar, siguiendo su dicho: *El narcisista hace de la moral un goce autoerótico, donde el goce mismo está destinado a abolirse.*

Aspectos parciales y derivados del narcisismo moral

La oposición entre fantasmas masoquistas y fantasmas narcisistas nos permitió enfocar el aspecto principal de esta estructura. Ahora trataremos brevemente algunos de sus aspectos derivados o parciales, antes de esbozar su metapsicología.

Ya hemos mencionado el *ascetismo*, cuando se prolonga más allá de la adolescencia y se convierte en un estilo de vida. Este ascetismo es muy diferente del que está en la base de una convicción religiosa o de una regla (siempre en el sentido religioso del término). En efecto, es inconciente. Toma por pretexto

¹⁷⁹ Pasche ha descripto, en su trabajo sobre la depresión de inferioridad, casos que entran en el cuadro que tratamos de definir. Cf. *A partir de Freud*, Payot, pág. 181 y sigs.

limitaciones de orden material para mover al yo a que consienta en un retraimiento progresivo de sus investiduras, de manera de hacer que los lazos del deseo y de la necesidad se reduzcan, del orden del primero, al orden de la segunda. Si se bebe y se come, es sólo para sobrevivir, no por placer. Se elimina la dependencia del objeto y del deseo, por medio de un autoerotismo pobre, desprovisto de fantasmas, cuyo propósito es la descarga como vaciamiento higiénico; o puede ocurrir que se lleve a cabo un desplazamiento masivo sobre el trabajo y, a la desesperada, se procure una pseudosublimación, que tiene más el valor de una formación reactiva que de un destino de pulsión por inhibición, desplazamiento de meta y desexualización secundaria. Esta pseudosublimación cobrará un carácter -insistimos en este punto siguiendo a Ella Sharpe- delirante. Más adelante consideraremos la razón de ello.

Estas puntualizaciones nos llevan a considerar un segundo aspecto del narcisismo moral. Lo percibimos tras los rasgos de un síndrome poco mencionado, y que sin embargo es muy frecuente. Nos referimos al *retraso afectivo*. Poco a poco hemos aprendido a reconocerlo.

174

De ninguna manera es una forma benigna de tramitación de los conflictos. Por una parte, le está bien puesto su nombre de retraso porque sus consecuencias son tan graves para las investiduras afectivas del sujeto, como las del retraso intelectual para las investiduras cognitivas. Por otra parte, se basa en un sustrato de denegación del deseo y de su motor pulsional; esto justifica que autores antiguos, como Laforgue, lo clasificaran, con el nombre de *esquizonoia*, entre las formas psicóticas. A menudo impresiona la modalidad cuasiparanoica del comportamiento. El retraso afectivo en modo alguno es exclusivo de las niñas; también se lo observa en los jóvenes, y con pronóstico tanto o más grave. Son conocidos sus aspectos triviales: la sensiblería y no la sensibilidad; el horror por los apetitos humanos orales o sexuales, y no su sublimación, que supone aceptación; el horror al sexo, sobre todo al pene, honor que esconde una envidia (presente en los dos sexos) de carácter absoluto e inconmensurable, y el apego a ensoñaciones de tipo pueril, empático y a menudo mesiánico. A estas personas se las reconoce en la vida porque a menudo se ponen en la situación de cabeza de turco, lo que no les preocupa, porque están convencidas de su superioridad sobre la gente del común.

Estas ideas sumarias no alcanzarían, quizá, para que se pudiera distinguir entre la histeria y el retraso afectivo. A nuestro parecer, la diferencia esencial reside en el exorbitante tributo que en el retraso afectivo se paga al ideal del yo. En este punto tenemos que recurrir a lo que Melanie Klein ha señalado acerca de la idealización: la considera un mecanismo de defensa de los más primitivos y fundamentales. Se trata de una idealización que recae sobre el objeto o sobre el yo. Este distingo de orden económico es el que mejor permite fundar la separación entre histeria y retraso afectivo; este parece ser el producto de una narcisización a ultranza, en presencia de una desinversión objetual creciente.

Es fácil caer en la trampa de discernir, tras todo ese comportamiento, una mera posición de defensa frente a las investiduras pulsionales. Pero lo que caracteriza esas opciones es, sobre todo, un orgullo inmenso, tras las formas engañosas de una humildad intensa, que no guarda punto de comparación con las exteriorizaciones ordinarias del narcisismo.¹⁸⁰ Acaso sea útil dar algunas explicaciones sobre nuestra negativa a atribuir mero valor defensivo a este

¹⁸⁰ Desde luego que esa sobreinversión narcisista es la consecuencia de una herida narcisista irreparable.

empobrecimiento de las investiduras. Es cierto que este resguardo frente a las vicisitudes de la pulsión y de sus objetos tiene una significación defensiva. Cabe pensar que ese trámite preserva al sujeto, y a veces se tiene la impresión de que el analizando experimenta una angustia intensa porque la investidura parece traer consigo un considerable

175

riesgo de desorganización del yo. De la misma manera como la protección antiestímulo, opuesta a las estimulaciones externas que por su intensidad ponen en peligro la organización frágil del yo, protege a este por medio del rehusamiento cuando es sobrepasada cierta cantidad de estímulo; de esa misma manera, decimos, el rehusamiento de la pulsión apunta a una protección similar. Es exacto que estos pacientes experimentan una extrema fragilidad y sienten que admitir la pulsión en la conciencia los pondría en peligro de incurrir en un comportamiento perverso o psicótico. Una paciente nos decía que, si no se vigilaba de continuo, y se dejaba caer en la pasividad. al poco tiempo se convertiría en una vagabunda. Pero cada quien es un poquito vagabundo (el domingo o durante las vacaciones), y lo acepta más o menos bien. El narcisista moral no lo puede admitir. Por eso parece necesario insistir en la investidura narcisista de orgullo.

Hemos mencionado el mesianismo; y en efecto, de eso se trata a menudo. En las mujeres se suele acompañar de la identificación con la Virgen María, "que concibió sin pecado". He ahí una frase grávida en consecuencias para la sexualidad femenina, mucho más peligrosa que "pecar sin concebir", a lo cual de igual modo aspiran las mujeres. En el varón, el equivalente de esto es la identificación con el Cordero Pascual. No se trata sólo de hacerse crucificar o degollar, sino, en el momento del holocausto, de ser inocente como el cordero. Ahora bien, sabemos que los inocentes suelen arrastrar consigo la historia de crímenes que dejaron perpetrar para lograr mantenerse puros.

Estas conductas de idealización, siempre puestas en tela de juicio por el cuestionamiento de lo real, traen consigo, como ya dijimos, más la vergüenza que la culpa y más la dependencia que la independencia. Dentro de la cura analítica, determinan varias particularidades:

a. El difícil acceso al *material analítico objetal*, hundido tras el manto narcisista de lo que Winnicott llamaría, para el caso, un *sí-mismo falso*;

b. la *herida narcisista* vivenciada como una efracción, inevitable si es que se ha de traer a la luz el material objetal. La demistificación no se dirige aquí solamente al deseo, sino al narcisismo del sujeto, al guardián de su unidad narcisista, condición esencial del deseo de vida;

c. el anclaje, en el momento de la cura, en una *resistencia activamente pasiva*, destinada a satisfacer el deseo de dependencia del sujeto, dependencia que tiene el poder de conseguir la permanencia con el analista por un tiempo eterno, y de atornillar a este a su sillón, cual mariposa cogida en el lazo de la situación analítica;

d. el deseo de *amor incondicional* como único deseo de estos sujetos. Este cobra la forma de una *estima* absoluta, del afán inagotable de valorización narcisista, cuya condición expresa es el sepultamiento

176

o la puesta entre paréntesis del conflicto sexual y del logro del placer ligado con la función de las zonas erógenas; y

e. la *proyección*, que es corolario de ese deseo y es promovida con propósito táctico, a saber: provocar la denegación tranquilizadora del analista. "Tranquilíceme diciéndome que no ve en mí un ángel caído, depravado, desterrado, que ha perdido todo derecho de ser *estimado*".

Metapsicología del narcisismo moral

Lo que acabamos de esbozar de manera descriptiva tiene que recibir ahora su estatuto metapsicológico. Para ello tenemos que considerar la relación del narcisismo moral con las variedades de conrainvestidura, con los demás aspectos del narcisismo, con el desarrollo de la libido (zonas erógenas y relación con el objeto) y, por fin, con la bisexualidad y la pulsión de muerte.¹⁸¹

Las variedades de conrainvestidura

El concepto de mecanismo de defensa se ha ampliado mucho después de Freud. No obstante, la multiplicidad de las formas defensivas, cuya lista encontramos en la obra de Anna Freud, *El yo y los mecanismos de defensa*, no alcanza para dar razón de las particularidades estructurales de las formas principales de la nosografía, de las que en vano se quiere prescindir. Sólo se puede esperar auxilio de una reflexión sobre la conrainvestidura: sobre la represión, en cuanto es una defensa, *no la primera*, pero sí la más importante para el futuro psíquico del individuo.¹⁸² Freud, en efecto, describe una serie de formas que debemos recapitular ahora, y cuya función es ordenar todas las demás defensas: encuadrarlas. Tendríamos, pues:

- 1.La desestimación [*rejet*], *Verwerfung*, que algunos traducen, con Lacan, forclusión [*forclusion*]. Se puede discutir la palabra, y aun la cosa, que implica el rehusamiento [*refus*] radical a entender en el asunto; que, de una forma cualquiera, directa o disfrazada, expulsa la pulsión o sus representantes, que retornan desde lo real.
- 2.La desmentida [*déni* o *désavoeu*], *Verleugnung*, represión de la percepción (véase el caso del fetichismo).

177

- 3.La represión propiamente dicha, *Verdrângung*, que recae sobre el afecto específicamente, y sobre el representante de la pulsión.¹⁸³
- 4.Por último, la negación [*négation* o *dénégation*], *Vemeinung*, que recae sobre el juicio. Es (simplificamos) una admisión en la conciencia, en forma negativa. "No es eso.. ." que vale por *eso es*.

El narcisismo moral en sus aspectos más nítidos y caracterizados responde, nos parece, a una situación intermedia entre desestimación y desmentida, entre

¹⁸¹ No consideraremos entonces la metapsicología según los tres puntos de vista dinámico, tópicos y económico, tratados aisladamente. Pero no será difícil en cada tema atribuir a cada uno de ellos lo que le corresponde.

¹⁸² Tenemos aquí la oposición, propuesta por G. Dumézil, entre lo primero y lo más importante, *Prima* y *Summa*.

¹⁸³ Por nuestra parte, contrariamente a la opinión admitida en estos años. creemos que el afecto es *reprimido* y no sólo *sofocado*. Cf. A. Green, *Le discours vivant*, P.U.F.

Verwerfung y *Verleugnung*: es decir que con esto señalamos la gravedad de su estructura, que la asemeja a las psicosis.

Varios argumentos sustentan esta opinión. En primer lugar, la idea de que se trata de una forma de neurosis "narcisista", que la clínica nos ha habituado a considerar con mirada inquieta. Después, la dinámica misma de los conflictos, que llevan a un rehusamiento de las pulsiones objetales, asociado a un rehusamiento de lo real. Rehusamiento de ver el mundo tal como es, es decir, como la liza en que los apetitos humanos se entregan a un combate sin fin. Y por último, en la base del narcisismo moral está la megalomanía, que lleva a un rehusamiento de las investiduras de objeto por parte del yo. Empero, no se trata, como en el caso de la psicosis, de una represión de la realidad, sino de una desmentida del orden del mundo y de la participación personal, en él, del deseo del sujeto. Freud describe la desmentida a raíz del fetiche, que se liga a la comprobación de la castración. Y a una función similar de colmadura se entrega el narcisista moral, como objeto sacrificial; él taponar los agujeros en que se revela la ausencia de protección del mundo, por medio de una imagen omnipotente divina, en el intento de obstruir esa falta intolerable. "Si Dios no existe, todo está permitido", dice el héroe de Dostoievski. "Si Dios no existe, entonces me está permitido reemplazarlo y ser el ejemplo que haga creer en Dios. De esta manera, seré Dios por procuración". Es comprensible que el fracaso de la empresa traiga consigo, como muy bien lo advirtió Pasche, la depresión en el modo de todo o nada, sin mediación.

Los otros aspectos del narcisismo

Los tres aspectos del narcisismo que hemos individualizado, a saber, narcisismo moral, narcisismo intelectual y narcisismo corporal, se presentan como variantes de la investidura, que, por razones defensivas o de identificación, se escogen según la configuración conflictual

178

individual. Pero así como la relación narcisista es inseparable de la relación objetal, los diversos aspectos del narcisismo son solidarios entre sí.

El narcisismo moral está, en particular, en relación estrecha con el narcisismo intelectual. Recordemos que por narcisismo intelectual entendemos aquella forma de autosuficiencia y de valorización solitaria que provee a lo esencial del deseo humano por el dominio o la seducción intelectuales. No es raro que el narcisismo moral se alíe con el narcisismo intelectual, y en este modo de desplazamiento encuentre un complemento a la seudosublimación. Una hipertrofia de las investiduras desexualizadas, que de ordinario son ocasión de desplazamiento de las pulsiones parciales pregenitales, escopofilia-exhibicionismo y sadismo-masochismo, da sustento al narcisismo moral. Es conocida la afinidad de ciertas órdenes religiosas con la erudición intelectual. Esta búsqueda intelectual de carácter moral, filosófico, tiene por objeto hallar en los filósofos las *razones* que sirvan de fundamento a una ética, que también se procuran ante Dios, contra una vida pulsional que a toda costa es preciso *extinguir*, no superar o reprimir. La vergüenza de estar dotado de una vida pulsional, como cualquier ser humano, instila el sentimiento de que se es hipócrita respecto del fin inconfesado del trabajo. Esta vergüenza se desplaza a la actividad intelectual. Entonces esta se culpabiliza en extremo. Nos falta el término que lo expresara: habría que decir que se vuelve *desvergonzada*, como si el superyó vigilante se erigiera en el

perseguidor extralúcido que se percata y adivina, tras la justificación intelectual, el deseo de ser absuelto por los restos de vida pulsional que siguen atormentando al yo. De igual modo es castigada la fantasía de grandeza que aquella búsqueda supone, puesto que está destinada a fundar racional e intelectualmente la superioridad moral del sujeto.

En otros casos, la actividad intelectual (sinónimo del falo paterno) experimenta una evolución por la cual los esfuerzos hechos en la escuela y que produjeron resultados satisfactorios en la infancia, son objeto de un bloqueo en la adolescencia.

En este punto haría falta internarse más a fondo en el análisis de la sublimación y de la regresión del acto al pensamiento. Esto ampliaría nuestro campo más allá de los límites que nos hemos fijado. Pero haremos algunas puntualizaciones:

1. La actividad intelectual, se acompañe o no de una actividad fantasmática, experimenta una fortísima erotización y culpabilización. Pero, sobre todo, se la *siente vergonzosa*. Se acompaña de cefaleas, insomnios, dificultades de concentración en la lectura, la imposibilidad de utilizar lo aprendido, etcétera. Es vergonzosa porque el sujeto, en el momento mismo de entregarse a esta actividad, la pone en relación con la sexualidad, a menudo masturbatoria: "Leo obras de elevado valor humano o moral, pero lo hago para engañar

179

a los que me rodean y hacerme pasar por lo que no soy.. . porque no soy un espíritu puro y tengo deseos sexuales". No es raro, en un caso así, que la madre haya acusado al hijo de pretensión o de curiosidad malsanas.

2. La actividad intelectual constituye una salida para la descarga de las *pulsiones agresivas*: leer es incorporar una potencia de carácter destructor. Es nutrirse del cadáver de los padres, a quienes uno mata leyendo, por la posesión del saber. Ella Sharpe liga sublimación e incorporación en la representación fantasmática.

3. La actividad intelectual y el ejercicio del pensamiento obedecen, en el caso del narcisismo moral, a una *reconstrucción del mundo* —el establecimiento de una regla moral-, verdadera actividad paranoica que de continuo rehace, remodela lo real con arreglo a un patrón en que todo lo instintivo se omitirá o se resolverá sin conflicto. Ella Sharpe ha dejado bien establecidos los lazos entre sublimación y delirio.

En suma, el sistema percepción-conciencia, que está investido narcisistamente, se ve en condiciones de "vigilancia", fuertemente controlado y maltratado por el superyó, lo mismo que en el delirio de vigilancia, aunque en este caso el equilibrio económico es diferente.

Pero, como se puede conjeturar, con el narcisismo corporal mantiene el narcisismo moral los lazos más estrechos. Es proscripto el cuerpo como apariencia, fuente de placer, de seducción y de conquista del otro. En el narcisista moral el infierno no son los otros (de estos se ha librado el narcisismo), sino el cuerpo. En el cuerpo resurge el Otro, no obstante el intento de borrar su huella. El cuerpo es limitación, servidumbre, finitud. Por eso el malestar es primordialmente un *malestar corporal*, que se expresa, en estos sujetos, en la sensación de no caber bien en su pellejo. Y la sesión de análisis, que deja hablar al cuerpo (ruidos intestinales, reacciones vasomotrices, sudoración, sensaciones de frío o de calor), es para ellos un suplicio en este sentido, puesto que, si a sus fantasmas los pueden

callar o controlar, ante su cuerpo quedan desguarnecidos. El cuerpo es su amo absoluto, su vergüenza.¹⁸⁴ Por eso estos sujetos quedan petrificados

180

inmóviles en el diván. Se acuestan de una manera estereotipada; no se permiten cambios de posición ni movimiento alguno. Se comprende que, ante este silencio motor de la vida de relación, se desencadene la motricidad visceral. Pero, con seguridad, no son sino unos desplazamientos del cuerpo sexual, de aquel que no osa decir su nombre: en el curso de la sesión, un acceso vasomotor hará que el sujeto se sonroje, la emoción le arrancará lágrimas que dicen la humillación del deseo. Por eso mismo, contra los llamados del cuerpo, la apariencia se hará repelente, hosca, descorazonadora para el analista menos exigente en los criterios de atracción.

En todo esto mostramos aspectos que parecen ser defensivos. Tampoco en este caso podemos desconocer, tras esa humildad, un placer oculto, orgulloso. "No soy hombre ni mujer; soy del género neutro", me decía cierta paciente. Pero, cosa notable: ese malestar, no importa cuan penoso, es signo de vida. En efecto, el sufrimiento es la prueba de que algo existe en estado vivo. Cuando, después que se logró (lo que no es tan imposible como se cree) dominar la angustia en todas sus formas, incluidas las formas viscerales, sobreviene el silencio, el analizando vivencia la impresión de una desazón espantosa. La tapa del sarcófago da cabida a la chapa de plomo del sufrimiento psíquico. Sobreviene entonces un sentimiento de inexistencia, de no ser, de vacío interior, mucho más intolerable que aquello de lo cual era preciso protegerse. Antes, por lo menos, ocurría algo, y en cambio el dominio del cuerpo es prefiguración de un sueño definitivo, signo precursor de la muerte.

El desarrollo psíquico: las zonas erógenas y la relación con el objeto

Esta dependencia del cuerpo, que observamos en el narcisista y, en particular, en el narcisista moral, tiene sus raíces en la relación con la madre. Sabemos que la clave del desarrollo humano es el amor, el deseo como esencia del hombre, según afirma Lacan. Freud, en la última parte de su obra, no dejó de sopesar en su gravitación contrapuesta la exigencia imprescriptible de la pulsión y la exigencia no menos imprescriptible de la civilización, que exige renunciar a la pulsión. El desarrollo entero está signado por esa antinomia. En *Moisés y la religión monoteísta*, Freud nos da precisiones sobre esto: "Cuando el yo le ha ofrendado al superyó el sacrificio de una renuncia de lo pulsional, espera a cambio, como recompensa, ser amado más por

¹⁸⁴ Esta intolerancia corporal podría llevarnos a considerar lo que Balint describe en su trabajo sobre los tres niveles de la actividad psíquica, en particular, lo que se llama el defecto de base (*basic fault*). (Cf. *La psicoanálisis*, n° 6, pág. 183 y sigs.) El yo como yo corporal, como "proyección de una superficie", es, como el sistema percepción-conciencia, objeto de una vigilancia particular (a causa del retorno de una erogenidad difusa reprimida) de la cabeza a los pies, como si las zonas erógenas fueran desinvertidas al precio de una dispersión, de una difusión por todo el yo de lo mismo que el sujeto procura abolir. Al cabo de cinco años de análisis, una paciente nos dijo, tras una interpretación que recaía justamente sobre la investidura narcisista de su palabra. "Por primera vez, lo que usted me dice no resonó por todo mi cuerpo, sino solamente en mi cabeza". Es preciso mencionar la voz. La elocución es hechizante, salmodiante; la sesión, un interminable canto quejoso, donde se diría que el sujeto se escucha. Error: se acuna, y al analista con él. En la captura de su palabra salmodiante, el narcisista ha prevalecido una vez más en la treta del hechizo del analista, a quien inmoviliza en el mundo de su narcisismo.

él. Siente como orgullo la conciencia de merecer este amor. En el tiempo en que la autoridad todavía no estaba interiorizada como superyó, el vínculo entre amenaza de pérdida de amor y exigencia pulsional acaso fue el mismo. Sobrevenia un sentimiento de seguridad y de satisfacción cuando uno había producido una renuncia de lo pulsional por amor a los progenitores. Este sentimiento bueno sólo pudo cobrar el carácter del orgullo, que es específicamente narcisista, luego que la autoridad misma hubo devenido parte del yo". Este pasaje muestra que debemos entender la idea de desarrollo desde dos ángulos, por lo menos. Por una parte, el desarrollo incoercible de la libido objetal, de la oralidad al estadio fálico, y después genital; por la otra, el de la libido narcisista, de la dependencia absoluta a la interdependencia genital. Ahora bien, la seguridad que es preciso conquistar sólo se obtiene, si es que no se quiere sufrir la pérdida del amor del progenitor, por la renuncia de lo pulsional, que permitió adquirir la estima de sí mismo. La soberanía del principio de placer, en igual medida que la supervivencia, sólo es posible si en el comienzo la madre asegura la satisfacción de las necesidades a fin de que llegue a abrirse el campo del deseo como orden del significante. Lo propio ocurre en la esfera del narcisismo, que sólo se puede instaurar en la medida en que la seguridad del yo es garantizada por la madre. Pero si esta seguridad y el orden de la necesidad son sometidos a una conflictualización precoz (interna del sujeto, o provocada por la madre), y simultáneamente se asiste al aplastamiento del deseo y a su reducción al carácter de necesidad, de manera paralela la herida narcisista, por *imposibilidad de vivir la omnipotencia*, y así sobrepasarla, trae consigo una dependencia excesiva del objeto materno, garante de la seguridad. La madre se convierte en el soporte de una omnipotencia, que se acompaña de una idealización cuyo carácter psicotizante es bien conocido, puesto que va unida al aplastamiento del deseo libidinal. Y esta omnipotencia se asumirá con facilidad tanto mayor cuando responde a un deseo de la madre de dar a luz sin la contribución del pene del padre. En suma, es como si el hijo, por haber sido concebido con ayuda de ese pene, fuera un producto caído, degradado.

Un autor, Winnicott, se ha dedicado a esta problemática de la dependencia. Ha demostrado que la escisión de lo rehusado, del resto de la psique; que su escisión, decimos, desemboca en la construcción de lo que llama un *si-mismo falso*, que el niño se ve constreñido a adoptar.¹⁸⁵

Acrescenta aún más ese refuerzo de la dependencia el hecho de ser esta problemática narcisista contemporánea de una oralidad, en que la dependencia del pecho es real. En la fase anal, en la que

sabemos que son importantes los constreñimientos culturales (se dice "adiestramiento" de los esfínteres, con la misma expresión que se aplica a los animales); y son imperativas las exigencias de renuncia, y predominantes las formaciones reactivas, en la fase anal, entonces, en el mejor de los casos se desembocará en un carácter obsesivo rígido y, en el peor, en una forma caracterial paranoica camuflada, portadora además de fantasías de incorporación de un objeto peligroso y restrictivo, animado de una omnipotencia antilibidinal. Todos estos relictos pregenitales signarán fuertemente la fase fálica e impartirán a la angustia de castración en el varoncito un carácter radicalmente desvalorizador, y a la envidia del pene, en el caso de la niña, una avidez de la que se avergonzará ocultándose lo mejor que pueda.

¹⁸⁵ Sobre el *si-mismo falso*, véase D. W. Winnicott, *Del psicoanálisis a la pediatría*.

Las instancias

Examinemos el narcisismo en sus relaciones con el ello. Aquí sólo se puede tratar del narcisismo primario. En el capítulo 2, expusimos la necesidad de distinguir entre lo que corresponde al ello, que se suele describir como elación o expansión narcisistas, y lo que pertenece en propiedad al narcisismo primario, a juicio nuestro, que es el rebajamiento de las tensiones al nivel cero. Acabamos de ver que el proyecto del narcisista moral es apoyarse en la moral para emanciparse de las vicisitudes del lazo con el objeto, y por ese medio indirecto obtener la liberación de las servidumbres que lleva consigo la relación objetal, a fin de proporcionar al ello y al yo el medio de hacerse amar por un superyó exigente y un ideal del yo tiránico. Pero este empeño misticador fracasa. Primero, porque no se engaña tan fácilmente al superyó, y después porque las exigencias del ello no dejan de hacerse oír, muy a pesar de las maniobras ascéticas del yo.

Si es cierto lo que hemos dicho, a saber, que el narcisismo moral hace de la moral un goce autoerótico, entenderemos mejor que el yo pueda estar interesado en esas operaciones; en efecto, por todos los medios puestos a disposición del narcisismo secundario, ladrón de investiduras destinadas a los objetos, promueve el disfraz que le permita decir al ello, según la frase de Freud: "Mira, puedes amarme también a mí; soy tan parecido al objeto. . .". Habría que agregar: "Y yo, por lo menos, soy puro, limpio de toda sospecha, de toda mancilla".

Pero sin duda que las relaciones más estrechas se mantienen con el superyó y el ideal del yo. Hemos insistido en lo que Freud expuso en 1923, y de continuo hemos vuelto sobre ello después. Freud precisa el orden de fenómenos propios del superyó: la función del ideal, que es al superyó lo que la pulsión al ello, y la percepción al yo. Hagamos una breve recapitulación: si en el origen todo es ello,

183

todo es pulsión y, más exactamente, antagonismo de pulsiones (Eros y pulsiones de destrucción), la diferenciación hacia el mundo exterior trae consigo la existencia de una "corticalización" del yo, que valoriza a la percepción y, de manera correlativa, a la representación de la pulsión. La división en yo y superyó, instancia esta última que tiene sus raíces en el ello, lleva consigo la represión de las satisfacciones del ello y, paralelamente, la necesidad de representarse el mundo no sólo como uno desea, sino como el mundo es, a saber: tal como un sistema de connotaciones permite aprehenderlo. Esto trae por consecuencia, por vía compensatoria o secundaria (ambas son verosímiles), la instauración de la función del ideal, revancha del deseo sobre lo real. Porque opera la función del ideal -función de la ilusión-, justamente, existen las esferas del fantasma, del arte, de la religión.

Ahora bien, para el narcisista moral, la función del ideal (que es susceptible de una evolución sin que renuncie en nada a su exigencia inicial) conserva su fuerza original. Puesto que tiene su primera aplicación en el engrandecimiento de los padres, es decir, en la idealización de su imagen, aquella conserva todas las características de la relación con los padres, en particular con la madre. A estos sujetos les resulta indispensable el amor de su ideal del yo, lo mismo que el amor que esperaban de su madre, y lo mismo que el alimento que les daba ella, cuyo amor era ya la primera ilusión. "Soy alimentado; por lo tanto, soy amado", dice el narcisista moral. "Ningún ser que no se disponga a alimentarme me ama verdaderamente". En el análisis, el narcisista moral demandará el mismo alimento incondicional: se esforzará por obtenerlo sin cesar por la privación y la reducción de las investiduras, objetivo inverso al que la cura persigue. Al tiempo que su

demanda lo vuelve terriblemente dependiente, asegura su dominación y la servidumbre del Otro. Aquí volvemos a encontrar el lazo amor-seguridad, de que antes hablábamos. Estar protegido -protegido del mundo fautor de excitaciones, como dice Freud-, con el amor del analista como garantía de la supervivencia, de la seguridad, del amor: he ahí el deseo del narcisista moral.

¿Y el superyó? Abordamos aquí uno de los rasgos más apropiados para caracterizar el narcisismo moral. En efecto, el narcisista moral vive en una tensión constante ideal del yo/superyó. Todo ocurre como si, frente a la función idealizante del ideal del yo (función de espejismo y de satisfacción indirecta, ocultación de una inocencia atormentada), el superyó adivinara la trampa de ese disfrazamiento y, por así decir, no se lo dejara contar. Así, el ideal del yo intenta engañar al superyó por sus sacrificios y sus holocaustos, en tanto el superyó penetra el "pecado de orgullo" de la megalomanía, y castiga severamente al yo por su engaño.

El ideal del yo del narcisista moral se edifica sobre los vestigios del yo ideal; es decir, sobre una potencia de satisfacción omnipotente, idealizante, que nada sabe de las limitaciones de la castración, y

184

que por lo tanto guarda menos relación con el complejo de Edipo de la fase edípica, que con aquello que la niega.

Todo superyó contiene un germen de religión, puesto que se crea por identificación, pero no con los padres, sino con el superyó de los padres, es decir: con el padre muerto, el ancestro. Mas no todo superyó merece el calificativo de religioso. La especificidad de la religión, cualquiera que esta sea, es tener el fundamento de ese superyó constituido como un sistema (el dogma), mediador necesario de la interdicción paterna. Es esto mismo lo que afirma Freud cuando dice que las religiones son las neurosis obsesivas de la humanidad. Pero en el sentido inverso, y puesto que hay reciprocidad, sostuvo también que la neurosis obsesiva era el disfraz semitrágico, semicómico, de una religión privada. Los narcisistas morales tienen muchos nexos con los obsesivos, sobre todo por la intensa desexualización que procuran imprimir a sus relaciones de objeto, y por la profunda agresividad que esconden. En cuanto a las relaciones con la paranoia, las hemos señalado ya. Se puede decir, para agrupar estas observaciones, que mientras más se conserven los lazos con el objeto, más obsesiva será la relación; y a mayor desapego del objeto, más paranoica será. Pero suceda lo uno o lo otro, cualquier fracaso, cualquier desengaño infligido por el objeto al ideal del yo lleva a la depresión en la forma descrita por Pasche, y sobre la que no insistiremos.

Dediquemos todavía unas palabras a las relaciones entre vergüenza y culpa; las reflexiones de Dodds acerca de Grecia encuentran eco en las estructuras patológicas individuales. La vergüenza, dijimos, es de orden narcisista, mientras que la culpa es de orden objetal. Esto no es todo; también podemos entender que los sentimientos que a juicio de Freud son el soporte de las primeras formaciones reaccionales, mucho antes del Edipo, son constitutivos de los precursores del superyó; nos referimos al tiempo anterior a la interiorización que caracteriza al heredero del complejo de Edipo. Si de esta manera re-conducimos la vergüenza a las fases pregenitales del desarrollo, queda explicada no sólo su prevalencia narcisista, sino su carácter intransigente, cruel, que no admite reparación.

Desde luego, se trata de unas oposiciones esquemáticas. Ambas, vergüenza y culpa, coexisten siempre. Pero en el análisis se las debe distinguir. La culpa que se siente a raíz de la masturbación se apoya en el miedo de castración; la vergüenza tiene un carácter global, primero, absoluto. No se trata del miedo de ser castrado,

sino de prohibir todo contacto con el ser castrado en la medida en que este es la prueba, lleva la marca de una indeleble mancha que se puede recibir de su contacto. Habría que decir que sólo una desintrincación del narcisismo respecto del lazo objetual permite dotar a la vergüenza de semejante importancia. Como toda desintrincación favorece a la pulsión de muerte, se comprende mejor el suicidio por vergüenza.

Pero volvamos al yo. En efecto, hemos dejado en suspenso un punto que merece más atención: la sublimación. Nos hemos referido

185

a una seudosublimación. Se trata de una sublimación que algunos llamarían sublimación-defensa. A nuestro juicio, no es una concepción correcta porque opone una sublimación verdadera, que sería la expresión de lo más noble que existe en el hombre, a una sublimación-defensa, que sólo sería una vía fallida. Es innegable que existen sublimaciones originadas en procesos patológicos, zafaduras de un conflicto, que no han de ser por fuerza formaciones reactivas. Toda sublimación, en la medida en que la preside la amenaza de castración y obedece a la necesidad de poner fin al complejo de Edipo, so pena de correr los más graves riesgos para la economía libidinal; toda sublimación, decimos, es un destino de pulsión y, por lo tanto, una defensa. Esta se apoya en las pulsiones de meta inhibida, a las que hemos tratado de acordar un papel más importante del que se les suele atribuir en la teoría. En este sentido es instructivo lo que nos muestra el narcisismo moral. En este observamos no sólo esas zafaduras sublimatorias, que después el sujeto pagará a elevado precio, sino un proceso de inhibición y aun de detenimiento de la sublimación por obra de la culpabilización secundaria (no olvidemos que la vergüenza es primera) de las pulsiones parciales y, en particular, de la escopofilia. Cuando prevalece la vía hacia la seudosublimación, es raro que aquella sea un placer, como lo es de ordinario. De "menor valor" que el placer sexual, a los ojos del ello, pero más apreciada por el superyó. Lo esencial en este destino del yo es que se llega a la constitución de un *si-mismo falso*, que ha hecho suyas las conductas privadoras idealizantes; el proceso íntegro permanece *totalmente inconciente*.

Interesa apreciar de manera correcta la función económica de este *si-mismo falso*. Expusimos ya lo que en el seno del narcisismo moral hace las veces de proceso defensivo, y también lo que obra como satisfacción sustitutiva: el orgullo. Pero no se debería pasar por alto la esencial consideración económica que convierte al narcisismo moral, y al *si-mismo falso* que está en su base, en la espina dorsal del yo de estos sujetos. En efecto, es riesgoso encarnizarse ahí: hay peligro de asistir a la ruina de todo el edificio, lo que la vida, con su potencial de decepciones, se encarga de hacer las más de las veces; sobreviene entonces la decepción y aun el suicidio.

La bisexualidad y la pulsión de muerte

El fin último del narcisismo es, según dijimos en el capítulo 2, borrar la huella del Otro en el Deseo de lo Uno. Es entonces la abolición de la diferencia primera, la de lo Uno y el Otro. Pero ¿qué significa esta abolición en el retorno al regazo materno? Lo que el narcisismo primario busca alcanzar por la abolición de las tensiones al nivel cero es la Muerte, o la Inmortalidad, que equivale a lo mismo. De ahí el sentimiento que tenemos frente a esos enfermos: que

186

su vida es un suicidio a fuego lento, cuando parecen haber renunciado a su suicidio violento. Pero esa forma de suicidio es reveladora de que la inanición objetual, la consunción, son sacrificios que se hacen por el amor de un Dios terrible. Con la supresión de la diferencia primera se opera al mismo tiempo la abolición de todas las demás diferencias, incluida, desde luego, la *diferencia sexual*. Porque es lo mismo decir que es preciso reducir el deseo a su nivel cero, que decir que hay que prescindir del objeto, que es *objeto de la falta*: objeto signo de que uno es a la vez finito, inacabado e incompleto. Por algo Freud, justamente en *Más allá del principio de placer*, se refiere al mito platónico del andrógino. Para el narcisista moral esto es letra muerta, puesto que los inconvenientes de la diferenciación sexual deben ser suprimidos por la autosuficiencia. *La completud narcisista no es signo de salud, sino espejamiento de muerte. Nadie es sin objeto. Nadie es lo que es sin objeto.*

El narcisismo moral es un narcisismo a la vez positivo y negativo. Positivo por la acumulación de las energías en un yo frágil y amenazado. Negativo porque es valorización, no de la satisfacción, no de la frustración (este sería el caso del masoquismo), sino de la *privación*. La autoprivación se convierte en la mejor valla protectora frente a la castración.

En este punto se bosqueja la necesidad de un análisis diferencial según la índole de la falta, es decir, según el sexo. Nunca se lo repetirá bastante: la angustia de castración atañe a los dos sexos, lo mismo que la envidia del pene. Pero con diferentes datos iniciales. El hombre tiene miedo de ser castrado de lo que tiene, la mujer de lo que podría tener, que la lleva a equivocarse lo que ella es. La mujer tiene envidia del pene en tanto le está destinado, por el coito, por la procreación, etcétera. El hombre tiene envidia del pene en tanto el suyo, semejante al clítoris femenino, medido con la vara del sexo parental fantasmático nunca es suficientemente valorizador. Recordemos que esos deseos son indestructibles.

El narcisismo moral nos esclarece sobre esto. En el hombre, lleva, por la conducta privadora, a esta defensa: "No me pueden castrar porque ya no tengo nada; me he despojado de todo y he puesto mis bienes a disposición de quien quiera apropiarse de ellos". En la mujer, el razonamiento sería: "No tengo nada, pero tampoco deseo nada más que esa nada que tengo". Esta vocación monacal en el hombre y en la mujer equivale a la negación de su falta o, al contrario, lleva a amarla. "No me falta nada, por lo tanto no tengo nada que perder y, aun si algo me faltara, amaría a mi falta como a mí mismo". La castración se afirmará como la dueña del juego porque esa falta será desplazada hacia la perfección moral a que el narcisista aspira, que de continuo lo sitúa más acá de las exigencias que se ha impuesto. Y en esto, la vergüenza descubrirá su rostro, que será preciso cubrir con un velo.

No se borra la huella del Otro, ni siquiera en el Deseo de lo Uno.

187

En efecto, el Otro habrá cobrado el rostro de lo Uno en el doble que le precede y que sin cesar le repetirá: "Sólo me debes amar a mí. Nada, salvo yo, merece ser amado". Pero ¿quién se oculta tras la máscara, el doble, la imagen en el espejo? Los dobles vienen a habitar el cuadro de la *alucinación negativa de la madre*.

No volveremos sobre este concepto, que ya hemos elaborado. Pero aquí prolongaremos esa hipótesis mostrando que, si la alucinación negativa es el fundamento sobre el que reposa el narcisismo moral en su relación con el narcisismo primario, el padre está envuelto en ella. En efecto, la negativación de la presencia del encuadre materno connota al padre como ausencia primordial,

como ausencia del *principio de filiación*, cuyos posteriores vínculos con la Ley se advertirán. En el caso del narcisismo moral, es innegable que ese rodeo no aspira a otra cosa que a la posesión de un falo paterno¹⁸⁶ como principio de dominación universal. La negativación de ese deseo en la forma celebratoria de la renuncia no aporta cambio alguno a su fin último. Y no por casualidad se trata, en los dos sexos, de una negación de la castración. Dios es asexuado, pero es un Dios padre. Su falo, para el narcisista moral, está desencarnado, vacío de su sustancia, molde hueco y abstracto.¹⁸⁷

Antes de dar por concluido el tratamiento de las relaciones entre el narcisismo moral y la pulsión de muerte, debemos volver sobre la idealización. Es el mérito grande de Melanie Klein haber otorgado a la idealización el puesto a que tiene derecho. Para esta autora, la idealización es el resultado de la escisión primordial entre objeto bueno y malo y, por vía de corolario, entre yo bueno y yo malo. Esta dicotomía se superpone a la que existe entre objeto (o yo) idealizado y objeto (o yo) perseguidor, en la fase esquizoparanoide. En consecuencia, la idealización excesiva del objeto o del yo resultan ser la consecuencia de la escisión, que se empeña en mantener excluida, tanto en el yo como en el objeto, toda la parte perseguidora de estos. Punto de vista este que es confirmado por la clínica. La idealización del yo es siempre corolario de un sentimiento en extremo amenazador tanto respecto del objeto como del yo, lo que coincide con nuestras observaciones acerca de la importancia de la agresividad destructiva en los narcisistas morales. La idealización se alía con la omnipotencia para contener, neutralizar, aniquilar a las pulsiones de destrucción que amenazan al objeto y al yo, según la ley del talión.

Aquí se perciben mejor las relaciones con el masoquismo, que ofrecen dificultades a la interpretación del narcisismo moral. Nos parece que el masoquismo representa el fracaso de la neutralización

188

de las pulsiones de destrucción orientadas hacia el yo; fracaso, entonces, del narcisismo moral y su carga idealizante. Por consiguiente, tenemos que comprender el narcisismo moral como un triunfo de la defensa y, por eso mismo, un triunfo en la búsqueda de un placer (megalomaniaco) *más allá del masoquismo*, en lo cual la megalomanía brota de la emancipación de las tensiones conflictivas. Es preciso entender que el narcisismo moral no es la única salida frente al masoquismo que amenaza al yo, sino uno de los procedimientos que apartan esta amenaza.

¿Inferiremos de esto que el narcisismo moral es una cobertura frente al masoquismo? No es nuestra opinión, porque nos parece primera la dicotomía entre idealización y persecución. La escisión produce las dos posiciones al mismo tiempo. La idealización no es menos mutiladora que la persecución, puesto que retira al sujeto de un circuito de relaciones objetales. Para que se nos comprenda mejor, diremos que la persecución está en la base del delirio paranoico, mientras que la idealización está en la base de la esquizofrenia en sus formas más hebefrénicas. Entre las dos se extienden todas las formas intermedias esquizodelirantes. Esto, para remitirnos a los modelos extremos. En las formas menos graves, desde luego que esta problemática es menos manifiesta. Melanie Klein diría que en esos casos se ha alcanzado la fase depresiva. Esto parece tener la ventaja de explicar que el hundimiento del narcisista moral cobre la forma de la

¹⁸⁶ O, mejor, parental. Porque el pene paterno no es más que la figuración y el derivado de un pene parental inicial, que pertenece por igual a la imagen de la madre fálica.

¹⁸⁷ Un falo que, en suma, se da en una doble inscripción: positiva fálica y negativa vaginal.

depresión, y no del delirio o de la esquizofrenia. Pero en todos los casos advertimos que la regresión obedece a la desintrincación de las pulsiones, y a la destrucción, no dominadas por la escisión, así como a la acentuación de la idealización. Comoquiera que fuere, recordemos que las dos posiciones, idealización y persecución, se dan juntas. Más acá tenemos un estado caótico que no conoce a la primera división simbolizante: la de lo bueno y lo malo.

Aspectos técnicos de la cura de los narcisistas morales

La cura de los narcisistas morales plantea delicados problemas, como se habrá adivinado. Señalamos ya algunos de los obstáculos más serios para su evolución; los principales se deben a la difícil accesibilidad del material atinente a la relación objetal, más allá de la reconstitución de la dependencia narcisista de la madre, y por lo tanto del narcisista. A la luz de nuestra experiencia, parece que la clave de estas curas reside, como siempre, en el deseo del analista, en la contratrasferencia. El analista, al cabo de cierto tiempo en que cobra conciencia de que ha de vivir una relación semejante, termina por sentirse prisionero de su enfermo. Se convierte en el otro polo de la dependencia, como en esa relación en que ya no se sabe bien qué

189

distingue al carcelero de aquel a quien tiene que guardar en su prisión. El analista siente entonces la tentación de modificar esta situación analítica para hacer que avance. La variante menos culpabiliza-dora para él es la bondad. El analista ofrece entonces su amor, sin advertir que no hace sino arrojar la primera ofrenda al tonel de las Danaides. Pero, además de que este amor es siempre insaciable, y que uno tiene que saber que se le agotarán las reservas de amor (porque son limitadas, aunque nunca se lo confiesa), el analista comete de ese modo, a mi juicio, un error técnico, puesto que responde al deseo del paciente, lo cual, según sabemos, es siempre peligroso. Como de narcisismo moral se trata, se convierte en un sustituto del moralista y aun del sacerdote. El resultado es que el análisis pierde así su especificidad, esto es, el resorte de su eficacia. Es exactamente como si eligiéramos responder a una sintomatología delirante situándonos en el plano de la expresión manifiesta de esta sintomatología: es entrar en una *impasse*, si no cometer una equivocación.

La segunda posibilidad es la interpretación de la transferencia. Mientras esta se expresa en las palabras del analista con referencia objetal, encuentra escaso eco en este material recubierto por el caparazón narcisista. Tanto valdría querer despertar el deseo sexual de un ser vestido de armadura. Queda la resignación. Sin duda, de todas esas actitudes, es la menos nociva. Dejar hacer, dejar pasar. El analista corre entonces el riesgo, siendo que las privaciones exigidas por la cura tienen justamente por efecto reforzar el narcisismo moral; el riesgo, decimos, de empeñarse en un análisis infinito, lo cual satisfará la necesidad de dependencia que el paciente tiene.

Parece entonces que no se avizora solución. Sin embargo, hay una, que no nos atreveríamos a mencionar sin miedo si en algunos casos no nos hubiera permitido imprimir a esas curas un apreciable salto adelante. La empresa es peligrosa; se trata de analizar el narcisismo. He ahí un proyecto que pudiera parecer imposible en más de un sentido. No obstante, nos parece que si al cabo de un lapso suficiente -de varios años-, en el momento en que la transferencia es sólida y se han analizado las conductas de repetición, el analista se resuelve a pronunciar las

palabras clave: vergüenza, orgullo, honor, deshonor, micromanía y megalomanía, puede librar al sujeto de una parte de su fardo; en efecto, como lo destacaba Bouvet, la peor frustración que puede experimentar un paciente en el curso de un análisis es que no lo comprendan. Por dura que sea la interpretación, por cruel la verdad que hay que oír, lo será menos que el cepo en que el sujeto se siente prisionero. Es frecuente que el analista no se decida a este paso técnico por temor de traumatizar a su paciente. Constreñido y forzado, le pone buena cara, aunque interiormente se siente incómodo. Si creemos en lo inconciente, tenemos que pensar que esas actitudes camufladas en la cortesía de las relaciones analíticas son perceptibles para el analizando, por las más indirectas señales.

190

El analista debe ser el artesano de su separación del paciente, pero con la condición de que este no la viva como una manera de deshacerse de él. Y no dejamos de señalar que a menudo los que se ven obligados a tratar a estos pacientes, tras percatarse de su inaccesibilidad, se desembarazan de ellos en las formas más afables, al menos en lo exterior. En síntesis, aquí no estamos defendiendo otra cosa que un discurso veraz, en lugar de una técnica reparadora.

Esta actitud interpretativa acaso permita tener acceso, en los casos en que es posible, a la problemática de idealización-persecución, y de esta manera traer a la luz lo que se esconde, por la idealización, en la persecución implícita que está oculta en sus pliegues. Protección frente a la persecución (de parte del objeto, y sufrida por el yo; de parte del yo, y sufrida por el objeto) y, al mismo tiempo, escapatoria de la persecución en una forma disfrazada. Con esto, se puede reconstituir el lazo objetal con la madre. Saldrán entonces a la luz los reproches del yo hacia el objeto, y los reproches del objeto hacia el yo. En efecto, el recurso a la suficiencia narcisista se explica, al menos en parte, por la carencia del objeto, sea esta real, o el resultado de la incapacidad para satisfacer las necesidades inextinguibles del niño.

Las figuras heroicas del narcisismo moral

Cuanto acabamos de exponer, en la senda de nuestro apólogo, fue tomado de la observación de nuestros pacientes. La regresión narcisista que acusan los convierte en caricaturas que cada quien puede evocar entre sus relaciones. Pero sin llegar a esas formas, ciertos personajes heroicos (si dejamos de lado a Ajax, que también es un caso extremo) se pueden contemplar en la galería de retratos que constituyen.

Consideremos a Bruto, por ejemplo, como Shakespeare lo muestra en *Julio César*: Bruto no asesina a César por deseo o ambición, sino por patriotismo, porque él es republicano y ve en su padre adoptivo una amenaza para la virtud de Roma. Cuando se asesina por virtud, nunca se tiene después virtud bastante para justificar el asesinato. De ahí la negativa a coligarse por juramento con los demás conjurados, porque cada uno sólo debía rendir cuentas a su conciencia:

*Nada de juramentos:
Sólo hagamos, al honor, por el honor mismo
La promesa de triunfar o perecer.*

¡Siempre el honor! Bruto ya nos había advertido:

191

*Amo el honor
Más de lo que temo morir.*

De ahí el acto, demencial para el más novicio en política,¹⁸⁸ que permite al más temible de sus rivales, Marco Antonio,¹⁸⁹ encargarse del elogio del muerto. De ahí, antes de la batalla que debe librar, los vivos reproches que hace al valiente Casio, su aliado, a quien acusa de ser como hoy diríamos, un "traficante de guerra". De ahí su suicidio final, destinado a ofrecer un testimonio complementario de su virtud incorruptible. Pero esta causa heroica no es por fuerza la causa de la república, del Estado, del poder.

También el amor tiene sus héroes del narcisismo moral. El más hermoso es nuestro santo patrón, Don Quijote, a quien Freud quería entrañablemente. Recordemos el episodio en que Don Quijote se interna en la Sierra Morena y quiere hacer de ermitaño. Se despoja de sus escasos bienes y empieza a desgarrar sus vestiduras, a mortificarse el cuerpo y a hacer mil cabriolas que dejan pasmado al buen Sancho. Y cuando le pide una explicación, el hidalgo de sangre pura explica a este hombre del vulgo que de ese modo no hace sino obedecer a las reglas del código del amor, como las prescriben las novelas de caballería. Don Quijote procura la hazaña capaz de eternizar su nombre, en nombre de su amor, que debe ser no sólo un amor immaculado, sin nota alguna de deseo carnal, y que por añadidura es preciso lo despoje totalmente de sus bienes. A esta desapropiación de sí y de su individualidad ha de llegar por la imitación de Amadís o de Rolando, hasta la locura o, siquiera, hasta la imitación de la locura. "Ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas, y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez que te han de admirar", dice Don Quijote a Sancho, que en vano se empeña por ponerlo en razón. "Loco soy, loco he de ser", declara Don Quijote, cuya locura es aquí signo de virtud. Nombrada que le hubo a Dulcinea, no la reconoce Sancho en la evocación de la "soberana y alta señora" de los pensamientos del caballero, sino que exclama: "Vive el dador que es moza de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo a cualquier caballero andante o por andar, que la tuviere por señora. ¡Oh hideputa, qué rejo que tiene, y qué voz! (...) Y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa". No es ciertamente así como Don Quijote ve a Dulcinea. Aquí se podría sostener que no se trata de narcisismo, sino de amor de objeto, porque a causa del objeto de amor se inflige Don Quijote privaciones y sevicias. Mas no, esa no es más que la proyección narcisista de una imagen idealizada,

192

y no ha sido el menor rasgo de genio de Cervantes que acabara su libro con la renegación de Don Quijote: "Señores, dijo don Quijote, vamos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fui loco, y ya soy cuerdo".

Desde luego, como dice Marthe Robert, don Quijote y Sancho Panza sólo existen "en el papel". Pero, si no por ellos mismos, viven en nosotros. De parecida manera, Falstaff es el narcisista absolutamente amoral, él, cuyo monólogo sobre el honor provoca nuestra reprobación por su crudeza y nuestra admiración por su

¹⁸⁸ Bien lo advierte Casio, que en ese momento le acota: "No sabes lo que haces".

¹⁸⁹ Pero que al parecer era también el más amado por su objeto de amor, César, quien en ese momento parece preferir a Marco Antonio, no a Bruto.

verdad.¹⁹⁰ Así nos encontramos divididos entre una indispensable ilusión y una verdad no menos indispensable.

A todos esos personajes, un filósofo los describió. ¿No hemos reconocido en muchos pasajes a Hegel y su alma bella? Inquieta por el orden del mundo, deseosa de modificarlo, pero cuidadosa de su virtud, que querría amasar la pasta de que están hechos los hombres pero manteniendo las manos inmaculadas. Tengamos cuidado de no hacer lo que Hegel, quien, tras inmortalizar bajo su pluma a esta alma bella, sólo fue capaz de concluir *La fenomenología del espíritu* con un triunfo, que muy bien pudo ser el del alma bella.

Esta alma bella de la conciencia moral ¿no advertimos cuan próxima puede estar al delirio de presunción, a esa ley del corazón que tiene a la paranoia por referente? De todas maneras, su cualidad narcisista no escapó a Hegel: "Contemplarse a sí misma es su ser-ahí *objetivo*, y este elemento objetivo consiste en la expresión de su saber como expresión de un *universal*",¹⁹¹ Y aun su lazo con el narcisismo más primario: "Vemos entonces aquí a la conciencia de sí, que se ha retirado a su intimidad más profunda, en que para ella desaparece toda exterioridad como tal; ha regresado a la intuición del Yo = Yo, en la que este Yo es pura esencialidad y ser-ahí".¹⁹² La consecuencia de todo esto es "la absoluta *no-verdad*, que en sí misma se desmorona".

193

¿Apareceremos entregados a la denuncia de la virtud y a la apología del vicio? Sería ceder a un efecto de la moda que hoy ve en Sade a nuestro salvador. Ciñámonos a esta verdad, mostrada por Freud, quien liga de manera indisoluble la sexualidad y la moral. Los desvíos de una producen, automáticamente, desvíos en la otra. Georges Bataille, a quien será preciso que alguien, entre los psicoanalistas, rinda homenaje, ha penetrado en profundidad esa consustancialidad del erotismo y de lo sagrado. "Me es preciso conquistar su amor", nos dijo una paciente. Respondimos: "Sí, pero ¿de qué amor habla usted?". Se vio obligada a reconocer, no obstante sus protestas vanas y desesperadas, que Eros, ese ángel negro, era pasado en blanco por ella.

Addendum

La relectura de este trabajo trascurridos varios meses nos mueve a precisar algunos puntos que quedaron en suspenso. En primer lugar, creemos necesario señalar que falta mucho para que esté fijada la estructura del narcisismo. Caracteriza a ciertos pacientes por el relieve que en ellos cobra. Nadie está por

¹⁹⁰ *El principe*: "¡Bah! Debes una muerte a Dios". *Falstaff*: "Todavía no le ha llegado el momento; no me gustaría pagar antes del plazo. ¿Qué necesidad tengo de correr al encuentro de la que no me llama? Entonces, me resulta igual; el honor me agujonea, y adelante. Sí, pero si el honor me agujonea tan adelante que me agujonea por tierra, ¿qué? ¿Acaso el honor puede devolver una pierna? No. ¿Un brazo? No. ¿Calmar el dolor de una herida? No. ¿Entonces el honor no sabe nada de cirugía? No. ¿Qué es el honor? Una palabra. ¿Qué hay dentro de esta palabra 'honor'? ¿Qué es este honor? Viento. Eso es lo cierto. ¿Quién lo posee, a este honor? Uno que murió el miércoles pasado. ¿Lo toca él? No. ¿Lo oye? No. ¿Es entonces cosa imperceptible? Sí, para los muertos. Pero ¿no puede vivir con los vivos? No. ¿Por qué? La maledicencia no lo sufre. Entonces no lo quiero. El honor es una charretera fúnebre, nada más; así acaba mi catecismo". (*Enrique IV*, I, acto V, escena 1.)

¹⁹¹ G. W. F. Hegel, *Phénoménologie de l'esprit*, Aubier, 2, pág. 87.

¹⁹² *Ibid.*, pág. 188.

completo exento de ella. Además, es posible pesquisar esa particularidad estructural como fase del análisis de ciertos pacientes. Y de los casos que tenemos descritos, si bien presentan los rasgos de esta estructura, no están definitivamente condenados a ella. Son susceptibles de evolucionar, según nos lo enseña la experiencia, y de alcanzar otras posiciones. Con satisfacción hemos podido observar evoluciones favorables en casos en que ya no la esperábamos.

También querríamos volver sobre los vínculos entre narcisismo moral y masoquismo moral. Estamos profundamente convencidos de la utilidad de distinguirlos. ¿Uno no es disfraz del otro? Más que considerar sus relaciones por referencia a un recubrimiento de uno por el otro, nos parece que, si sus relaciones son dialécticas, en efecto se trata de series diferentes. Y si por el contrario debiéramos admitir su unicidad, diríamos que el verdadero masoquismo es el narcisismo moral, en la medida en que existe en este un intento de reducir las tensiones al nivel cero, que es fin último del masoquismo en tanto su destino está ligado a la pulsión de muerte, al principio del Nirvana. Repitámoslo: la relación de sufrimiento implica la relación con el objeto; el narcisismo reduce el sujeto a sí, hacia el cero que el sujeto es.

La desexualización apunta a las pulsiones libidinales y agresivas, hacia el objeto y hacia el yo; el campo libre que se deja a la pulsión de muerte apunta, como fantasma último, a la nadización del sujeto. Aquí se conjugan Muerte e inmortalidad.

En verdad, las soluciones extremas no se observan nunca; y todo

194

cuanto se comprueba en la clínica y, sobre todo, en la selectividad de la clínica psicoanalítica frente a la clínica psiquiátrica más amplia, son orientaciones de curvas que progresan hacia sus límites asintóticos. En este sentido, las relaciones entre vergüenza y culpa son mucho más complejas de cuanto hemos dicho. Pero el carácter destructor de la vergüenza es mayor: *la culpa se puede compartir, la vergüenza no se comparte*. Entre vergüenza y culpa, sin embargo, se forman nudos: uno puede tener vergüenza de su culpa, se puede sentir culpable de su vergüenza. Pero el analista distingue bien planos de escisión cuando, ante sus pacientes, siente hasta dónde la culpa puede estar ligada a sus fuentes inconcientes, y ser sobrepasada parcialmente cuando se la analiza; mientras que la vergüenza, en cambio, adquiere a menudo un carácter irreparable. La transformación del placer en displacer es una solución para la culpa; para la vergüenza, sólo queda abierta la vía del narcisismo negativo. Opera aquí una neutralización de los afectos, empresa mortífera en que se lleva a cabo un trabajo de Sísifo. No amo a nadie. Yo sólo me amo a mí. Yo me amo. Yo no amo. Yo no. Yo. O. Y la misma secuencia para el odio. Yo no odio a nadie. Yo sólo me odio a mí. Yo me odio. Yo no odio. Yo no. Yo. O. Esta secuencia de proposiciones ilustra sobre la evolución hacia la afirmación del yo megalomaniaco como etapa última anterior a su desaparición.

195

5. El género neutro (1973)

Si para el psicoanalista la *diferencia* es sexual, la cuestión de la bisexualidad remite necesariamente a la teoría psicoanalítica íntegra. ¿Qué decir de la abolición, o del fantasma de abolición, de esa diferencia? ¿Y cómo situar ese punto particular si no están definidas las señales que permitieran localizarlo? Dos tiempos, en consecuencia, para esa tarea: fijar el cuadro teórico que deslinda a nuestro proyecto, y después, en el interior de este, esclarecer ese objeto de nuestra reflexión que llamamos el *género neutro*.

Señales respecto de la bisexualidad psíquica

Punto de partida: la sexualidad entre la biología y el psicoanálisis

Ninguna cuestión hay más apropiada que la sexualidad para mostrar los nexos entre el enraizamiento biológico de la pulsión y la vida *psicosexual*. Este dominio privilegiado puede permitir una tarea de cotejo de las hipótesis de Freud con los hechos científicos de la biología, y una comparación de la clínica médica con la clínica psicoanalítica a fin de indicar parecidos y diferencias. Ahora bien, ese cotejo, realizado en nuestros días, revela profundas discordancias, que a menudo confirman y a veces refutan los postulados metapsicológicos de Freud. Las contribuciones de los autores posfreudianos no están exentas de ese renovado examen.

Punto 1. La sexualidad biológica y la psicosexualidad

La bisexualidad biológica supone una secuencia de relevos escalonados en el tiempo, cada uno de los cuales desempeña su papel en la determinación del sexo (sexos cromosómico, gonádico, hormonal, genital interno, genital externo, caracteres sexuales secundarios). El hecho rector es que la masculinidad es el resultado de un proceso activo (por la intervención de un testículo virilizante), y la femineidad es el desenlace de un proceso pasivo (que sobreviene por defecto

196

patológico, o por ausencia normal del testículo virilizante). Se puede entonces hablar de un desarrollo de la sexualidad biológica, de la concepción a la pubertad, que se efectúa según un proceso discontinuo y diferenciado. Ahora bien, en la especie humana aparece un nuevo relevo mutativo (organizador 1), que se superpone al desarrollo biológico. Este relevo está en el origen de un desarrollo psicológico autónomo, diferente del desarrollo biológico y responsable de la psicosexualidad. El relevo humano está destinado a ser el determinante fundamental de la sexualidad del individuo (cf. Money y Hampson).

Punto 2. El deseo parental y la sexualidad infantil

Este relevo mutativo está constituido por la atribución de un sexo al hijo, sexo que puede ser más o menos conforme a la sexualidad morfológica del individuo (cf. la clínica de los estados intersexuales con ambigüedad genital: pseudohermafroditismo).¹⁹³ Esta atribución depende estrechamente del deseo parental. Su modo de acción se expresa en la relación madre-hijo a partir del nacimiento, hasta los dos años y medio más o menos. En ese momento, ya el individuo se vivencia y se percibe netamente monosexuado (Money y Hampson).

Punto 3. Freud

La teoría freudiana de la bisexualidad tuvo el mérito de distinguir la bisexualidad psíquica de la bisexualidad biológica. Sin embargo, Freud, cuando en diversos pasajes de su obra tropieza con cuestiones difíciles, sostiene que la solución del misterio se habrá de encontrar en la biología, lo que la ciencia contemporánea no parece confirmar. Además, la teoría freudiana del desarrollo de la libido puede hoy aparecer fundada con demasiada exclusividad en una evolución individual, lo que subestima la relación progenitor- hijo o no se articula con esta.

Punto 4. Melanie Klein y Winnicott

La teoría de Melanie Klein, puesto que desvaloriza el problema de la castración y de la diferencia de los sexos, deja de lado la bisexualidad y, de manera general, la problemática sexual, en beneficio de la problemática de la agresión. Por el contrario, la teoría de

197

Winnicott pone el acento en la relación progenitor-hijo y toma en cuenta las interrelaciones entre la maduración y el medio circundante materno, pero quizá subestima el papel del padre y de la sexualidad parental. El papel de los cuidados maternos se puede interpretar más metapsicológicamente de lo que propone Winnicott. No se trata por cierto de un influjo externo. Antes bien, se lo podría entender como la necesaria interconexión de dos aparatos pulsionales ligados entre sí por la diferencia de potencial debida a su desigual desarrollo (cobertura del ello-yo del hijo, por el yo-ello de la madre) Esta primera articulación se interconectaría, a su vez, con el aparato pulsional del padre, en posición metafórica (Lacan). Y en todo esto, cada uno de los tres aparatos puede, en un primer tiempo, servir de mediación entre los otros dos. A ese tiempo primero seguirán, después de establecida la monosexualidad, algunas modificaciones.

Punto 5. La "impronta" del deseo: el fantasma parental

Parece que es preciso considerar que la atribución de un sexo al hijo por el progenitor obra a modo de una *impronta* psíquica, que empero no se puede asimilar a este mecanismo tal como se lo describe en el animal. Esa *impronta* se constituye a raíz de la percepción del cuerpo del hijo como forma sexuada, que en esa forma será confirmado o refutado por el progenitor. Es preciso entonces atribuir al fantasma parental, en particular materno, un papel de potente inductor en el establecimiento de la monosexualidad individual. Aquí están abiertas todas

¹⁹³ L. Kreisler, "Les intersexuels avec ambigüité génitale". *La psychiatrie de l'enfant*, 1970,13, págs. 5-127. Consúltese la importante bibliografía.

las posibilidades: el desconocimiento de una ambigüedad sexual (hermafroditismo o pseudohermafroditismo), el rechazo de un sexo biológico sin ambigüedad (un varón criado como nena, y a la inversa), la valorización inconciente del sexo que el hijo no tiene, la intolerancia más o menos total hacia la bisexualidad psíquica del individuo por sofocación y culpabilización de las actitudes y de las tendencias que no corresponden al sexo biológico del hijo, etcétera. Retengamos que esta impregnación psíquica es solidaria de otros factores: la perpetuación de una relación fusional con el hijo más allá del período en que debería desaparecer, la actitud hacia la agresividad, el bloqueo del paso de la investidura de la madre al padre, etcétera. El hecho a destacar es que esa impregnación está sometida a la influencia de un progenitor, cogido él mismo en un conflicto con relación a la bisexualidad psíquica.

Punto 6. Bisexualidad psíquica y fantasma personal

Podemos entonces suponer que la psicosexualidad de un individuo está dominada por el fantasma de la madre. Este fantasma de la madre se constituye siguiendo diversos parámetros: deseo infantil

198

de tener un hijo del padre o de la madre; sexo de este hijo imaginario; aceptación, por la madre, de su propio sexo; lugar que el deseo del marido, padre del hijo, ocupa en su deseo; deseo de este deseo, etcétera. En cambio, la bisexualidad psíquica del individuo se constituiría por la mediación del fantasma personal (más o menos en relación con el fantasma parental). Es por la constitución del fantasma del otro sexo (el que uno no tiene, pero que imaginariamente, en el triángulo edípico, podría tener) como la bisexualidad psíquica se organiza, según lo había advertido ya Freud.

Punto 7. El conflicto psíquico y el fantasma de la escena primitiva

El conflicto psíquico se despliega en varios planos articulados entre sí. El sexo del individuo depende, entonces, de la manera en que lo vivencian y perciben su madre y su padre; de los deseos de ellos en este sentido, convergentes o divergentes; de la manera en que él mismo se vivencia y se percibe en sus deseos convergentes o divergentes respecto de aquellos. Este conflicto se enlaza también con el narcisismo del individuo y con sus pulsiones de destrucción. Culmina en el fantasma de la escena primitiva (organizador 2), que pone en juego deseos e identificaciones contradictorias.

Punto 8. El género neutro

Este conflicto, si de ordinario contribuye a organizar la bisexualidad psíquica, también puede encontrar una salida en una posición de anulación del deseo sexual y, por lo tanto, de la identificación sexuada. El correspondiente y el complemento de la bisexualidad psíquica, realizada o latente, parece ser entonces el fantasma del *género neutro*, ni masculino ni femenino, dominado por el narcisismo primario absoluto. Este aplastamiento de las pulsiones hace que las inclinaciones idealizantes y megalomaniacas del sujeto no se orienten hacia el cumplimiento del deseo sexual, sino hacia la aspiración a un estado de nadaización psíquica, en que no *ser nada* aparece como la condición ideal de autosuficiencia. Desde luego que

esta tendencia al cero nunca alcanza su meta, y se expresará en un comportamiento autorre restrictivo de significación suicidaria.

Punto 9. Complejo de Edipo y complejo de castración

Un nuevo relevo imitativo está destinado a reorganizar todos los datos anteriores a raíz del complejo de Edipo (organizador 3), donde es puesta a prueba la bisexualidad. El complejo de Edipo, siempre

199

doble —positivo y negativo— desemboca en la doble identificación masculina y femenina. Estas dos identificaciones, empero, no son iguales en su forma; son complementarias y contradictorias: una de ellas domina a la otra y la camufla en mayor o menor medida. El complejo de castración, según Freud lo describe, posee un indiscutible valor heurístico conceptual. Es el momento en que se producen las modificaciones. Hasta entonces, el intercambio de puestos y de roles en el fantasma no implicaba una vectorización del deseo. En lo sucesivo, las identificaciones materna y paterna, gobernadas por el complejo de castración, obedecen a una ley de circulación de los intercambios. La bisexualidad es la retroacción de esta vectorización. El complejo de castración sólo es operativo -en el sentido estricto y específico que el término castración designa- cuando se ha adquirido el sentimiento del sexo a que el individuo pertenece. No es contemporáneo del descubrimiento de la diferencia de los sexos, sino del momento en que esta adquiere una significación organizadora. Su sobrepasamiento depende de los estadios anteriores, que son reinterpretados *après coup* [con posterioridad] como precursores de la castración (pérdida del pecho y destete, donación de las heces y adiestramiento esfinteriano). En cambio, es necesario que los estadios preedípicos no hayan estado demasiado conflictualizados, con bloqueo del desarrollo: sólo así podrá ser elaborado el complejo de castración. El *difasismo* de la evolución libidinal tiene una importancia capital; el período de latencia, señalado por la represión, crea una discontinuidad rectora entre sexualidad infantil y sexualidad adulta.

Punto 10. Realidad sexual y realidad psíquica

En el momento del complejo de Edipo, el conflicto cobra la forma de la oposición entre la *realidad sexual* del individuo y la realidad psíquica. La realidad sexual es la del sexo determinado y fijado antes del tercer año; la realidad psíquica es la de los fantasmas convergentes o divergentes respecto de la realidad sexual. Este conflicto depende en mucho de la posición adoptada por el yo, que puede, según los casos, desmentir completamente la realidad (psicosis transexualista) o admitir la realidad sexual escindiéndola de la realidad psíquica, empeñándose en satisfacer los fantasmas de esta, adhiriéndose a estos y actuándolos (perversión); o, por último, puede rehusar la parte de la realidad psíquica que contradice a la realidad sexual (neurosis).

Las opciones del yo son tributarias del período preedípico y de las marcas más o menos movilizables que ha experimentado. Las peripecias del desarrollo biológico y psíquico nos ponen frente a una gama de estructuras (hermafroditismo verdadero, pseudohermafroditismo, travestismo, homosexualidad, fetichismo), cada una de las

200

cuales obedecen a una patogenia distinta y reclaman respuestas diferentes en el plano terapéutico, en función de la demanda del individuo (cf. Stoller).

Punto 11. Feminidad originaria y rehusamiento de la feminidad

El papel determinante de los factores que pertenecen al ambiente materno permite suponer, con Winnicott, que el elemento femenino de origen materno, por su intrincación con la dependencia biológica y psicológica del recién nacido, por la prematuración del pequeño ser humano, debe ser *aceptado e integrado en los dos sexos*.¹⁹⁴ Esta *pasivación originaria* acaso es objeto de una represión primordial, lo que daría razón del punto de vista de Freud, según el cual la feminidad es la más difícil de aceptar en los dos sexos. Ni qué decir que, en el varoncito, la aceptación de la feminidad no debe hipotecar la aceptación de la masculinidad como sexo real del individuo. A la inversa, en la niña, esta feminidad originaria y real es diferente de la feminidad secundaria, que sólo se constituye después de la fase fálica, y que deja su sitio a la identificación materna secundaria.

Punto 12. Diferencia del desarrollo sexual del varoncito y la niña

Nunca se insistirá bastante en el hecho de que los destinos sexuales del varón y de la niña difieren considerablemente. En efecto, si uno y el otro se apegan al objeto primordial materno femenino, el varón podrá recuperar, al término de su desarrollo psicosexual, y por un solo desplazamiento, un objeto del mismo sexo que el objeto primordial, mientras que la niña tendrá que hallar un objeto de sexo diferente al de la madre. Su evolución la destina a un *cambio de objeto* (primer desplazamiento-mudanza por sustitución, que va de la madre al padre), seguido de la elección de objeto definitiva (segundo desplazamiento, del padre al sustituto del padre). Esta especificidad del desarrollo femenino parece dar razón de las dificultades propias de la sexualidad femenina.

Punto 13. Límites de la intervención psicoanalítica

Los códigos culturales, la ideología, inevitablemente influyen el destino sexual por la valorización o la desvalorización, por parte

201

de los padres, de la bisexualidad del hijo; aquí desempeñan su papel las concepciones colectivas atribuidas a lo masculino y a lo femenino. Pero lo cierto es que estas variaciones están integradas en conflictos individuales en el nivel parental, y la inducción esencial se opera en los intercambios matriciales del progenitor, sobre todo la madre, hacia el hijo. La situación analítica no es, desde luego, una mera repetición de esta situación. Pero por medio de la transferencia crea un modelo analógico. No obstante, el carácter profundamente inscripto en ciertas marcas limita el alcance de los cambios que pueden sobrevenir por obra del psicoanálisis.

Bisexualidad y narcisismo primario: el género neutro

¹⁹⁴ D. W. Winnicott, *Realidad y juego*, Granica, caps. 5 y 6.

El analista casi siempre se enfrenta con la bisexualidad psíquica en la forma de un conflicto latente revelado por el análisis. Tenemos aquí sin duda una dificultad del psicoanálisis, que en el analista se manifiesta por su limitada capacidad de tolerar, de dejar que se desarrolle, de interpretar con exactitud la transferencia de la imago del sexo que no es el suyo. Así, el problema con que hoy tropieza la teoría analítica se debe a que sus dos figuras dominantes, cada una a su manera, tropezaron con este escollo. Freud, sin ninguna duda, se sintió trabado, según lo confesó, en sus análisis sobre la sexualidad femenina, por su turbación en sentirse objeto de una transferencia materna. Por su parte, Melanie Klein no parece, con todo y haber sido más "profunda" que Freud, haber extraído grandes enseñanzas del análisis de la transferencia paterna de sus pacientes. No obstante, si hay un problema se debe a que el conflicto es aquí inconciente .

En otros casos, el analista puede tener la ocasión de observar estructuras en que la bisexualidad es evidente, y aun está realizada. (En estos casos se observa una doble actividad, heterosexual y homosexual. No obstante, es excepcional que los dos tipos de relación estén investidos por igual. La índole neurótica de estos casos es más que discutible. La estructura perversa de ninguna manera alcanza a dar razón de la psicopatología de los pacientes que se presentan con estos rasgos. En la situación extrema, la bisexualidad se realiza a favor de la impregnación hormonal por inyección de estrógenos en casos de travestismo.) No podemos exponer en los detalles la observación de un paciente que examinamos en 1959 en el Centro de consulta y tratamiento psicoanalítico de París. Nos conformaremos con sus grandes trazos, que bastarán para ilustrar nuestra concepción.

Era una consultante de aspecto corpulento, macizo y hasta atlético. Tan pronto se hubo sentado, ella¹⁹⁵ exhibió la fotocopia de un

202

certificado del Ministerio de Trabajo, donde se hacía constar que presentaba atributos femeninos y masculinos, con dominancia femenina; y me informó que había iniciado los trámites para rectificar su identidad.

Vale la pena narrar el historial del caso, no sólo por la índole en ocasiones rocambolesca de las peripecias de este destino particular (tan rocambolesca que llegamos a pensar que una mitomanía formaba parte del cuadro clínico), sino porque el relato permitía bosquejar una imagen materna de que el sujeto estaba profundamente cautivo. *"He sido odiado(a) por mi madre antes de mi nacimiento; ella me lo ha dicho.. ."* fue una de las primeras frases que inauguraron dos entrevistas con el paciente. La inducción femenina por parte de la madre quedó señalada por la alusión que hizo al hijo, que le había venido a comunicar su logro en la obtención del certificado de estudios: "¿Con qué profesor te acostaste para salir bien en este examen?". Como es usual en estos casos, el hijo había sido criado y vestido como niña hasta la edad de ingresar en la escuela. Las prácticas travestistas en público comenzaron hacia los dieciséis o diecisiete años (se disfrazaba de mujer para frecuentar los bailes de las aldeas vecinas). Como también es clásico, la homosexualidad era profundamente repudiada. Y no es la menor paradoja del caso (el hecho fue comprobado) que la consultante viviera en concubinato "homosexual" con una mujer de mayor edad, con la que se entregaba a prácticas sadomasoquistas menores, de un carácter enteramente pueril e infantilizante. Así, el domingo a veces tenía ganas de salir "para divertirse", pero su amiga se lo prohibía: la encadenaba a una salamandra para obligarla a que

¹⁹⁵ Es inevitable el empleo alternado del género masculino y el femenino para designar al sujeto, a punto tal se imponen por momentos al analista, testigo engañado de esa hibridación, ora la ilusión, ora la realidad.

primero terminara su lavado y su planchado. La consultante consentía ese tratamiento: tenía consigo la llave del candado, pero renunciaba a valerse de ella. La analidad impregnaba el cuadro: el aspecto roñoso era llamativo. Informaciones confirmaban que el interior del departamento era de una suciedad repugnante. La dominación padecida se transformaba en dominación impuesta en su oficio, en el que al parecer obraba maravillas: la reeducación de disminuidos físicos.

La procura de satisfacciones contradictorias se percibía claramente: rechazo de toda autoridad en su actitud hacia el exterior, por ejemplo hacia los poderes públicos, y aspiración a la posición pasiva por la necesidad de sentirse constreñida, vejada, dominada; la busca de un personaje materno poderoso era patente. Por el contrario, era notable la pobreza de las satisfacciones sexuales. Sólo el toqueteo de los pechos (los que presuntamente se habían desarrollado a consecuencia de inyecciones de estrógeno practicadas por los alemanes en la última guerra) procuraba placer: *"Es como si mi cuerpo quedara*

203

dividido en dos y por arriba de la cintura yo no existiera, o fuera otra persona. ...

En la segunda entrevista, la consultante nos habló de las reglas que tenía cada veintiocho días *"por porosidad rectal"*; y tornó a exhibir certificados. *"Unos días antes de mis reglas, estoy absolutamente imposible, irritable, nerviosa. Nunca acepté ser una mujer completa"*. Le dije entonces: "En realidad, usted no quiere ser ni hombre ni mujer"; sin que tuviera tiempo de agregar nada, retomó mi dicho como si acabara de comprender algo importante: *"Creo que es usted el primero en tocar el punto justo; no quiero renunciar a ninguna de las ventajas de los dos sexos"*.

En lo que siguió de la entrevista, abordamos el problema de la intervención quirúrgica porque era difícil distinguir lo que correspondía al transexualismo, que implica la reivindicación imperiosa del cambio de sexo, de lo perteneciente al travestismo, en que la práctica perversa parece bastar para procurar la satisfacción. Vale la pena citar la respuesta de la paciente: *"Usted me dirá, doctor, que al salir de este consultorio tendré la opción entre dos soluciones: A la derecha, una sala de operaciones con todo un material para crearme una vagina, un útero, etcétera. Pero, una vez operado, sería un individuo emasculado, que perdería todas sus formas, engordaría, se cebaría, se vería despojado de toda voluntad, de toda energía, ya no me podría ganar la vida, sólo serviría para andar de buscona y hacerme tomar; entonces, a eso, me rehusaría, y estoy convencido de que usted no puede certificarme que no es eso lo que sucedería si me operaran. A la izquierda, un laboratorio bien equipado que, por inyecciones hormonales, podría devolverme mi virilidad, hacer desaparecer mis pechos. Tampoco en esto le voy a creer. Me parece que en mí quedará siempre algo femenino: no quiero vivir como hombre"*.

Estos dichos me llevaron a observarle que la imagen que se empeñaba en transmitir no era de una mujer, sino de una *mujer masculina*. La consultante confirmó que en efecto era esa la impresión que producía. Aquí comenzó una nueva secuencia de relato (¿fantasía o realidad?) en que la consultante comunicó una circunstancia en que dijo haberse sentido "plenamente mujer". Fue el relato de las peripecias en que hizo de compañero a un perverso desvalijador que penetraba por efracción en los departamentos y enseguida introducía en ellos a nuestro paciente, con estas palabras: "Esta es mi casa. Todo lo que aquí hay me pertenece. Acuéstate en la cama". El compañero se precipitaba entonces sobre el paciente, experimentaba un goce casi inmediato y por último ordenaba a "su"

compañera despojarse de su ropa (femenina) para tomar un vestido del guardarropas del departamento desvalijado, que abandonaban tan pronto como se había puesto la ropa robada.

Hecho notable: nunca el robo tomaba proporciones mayores que las simbólicas. En algunos casos el ritual se enriquecía. Así, el ladrón podía exigir del paciente que se desnudara y permaneciera así

204

en todos los departamentos desvalijados. Al cabo, esta complicidad llegó a su fin porque las prácticas perversas tomaron un sesgo sádico que asustó al paciente: parece que temió una amenaza de castración verdadera. No obstante, en el curso de ese concubinato fue la única vez que tuvo la completa identificación femenina: *"Me había convertido en su presa y hacía lo que él me decía "*.

La observación es elocuente por sí misma: la imagen de la madre fálica se destaca en relieve en este fresco tragicómico; en él se adivina, en vacío, la borradura del padre. El paciente convoca en sus anhelos la imagen fantasmática de un padre *realmente castrador* de la mujer con pene. El fantasma de la escena primitiva domina la estructura del caso. No sorprenderá entonces que las primeras relaciones sexuales del sujeto fueran con una muchacha, en la casa de él, en la cama de sus propios progenitores; experiencia sin futuro de una doble desfloración, que ahí mismo acabaría en una separación definitiva.

Nos despediremos de este paciente recordando un dicho familiar al que estaríamos tentados de atribuir gran importancia: *"Mi abuela tenía la costumbre de contarme una anécdota que me causaba un placer extremo, y siempre le pedía que me la contara de nuevo, aunque la conocía perfectamente: en el curso de una excursión por el campo, en la que mis padres se habían reunido con un grupo de amigos, en tanto las mujeres departían sentadas en la hierba, los hombres pescaban truchas en el río. Mi padre perdió pie, cayó al agua y se mojó completamente. Se quitó la ropa mojada y fue necesario vestirlo como se pudiera. Por juego, sin duda, más que por necesidad, cada una de las mujeres se despojó de una parte de sus vestidos para cubrir a mi padre, quien, al cabo, resultó vestido de pies a cabeza como una mujer"*.

He ahí la historia del que fue nombrado por sus padres con tres nombres propios: Pierre (como su padre), Mane (como su madre) y André. Su solicitud de cambio de estado civil contenía una eliminación: la de su nombre paterno; y un agregado: una *e* muda a fin de feminizar su nombre propio personal, símbolo de masculinidad. De este modo, se hacía llamar "Marie-Andrée". Cuando le hice notar la exclusión que de esta manera hacía del "nombre del padre", él, que confesaba tan de buena gana sus deseos perversos, negó a pie juntillas que pudiera haber en esa circunstancia otro influjo que el del azar.

Al final del capítulo 4 de *El malestar en la cultura*, Freud expone en una larga nota una reflexión acerca de la bisexualidad: "(. . .) Si admitimos como un hecho que el individuo quiere satisfacer en su vida sexual deseos tanto masculinos cuanto femeninos, estaremos preparados para la posibilidad de que esas exigencias no sean cumplidas por el mismo objeto y se perturben entre sí cuando no se logra mantenerlas separadas y guiar cada moción por una vía

205

particular, adecuada a ella".¹⁹⁶ He ahí una observación que confirma que la sexualidad humana es sin duda, según una expresión de R. Lewinter, "sexión". Por otra parte, así lo atestigua la etimología. Parece que sexo viene de *secare*:

¹⁹⁶ S. Freud, *El malestar en la cultura*. [AE, 21, pág. 103.]

cortar, separar. La metáfora biológica da sustento aquí al fantasma, puesto que cada uno de los sexos se separa para poder unirse a la mitad faltante, que el otro sexo le proporciona. La bisexualidad psíquica se venga de esta sexión-cesión, y por la vía del fantasma recupera el goce concedido al sexo que uno no tiene. Entonces, la bisexualidad es solidaria de la diferencia de los sexos. Donde hay bisexualidad hay diferencia. Donde hay diferencia hay corte, cesura, castración de las potencialidades de goce del sexo complementario: inverso y simétrico. *La reivindicación de la bisexualidad real es rehusamiento de la diferencia sexual en tanto esta implica la falta del otro sexo.* Si, de hecho, a cada sexo le falta el otro, lo que por así decir pone a los sexos bajo la misma enseña, la castración, el fantasma de castración, es decir la ausencia o la pérdida del miembro viril, *simboliza y subsume* esta falta, de cualquier *sexo que uno sea*. Posibilidad, para el va-roncito, de perder el sexo que él tiene o, para la niña, materialización de esa falta de sexo que ella no tiene. Es cierto que la niña tiene *otra cosa*: una vagina, un vientre fecundable, atractivos numerosos y variados. Pero está el hecho de que carece de pene. Es cierto que también al varón le falta lo que la mujer tiene y él no. Pero este tener no es visible en el nivel del sexo. *La captura imaginaria* es tal que lo representable es sin duda ese rasgo en más o en menos que es el pene. Rasgo imaginario que simbolizar. Y se acierta si se entiende que la envidia del pene no es la envidia de ese trozo de carne, sino de lo que es fantasmático acerca de los poderes que confiere y que le son conferidos por el deseo parental.

Permanecer en el terreno de esta problemática es suponer resueltos ciertos problemas, es atestiguar que el dilema hombre-mujer acepta implícitamente su diferencia o, al menos, admite que el sujeto es un ser sexuado.

El sujeto acerca de cuyo caso informamos acudió a consultarnos a causa de unas angustias, que, dijo, lo asaltaban cada mañana, al despertar, en que se preguntaba si ese día no habría de ser el de su muerte. La entrevista reveló que ese estado angustiado recordaba a la época en que estuvo prisionero de los alemanes, que al parecer lo sometieron a experiencias feminizantes. A cada despertar, se planteaba la cuestión de su supervivencia. En este punto se comunican angustia de muerte y angustia de castración.

El problema no es tan simple.

François Jacob escribe, en *La logique du vivant*: "Pero las dos

206

invenciones más importantes [de la evolución] son el sexo y la muerte".¹⁹⁷ Fruto del azar, quizá, pero en todo caso unidos por la necesidad. F. Jacob habla de la muerte "impuesta desde adentro como una necesidad prescrita". No nos dejaremos tentar por las sirenas de la "metabiología" y seguiremos en el terreno de la clínica, que confluye con el mito.

En ciertas estructuras psicopatológicas, en que la sexualidad misma se rechaza en bloque, sin matices y sin distinguos, el sujeto construye y alimenta sin cesar el fantasma de una *a-sexualidad*. El sujeto no se quiere ni masculino ni femenino, sino *neutro*. Ni lo uno, ni lo otro, *neuter*: Al propio tiempo, borra de su comportamiento, así como de su deseo, toda aspiración heterosexual u homosexual. Son casos raros, pero existen. A buen seguro, se trata de una posición defensiva que el análisis es capaz de tramitar. Este fantasma de neutralidad, construido con la ayuda de todos los recursos de un narcisismo intemperante, lleva las marcas del despotismo absoluto de un ideal del yo tiránico y megalomaniaco. En efecto, en materia de deseo todo es regulado según el modo

¹⁹⁷ F. Jacob, *La logique du vivant*, Gallimard, pág. 330.

de todo o nada: "Puesto que no puedo tenerlo todo ni serlo todo, no tendré, no seré *nada*".

Este fantasma acaso es elaborado sobre la percepción del fantasma materno, que desea que su hijo no sea; que no sea ni sexuado, ni vivo. Pero la procura del amor materno se aúna a una sed inextinguible de amor y a una sensibilidad exacerbada hacia toda manifestación de rechazo de parte del objeto amado, sea este un sustituto materno o paterno. Así las cosas, la salvación sólo aparece en el fantasma del género neutro, en esos estados de indiferenciación sexual, manifestación de obediencia al deseo de la madre y de venganza hacia ella, en un rechazo violento de la madre.

Es notable en esos casos que la aspiración a la Nada se inscribe en un comportamiento ascético de reducción de las necesidades, así como el narcisismo primario se esfuerza en reducir las tensiones al nivel cero. Damos al narcisismo primario absoluto su sentido más pleno. Es decir que no hablamos del narcisismo primario que se invoca para calificar la unificación del sujeto en una entidad singular, sino, al contrario, del narcisismo negativo, que anhela ardientemente el retorno al estado quiescente. Este último se expresa en conductas suicidarias más o menos camufladas o más o menos actuadas. En los capítulos 2 y 4 mostramos que no había que confundir el narcisismo primario con el masoquismo primario, en la medida misma en que el goce captado por medio de las maniobras masoquistas está aquí ausente, porque el objetivo final es la *extinción de toda excitación, de todo deseo*, cualquiera que este sea, agradable o desagradable. En la base de esta fascinación de la muerte hay un fantasma de inmortalidad. En efecto, no ser ya nada no es más que una

207

manera de abolir la posibilidad de no ser más, de experimentar un día la falta de algo, aunque sólo fuera el soplo de la vida.

El fantasma del género neutro confluye con el mito estudiado por Marie Delcourt.¹⁹⁸ Al ser completo: unión del espíritu Padre y de la Naturaleza maternal, se suma el símbolo del Fénix, andrógino, autogenerador, inmortal. Falta allí, siquiera, el bautismo del fuego, que todo lo reduce a cenizas. La idea gnóstica dará remate a ese lazo entre androginia y liberación de la carne.

La totalidad es salvada y es negada la falta; no es en la positividad de una complementariedad realizada como se deroga la diferencia sexual, donde Hermes y Afrodita son uno, sino en el movimiento, más radical todavía, de una negatividad en que la nada se encarna y en que el deseo se cumple como muerte del deseo y triunfo sobre la muerte del deseo. Lo Uno demuestra ser un concepto que no se puede pensar. Formado por dos mitades diferentes, que no se pueden llamar "una", puesto que les falta algo para ser completas; tomado entre el doble y la mitad, sólo el cero parece seguro. Pero para que el cero sea, es preciso nombrarlo, escribirlo; entonces resurge, debajo de él, el Uno ineliminable.

De igual modo, designar la alucinación negativa o la castración es forzosamente positivarlas. Así, Freud atribuía al ello el género neutro. Pero el ello comprende todo el alboroto de la vida, de Eros, y también el silencio de las pulsiones de destrucción: ese silencio que nunca es oído. Le es preciso, para ser oído, que sea dicho por medio de sonidos o de signos, inevitables, demasiado ruidosos, demasiado visibles para representarlo.

208

¹⁹⁸ M. Delcourt, *Hermaphrodite*, P.U.F.

6. La madre muerta (1980)

A Catherine Parat

Si debiéramos escoger un solo rasgo para señalar la diferencia entre los análisis contemporáneos y lo que imaginamos pudieron ser en el pasado, probablemente habría acuerdo en situarlo en el terreno de los problemas del duelo. Es lo que sugiere el título de este ensayo: la madre muerta. No obstante, para evitar cualquier malentendido, aclararé que este trabajo no trata de las consecuencias psíquicas de la muerte real de la madre, sino de una imago constituida en la psique del hijo a consecuencia de una depresión materna, que transformó brutalmente el objeto vivo, fuente de la vitalidad del hijo, en una figura lejana, átona, cuasi inanimada, que impregna de manera muy honda las investiduras de ciertos sujetos que tenemos en análisis y gravita sobre el destino de su futuro libidinal, objetal y narcisista. La madre muerta es entonces, contra lo que se podría creer, una madre que sigue viva, pero que por así decir está psíquicamente muerta a los ojos del pequeño hijo a quien ella cuida.

Las consecuencias de la muerte real de la madre (sobre todo por suicidio) son en extremo nocivas para el hijo que ella deja. La sintomatología que origina se puede reconducir de manera inmediata a ese suceso, aun si el análisis hubiera de mostrar después que la catástrofe fue irreparable sólo por causa de la relación madre-hijo que precedió a la muerte. Bien pudiera ser, en efecto, que para este caso se llegaran a pesquisar modos relacionales emparentados con el que me dispongo a abordar. Pero el hecho es que la realidad de la pérdida, su carácter definitivo e irreversible han modificado mutativamente la relación de objeto anterior. Por eso no he de considerar los conflictos que se relacionan con esta situación. Tampoco trataré de los análisis de pacientes que demandaron la asistencia de un analista a causa de una sintomatología depresiva confesa.

En efecto, en el curso de las entrevistas preliminares, los analizandos a que me he de referir no dejan ver en su demanda de análisis los rasgos característicos de la depresión. En cambio, el analista percibe desde el primer momento la índole narcisista de los conflictos invocados, que dicen relación con la neurosis de carácter y sus consecuencias sobre la vida amorosa y la actividad profesional.

Este deslinde inaugural bosqueja por exclusión el cuadro clínico de lo que me propongo tratar. Me es preciso mencionar brevemente algunas referencias que fueron la segunda fuente (después de mis pacientes) de mi reflexión. En verdad, las elaboraciones que he de ex-

209

poner deben mucho a los autores que establecieron las bases de todo saber sobre los problemas del duelo: Freud, Karl Abraham y Melanie Klein. Pero los que me pusieron sobre la pista fueron sobre todo los estudios más recientes de Winnicott,¹⁹⁹ Kohut,²⁰⁰ N. Abraham y Torok,²⁰¹ así como Rosolato.²⁰²

¹⁹⁹ D. W. Winnicott, *Realidad y juego*, Granica.

²⁰⁰ H. Kohut, *Análisis del self. El tratamiento psicoanalítico de los trastornos narcisistas de la personalidad*, Amorrortu editores.

²⁰¹ N. Abraham, "Le crime de l'introjction", y M. Torok, "Maladie du deuil et fantasme du cadavre exquis", en N. Abraham, *L'écorce et le noyau*, Aubier.

²⁰² G. Rosolato, "L'axe narcissique des dépressions", *Nouvelle revue de psychanalyse*, 1975, 11,

He aquí, entonces, el enunciado sobre el que girará mi reflexión: La teoría psicoanalítica que tiene mayor aceptación admite dos ideas; la primera es la *pérdida del objeto* como momento fundamental de la estructuración del psiquismo humano, en cuyo trascurso se instaura una relación nueva con la realidad. En lo sucesivo el psiquismo será gobernado por el principio de realidad, que prevalece sobre el principio de placer, al tiempo mismo que lo preserva. Esta primera idea es un concepto teórico, no un hecho de observación; porque la observación nos mostraría una evolución gradual, no un salto mutativo. La segunda idea compartida por la mayoría de los autores es la existencia de una *posición depresiva*, que es interpretada diversamente. Esta segunda idea une un hecho de observación y un concepto teórico en Melanie Klein y Winnicott. Conviene insistir en que ambas ideas denotan una situación general, que atañe a un suceso ineluctable del desarrollo. Si es cierto que perturbaciones anteriores de la relación madre-hijo hacen más difícil transitarlo y superarlo, la ausencia de esas perturbaciones y la buena calidad de los cuidados maternos no pueden evitar al hijo este período, que desempeña un papel estructurante para su organización psíquica.

Por otra parte, hay pacientes, no importa la estructura que presentan, a quienes uno consideraría aquejados de la persistencia, más o menos intermitente e invalidante, de rasgos depresivos que parecen ir más allá de la reacción depresiva normal que periódicamente afecta a cada quien. Sabemos, en efecto, que un sujeto que ignora la depresión probablemente está más perturbado que el deprimido en ocasiones.

Así planteadas las cosas, mi pregunta es esta: ¿Qué relaciones se pueden establecer entre la pérdida del objeto y la posición depresiva como datos generales, y la singularidad de los rasgos de esta configuración depresiva, central, pero a menudo inmersa en otros síntomas que la disfrazan en mayor medida? ¿Qué procesos se desarrollan en torno de ese centro? ¿De qué está hecho ese centro en la realidad psíquica?

210

El padre muerto y la madre muerta

La teoría psicoanalítica que se funda en la interpretación del pensamiento freudiano ha otorgado importancia rectora al concepto del padre muerto, cuya función fundamental en la génesis del superyó es destacada en *Tótem y tabú*. Esta es una postura coherente cuando el complejo de Edipo se considera una estructura, y no sólo un estadio del desarrollo de la libido. De ahí derivan todo un conjunto de conceptos: el superyó en la teoría clásica, la ley y lo simbólico en el pensamiento lacaniano. Este conjunto está unido por la referencia a la castración y a la sublimación como destino de las pulsiones.

En cambio, nunca se nos habla de la madre muerta, de un punto de vista estructural. Es cierto que encontramos referencias a ella en casos particulares, como el análisis de Edgar Poe por Mane Bonaparte, pero se trata de un suceso singular: la pérdida de la madre a edad temprana. He ahí una limitación impuesta por un punto de vista estrechamente realista. Y no vale explicar esta exclusión invocando el Edipo, puesto que cabría aquella referencia a raíz del Edipo de la niña, o también a raíz del Edipo invertido del varoncito. En verdad, la respuesta está en otro lado. El matricidio no implica a la madre muerta, muy por el

contrario; y el concepto que está en la base del padre muerto, es decir, la referencia al antepasado, a la filiación, a la genealogía, remite al crimen primitivo y a la culpa, que es su consecuencia.

Ahora bien, es asombroso que el modelo del duelo, implícito en aquel concepto, no incluya mención alguna ni del duelo de la madre, ni de la pérdida del pecho. No menciono estos por ser anteriores a aquel; no por eso los menciono, pero no se puede menos que comprobar la inexistencia de articulación entre esos conceptos.

Freud, en *Inhibición, síntoma y angustia*, relativizó la angustia de castración incluyéndola en una serie en que aparecen también la angustia de la pérdida de amor del objeto, la angustia ante la amenaza de la pérdida del objeto, la angustia ante el superyó y la angustia ante la pérdida de la protección del superyó. Sabemos, además, que se empeñó en trazar el distingo entre angustia, dolor y duelo.

No es mi intención examinar en detalle el pensamiento de Freud sobre este punto, porque me embarcaría en un comentario que me alejaría de mi tema; sólo quiero señalar un punto. Ocurre con la angustia de castración lo que con la represión. Por una parte, Freud sabe muy bien que en uno y otro caso existen otras formas de angustia y otras variedades de represión, o aun otros mecanismos de defensa. Y en los dos casos considera la existencia de formas anteriores en la cronología, de las que una y otra derivan. No obstante, fija un centro en ambos casos, esto es, justamente, la angustia de castración y la represión, y por referencia a esos centros sitúa a los demás tipos de angustia y a las diferentes variedades de represión, sobrevengan antes o después, lo que prueba que el pensamiento freudiano

211

es estructural en la misma medida que genético. Esto encuentra expresión manifiesta cuando hace del Edipo un fantasma originario, relativamente independiente de las peripecias de la coyuntura que le confiere su especificidad en un determinado paciente. Así, aun en los casos en que comprueba la presencia de un Edipo invertido, como en el Hombre de los Lobos, sostiene que el padre, objeto de los deseos eróticos pasivos del paciente, no por ello deja de ser castrador.

Esta función estructural implica una concepción constitutiva del orden psíquico, programado por los fantasmas originarios. Los sucesores de Freud no siempre siguieron este camino. Sin embargo, parece que sí lo ha hecho el pensamiento psicoanalítico francés, globalmente, a pesar de sus divergencias. Por una parte, la referencia a la castración como modelo ha obligado a los autores a "castratizar", si se me permite esta expresión, todas las demás formas de angustia; de este modo, se llega a hablar de castración anal o narcisista, por ejemplo. Por otra parte, en una interpretación antropológica de la teoría freudiana, todas las variedades de angustia se reconducirán al concepto de falta en la teoría lacaniana. Ahora bien, me parece que en uno y otro caso se violenta tanto la experiencia como la teoría en el afán de salvar la unidad y la generalización de un concepto.

Sería sorprendente que en este punto apareciera yo desolidarizándome de un punto de vista estructural que siempre he defendido. Por eso, en lugar de sumarme a la opinión de quienes fraccionan la angustia en géneros diferentes según la edad a que se presenta en la vida del sujeto, he de proponer una concepción estructural que no se organizará en derredor de un centro o de un paradigma, sino por lo menos de dos, según un carácter distintivo diferente de los sustentados hasta ahora.

Es posible dar legítimo fundamento a la angustia de castración entendiendo que en ella se subsume el conjunto de las angustias ligadas a la "pequeña cosa desprendida del cuerpo", se trate del pene, de las heces, del hijo. Lo que imparte unidad a esta clase es que en todos los casos la castración es evocada en el contexto de una herida corporal asociada a un acto sangrante. Atribuyo más importancia a esta idea de angustia "roja" que a su relación con un objeto parcial.

Por el contrario, se trate del concepto de la pérdida del pecho, o de la pérdida del objeto, y aun de las amenazas atinentes a la pérdida o a la protección del superyó, y de manera general de todas las amenazas de abandono, el contexto en ningún caso es sanguinario. Es cierto que todas las formas de angustia se acompañan de destructividad; también la castración, puesto que sin duda la herida es el producto de una destrucción. Pero esta destructividad no guarda relación alguna con una mutilación sangrienta. Tiene los colores del duelo: negro o blanco. Negro como en la depresión grave, blanco como en los estados de vacío a los que hoy se presta justificada atención.

He de sostener la hipótesis de que el negro siniestro de la depresión,

212

que legítimamente podemos reconducir al odio que se comprueba en el psicoanálisis de los deprimidos, es sólo producto secundario, consecuencia y no causa, de una angustia "blanca" que traduce la pérdida experimentada en el nivel del narcisismo.

Ya he descrito la alucinación negativa y la psicosis blanca; no he de volver entonces sobre lo que supongo conocido, y refiero la angustia blanca o el duelo blanco a esta serie.

La serie "blanca", alucinación negativa, psicosis blanca y duelo blanco, atinentes todos estos fenómenos a lo que se podría llamar la clínica del vacío o la clínica de lo negativo, son el resultado de una de las componentes de la represión primaria: una desinvestidura masiva, radical y temporaria, que deja huellas en lo inconciente en la forma de "agujeros psíquicos" que serán colmados por reinvestiduras, expresiones de la destructividad liberada así, por ese debilitamiento de la investidura libidinal erótica. Las manifestaciones del odio y los procesos de reparación a ellas consiguientes, son manifestaciones secundarias respecto de esa desinvestidura central del objeto primario, materno. Bien se comprende que esta concepción importa una modificación para la técnica analítica, puesto que limitarse a interpretar el odio dentro de las estructuras que cobran rasgos depresivos equivaldría a no abordar nunca el núcleo primario de esta constelación.

El Edipo debe ser mantenido como matriz simbólica esencial a la que es importante referirse siempre, aun en los casos en que la regresión se califica de pregenital o preedípica, lo que implica la referencia a una triangulación axiomática. Por más adelante que se lleve el análisis de la desinvestidura del objeto primario, el destino de la psique humana es siempre tener *dos* objetos, nunca uno solo, no importa cuán lejos nos remontemos para delinear la estructura psíquica pretendidamente más primitiva. Esto no significa que sea obligatorio adherir a la concepción de un Edipo primitivo -filogenético- en que el padre como tal estaría presente, aunque fuera en la forma de su pene (me viene aquí a la memoria la concepción arcaica de Melanie Klein, del pene del padre en el vientre de la madre). El padre está ahí, a la vez en la madre y en el hijo, desde el origen. Más exactamente, *entre* la madre y el hijo. Del lado de la madre, esto se expresa en su deseo del padre, cuya realización es el hijo. Del lado del hijo, se podrá reconducir al padre, con posterioridad, todo cuanto anticipa la existencia de un

tercero, cada vez que la madre no está enteramente presente y que la investidura que hace del hijo no es total ni absoluta, al menos en la ilusión que este tiene hacia ella, antes de lo que se ha convenido en llamar la pérdida de objeto.

Es así como es preciso dar razón de la solidaridad que anuda la pérdida metafórica del pecho, la mutación simbólica de las relaciones entre placer y realidad -erigididos, con posterioridad, en principios-, la prohibición del incesto y la doble figuración de las imágenes de la

213

madre y del padre, potencialmente reunidos, en el fantasma de una escena primitiva hipotética y concebida fuera del sujeto, y de la que el sujeto *se ausenta* y se constituye en la ausencia de la representación afectiva que da nacimiento al fantasma, producción de la "locura" del sujeto.

¿Por qué metafórica? El recurso a la metáfora, que es válido para todos los elementos esenciales de la teoría psicoanalítica, es aquí particularmente necesario. En un trabajo anterior,²⁰³ señalé que existían dos versiones freudianas de la pérdida del pecho. La primera, teórica y conceptual, es la que se expone en el artículo de Freud sobre "La negación" (1925). Freud se refiere a ella como si se tratara de un suceso fundador único, instantáneo; cabe decir decisivo, puesto que su repercusión en la función del juicio es fundamental. En cambio, en *Esquema del psicoanálisis* (1938), sobre todo, adopta una posición menos teórica que descriptiva, como si hiciera observación de bebé, tan de moda en nuestros días. Aquí no da razón del fenómeno de manera teórica, sino de manera "narrativa", si puedo decirlo así, en que se comprende que esta pérdida es un proceso de evolución progresiva que se cumple paso a paso. Ahora bien, en mi opinión, abordaje descriptivo y abordaje teórico se excluyen, en cierto modo como la percepción y la memoria se excluyen en la teoría. El recurso a esta comparación no es meramente analógico. En la "teoría" que el sujeto elabora acerca de sí mismo, la interpretación mutativa es siempre retrospectiva. Sólo con posterioridad se forma esta teoría del objeto perdido, que así cobra su carácter fundador único, instantáneo, decisivo, cortante, si es que se me permite la expresión.

El recurso a la metáfora no está justificado sólo de un punto de vista diacrónico, sino también del punto de vista sincrónico. Los partidarios más cerriles de la referencia al pecho en la teoría psicoanalítica contemporánea, los kleinianos, admiten ahora, agitando humildemente su vino, que el pecho no es más que una palabra destinada a designar a la madre, para satisfacción de los teóricos no kleinianos que a menudo psicologizan el psicoanálisis. Es preciso conservar la metáfora del pecho, porque el pecho, como el pene, sólo puede ser simbólico. Por intenso que sea el placer de succión ligado al pezón o a la tetina, el placer erógeno tiene el poder de retraer a él todo cuanto de la madre no es el pecho: su olor, su piel, su mirada, y las otras mil componentes que "hacen" a la madre. El objeto metonímico se ha convertido en metáfora del objeto.

De pasada podemos señalar que no tenemos dificultad alguna para razonar de igual manera cuando hablamos de la relación sexual amorosa, retrayendo el conjunto de una relación en lo demás compleja

214

a la cópula pene-vagina y reconduciendo sus peripecias a la angustia de castración.

²⁰³ A. Green, "The Borderline Concept", en P. Hartocollis, ed., *Borderline Personality Disorders*, International University Press.

Se comprenderá, entonces, que en el momento en que me adentro con más profundidad en los problemas atinentes a la madre muerta, me refiero a esta como una metáfora, independiente del duelo de un objeto real.

El complejo de la madre muerta

El complejo de la madre muerta es una revelación de la transferencia. Cuando el sujeto se presenta por primera vez ante al analista, los síntomas de que se queja no son en lo esencial de tipo depresivo. Casi siempre estos síntomas reflejan el fracaso de una vida afectiva amorosa o profesional, que es la base de los conflictos más o menos agudos con los objetos próximos. No es raro que el paciente cuente de manera espontánea una historia personal, frente a la cual el analista piensa, para su fuero interno, que en ese momento habría debido o habría podido situarse una depresión de la infancia, que el sujeto no acusa. Esta depresión, que a veces tiene esporádicas traducciones clínicas, sólo saldrá a la luz en la transferencia. En cuanto a los síntomas neuróticos clásicos, están presentes, pero son de valor secundario o, aun si son importantes, el analista tiene el sentimiento de que el análisis de su génesis no aportará la clave del conflicto. Por el contrario, en el primer plano se sitúa la problemática narcisista, en que las exigencias del ideal del yo son considerables, en sinergia con el superyó o en oposición a él. El sentimiento de impotencia es nítido. Impotencia para salir de una situación de conflicto; impotencia para amar, para sacar partido de las propias capacidades, para aumentar sus conquistas o, cuando esto se consigue, insatisfacción profunda con el resultado.

Cuando el análisis se empeña, la transferencia revela, a veces con mucha rapidez, pero más a menudo después de largos años de análisis, una depresión singular. El analista tiene el sentimiento de una discordancia entre la *depresión de transferencia* -expresión que acuño aquí para oponerla a la neurosis de transferencia- y un comportamiento exterior en que la depresión no se vuelca, puesto que nada indica que el contorno la perciba con claridad, lo que por otra parte no impide que los prójimos padezcan a causa de las relaciones de objeto que el analizando anuda con ellos.

Lo que esta depresión de transferencia indica es la repetición de una depresión infantil, cuyos rasgos me parece inútil definir.

No se trata de una depresión por pérdida real de un objeto; quiero decir que no está en juego aquí el problema de una separación real del objeto, que habría abandonado al sujeto. Este hecho puede haberse producido, pero no constituye el complejo de la madre muerta.

215

El rasgo esencial *Je esta depresión es que se produce en presencia del objeto, él mismo absorbido por un duelo.* La madre, por alguna razón, se ha deprimido. La variedad de los factores desencadenantes es aquí muy grande. Desde luego, entre las causas principales de esa depresión materna encontramos la pérdida de un ser querido: hijo, progenitor, amigo íntimo, o cualquier otro objeto investido fuertemente por la madre. Pero también se puede tratar de una depresión desencadenada por una decepción que inflige una herida narcisista: un revés de la fortuna en la familia nuclear o en la familia de origen, un enredo amoroso del padre, que abandona a la madre, una humillación, etcétera. En todos los casos, la tristeza de la madre y la disminución de su interés por el hijo se sitúan en el primer plano.

Considero importante destacar que el caso más grave es la muerte de un hijo a edad temprana, según todos los autores lo han admitido. Insisto muy particularmente en la causa, cuya ocultación es total porque al hijo le faltan los signos que le permitieran reconocerla, y cuyo conocimiento retrospectivo no es posible puesto que se basa en un secreto: el aborto de la madre, que en el análisis es preciso reconstruir sobre la base de indicios mínimos. Construcción hipotética, desde luego, que imparte coherencia a las expresiones del material atribuible a períodos ulteriores de la historia del sujeto.

Lo que entonces se produce es un cambio brutal, verdaderamente mutativo de la imago materna. Hasta ese momento, como lo atestigua la presencia en el sujeto de una auténtica vitalidad que experimentó una detención brusca, una varadura que la mantiene bloqueada para lo sucesivo, se había anudado con la madre una relación rica y feliz. El hijo se sintió amado, con todas las contingencias que supone aun la más ideal de las relaciones. Las fotografías del bebito lo muestran en el álbum de la familia alegre, vivaz, interesado, pleno de potencialidades, en tanto que clisés más tardíos atestiguan la pérdida de esa felicidad primera. Todo se habría terminado, como en esas civilizaciones desaparecidas para las cuales los historiadores en vano buscan la causa de su muerte, con la hipótesis de un terremoto que habría destruido palacio, templo, edificios y salas, de los que sólo quedan ruinas. Aquí el desastre se limita a un *núcleo frío*, que ulteriormente será rebasado, pero que deja una marca indeleble sobre las investiduras eróticas de los sujetos en cuestión.

La transformación en la vida psíquica, en el momento del duelo repentino de la madre que desinveste brutalmente a su hijo, es vivida por este como una catástrofe. Por una parte, porque sin signo alguno previo el amor se ha perdido de golpe. El trauma narcisista que este cambio representa no necesita ser expuesto extensamente. No obstante, es preciso destacar que constituye una desilusión anticipada y que lleva consigo, además de la pérdida de amor, una pérdida de *sentido*, pues el bebé no dispone de explicación alguna para dar razón de lo que ha sobrevenido. Puesto que sin duda se vive

216

como el centro del universo materno, está claro que interpreta esta decepción como la consecuencia de sus pulsiones hacia el objeto. Esto es grave sobre todo cuando el complejo de la madre muerta adviene en el momento en que el niño ha descubierto la existencia del tercero, el padre, e interpreta la investidura nueva como la causa de la desinvestidura materna. De todas maneras, en esos casos hay triangulación precoz y desequilibrada. En efecto, o como acabo de decir se atribuye a la investidura del padre por la madre el retiro del amor materno, o ese retiro está destinado a provocar una investidura particularmente intensa y prematura del padre como salvador del conflicto que se desarrolla entre el hijo y la madre. Ahora bien, en la realidad, en la mayoría de los casos el padre no responde a la aflicción del hijo. He ahí al sujeto tomado entre una madre muerta y un padre inaccesible, porque este se preocupa sobre todo por el estado de la madre sin acudir en auxilio del hijo, o porque deja a la pareja madre-hijo librarse sola de esta situación.

Después que el hijo ha intentado una vana reparación de la madre absorbida por su duelo, lo que le ha hecho sentir toda la medida de su impotencia; después que ha vivenciado la pérdida del amor de la madre y la amenaza de la pérdida de la madre misma, y ha luchado contra la angustia por diversos medios activos, cuyos signos son la agitación, el insomnio o los terrores nocturnos, el yo pondrá en práctica una serie de defensas de otra índole:

1. La primera y más importante será un movimiento único, con dos vertientes: la *desinversión del objeto materno* y la *identificación inconsciente con la madre muerta*. La desinversión, sobre todo afectiva, pero también representativa, constituye un asesinato psíquico del objeto, perpetrado sin odio. Se comprende que la aflicción materna impide la emergencia de un contingente de odio susceptible de dañar todavía más su imagen.

De esta operación de desinversión de la imagen materna no se infiere ninguna destructividad pulsional; su resultado es la constitución de un agujero en la trama de las relaciones de objeto con la madre; esto no impide que las inversiones periféricas se mantengan, del mismo modo como el duelo de la madre modifica su actitud fundamental hacia el hijo, porque se siente impotente para amarlo, aunque lo sigue amando y se sigue ocupando de él. Pero, como se suele decir, no lo hace de corazón.

El otro aspecto de la desinversión es la identificación con el objeto en una modalidad primaria. Esta identificación especular es casi obligatoria después que fracasaron reacciones de complementariedad (alegría artificial, agitación, etcétera). Esta simetría reaccional es el único medio que permite restablecer una reunión con la madre, quizás en la modalidad de la simpatía. De hecho, no hay reparación verdadera, sino mimetismo; como ya no se puede tener al objeto, el objetivo es seguir poseyéndolo deviniendo él mismo, no

217

como él. Esta identificación, condición de la renuncia al objeto y, al mismo tiempo, de su conservación en el modo canibático, es inconsciente desde el comienzo. Es una diferencia con la desinversión, que sólo en un segundo momento se vuelve inconsciente; en este caso, en efecto, la retirada es retorsiva: está destinada a desembarazarse del objeto. En cambio, la identificación se produce a espaldas del yo del sujeto y contra su voluntad; de ahí su carácter alienante. En las ulteriores relaciones de objeto, el sujeto, presa de la compulsión de repetición, habrá de poner activamente en práctica la desinversión de un objeto en vías de decepcionar; así repetirá la defensa antigua, pero siendo por entero inconsciente de su identificación con la madre muerta, a la que anudará en lo sucesivo sus pasos en la reinversión de las huellas del trauma.

2. El segundo hecho es, como he señalado, la *pérdida del sentido*. La "construcción" del pecho, de que el placer es causa, meta y garante, se ha derrumbado de repente, sin razón. Aun si imaginamos el tras-torno de la situación por parte del sujeto, quien se atribuye, en una megalomanía negativa, la responsabilidad de la mutación, existe una desproporción insalvable entre la falta que el sujeto se reprocha haber cometido y la intensidad de la reacción materna. A lo sumo podría llegar a pensar que esa falta se liga a su manera de ser, y no a algún deseo prohibido; de hecho, se le vuelve prohibido ser.

Esta posición, que movería al niño a dejarse morir por la imposibilidad de derivar la agresividad destructora hacia afuera, ante la vulnerabilidad de la imagen materna, lo obliga a encontrar un responsable del humor negro de la madre, así sea un chivo emisario. Es el padre el destinado a esto. Comoquiera que fuere, hay, lo repito, triangulación precoz, puesto que intervienen el hijo, la madre y el objeto desconocido del duelo de la madre. El objeto desconocido del duelo y el padre se condensan entonces para el hijo, lo que crea un Edipo precoz.

Toda esta situación creada por la pérdida del sentido determina un segundo frente de defensa:

3. *El desencadenamiento de un odio secundario*, que no es ni primero ni fundamental, y que moviliza deseos de incorporación regresiva, pero también posiciones anales teñidas de un sadismo maníaco en que se trata de dominar al objeto, mancillarlo, vengarse de él, etcétera.

4. *La excitación autoerótica* se instala por la búsqueda de un placer sensual puro, placer de órgano en el caso límite, sin ternura, sin piedad, que no necesariamente se acompaña de fantasmas sádicos, pero se caracteriza por una reticencia en amar al objeto. Este es el fundamento de las identificaciones históricas futuras. Hay disociación precoz entre el cuerpo y la psique, así como entre sensualidad

218

y ternura, y bloqueo del amor. El objeto es buscado por su capacidad para desencadenar el goce aislado de una zona erógena o varias, sin confluencia en un goce compartido por dos objetos más o menos totalizados.

5. Por último, y sobre todo, *la procura de un sentido perdido estructura el desarrollo precoz de las capacidades fantasmáticas e intelectuales del yo*. El desarrollo de una frenética actividad de juego no se cumple en la libertad de jugar, sino en el *constreñimiento de imaginar*; del mismo modo como el desarrollo intelectual se inscribe en el *constreñimiento de pensar*. Ejecución y autorreparación se dan la mano para concurrir al mismo objetivo: la preservación de una capacidad para superar el desconcierto de la pérdida del pecho por la creación de un pecho *aplicado*, a modo de una tela cognitiva destinada a enmascarar el agujero de la desinvestidura, al tiempo que el odio secundario y la excitación erótica borbotan en el borde del abismo vacío.

Esta actividad intelectual sobreinvertida necesariamente lleva consigo una cuota considerable de proyección. Contrariamente a la opinión tan difundida, la proyección no siempre es un razonamiento falso. Puede ser así, pero no lo es necesariamente. Lo que define a la proyección no es el carácter verdadero o falso de lo proyectado, sino la operación que consiste en llevar a la escena de afuera — es decir, la del objeto- la investigación y aun la adivinación; llevar a la escena de afuera, entonces, lo que debe ser rechazado y abolido adentro. El niño ha hecho la cruel experiencia de que depende de las variaciones del humor de la madre. En lo sucesivo consagra sus esfuerzos a adivinar o anticipar.

La unidad comprometida del yo, que ha quedado agujereado, se realiza en el plano del fantasma, y entonces da origen abiertamente a la creación artística; o en el plano del conocimiento, y genera una intelectualización muy rica. Está claro que asistimos a una tentativa de dominio de la situación traumática. Pero ese dominio está condenado al fracaso. No es que fracase ahí donde ha desplazado el teatro de operaciones. Esas sublimaciones idealizadas precoces han nacido de formaciones psíquicas prematuras, y sin duda precipitadas, pero yo no veo razón alguna, salvo que cultivemos una ideología normativa, para cuestionar su autenticidad. Su fracaso está en otra parte. Las sublimaciones resultarán ser incapaces de desempeñar un papel equilibrador en la economía psíquica porque el sujeto permanece vulnerable en un punto particular, a saber, su vida amorosa. En este terreno, la herida despertará un dolor psíquico y se asistirá a una resurrección de la madre muerta, que, durante toda la crisis en que recupera el primer plano de la escena, disolverá todas las adquisiciones sublimatorias del sujeto; estas no se pierden, pero quedan bloqueadas por el momento. Unas veces es el amor el que reinicia el desarrollo de las adquisiciones sublimadas; otras son estas las que

intentan desbloquear el amor. Este y aquellas pueden conjugar esfuerzos por un tiempo, pero pronto la destrucción sobrepasa las posibilidades del sujeto, que no dispone de las investiduras necesarias para establecer una relación objetual duradera ni para el compromiso personal más y más profundo que exige el cuidado del otro. Por fuerza sobrevienen la decepción del objeto, o la del yo; estas decepciones ponen fin a la experiencia, y resurge el sentimiento de fracaso, de incapacidad. El paciente tiene el sentimiento de una maldición que pesara sobre él, la de la madre muerta que no termina de morir y que lo mantiene prisionero. El dolor, sentimiento narcisista, rea-flora. Es sufrimiento instalado en el borde de la herida, que colorea todas las investiduras, que colma los efectos del odio, de la excitación erótica, de la pérdida del pecho. En el dolor psíquico, es imposible así odiar como amar; es imposible gozar, aun masoquistamente; es imposible pensar. Sólo existe el sentimiento de un cautiverio que despoja al yo de él mismo y lo aliena en una figura irrepresentable. La trayectoria del sujeto se asemeja a una caza en procura de un objeto inintroyectable, sin posibilidad de renunciar a él o de perderlo, pero sin más posibilidad de aceptar su introyección en el yo investido por la madre muerta. En suma, los objetos del sujeto permanecen siempre en el límite del yo, ni completamente adentro, ni enteramente afuera. Y con razón, puesto que el lugar está ocupado, en el centro, por la madre muerta.

Durante mucho tiempo, el análisis de estos sujetos se demora en el examen de los conflictos clásicos: el Edipo, las fijaciones pregenitales, anales y orales. Una y otra vez se interpretaron las represiones que pesan sobre la sexualidad infantil, sobre la agresividad. Sin duda, se han manifestado progresos. No convencen para nada al analista, aun si el propio analizando procura confortarse señalando los puntos en que cabría estar satisfecho.

De hecho, ese trabajo psicoanalítico permanece expuesto a hundimientos espectaculares en que todo torna a aparecer como el primer día, hasta que el analizando comprueba que no puede seguir engañándose y no le quedan escapatorias frente a la certificación de carencia del objeto trasferencial: el analista; y esto a despecho de sus maniobras relacionales con objetos que hacen de soporte de las transferencias laterales que lo ayudaron a evitar el abordaje del núcleo central del conflicto.

En estas curas terminé por comprender que permanecía sordo a cierto discurso que mis analizan dos me dejaban adivinar. Tras las eternas quejas acerca de la mezquindad de la madre, de su incomprensión o de su rigidez, yo adivinaba sin duda el valor defensivo de esos dichos, frente a una homosexualidad intensa. Homosexualidad femenina en los dos sexos, pues en el varoncito es la parte femenina de la personalidad psíquica la que así se expresa, a menudo en procura de una compensación paterna. Pero seguía preguntándome por

qué la situación se prolongaba. *Mi sordera recaía sobre el hecho de que tras las quejas acerca de las actuaciones de la madre, de sus acciones, se bosquejaba la sombra de su ausencia.* De hecho, la queja contra X se dirigía a una madre absorta, sea por ella misma o por otra cosa, e indisponible sin eco, pero siempre triste. Una madre muda, aunque fuera locuaz. Cuando estaba presente, se mantenía indiferente, aun cuando abrumaba al hijo con sus reproches. Entonces me representé la situación de manera muy diferente.

La madre muerta había arrastrado, en la desinvestidura de que había sido objeto, lo esencial del amor de que había estado investida antes de su duelo: su

mirada, el tono de su voz, su olor, el recuerdo de su caricia. La pérdida de contacto físico había producido la represión de la huella mnémica de su tacto. Había sido enterrada viva, pero aun su tumba había desaparecido. El agujero que estaba en su lugar hacía temer la soledad, como si el sujeto corriera el riesgo de perder ahí su cuerpo y sus bienes. En este sentido, ahora opino que el *holding* de que habla Winnicott, la acción de sostener al bebé, no es lo que explica el sentimiento de caída vertiginosa que experimentaron algunos de nuestros pacientes. Esta, a mi juicio, se relaciona mucho más con una experiencia de desfallecimiento psíquico, que sería a la psique lo que el desmayo es al cuerpo físico. Hubo enquistamiento del objeto y borrada de su huella por desinversión; hubo identificación primaria con la madre muerta y transformación de la identificación positiva en identificación negativa, es decir, identificación con el agujero dejado por la desinversión, y no con el objeto. E identificación con ese vacío que, periódicamente, cada vez que un objeto nuevo es elegido para ocuparlo, se llena y de repente se manifiesta por la alucinación afectiva de la madre muerta.

Todo cuanto se observa en torno de ese núcleo se organiza con un triple objetivo:

- a. Mantener al yo con vida; por el odio del objeto, por la búsqueda de un placer excitante, por la procura del sentido;
- b. reanimar a la madre muerta, interesarla, distraerla, devolverle el gusto por la vida, hacerla reír y sonreír;
- c. rivalizar con el objeto del duelo en la triangulación precoz.

Este tipo de pacientes plantea serios problemas técnicos, que no he de abordar aquí. Sobre este punto remito a mi trabajo dedicado al silencio del analista.²⁰⁴ Mucho me temo que la regla del silencio en estos casos no tenga otro efecto que perpetuar la transferencia del duelo blanco de la madre. Agregó que no me parece que pueda ayudar gran cosa aquí la técnica kleiniana de interpretación sistemática de la destructividad. Por el contrario, la posición de Winnicott, según

221

se expresa en su artículo sobre "La utilización del objeto",²⁰⁵ me parece adecuada. Pero me temo que Winnicott pudo haber subestimado mucho la importancia de los fantasmas sexuales, en particular de la escena primitiva, que más adelante abordaré.

El amor helado y sus destinos: el pecho, el Edipo, la escena primitiva

La ambivalencia es un rasgo fundamental de las investiduras de los depresivos. ¿Qué ocurre con ella en el complejo de la madre muerta? Estaba incompleta mi anterior descripción de la desinversión afectiva y representativa, de que el odio es una consecuencia. Pero importa entender bien que en la estructura que he expuesto, la incapacidad para amar no obedece a la ambivalencia, es decir a la sobrecarga de odio, sino en la medida en que lo primero es el *amor helado* por la desinversión. El objeto está en una suerte de hibernación, conservado en frío. Esta operación se ha producido sin que el sujeto lo supiera; he aquí cómo: la desinversión es un retiro de investidura que se cumple (pre)concientemente. El

²⁰⁴ A. Green, "Le silence du psychanalyste", *Topique*, n° 23.

²⁰⁵ En *Realidad y juego*, op. cit.

odio reprimido es el resultado de una desintrincación pulsional; en efecto, cualquier desligazón que debilita la investidura libidinal erótica tiene por consecuencia liberar las investiduras destructivas. En el acto de retirar sus investiduras, el sujeto, que cree haberlas retraído sobre su yo, porque no podía desplazarlas sobre otro objeto, sobre un objeto sustitutivo, no sabe que ahí ha abandonado, ha alienado su amor por el objeto caído en los fosos de la represión primitiva. Concientemente, cree que su reserva de amor está intacta, disponible para otro amor cuando se presente la ocasión. Se declara dispuesto a investir un objeto nuevo si este se muestra amable y si él puede sentirse amado por ese objeto. El objeto primario, supuestamente, ya no cuenta para él. De hecho, se encontrará con su incapacidad para amar, no sólo a causa de la ambivalencia, sino porque su amor sigue hipotecado por la madre muerta. El sujeto es rico, pero no puede dar nada a pesar de su generosidad porque no dispone de su riqueza. Nadie le ha quitado su propiedad afectiva, pero este no tiene el usufructo de ella.

En el curso de la transferencia, la sexualización defensiva que regía hasta *entonces*, que siempre llevaba consigo satisfacciones pregenitales intensas y desempeños sexuales notables, se detiene bruscamente y al analizarlo se encuentra con que su vida sexual aminora o se desvanece hasta volverse casi nula. Según él, no se trata de inhibición ni de pérdida de apetito sexual: simplemente, qué hacer, ninguna persona es deseable, y cuando esto por casualidad ocurre, él o ella

222

no lo desea a uno. Una vida sexual profusa, dispersa, múltiple, fugaz, ya no aporta satisfacción alguna.

Frenados en su capacidad para amar, los sujetos que están en poder de una madre muerta ya no pueden aspirar a otra cosa que a la autonomía. Les está prohibido compartir. Cambia entonces de signo la soledad, que era una situación angustiante que se debía evitar. De negativa, se vuelve positiva. Antes se huía de ella, ahora se la busca. El sujeto se anida. Se convierte en su propia madre, pero sigue prisionero de su economía de supervivencia. Cree que ha despedido a su madre muerta. De hecho, esta no lo deja en paz, como no sea en la medida en que a ella misma la dejen en paz. Mientras no aparece un candidato a la sucesión, puede dejar sobrevivir a su hijo, segura de ser la única poseedora del amor inaccesible.

Este núcleo frío quema como el hielo y anestesia como este, pero, mientras se lo siente frío, el amor permanece indisponible. Apenas se trata de metáforas. Estos analizados se quejan de tener frío en pleno calor. Tienen frío bajo la piel, en los huesos, se sienten transidos por un estremecimiento fúnebre, envueltos en su sudario. Todo ocurre como si el núcleo helado del amor por la madre muerta no impidiera la evolución ulterior hacia el complejo de Edipo, de la misma manera como la fijación será sobrepasada después en la vida del individuo. En efecto, estos sujetos llevan una vida profesional más o menos satisfactoria, se casan, tienen hijos. Por un tiempo, todo parece en orden. Pero pronto la repetición de los conflictos hace que los dos sectores esenciales de la vida, amar y trabajar, resulten unos fracasos: la vida profesional, aun cuando está profundamente investida, se vuelve decepcionante, y las relaciones conyugales llevan a perturbaciones profundas del amor, de la sexualidad, de la comunicación afectiva. En todo caso, es esta última la que falta más. En cuanto a la sexualidad, depende de la aparición más o menos tardía del complejo de la madre muerta. Esta puede ser preservada relativamente, pero sólo hasta cierto punto. Por fin, el amor es siempre incompletamente satisfecho; en el caso extremo es de todo punto imposible; en el

mejor de los casos, siempre más o menos mutilado o inhibido. No debe haber demasiado: demasiado amor, demasiado placer, demasiado goce, mientras que por el contrario la función parental es sobreinvertida. Sin embargo, esta función casi siempre está infiltrada por el narcisismo. Los hijos son amados a condición de que satisfagan los objetivos narcisistas que los padres mismos no lograron cumplir.

Comprendemos entonces que si el Edipo es abordado y aun se lo sobrepasa, el complejo de la madre muerta ha de volverlo particularmente dramático. La fijación materna ha de impedir a la hija investir alguna vez la imago del padre sin temer la pérdida del amor materno o, si el amor por el padre es profundamente reprimido, sin poder evitar la transferencia sobre la imago del padre de una parte importante de las características proyectadas sobre la madre. No la madre

223

muerta, sino su contrario, la madre fálica cuya estructura ya he intentado describir.²⁰⁶ Es una imago semejante la que el varón proyecta sobre su madre, mientras el padre es objeto de una homosexualidad poco estructurante que lo convierte en un personaje inaccesible y, según la terminología en uso, insignificante o fatigado, deprimido, vencido por esa madre fálica. En todos los casos hay regresión a la analidad, el sujeto no regresa solamente del Edipo hacia atrás, en todos los sentidos del término, sino que por el empecinamiento anal se protege de una regresión oral a que la madre muerta remite siempre, puesto que complejo de la madre muerta y pérdida metafórica del pecho se reverberan. De igual manera hallamos siempre una defensa por la realidad, como si el sujeto experimentara la necesidad de aferrarse a la presencia de lo percibido como real indemne frente a cualquier proyección, porque en manera alguna está seguro de la distinción entre fantasma y realidad, que se empeña en mantener escindidos. El fantasma no debe ser más que fantasma, es decir, que en el límite se asiste a la negación de la realidad psíquica. Cuando fantasma y realidad se superponen, aparece una angustia enorme. La confusión de lo subjetivo y lo objetivo impresiona al sujeto como una amenaza psicótica. El orden se debe mantener a toda costa por medio de una referencia anal estructurante que permite hacer funcionar continuamente la escisión y, sobre todo, mantener al sujeto apartado de lo que ha sabido de su inconciente. Es decir que su psicoanálisis le permite más comprender a los otros, que ver claro en él mismo. De ahí la inevitable decepción de los efectos que esperaba del análisis, no obstante muy investido, narcisistamente casi siempre.

La madre muerta se rehúsa a morir su muerte segunda. Muchas veces el analista se dice: "Esta vez está hecho; está bien muerta la vieja, él (o ella) podrá vivir al fin, y yo podré respirar un poco". Un trauma mínimo se presenta en la transferencia o en la vida: hete aquí que devuelve a la imago materna una vitalidad nueva, si me puedo expresar así. En efecto, es una hidra de mil cabezas, a la que cada vez uno cree haber cortado el cuello. Pero sólo había alcanzado una de sus cabezas. ¿Dónde está, pues, el pescuezo de la bestia?

Un prejuicio habitual quiere que vayamos a lo más profundo: al pecho primordial. Es un error; no está ahí el fantasma fundamental. Es que así como es la relación con el segundo objeto en el Edipo la que retroactivamente revela el complejo que afecta al objeto primario, la madre, de la misma manera no es atacando frontalmente la relación oral como se extirpa el núcleo del complejo. La solución se encontrará en el prototipo del Edipo, en la matriz simbólica que permite a este construirse. El complejo de la madre muerta libra entonces su secreto: me refiero al fantasma de la escena primitiva.

²⁰⁶ A. Green, "Sur la mère phallique", *Revue française de psychanalyse*, 1968, 32, págs. 1-38.

El psicoanálisis contemporáneo, según muchos indicios lo atestiguan, ha comprendido (si bien es cierto que tardíamente) que si el Edipo seguía siendo la referencia estructural indispensable, las condiciones determinantes del Edipo no se debían buscar en sus precursores genéticos oral, anal o fálico, considerados desde el ángulo de las referencias realistas (en efecto, oralidad, analidad y falicidad dependen de relaciones de objeto que en parte son reales), ni en una fantasmática generalizada de su estructura, al modo de Melanie Klein, sino en el fantasma isomorfo del Edipo: el de la escena primitiva. Insisto en este fantasma de la escena primitiva a fin de deslindarme bien de la posición freudiana, como la expone en "El Hombre de los Lobos", donde Freud busca, con intención polémica contra Jung, las pruebas de su realidad. Ahora bien, lo que cuenta en la escena primitiva no es haber sido su testigo, sino justamente lo contrario, a saber, que se desarrolló en ausencia del sujeto.

En el caso particular que nos ocupa, el fantasma de la escena primitiva tiene importancia capital. En efecto, es con ocasión del encuentro de una coyuntura y de una estructura, que pone en juego a *dos* objetos; con ocasión de ese encuentro, entonces, es como el sujeto será confrontado con las huellas mnémicas que se relacionan con el complejo de la madre muerta. Esas huellas mnémicas han sido fuertemente reprimidas por la desinvertidura. Permanecen por así decir en suspensión en el sujeto, que del período correspondiente al complejo sólo ha conservado un recuerdo muy parcial. En ocasiones todo cuanto ha quedado es un recuerdo encubridor de aspecto anodino. El fantasma de la escena primitiva no sólo ha de reinvestir esos vestigios, sino que ha de conferirles, por una investidura nueva, efectos nuevos, que constituyen un verdadero *abrasamiento*, un incendio de la estructura, que con posterioridad imparte significación al complejo de la madre muerta.

Todo resurgimiento de ese fantasma constituye una *actualización proyectiva*, en que la proyección tiene por objeto mitigar la herida narcisista. Por actualización proyectiva denoto un proceso en virtud del cual la proyección no sólo desembaraza al sujeto de sus tensiones internas proyectándolas sobre el objeto, sino que constituye una *revivencia*, y no una *reminiscencia*, una repetición traumática y dramática *actuales*. ¿Qué papel desempeña el fantasma de la escena primitiva en el caso que nos ocupa? Por una parte, el sujeto experimenta la medida de la distancia infranqueable que lo separa de la madre. Esta distancia le hace vivir la ira impotente por no poder establecer el contacto, en el sentido más estricto, con el objeto. Por otra parte, el sujeto mismo se siente incapaz de despertar a esta madre muerta, de animarla, de infundirle vida. Pero esta vez su rival no es el objeto que acaparaba a la madre muerta en el duelo que ella vivía; él mismo se convierte en el objeto tercero, que, contrariamente a toda expectativa, demuestra ser apto para devolverle la vida y procurarle el placer del goce.

Es ahí donde se aloja la situación repelente, que reactiva la pérdida de la omnipotencia narcisista y despierta el sentimiento de una invalidez libidinal inconmensurable. Por sí mismo se comprende que la reacción a esta situación ha de traer consigo una serie de consecuencias, que pueden aparecer aisladas o en grupo:

1. La persecución por ese fantasma, y el odio a los dos objetos que se forman en detrimento del sujeto.

2.La interpretación, clásica, de la escena primitiva como escena sádica, pero en que el hecho esencial es que la madre no goza, sino que sufre, o bien goza a pesar de ella, compelida por la violencia paterna.

3.Una variante de esta última situación, en que la madre gozante se vuelve, por ello, cruel, hipócrita, comediante, suerte de monstruo lúbrico que la convierte en la Esfinge del mito edípico, mucho más que en la madre de Edipo.

4.La identificación alternante con las dos imagos: con la madre muerta, ya permanezca en su posición inalterable, o se entregue a una excitación erótica de tipo sadomasoquista; y con el padre, agresor de la madre muerta (fantasma necrofilico), o reparador por la relación sexual. Lo más frecuente es que el sujeto pase, según los momentos, a una u otra de esas dos identificaciones.

5.La deslibidinalización erótica y agresiva de la escena en favor de una actividad intelectual intensa, narcisistamente restauradora ante esa situación confusionante, en que la procura de un sentido otra vez perdido lleva a la formación de una teoría sexual y estimula una actividad "intelectual" extensiva, que restaura la omnipotencia narcisista herida, con sacrificio de las satisfacciones libidinales. Otra solución: la creación artística, vehículo de un fantasma de auto suficiencia.

6.La negación, en bloque, de todo el fantasma, con la investidura rectora de la ignorancia de todo lo que se refiere a las relaciones sexuales, que hace coincidir en el sujeto el vacío de la madre muerta y la borradura de la escena. El fantasma de la escena primitiva se convierte en el pivote central de la vida del sujeto; este fantasma cubre con su sombra el complejo de la madre muerta. Se desarrolla en dos direcciones: hacia adelante y hacia atrás.

Hacia adelante, es la anticipación del Edipo, que entonces se vivirá según el esquema de las defensas frente a la angustia del fantasma de la escena primitiva. Los tres factores antieróticos, es decir, el odio, la homosexualidad y el narcisismo conjugarán sus efectos para que el Edipo se estructure mal.

Hacia atrás, la relación con el pecho es objeto de una reinterpretación radical. Es con posterioridad como se vuelve significativa. El duelo blanco de la madre muerta remite al pecho, que, superficialmente, está cargado de proyecciones destructivas. De hecho, no se trata tanto de un pecho malo que no se da, cuanto de un pecho

226

que, aun cuando se da, es un pecho ausente (y no perdido), absorbido por la nostalgia de una relación que se echa de menos. Un pecho que no puede ser ni colmado ni colmante. Esto trae por consecuencia que la reinvestidura de la relación dichosa con el pecho, anterior al advenimiento del complejo de la madre muerta, es afectada esta vez por el signo de lo efímero, de la amenaza catastrófica y aun, si se me permite expresarlo así, es un *pecho falso*, vehiculizado por un *sí-mismo falso*, que nutre a un *bebé falso*. Esa dicha era un espejismo. "Nunca he sido amado" se convierte en una nueva divisa a que el sujeto se aferrará y que se esforzará en verificar en su vida amorosa ulterior. Comprendemos que estamos frente a un duelo imposible, y que la pérdida metafórica del pecho se vuelve inelaborable por ese hecho. Conviene agregar una precisión sobre los fantasmas orales canibálicos. Por contraposición a lo que ocurre en la melancolía, aquí no hay regresión a esta fase. En cambio, se asiste sobre todo a una identificación con la madre muerta en el nivel de la relación oral, y con las defensas que ella ha suscitado; y en todo esto, el sujeto teme al máximo la pérdida más completa del objeto, o la invasión por el vacío.

El análisis de la transferencia a través de esas tres posiciones hará que se recupere la dicha primitiva anterior a la aparición del complejo de la madre muerta. Esto demanda mucho tiempo, y es preciso recomenzar más de una vez antes de arrancar la decisión, es decir, antes que el duelo blanco y sus resonancias con la angustia de castración permitan desembocar en la repetición transferencial de una relación dichosa con una madre por fin viva y deseosa del padre. Este resultado pasa por el análisis de la herida narcisista que consumía al hijo en el duelo materno.

Particularidades de la transferencia

No me puedo extender sobre las consecuencias técnicas que traen los casos en que es posible identificar en la transferencia el complejo de la madre muerta. Esta transferencia ofrece notables singularidades. El análisis es investido fuertemente por el paciente. Acaso debemos decir el análisis, más que el analista. No porque este no lo sea. Pero la investidura del objeto transferencial, aunque aparenta ofrecer toda la gama del espectro libidinal, se enraiza profundamente en una tonalidad de índole narcisista. Más allá de las expresiones confesas, vehículo de afectos, con frecuencia muy dramatizadas, esto se traduce en una desafección secreta, justificada por una racionalización del tipo "Sé que la transferencia es un espejismo, y que de hecho todo es imposible con usted, en nombre de la realidad: entonces ¿para qué?". Esta posición se acompaña de una idealización de la imagen del analista, a quien es preciso mantener tal cual y a la vez seducir, a fin de provocar su interés y su admiración.

227

La seducción se produce por la procura intelectual, la procura del sentido perdido, reafirmadora del narcisismo intelectual y que por añadidura importa unas ofrendas preciosas hechas al analista. Tanto más cuanto que esta actividad se acompaña de una gran riqueza de representaciones y de un muy notable don de autointerpretación. que contrasta con el escaso efecto que tiene sobre la vida del paciente, que se modifica poco, sobre todo en el plano afectivo.

En estos casos el lenguaje del analizando adopta a menudo una retórica que he descrito en el capítulo 1 a raíz del narcisismo: el estilo narrativo. Su papel es conmover al analista, hacerlo partícipe, tomarlo como testigo en el relato de los conflictos con que se tropieza en el exterior. Es como un niño que contara a su madre su jornada escolar y los mil pequeños dramas que ha vivido, a fin de interesarla y de hacerla participar en lo que ha conocido en su ausencia.

Como se colegirá, el estilo narrativo es poco asociativo. Cuando las asociaciones se producen, son contemporáneas de ese movimiento de retirada discreta que hace decir que todo ocurre como si se tratara del análisis de otro, que no estuviera presente en la sesión. El sujeto se distancia, se desprende, para no ser invadido por el afecto de la revivencia, ni por la reminiscencia. Cuando cede a estas, surge la desesperación, que se muestra al desnudo.

De hecho, se observan en la transferencia dos rasgos notables: el primero es la no domesticación de las pulsiones; el sujeto no puede renunciar al incesto ni, por consiguiente, consentir el duelo materno. El segundo rasgo, sin duda el más notable, es que el análisis induce el vacío. Es decir que tan pronto como el analista consigue alcanzar un elemento importante del complejo nuclear de la madre muerta, el sujeto se siente, por un breve instante, vaciado, blanco, como si lo despojaran de un objeto tapa-agujero, vallado protector. En verdad, tras el

complejo de la madre muerta, tras el duelo blanco de la madre, se adivina la loca pasión de que ella es y sigue siendo objeto, que hace de su duelo una experiencia imposible. Toda la estructura del sujeto se orienta a un fantasma fundamental: nutrir a la madre muerta para mantenerla en un embalsamamiento perpetuo. Es lo que el analizando hace con el analista: lo nutre con el análisis, no para ayudarse a vivir fuera del análisis, sino para prolongarlo en un proceso interminable. En efecto, el sujeto pretende ser la estrella polar de la madre, el hijo ideal, que ocupa el lugar de un muerto idealizado, rival necesariamente invencible porque no está vivo, es decir, no es imperfecto, limitado, finito.

La transferencia es el lugar geométrico de las condensaciones y de los desplazamientos reverberantes entre fantasma de escena primitiva, complejo de Edipo y relación oral, que se constituyen con una doble inscripción: periférica, de espejismo, y central, verídica, en torno del duelo blanco de la madre muerta. Lo que aquí se ha perdido esencialmente es el contacto con la madre, que en secreto se mantiene en las profundidades de la psique, y respecto del cual todas

228

las tentaciones de remplazo por objetos sustitutivos están destinadas a fracasar.

El complejo de la madre muerta proporciona al analista la opción entre dos actitudes técnicas. La primera es la solución clásica. Lleva consigo el peligro de repetir la relación con la madre muerta, por el silencio. Pero mi temor es que, si el complejo no es advertido, el análisis corre el riesgo de hundirse en un aburrimiento fúnebre, o en la ilusión de una vida libidinal al fin recuperada. De todas maneras, el tiempo de la desesperanza es ineluctable, y la desilusión será dura. La segunda, a la que atribuyo preferencia, es la que utiliza el cuadro como espacio transicional y hace del analista un objeto siempre vivo, interesado, alertado por su analizando, y que da testimonio de su vitalidad por los lazos asociativos que comunica a este, aunque sin salir nunca de la neutralidad. Porque la capacidad para soportar la desilusión dependerá de la manera en que el analizando se sienta narcisistamente investido por el analista. En consecuencia, es indispensable que este permanezca siempre alerta acerca del paciente, pero sin caer en la interpretación intrusiva. Ahora bien, nunca es intrusivo establecer los nexos proporcionados por el preconciente, soporte de los procesos terciarios, sin saltar sobre ellos para ir directamente al fantasma inconciente. Y si el paciente saca a la luz ese sentimiento, es por entero posible mostrar, sin traumatización excesiva, el papel defensivo que cumple frente a un placer que se vive angustiante.

Sin duda el lector habrá comprendido que lo conflictualizado aquí es la pasividad: la pasividad o la pasivación como feminidad primaria, feminidad común a la madre y al hijo. El duelo blanco de la madre muerta sería el cuerpo común de sus amores difuntos.

En el momento en que el análisis devuelva la vida, al menos parcialmente, a esa parte del hijo que se identifica con la madre muerta, se produce un extraño trastorno. La vitalidad reaparecida permanece presa de una identificación cautiva. Lo que entonces ocurre no es fácilmente interpretable. La dependencia antigua del hijo respecto de la madre, en que el pequeño todavía necesita del adulto, se ha invertido. En lo sucesivo, el vínculo entre el hijo y la madre muerta se ha trastornado como un guante. El hijo curado debe su salud a la reparación incompleta de la madre siempre enferma. Esto se traduce en el hecho de que es entonces la madre la que depende del hijo. A mi parecer este movimiento es diferente del que se describe de ordinario con el título de reparación. En efecto, no se trata de actos positivos que atestiguan un remordimiento, sino simplemente de

un sacrificio de esta vitalidad en el altar de la madre, con renuncia a utilizar las potencialidades nuevas del yo para la obtención de placeres posibles. Lo que entonces debe interpretar el analista al analizando es que todo ocurre como si la actividad del sujeto estuviera dirigida de manera exclusiva a proporcionar al análisis la ocasión de interpretar, menos en favor de él mismo que del analista, como si este necesitara del analizando, contrariamente a lo que sucedía antes.

229

¿Cómo explicar esta modificación? Tras la situación manifiesta hay un fantasma vampírico invertido. El paciente pasa su vida nutriendo a su muerta, como si la tuviera a su exclusivo cargo. Guardián de la tumba, único poseedor de la llave de la cripta, cumple su función de progenitor nutricio en secreto. Mantiene prisionera a la madre muerta, que permanece como si fuera su bien exclusivo. La madre se ha convertido en hijo del hijo. A él toca reparar la herida narcisista.

Aquí se presenta una paradoja: si la madre permanece en duelo, muerta, queda perdida para el sujeto, pero al menos, por afligida que se encuentre, está ahí. Presente muerta, pero presente de todas maneras. El sujeto puede cuidarla, tratar de despertarla, de animarla, de curarla. Pero si, en cambio, curada, ella se despierta, se anima y vive, el sujeto la pierde una vez más, pues ella lo abandona para dedicarse a sus ocupaciones e invertir otros objetos. Así, estamos frente a un sujeto tomado entre dos pérdidas: la muerte en la presencia, o la ausencia en la vida. De ahí la ambivalencia extrema en cuanto al deseo de devolver la vida a la madre.

Hipótesis metapsicológicas: la borradura del objeto primario y la estructura encuadradora

La clínica psicoanalítica contemporánea se ha empeñado en definir mejor las características de la imago materna más primitiva. La obra de Melanie Klein ha llevado a cabo en este sentido una mutación en la teoría, aunque se ocupó más del objeto interno, según se lo pudo representar, tanto por el análisis de niños como por el análisis de adultos de estructura psicótica, y sin tomar en cuenta el papel desempeñado por la madre en la constitución de su imago. De esta negligencia ha nacido la obra de Winnicott. Ahora bien, los discípulos de Melanie Klein, sin compartir los puntos de vista de Winnicott, han reconocido la necesidad de proceder a una rectificación de sus ideas sobre este punto; empezando por Bion. En suma, Melanie Klein ha llegado hasta el cabo de lo que se podría atribuir a un conjunto de disposiciones innatas en cuanto a la fuerza respectiva de los instintos de muerte y de vida en el bebé, en lo cual la variable materna no entraba por así decir en juego. En esto, se sitúa en la filiación de Freud.

Las contribuciones kleinianas se dedicaron sobre todo a las proyecciones atinentes al objeto malo. En cierta medida, esto se justificaba por la desmentida de Freud en cuanto a su autenticidad. Muchas veces se ha destacado su ocultación de la "madre mala" y su fe inquebrantable en el carácter cuasi paradisiaco de los lazos que unen a la madre con su bebé. Estaba entonces reservado a Melanie Klein retocar ese cuadro parcial y partidista en la relación madre-hijo, tarea tanto más fácil cuanto que los casos que analizó, de niños

230

o de adultos, en su mayoría de estructura maniaco-depresiva o psicótica, manifestaban con toda evidencia esas proyecciones. Fue así como una abundante bibliografía rivalizó en describir ese pecho omnipresente, interno, que amenaza al hijo con aniquilarlo, con fragmentarlo y con toda clase de sevicias infernales, al que el bebé está unido por una relación en espejo, y del que se defiende, como puede, con la proyección. Cuando la fase esquizoparanoide empieza a ceder terreno a la fase depresiva, esta, contemporánea de la unificación conjunta del objeto y del yo, presenta como rasgo fundamental la cesación progresiva de la actividad proyectiva; el niño pasa a hacerse cargo de sus pulsiones agresivas, se produce su "responsabilización" respecto de ellas, en algún sentido; esto lo lleva a tener miramiento por el objeto materno, a temer por él, a temer también su pérdida reflexionando sobre sí mismo su destructividad por el efecto de una culpabilidad arcaica y con una meta de reparación. Menos que en cualquier otro caso, no se trata aquí de incriminar a la madre.

En la configuración que he descripto, y en la que pueden persistir vestigios del objeto malo, fuente de odio, supongo que los rasgos de hostilidad son secundarios a una imago primaria de la madre, en que esta quedó desvitalizada por una reacción en espejo del hijo, afectado por el duelo del objeto materno. Esto nos lleva a elaborar una hipótesis que ya hemos propuesto. Cuando las condiciones favorecen la inevitable separación entre la madre y el hijo, se produce en el seno del yo una mutación decisiva. El objeto materno se borra como objeto primario de la fusión, para dejar el lugar a las investiduras propias del yo, fundadoras de su narcisismo personal; del yo, que en lo sucesivo es capaz de investir sus propios objetos, distintos del objeto primitivo. Pero esta borradura de la madre no la hace desaparecer verdaderamente. El objeto primario se convierte en estructura encuadradora del yo, que da abrigo a la alucinación negativa de la madre. Es cierto que las representaciones de la madre siguen existiendo, y son proyectadas en el interior de esta estructura encuadradora sobre la tela de fondo de la alucinación negativa del objeto primario. Pero ya no son *representaciones-cuadro*, para que se me comprenda mejor, representaciones que fusionan el aporte de la madre y el del hijo. Esto equivale a decir que ya no son representaciones cuyos correspondientes afectos expresen un carácter vital, indispensable para la existencia del bebé. Estas representaciones primitivas merecen apenas el nombre de representaciones. Son mixtos de representaciones apenas esbozadas, sin duda de carácter más alucinatorio que representativo, y de afectos cargados, a los que podríamos llamar casi alucinaciones afectivas. Y esto de igual modo en la expectativa de la satisfacción como en los estados de falta. Estos, cuando se prolongan, traen consigo las emociones de la cólera, la ira, y después la desesperación catastrófica. Ahora bien, la borradura del objeto materno transformado en estructura encuadradora se alcanza

231

cuando el amor del objeto es suficientemente seguro, y por ello capaz de desempeñar ese papel de continente del espacio representativo. Este último ya no corre riesgo de quebrarse; puede hacer frente a la espera y aun a la depresión temporaria, puesto que el hijo se siente mantenido por el objeto materno aun cuando no está más ahí. El cuadro ofrece en definitiva la garantía de la presencia materna en su ausencia y se puede llenar de fantasmas de toda índole, incluidos fantasmas agresivos violentos, que no pondrán en peligro a ese continente. El espacio así encuadrado, que constituye el receptáculo del yo, bosqueja por así decir un campo vacío que puede ser ocupado por las investiduras eróticas y agresivas en la forma de representaciones de objeto. Ese vacío nunca es percibido

por el sujeto porque la libido ha investido el espacio psíquico. Desempeña, entonces, el papel de una matriz primordial de las investiduras futuras.

Sin embargo, si un trauma como el duelo blanco sobreviene antes que el hijo haya podido constituir ese cuadro de manera suficientemente sólida, no se constituye en el yo un lugar psíquico disponible. El yo está limitado por la estructura encuadradora, pero esta bosqueja entonces un espacio conflictivo, empeñado en mantener cautiva la imagen de la madre, en lucha contra su desaparición, que asiste al reavivamiento alternante de las huellas mnémicas del amor perdido con nostalgia y las de la experiencia de la pérdida, que se traduce en la impresión de una vacuidad dolorosa. Estas alternancias reproducen el conflicto muy antiguo de una represión primaria, fracasada en la medida en que la borradura del objeto primordial no fue una experiencia aceptable o aceptada de común acuerdo por las dos partes de la antigua simbiosis madre-hijo.

Las discusiones habidas acerca del antagonismo entre narcisismo primario y amor primario de objeto quizá carecen... de objeto. Todo depende del punto de vista adoptado. Que el amor primario de objeto es comprobable a primera vista por un tercero observador, he ahí algo apenas cuestionable. En cuanto a si ese amor es narcisista del punto de vista del hijo, no se averigua cómo podría ser de otro modo. Sin duda, el debate se oscurece por las acepciones diversas que se atribuyen al narcisismo primario. Si con esa denominación se quiere denotar una forma primitiva de relación en que todas las investiduras parten del niño -lo que quizás es distinto del autoerotismo, que ya ha elegido ciertas zonas erógenas en el cuerpo del bebé-, entonces sin duda que existe una estructura narcisista primaria, característica de formas inaugurales de investidura. Pero si reservamos la denominación de narcisismo primario a la consumación del sentimiento de unidad que se instala después de una fase en que la fragmentación domina, en ese caso es preciso entender narcisismo primario y amor de objeto como dos modos de investidura centrados en torno de polaridades opuestas y distintas. Por mi parte, discierno en esto dos momentos sucesivos de nuestra construcción mítica del

232

aparato psíquico. Me inclino a pensar que el narcisismo primario más antiguo engloba de manera confusa *todas* las investiduras, incluido el amor primario de objeto y aun lo que podríamos llamar, simétricamente, el odio primario de objeto; en efecto, es la indistinción primitiva sujeto-objeto la que caracteriza el tipo y la cualidad de las investiduras. Entonces, cuando la separación se consuma, ese es el momento en que con buen derecho se puede oponer el narcisismo primario más tardío: designa las investiduras del yo únicamente, opuestas a las investiduras de objeto.

Para completar esta descripción, agrego que he propuesto distinguir un narcisismo primario positivo (reconducible a Eros), que tiende a la unidad y la identidad, de un narcisismo primario negativo (reconducible a las pulsiones de destrucción), que no se manifiesta en el odio hacia el objeto (perfectamente compatible con el repliegue del narcisismo primario positivo), sino en la tendencia del yo a deshacer su unidad para tender a Cero. Esto se manifiesta clínicamente en el sentimiento de vacío.

Lo que hemos descrito con el nombre de complejo de la madre muerta nos permite comprender los fracasos de la evolución favorable. Asistimos al fracaso de la experiencia de separación individuante (Mahler), en que el yo joven, en lugar de constituir el receptáculo de las investiduras posteriores a la separación, se encarna en retener el objeto primario y revive repetitivamente su pérdida, lo que trae consigo, en el nivel del yo primario confundido con el objeto, el sentimiento

de un vaciamiento narcisista que fenomenológicamente se traduce en el sentimiento de vacío, tan característico de la depresión, que es siempre el resultado de una herida narcisista con disminución libidinal. En ese momento, según lo hemos postulado, toda la libido es posesión del narcisismo, y en consecuencia será siempre una pérdida narcisista la que se vivirá en el nivel del yo.

El objeto está "muerto" (en el sentido de no viviente, aun si no sobrevino muerte real); de esa manera arrastra al yo a un universo abandonado, mortífero. El duelo blanco de la madre induce el duelo blanco del hijo, y entierra una parte de su yo en la necrópolis materna. Nutrir a la madre muerta equivale entonces a mantener bajo los sellos del secreto el amor más antiguo hacia el objeto primordial, sepultado por la represión primaria de la separación mal consumada entre los dos compañeros de la fusión primitiva.²⁰⁷

233

Me parece que los psicoanalistas reconocerán sin dificultad, en la descripción del complejo de la madre muerta, una configuración clínica familiar, aunque, de mi informe, acaso difiera en tal o cual rasgo. La teoría psicoanalítica se elabora sobre la base de una cantidad limitada de observaciones, y por eso bien puede suceder que lo por mí descrito incluya a la vez rasgos suficientemente generales para coincidir con la experiencia de los demás, y rasgos singulares, propios de los pacientes que he tenido en análisis.

Es muy posible, además, que este complejo de la madre muerta, cuya estructura acaso he esquematizado, se presente en formas más rudimentarias. En ese caso habrá que considerar que la experiencia traumática a que me he referido pudo ser más discreta o más tardía, por sobrevenir en un momento en que el niño estaba en mejores condiciones para soportar sus consecuencias y sólo debió recurrir, por eso, a una depresión más parcial, más moderada y superable con facilidad.

Pudo mover a asombro que yo atribuyera semejante papel al trauma materno, en un período del psicoanálisis en que se insiste mucho más en las peripecias de la organización intrapsíquica y en que se es más prudente acerca del papel desempeñado por la coyuntura. Como indiqué al comienzo de este trabajo, la posición depresiva es ahora un hecho admitido por todos los autores, cualesquiera que sean las explicaciones que de ella se den. En cambio, desde hace mucho tiempo se han descrito los efectos deprimentes de las separaciones precoces entre la madre y el hijo, sin que no obstante exista una correspondencia unívoca entre la importancia del trauma y las manifestaciones depresivas comprobadas. La situación, dentro del complejo de la madre muerta, no puede ser reconducida al nivel de la posición depresiva común, ni asimilada a los traumas graves de la separación real. En los casos que yo describo, no existió ruptura efectiva de la continuidad de las relaciones madre-hijo. En cambio, independientemente de la evolución espontánea hacia la posición depresiva, hubo una contribución materna importante, que perturbó la liquidación de la fase depresiva, complicando el

²⁰⁷ Lo que acabo de exponer no puede menos que evocar las ideas tan interesantes de N. Abraham y de M. Torok. Pero aun si nuestras concepciones coinciden en muchos puntos, difieren en un tema al que atribuyo gran importancia, a saber, la significación clínica y metapsicológica de los estados de vacío. La manera en que procuro dar razón de estos se inscribe en una reflexión continuada, en que, después de haber intentado precisar el valor heurístico del concepto de alucinación negativa, y de proponer, junto con J.-L. Donnet, el concepto de "psicosis blanca", me he empeñado en el presente trabajo en elucidar lo que llamo el duelo blanco. Se podría resumir estas diferencias sosteniendo que el narcisismo constituye el eje de mi reflexión teórica, mientras que N. Abraham y M. Torok se ocupan en lo esencial de las relaciones entre incorporación e introyección, con los efectos de cripta a que dan nacimiento.

conflicto con la realidad de una desinversión materna suficientemente perceptible por parte del hijo, para herir su narcisismo. Esta configuración me parece congruente con las opiniones de Freud sobre la etiología de las neurosis -en sentido lato-, en que la constitución psíquica del hijo se forma por la combinación de sus disposiciones personales heredadas y de los sucesos de la primera infancia.

234

Freud y la madre muerta

El punto de partida de este trabajo es la experiencia clínica contemporánea, originada por la obra de Freud. En lugar de proceder con arreglo al uso, es decir, buscar primero lo que en esa obra avala un punto de vista nuevo, he preferido obrar inversamente y dejar esto para el final. A decir verdad, fue casi al término de mi trayectoria cuando se levantó en mí la represión y recordé, con posterioridad, lo que en Freud guarda relación con mi intención. No encontré en "Duelo y melancolía" mi apoyo freudiano, sino en *La interpretación de los sueños*.

En el último capítulo de esa obra, y desde la primera edición, Freud narra un último sueño personal, a raíz del despertar por el sueño.²⁰⁸ Es el sueño de la "madre querida", y el único sueño de infancia contado por él, tanto en esta obra como en su correspondencia publicada. En este sentido, la sordera psíquica de Fliess lo convirtió en una de las madres muertas de Freud después de haber sido su hermano mayor. Didier Anzieu, apoyado en interpretaciones de Eva Rosenfeld y de Alexandre Grinstein, nos ofrece un análisis notable de ese sueño. No puedo entrar aquí en todos los detalles del sueño y de los riquísimos comentarios que suscita. Me limitaré a recordar que su contenido manifiesto mostraba a "la madre querida con una expresión durmiente, de extraña calma en su rostro, que era llevada a su habitación y depositada sobre el lecho por dos (o tres) personajes con pico de pájaro". El soñante se despierta llorando y gritando, y así turba el sueño de los padres. Se trata de un sueño de angustia, interrumpido por el despertar. El análisis de los comentaristas, comenzando por el propio Freud, no destaca lo suficiente que este es un sueño que no se pudo soñar, un sueño que parece haber sido uno cuyo final no se pudo producir, y que sería preciso construir. ¿Cuál de los dos o de los tres (vacilación esencial) se reunirá a la madre en su dormir? El soñador, en la incertidumbre, no lo puede soportar más, interrumpe, y lo hace doblemente: interrumpe el sueño y a la vez el dormir de los padres. El análisis detallado del sueño, tanto por Freud como por sus comentaristas, lleva a la conjunción de dos temas: la muerte de la madre y el comercio sexual. Dicho de otro modo: tenemos ahí confirmada mi hipótesis sobre la relación entre la madre muerta, el fantasma de la escena primitiva y el complejo de Edipo, que en este caso pone en juego, además del objeto de deseo, dos (o tres) personajes con pico de pájaro.

Las asociaciones arrojan luz sobre el origen de estos personajes tomados de la Biblia de Philippon. La investigación de Grinstein²⁰⁹

235

permite referir esta representación a la figura 15 de esa Biblia, obsequiada por el padre, ilustración que es objeto de una condensación. En efecto, en esta

²⁰⁸ S. Freud, *La interpretación de los sueños*.

²⁰⁹ A. Grinstein, "Un rêve de Freud: Les trois Parques", en *Nouvelle revue de psychanalyse*, 1972, 5, págs. 57-82.

ilustración no se trata, como en la primera asociación de Freud, de dioses con cabeza de gavilán, sino de personajes faraónicos del Bajo Egipto -pongo el acento en *Bajo-*, mientras que los pájaros coronan las columnas del lecho. Creo que esta condensación es importante porque desplaza a los pájaros, del lecho de la madre, a la cabeza de los personajes, que aquí son dos y no tres. En consecuencia, la madre está quizá provista de un pájaro-pene. El texto enfrentado a la figura ilustra el versículo "el rey David sigue a la litera (de Abner)", que, como señala Anzieu, rebosa de temas incestuosos, parricidas, *fratricidas*. Destaco también este segundo rasgo.

Anzieu²¹⁰ interpreta, con buen derecho a mi parecer, los dos personajes como representaciones de Jacob Freud, imagen del orden de los abuelos, y Philipp, hermano de Freud, como imagen paterna. Esto porque, según todo el mundo sabe, Philipp, nacido en 1836, es sólo un año menor que la madre de Freud, y este tiene por compañeros de juego a los hijos de Emmanuel, hermano mayor de Philipp. La madre muerta, en el sueño, tiene la expresión del abuelo materno en su lecho de muerte, el 3 de octubre de 1865, cuando Sigmund tenía nueve años y medio. Hubo en consecuencia un duelo de la madre, que debió de repercutir sobre la relación entre Amalia Freud y su hijo. Los comentaristas se han asombrado por la falsa datación, no rectificadas por Freud, de su sueño. Lo habría tenido, dice, hacia los siete u ocho años, es decir un año y medio o dos años antes de la muerte del abuelo materno, lo que es imposible. Se limitan aquí a rectificar el error, sin interrogarse más. Por mi parte me inclinaría a considerar revelador ese lapsus, lo que me lleva a concluir que no se trata del duelo del abuelo materno, sino de un duelo anterior. La distancia significativa del error -de un año y medio a dos años- me remitiría entonces a otro duelo de la madre: el del hermano menor, Julius Freud, nacido cuando Sigmund tenía diecisiete meses (casi un año y medio), y muerto cuando él tenía veintitrés meses (casi dos años). De ahí la doble explicación: *dos (o tres)* personajes, es decir, Jacob, Philipp; o Jacob, Philipp y *Philippson*: el hijo de Philipp, Julius, puesto que en 1859, cuando Freud tenía tres años, temía que su madre estuviera de nuevo encinta como la Nania, y que Philipp la hubiera encerrado en un cofre, la hubiera "encanastado".

Señalaré de pasada por qué el joven iniciador, el hijo de la conserje, revelador del comercio sexual, se llama Philipp. Es Philipp quien tiene coito con Amalia y es Philippson (Julius) quien permite a Sigmund comprender la relación entre tener coito, dar a luz y morir. . . Julius será objeto de un olvido de nombre, el del pintor Julius Mosen, como Freud lo expone en las cartas a Fliess el 26 de agosto de

236

1898. Mosen-Moses-Moisés; conocemos lo que sigue y también la insistencia de Freud en hacer de Moisés un egipcio, esto es, para decirlo claramente, no el hijo de Amalia y de Jacob, sino de la conserje o, en rigor, de Amalia y de Philipp. Esto arroja luz también sobre la conquista de Roma por Freud, si recordamos que cita a Tito Livio a raíz de los sueños de incesto de Julio César.

Comprendo mejor la importancia de esta edad, dieciocho meses, en la obra de Freud. Es la edad de su nietito que jugaba con el carretel (madre muerta-madre resucitada), que habría de morir hacia los dos años, y esta será la ocasión de un duelo intenso aunque no se quiera admitir. Es también la edad a que el Hombre de los Lobos habría asistido a la escena primitiva.

Anzieu hace dos observaciones coincidentes con mis propias deducciones. A raíz de la elaboración preconciente de Freud, muestra la similitud entre Freud y Bion, quien ha individualizado, junto al amor y al odio, la comprensión como

²¹⁰ D. Anzieu, *L'auto-analyse de Freud*, P.U.F., 1, pág. 342.

referencia primordial del aparato psíquico: la procura del sentido. Por último, concluye que es preciso considerar sospechosa la insistencia de Freud en reducir la angustia específica del sueño, angustia por la muerte de la madre, a otra cosa.

No nos queda más que una hipótesis en suspensión, la de la relación oral. Otro sueño relacionado con el de la madre querida nos remite a aquella; es el sueño de las tres parcas, donde la madre aparece viva. En este sueño, la madre de Freud prepara "Knödel" [albóndigas] y, mientras el pequeño Sigmund quiere comerlas, ella le ordena esperar hasta que esté lista (esto no es nítido como dicho, agrega Freud). Las asociaciones de este pasaje atañen, como se sabe, a la muerte. Pero más adelante, distanciado del análisis del sueño, Freud vuelve a él para escribir: "Mi sueño de las tres parcas es sin duda un sueño de hambre, pero sabe hacer retroceder la necesidad de alimento hasta la nostalgia del niño por el pecho materno y utilizar el inocente apetito como encubrimiento de otro más serio, que no puede exteriorizarse tan abiertamente".²¹¹ Sin duda, y cómo negar que el contexto nos invita a ello; lo cierto es que también aquí hay que mostrarse desconfiado. Lo que hay que interrogar, sobre todo, es la triple imagen de la mujer en Freud, retomada en "El motivo de la elección del cofre": la madre, la esposa (o la amante), la muerte. Mucho se ha hablado de la censura de la amante estos últimos años; a mí me toca levantar la censura que pesa sobre la madre muerta. De la madre del silencio de plomo.

Ahora nuestra trilogía está completa. Henos aquí remitidos una vez más a la pérdida metafórica del pecho, puesta en relación con el Edipo; o al fantasma de la madre muerta, relacionado con el de la escena primitiva. La lección de la madre muerta es que también debe

237

morir un día para que otra sea amada. Pero esta muerte debe ser lenta y dulce para que el recuerdo de su amor no perezca y nutra el amor que generosamente ofrecerá a la que le ocupa el lugar.

Nuestra trayectoria se ha completado. Una vez más es significativa de la posterioridad [*après-coup*]. De muy antiguo yo conocía esos sueños, así como los comentarios que han suscitado. Unos y otros permanecían inscriptos en mí como huellas mnémicas significativas de algo que oscuramente me parecía importante, sin que supiera bien cómo ni por qué. Esas huellas fueron reinvestidas por el discurso de ciertos analizandos a quienes en cierto momento, pero no antes, pude escuchar. ¿Fue ese discurso el que me hizo redescubrir la letra de Freud, fue la criptomnesia de esas lecturas la que me hizo permeable a las palabras de mis analizandos? Para una concepción rectilínea del tiempo, esta hipótesis es la buena. A la luz de la posterioridad, la otra es la verdadera. Comoquiera que fuere, en el concepto de la posterioridad nada es más misterioso que esa condición previa de un sentido registrado que permanece en la psique a la espera de su revelación. Es que sin duda se trata de un "sentido", sin lo cual no se habría podido inscribir en la psique. Pero ese sentido en suspensión no es verdaderamente significativo hasta el momento en que lo despierta una reinvestidura que se produce en un contexto muy diferente. ¿De qué sentido se trata entonces? De un sentido perdido y reencontrado. Sería atribuir demasiado a esa estructura presignificativa, y su redescubrimiento es, en mayor medida, un descubrimiento. Acaso se trata de un sentido potencial al que no le falta más que la experiencia analítica -o poética- para devenir un sentido verídico.

238

²¹¹ S. Freud, *La interpretación de los sueños*. [AE, 4, pág. 245.]

Epílogo. El yo. mortal-inmortal (1982)

A Brigitte Pontalis

Uno se asombra apenas y, sin duda, no lo suficiente: en nuestras sociedades, al menos, la muerte se ha vuelto escandalosa. Cuando un ser querido nos abandona, aun si es a edad avanzada, expresamos el pesar y hasta el reproche hacia aquellos a quienes consideramos responsables de su vida, por no haberla salvado, como si nos hubiéramos habituado a considerar ilimitada la duración de la vida, e indefinidamente diferido su término. Esta actitud hacia la muerte es relativamente reciente. Si es difícil precisar el momento en que apareció por influjo de un concurso de circunstancias (prolongación del período de paz después de dos guerras mundiales particularmente mortíferas, mejoramiento de los medios destinados a prevenir las catástrofes naturales, progreso de la medicina y disminución de la mortalidad infantil), está claro que esta era nueva no se eleva más alto que un dedo en la cima de una montaña, hasta tal punto los siglos que nos han precedido estuvieron marcados por la presencia de la muerte en todas las sociedades y todos los momentos de la historia. Además, uno se puede asombrar, de igual manera, de que esta tendencia a no resignarse a morir, o a rechazar ese desenlace lo más lejos posible, se acompañe de una inconciencia relativa con respecto a la acumulación de los medios de destrucción. Si en este sentido no se puede hablar de indiferencia, cabe consignar que el deseo de conjurar esa amenaza no ha suscitado una movilización general contra el peligro de guerra.

Esta situación paradójica es la nuestra, hoy. Es posible que ya no seamos capaces de apreciar el estado de espíritu que imperaba hace menos de un siglo, en un momento en que la muerte era una sombra inquietante, pero familiar, en el hogar de los vivos; y en que la religión todavía ofrecía el consuelo supremo.

Por eso no tenemos plena conciencia del alcance de las ideas de Freud en la materia. Fueron de una audacia que ha perdido su brillo porque los cambios sobrevenidos entretanto las trivializaron. No existe representación de la muerte en el inconciente, he ahí lo que sostiene con la seguridad de alguien que hubiera podido comprobarlo en el lugar. El hombre no puede saber qué es la muerte, ni concientemente ni inconcientemente. En el inconciente no hay más representaciones que las del deseo y los afectos. Una pura positividad, cuya función es justamente responder a las frustraciones que la realidad impone a la realización de nuestros anhelos, haciéndonos

239

vivir cotidianamente la experiencia de esas faltas, pequeñas o grandes, de que la muerte, en definitiva, es sólo la actualización máxima. En el fondo, ese más allá de la religión, el que esperan los justos, los virtuosos o los arrepentidos, Freud lo descubre en el inconciente, con todos los límites y las reservas que puede suscitar la comparación.

No obstante, aun si no podemos saber qué es la muerte, ni representárnosla; y aun si el inconciente la ignora, en el sentido de no darle lugar alguno, esto no elimina la conciencia que el hombre tiene de ese saber mortal. No le bastaba a Freud luchar contra la ilusión religiosa y destronar la conciencia de los filósofos, arruinando la excesiva confianza que depositaban en esta; era preciso, además,

que pusiera en tela de juicio el verdadero tenor de las reflexiones que esa conciencia de la muerte inspiraba. Mientras que toda la filosofía occidental, en la que él mismo había formado su cultura, en el transcurso de los tiempos había tejido sin cesar el discurso sobre la muerte, retomándolo de continuo a la luz de las concepciones cambiantes y considerándolo uno de los logros más nobles del pensamiento humano, hete ahí que Freud arrojaba al rostro de esos pensadores un juicio tajante: la angustia de muerte que está en la base de la meditación filosófica de aquel a quien llaman ser-para-la-muerte²¹² es un espejismo, una máscara tras la cual el hombre se protege para negar que sólo se trata de la angustia de castración. Ese fue su aserto temerario, rayano en la arrogancia. Freud quería mostrar que hacía falta menos valentía para sostener que del reino animal el hombre era el único ser que mantenía un discurso sobre la muerte, conciente de saberse mortal, que en reconocer las limitaciones de su conciencia, desenmascarar su ilusoria vanidad y, sobre todo, aceptar la idea de que el verdadero motor de la acción, así como del pensamiento de los hombres, era eso que escapaba al control de su voluntad y de su ser conciente: el inconciente, ese amo invisible que maneja los hilos de la marioneta "conciencia".

¿Era una provocación? En verdad, no podía ser de otro modo para Freud, quien no hacía más que llevar a sus consecuencias extremas sus ideas acerca del *sistema* inconciente. El radicalismo de sus puntos de vista sobre la inexistencia de la muerte en el inconciente, por la falta de una representación de ella, se justifica por el tipo de racionalidad que es propia del proceso primario: este no conoce la duda, ni grados en la certidumbre; ignora la negación y permanece insensible al paso del tiempo; por lo tanto, a cualquier idea de tiempo. Por eso mismo, no podría concebir, en forma alguna, ese fin de una existencia que está animada por la exclusiva exigencia del cumplimiento de deseo. Este encuentra en ese dominio, si no lo consigue en el de la realidad, el medio para satisfacerse suprimiendo

240

los obstáculos que se le oponen con los recursos que permiten burlar la censura. Queda afirmada así la supremacía del principio de placer.

La conciencia nacida de los constreñimientos de la realidad exterior, a fin de asegurar la supervivencia del ser precario que es el yo del niño pequeño, se regirá por un principio de realidad, mucho más vulnerable que el principio de placer. En definitiva, la función última del primero es el resguardo del segundo, que no reina de manera irrestricta, salvo en el inconciente. Una de sus manifestaciones más significativas es la negación del displacer ligado a la amenaza de castración. Esta suscita el horror más extremo; constituye la amenaza suprema de la desaparición del placer sexual, fundamento y prototipo de todos los demás. El displacer ligado a la idea de la muerte se explicaría por el hecho de que esta, como la castración, tiene las mismas consecuencias. Es portadora de los mismos peligros. Porque pone fin al placer de vivir, atañe, en el fondo, a la pérdida del placer de gozar. Lacan lo dice con más elocuencia: "El goce, cuya ausencia haría vano el universo. . .".

Así la herida narcisista -Freud *dixit*- infligida al hombre por el cuestionamiento de la soberanía de la conciencia no lo privaba sólo del orgullo que le procuraba mantener un discurso sobre la muerte; se volvía purulenta porque le hacía saber que ese discurso obraba como pantalla frente a su única causa de angustia: la castración.

Creíamos consolarnos del yugo de la muerte porque sabíamos que éramos mortales, y saberlo nos procuraba el sentimiento de que podíamos prepararnos

²¹² Extendemos la fórmula de Heidegger a la tradición filosófica.

para enfrentarla: "Filosofar es aprender a morir". No era la resignación, ni la sumisión a una potencia ciega, a la que uno acata en la impotencia; el consentimiento de nuestra finitud nos mantenía en la idea de que la muerte podía encontrar en nosotros un adversario estimable. No un esclavo, sino un ser libre porque se pretendía lúcido. De hecho, sin saberlo éramos ignorantes, no sólo de ella, sino de nosotros; nos envanecíamos de la nobleza con que nuestra conciencia se vestía, cuando dábamos la espalda a la fuente verdadera de nuestros pensamientos. Estos, atribuidos a motivos en otro sentido prosaicos, se inmovilizaban en la busca del placer de nuestra infancia, estorbada siempre por el miedo de que desapareciera la posibilidad de su renovación. Y aunque por algunas conductas nuestras parecíamos llevados al displacer, no era más que una astucia última, un disfraz protector, en que el análisis riguroso pronto habría de descubrir, en lo contrario del placer, la marca indeleble del estado anterior al displacer: el placer otra vez, el placer siempre; él, cuya aspiración inicial era el goce sexual contemporáneo a nuestros comienzos en la vida.

Interrogaron a Descartes un día para saber si los niños tenían alma. Respondió por la negativa, para lo cual invocó su inestabilidad, su espíritu lábil, siempre en movimiento, inclinado por el juego, es decir, incapaz de consumir el procedimiento mental que pudiera

241

concluir en la irreductibilidad del *cogito*. Hubo que esperar hasta Freud, Melanie Klein y, sobre todo, Winnicott, para comprender que el juego de los niños era cosa seria, y portador de una función tan necesaria y tan extendida que podía englobar las actividades psíquicas más graves y más profundas de que los adultos eran capaces. En efecto, el juego sólo se puede comprender a la luz del fantasma, y este arraiga en la sexualidad, para desplegarse en la sublimación.

Una interpretación demasiado apresurada acaso busque en la ontogénesis la explicación de la angustia de castración, tan íntimamente ligada en el hombre a la sexualidad. De hecho, las cosas son muy diferentes en Freud. Su obra muestra con abundancia que su concepción del desarrollo de la libido postula la existencia de una programación específica, es decir, ligada a la especie, no al individuo. La sexualidad estaría ordenada por esquemas organizadores: los fantasmas originarios de seducción, castración, escena primitiva, y aun los que se reconducen al complejo de Edipo; y esos esquemas modelan la pululación de las experiencias individuales para conferirles un sentido (dirección y significación), operando una selección entre ciertos sucesos, invistiéndolos de manera específica y clasificándolos a la manera en que operan las categorías filosóficas respecto del pensamiento. A todas luces nos vemos remitidos a los *a priori* de Kant.

Pero lo admisible y aun recomendable para la filosofía es de aceptación difícil en una teoría que aspira a la verdad científica. En el nivel de la ciencia nada apoya la especulación de Freud sobre lo que llamaba las huellas mnémicas filogenéticas, de que los fantasmas originarios serían la expresión psíquica en el nivel individual. No se omitió hacérselo notar. Respondió a esas objeciones con el desprecio: acaso él se anticipaba a la ciencia. Llegó a declarar que no se cuidaba de esa apelación a la autoridad del saber científico, porque era psicoanalista, no científico. De esta manera Freud hacía gala, en ese caso, de una extraña incoherencia. No cejó de reclamar para el psicoanálisis la dignidad de disciplina científica, y no admitió otros valores de verdad que los de la ciencia. No es en su teoría donde se puede buscar una *Weltanschauung*, una de esas concepciones del mundo con que los filósofos han nutrido las ilusiones de los hombres. Y hete aquí

que en este punto impartía dignidad supracientífica a una especulación, escudándose en un don profético, sin aportar la menor prueba de lo que sostenía. Cabe preguntar, entonces, qué alimentaba esta convicción inquebrantable. Lo que a ojos de los demás parecía condenable temeridad, a su juicio obedecía a la coherencia más total y, sin duda, a una fidelidad a sí mismo que no se descubría a primera vista.

Sin riesgo de equivocarnos podemos sostener que si Freud descubrió en la sexualidad el referente de la vida psíquica, no fue sólo

242

porque en el ser humano está ligada estrechamente al placer, sino, sobre todo, porque es la función que atraviesa al individuo de parte a parte. Esto no sólo porque marca sus relaciones con el prójimo, sino porque desborda su existencia hacia atrás y hacia adelante, liga las generaciones entre sí, en la cadena ininterrumpida que forman ascendientes y descendientes. Por eso, justamente, no se la puede concebir en una perspectiva ontogenética.

Se ha podido afirmar que la "invención" de la sexualidad y de la muerte eran solidarias. En efecto, sin diferenciación sexual -en ausencia de "sexión"-, la escisión indefinidamente repetida del mismo organismo bosqueja una figura de inmortalidad. Pero se puede afirmar también, en un sentido muy diferente, que, cuando el individuo muere, una parte de él sobrevive por el patrimonio que pudo transmitir a su descendencia. Si es cierto que por fuerza hubo de sumarse en esta la parte de un compañero del otro sexo, de todos modos algo se transmite de él, migrando a un ser nuevo. Inmortalidad relativa, en consecuencia, pero inmortalidad al fin, por lo menos a distancia de una generación.

A la mujer, la ciencia contemporánea le permite el retorno a una inmortalidad absoluta. La partenogénesis, capaz de engendrar un nuevo ser absolutamente idéntico a su progenitor, confiere carácter inmortal a la sucesión madre-hija, que después se hace madre de otra hija. Esto, desde luego, al precio de las limitaciones que lleva consigo la pura repetición de lo mismo. He aquí afirmada en estos tiempos nuevos la superioridad de la mujer, completamente autosuficiente, que en su criatura puede amar a su propia imagen. Quedamos así orientados acerca de los lazos entre narcisismo e inmortalidad. Pero el amor de objeto puede también recibir lo suyo. Así, el marido que renunciara a las alegrías de una paternidad en que él contribuiría, podrá superar la tristeza de ver los estragos del tiempo en el objeto de su amor haciendo experimentar a su esposa esta reproducción de lo mismo, donde la reencontrará en la flor de su juventud, hace mucho transcurrida. Y aun tendrá la satisfacción inmensa de conocerla desde su más tierna infancia, tal como fue antes que la conociera.

Dejemos estas ensoñaciones, divertidas o terroríficas, para volver a Freud, quien no sospechaba que se pudieran convertir en realidad. A sus ojos, la sexualidad es la función de la vida, que relativiza el poder del individuo. Se lo puede ver fácilmente desde las primeras fases de su obra. Su primera teoría de las pulsiones oponía las pulsiones de autoconservación (del individuo) a las pulsiones sexuales, para las cuales la conservación de la especie, aunque no es perceptible de manera directa, es empero la meta última. Dicho de otro modo, la sexualidad recubre a la vez el campo del individuo y el de la especie, mientras que la autoconservación sólo atañe al individuo. Así, sexualidad, placer (que amenaza a la autoconservación desde esta etapa del pensamiento freudiano) y negación de la muerte se

243

ligan en una suerte común, que sólo el análisis de los procesos inconcientes puede poner de manifiesto.

Sin embargo, con todo rigor, no se podría hablar verdaderamente aquí de inmortalidad. Sólo en apariencia son equivalentes estar privado de cualquier representación de la muerte y creerse inmortal. Si la muerte no tiene representante en el inconciente, este no puede reclamar la inmortalidad. Esta desmentida que excluye a la conciencia de la muerte no se dicta por referencia a su posibilidad, y todavía menos por referencia a su ineluctabilidad. La afirmación absoluta de la vida, en la forma de los cumplimientos de deseo, no conoce antagonista. A lo sumo se enfrenta con la censura, nunca con el saber de ser mortal. Por eso es pertinente la referencia a la castración. Se materializará en la oposición fálico-castrado. La concepción de Freud es falocéntrica, sin ninguna duda, puesto que según él la esencia de toda libido es masculina, en los dos sexos. Por eso también la castración interesa -de manera diferente, es cierto- a los dos sexos, porque amenaza con extinguir toda posibilidad de placer, y suscita la angustia de muerte. En el análisis del olvido del nombre Signorelli, las asociaciones de Freud lo llevan a evocar los dichos de los turcos, que entienden que sin goce sexual la vida no vale la pena. ¿Todo, antes que ser eunuco?

Está claro que es imposible comprender las ideas de Freud si no se les concede valor metafórico. "El Gran Señor Pene" (Freud) es, según afirma Lacan, el significante del deseo, su soporte material corporal. Esta presencia fálica, en que el Fallo, según Lacan, es garante del orden simbólico, oculta a la vagina, irrepresentable como la muerte según Freud. Es legítimo interrogarse acerca de la selectividad de la memoria de Freud, que en la tragedia de Sófocles descubre la intuición del complejo de Edipo, olvidando por qué Tiresias, el ancestro del psicoanalista, fue castigado. La vagina, que gozaría nueve veces más que el pene, no sería el significante de nada, y la envidia de la vagina sería inconcebible. No hemos tramitado este "repudio de la feminidad", al que Freud hará responsable de las limitaciones de la cura psicoanalítica. Conformémonos, por el momento, con destacar la función trasindividual de la sexualidad, pero de pasada señalemos que esta función se encarna mucho más nítidamente en la mujer que en el hombre; la mujer, que en un momento de su existencia puede incluir en el mismo organismo dos cuerpos en uno, separados por una diferencia de generaciones y, a veces, por una diferencia de sexos.

Cuando Freud modifica su primera teoría de las pulsiones, para preferir la oposición entre libido del yo y libido de objeto, la sexualidad se distribuye entre la primera y la segunda; y la inmortalidad no está ausente de sus reflexiones, como lo atestigua esta cita que tomamos de "Introducción del narcisismo" (1914):

"El individuo lleva realmente una existencia doble, en cuanto es

244

fin para sí mismo y eslabón dentro de una cadena de la cual es tributario contra su voluntad o, al menos, sin que medie esta. El tiene a la sexualidad por uno de sus propósitos, mientras que otra consideración lo muestra como mero apéndice de su plasma germinal, a cuya disposición pone sus fuerzas a cambio de un premio de placer; es el portador mortal de una sustancia -quizás- inmortal, como un mayorazgo no es sino el derechohabiente temporario de una institución que lo sobrevive. La separación de las pulsiones sexuales respecto de las yoicas no haría sino reflejar esta función doble del individuo".²¹³

²¹³ "Introducción del narcisismo", en *La vie sexuelle*, P.U.F., pág. 85. [AE, 14, pág. 76.]

Estas líneas muestran con claridad el apoyo que Freud cree encontrar en Weissmann, quien había postulado la oposición entre plasma germinal y soma. Sólo el soma es mortal. ¿Podemos inferir, entonces, que entre esta mortalidad del soma y el premio de placer que se obtiene a cambio del cumplimiento de los fines del plasma germinal se inserta la angustia de castración, que echa el puente entre plasma germinal y plasma somático? Las ideas de Weissmann volverán a servir como validación a Freud unos años después, en el salto mutativo de su pensamiento, que se traduce en *Más allá del principio de placer* (1920). El carácter especulativo de sus reflexiones no nos induce a creer que el pensamiento de Freud se pone en movimiento desde sí mismo. En efecto, unos años antes, en 1911, se había dedicado al análisis de las *Memorias* del presidente del Senado Schreber, en que el delirio del autor testimoniaba a la vez la regresión narcisista, por el reflujo de la libido sobre un yo que se había vuelto megalomaniaco, y el fantasma de inmortalidad, que estaba presente de manera implícita en el tema fundamental de la neo-realidad creada por Schreber. Merced a su transformación en mujer, por eviración, narraba este que, tras sufrir el acoplamiento con Dios, había dado nacimiento a una raza nueva de hombres. En este deseo de goce femenino, Freud sólo discernirá la satisfacción de anhelos homosexuales pasivos hacia el Padre, en que la angustia de castración estaría precluida.

Ahora bien, fue pocos años después, e inmediatamente antes de *Más allá del principio de placer*, cuando Freud introdujo de manera explícita la inmortalidad del yo; fue en su artículo sobre "Lo ominoso" (1919), a raíz de abordar la problemática del doble, al que Rank dedicó un trabajo célebre. Este desplazamiento, del inconciente al yo, que inaugura la primera expresión psíquica auténtica de la inmortalidad, modifica sus perspectivas anteriores. El análisis de los mitos y de los relatos literarios acerca de los gemelos revela la escisión del yo en dos mitades, representadas por aquellos, de las que

245

una es mortal mientras que la otra es dotada a menudo del don de la inmortalidad. Aquí ya no se trata de la inmortalidad de la sexualidad por vocación biológica, ni de la ausencia de representación de la muerte en la vida psíquica inconciente, sino de una creencia del yo, que llegado el caso puede devenir conciente con la cobertura de la ficción. En 1900, el sueño, fenómeno normal universal, había permitido a Freud, en la época en que extraía sus conclusiones del análisis de la histeria, mostrar que lo inconciente no era exclusivo de la neurosis. En 1919, la demostración se retoma sobre las mismas bases: tampoco el delirio, por su parte, tiene el monopolio de las expresiones concientes de la inmortalidad del yo; la ficción colectiva o individual, que los hombres gustan de transmitir y de compartir, sin que sean sospechados de enfermedad (hasta reciben de ella una elevación de su alma dentro de la religión), atestigua de igual modo que el yo, o una parte de él, se cree inmortal entre los comunes mortales. Es de este punto de vista como verdaderamente se puede hablar de inmortalidad, es decir, de una auténtica desmentida de la muerte en el seno de un yo que se sabe mortal, mientras su doble se rehúsa a admitir la fatalidad del término de su existencia. Con esto no se recusa la referencia a la sexualidad. Sin embargo, la inmortalidad del plasma germinal no se inscribe en ninguna parte dentro del psiquismo, de la misma manera como la muerte no tiene representación en el inconciente. En cambio, a la mortalidad biológica del soma, así como a la conciencia de la muerte, responde la inmortalidad de una parte del yo. Es el narcisismo -efecto de la sexualización de las pulsiones del yo— el que interviene aquí.

Freud había descubierto una verdad que le parecía digna de figurar entre las adquisiciones de la ciencia, a saber, cuando señaló el lugar vacío de la muerte en el inconciente. Era esta, sin ninguna duda, una victoria del yo capaz de penetrar un secreto del vasto territorio que escapa a la conciencia. Y Freud descubre, en el seno de ese yo lúcido que puede ver más allá de él mismo, un cómplice del inconciente, un traidor que socava sus esfuerzos de alcanzar "más luz".

También en este punto tenemos que referir la especulación de Freud, en apariencia surgida del análisis de la ficción, a las duras desilusiones de la experiencia clínica. Al comienzo de su obra, el inconciente y el yo están en conflicto. Freud veía en el yo a su más seguro aliado en la cura, puesto que le había atribuido ser el representante, en el seno del psiquismo, de la relación con la realidad. La conciencia, antes del análisis, sobrestimaba su poder, pero su papel era menos desdeñable de lo que se creía. Pecaba por ignorancia. Bastaba que, gracias al analista, el yo "tomara conciencia" y reconociera los verdaderos lazos entre las representaciones de cosa (inconcientes) y las representaciones de palabra (preconcientes-concientes), para adquirir un real poder sobre el inconciente, y no sólo sobre el mundo

246

exterior. Es lícito preguntarse si con ello Freud no devolvía a la filosofía una parte del terreno que le había quitado. ¿Acaso ella no pretendió siempre que por ignorancia los hombres carecían de sabiduría? En definitiva, si las causas de la locura de los hombres son explicables por su desconocimiento del inconciente, y si el método que supuestamente los libra de ellas no consiste ya en filosofar, sino en interpretar, el foso entre las dos disciplinas, por profundo que parezca, no es insalvable, no obstante la aversión de Freud hacia los filósofos. La toma de conciencia es, en efecto, el trabajo del ser consciente.

Esta última ilusión estaba destinada a disiparse; sucedió cuando Freud se quebró los dientes con ciertas neurosis rebeldes de las que el caso del Hombre de los Lobos es el triste paradigma. Contra toda expectativa, la interpretación de los recuerdos más antiguos, de las "escenas primitivas", no devolvía al yo ninguna de sus posesiones investidas por el inconciente. Era como si el yo racional se negara a poner orden en su propia casa, aunque pareciera aceptar, no sin convicción aparente, las construcciones del analista. Dormía con los ojos abiertos y permanecía cerrado a todo entendimiento.. .Con el paso de los años, Freud debía admitir, de mala gana, que no había tenido razón en depositar su confianza en ese yo intratable. Seguía siendo verdadero que el yo podía responder de manera adecuada a algunas de las exigencias de la realidad, so pena de perecer. Pero había que admitir que el aliado de antaño era capaz de disimular esa mitad de él mismo (¿era sólo una mitad?) que había formado en secreto, donde el deseo de ser inmortal, por irracional que esto pareciera, podía encontrar refugio y creencia. Es toda la estructura del aparato psíquico la que se debe revisar a la luz de esa comprobación de carencia. Es lo que justifica la nueva concepción del yo en la segunda tópica. El yo, afirma Freud en 1923, es por la mayor parte inconciente. A punto tal que algunas de sus funciones esenciales, los mecanismos de defensa frente a la angustia, lo son también. Tuvieron razón de ser en la primera infancia, en el empleo de los únicos procesos psíquicos a disposición del yo todavía débil, que procuraba aliviarse de las tensiones internas que sufría, recurriendo a mecanismos que se cuidaban menos de la realidad exterior que de la realidad psíquica. En la edad adulta se vuelven obsoletos; más invalidantes que eficaces, por su anacronismo. Aferrado a estas creencias de un tiempo trascendido, el yo no las abandona fácilmente, aunque le sean interpretadas de manera correcta. Sólo de

labios para afuera llega a admitir su carácter inadecuado, y esto en los casos en que no es ciego hasta el punto de no comprender nada de su propio funcionamiento cuando el analista se toma el trabajo de desmontarlo por medio de la experiencia transferencial.

La creencia en la inmortalidad arraiga, entonces, en el yo inconciente. La razón de ser de esta topografía es la sexualización de las pulsiones del yo. El desconocimiento de la muerte en el inconciente

247

ha elegido por domicilio el yo. Pero como el yo es también conciente -necesidad obliga-, la instancia garante de la racionalidad que se sabe mortal por su relación con la realidad exterior lleva en sus pliegues una dobladura megalomaniaca, presta a inflarse hasta eclipsar a la otra, a veces para el placer inocente de la ficción, otras para el sostenimiento de la fe. Y se manifiesta a plena luz bajo los golpes de la psicosis. El yo es entonces esa duplicidad misma; su estructura escindida participa de su funcionamiento más íntimo: enmascarado en la normalidad, a cara descubierta en la enfermedad. Reconocimiento de la realidad material (cuya importancia, por otra parte, no se debe descuidar), desconocimiento de esta por la realidad psíquica (inconciente), he ahí la dialéctica que da razón del hecho de que el anhelo de inmortalidad sólo cobra su sentido en coexistencia con la conciencia de la muerte.

No obstante, en el punto a que ha llegado en 1919, Freud entiende siempre la angustia de muerte como un desplazamiento de la angustia de castración. La inmortalidad sería al narcisismo lo que la negación de la castración es a la libido de objeto. Pero Freud empieza a conjeturar el posible influjo de otros factores. Estaba demasiado al tanto de la clínica psiquiátrica de su tiempo para no advertir que el síndrome de Cotard, observado en la melancolía, así como las ideas de grandeza de las demencias vesánicas o de la fase terminal de las parálisis generales, no se podían interpretar en nombre del narcisismo únicamente. Aun en el marco de las curas psicoanalíticas, la resistencia a la curación demandaba explicaciones diferentes de la obstinación del yo en agotarse en el mantenimiento de defensas superadas.

No son muchos los exegetas del pensamiento de Freud a quienes llamara la atención la íntima solidaridad que liga a la última teoría de las pulsiones con la segunda tópica del aparato psíquico. El ello, el yo y el superyó rempazan ahora a inconciente, preconciente y conciente; estos quedan reducidos a designar sólo *cualidades* psíquicas, y se los despoja de su función de instancias. Aquellos intérpretes se han dedicado sobre todo a mostrar las relaciones entre las dos tópicas, de las que la segunda parecía proceder simplemente a una redistribución de los valores de la primera. De hecho, la introducción de las pulsiones de muerte modificaba por completo la concepción del funcionamiento del aparato psíquico.

Se lo puede apreciar comparando los puntos de vista de Freud acerca de la melancolía en dos escritos. El más antiguo, "Duelo y melancolía", de 1915, expone una concepción anterior a la última teoría de las pulsiones. El más tardío, *El yo y el ello*, es posterior a esta en tres años. En el primero, la melancolía se considera todavía desde el ángulo de una fijación libidinal, sin referencia alguna a las pulsiones de muerte. Es cierto que el estadio al que el melancólico permanecería fijado, la fase oral-canibálica, implica el consumo destructivo

248

del objeto; el sadismo oral y la ambivalencia desempeñan su papel, pero todo se desenvuelve aquí en el marco de una libido narcisista y objetal, sin que Freud

tenga en cuenta el elevado potencial destructivo de esta afección, que lleva consigo el más alto riesgo de suicidio de toda la psiquiatría. En *El yo y el ello*, la melancolía se designa de otro modo: "cultivo puro de la pulsión de muerte". Aquí, el antagonismo feroz entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte revela el combate de titanes que se libra en el psiquismo, y quizá no sólo ahí. Opera en la melancolía una desintrincación de las pulsiones. De ahí la peligrosidad de la crisis, pues toda disminución de la ligazón de las pulsiones tiene por consecuencia desasir a las pulsiones de muerte de sus lazos con el Eros de las pulsiones de vida. Su emancipación les confiere una potencia destructiva insospechada cuando ya no estén refrenadas por el yugo de Eros, que hasta entonces conseguía ligarlas erotizándolas. Es como si las Euménides abandonaran su morada a consecuencia de un nuevo matricidio, y retomaran su antigua identidad de Erinnias implacables, vampiros que exigen sangre en pago de la sangre.

En lo sucesivo, Freud no podrá sostener que *todas* las angustias de muerte son sustitutos de la angustia de castración. Lo que podía ser cierto para las neurosis de transferencia (histeria, fobia y, sobre todo, neurosis obsesiva), no lo era en el caso de las neurosis narcisistas, cuyo prototipo es la melancolía, y menos aún, desde luego, en el de las psicosis.²¹⁴

El análisis de la melancolía muestra la existencia de una escisión en el yo. Una parte de este se identifica con el objeto perdido (esta pérdida para la libido, justamente, se sitúa en la fuente de la desintrincación), mientras que la otra parte conserva su condición. Adivinamos entonces el modo en que ese rehusamiento de la muerte del objeto puede contribuir, por vía de reflexión, al fantasma de inmortalidad del yo.

A raíz de la castración, Freud habla de angustia, es decir, de un peligro, pero, cuando pasa a tratar del narcisismo en el duelo (y no sólo en este contexto), dice "herida" narcisista, como si ya no fuera una mera amenaza, sino una efectiva mutilación. En la neurosis de transferencia el deseo puede pasar por el rodeo de la identificación secundaria para obtener, por procuración, la gratificación que pudo beneficiar al otro; en la melancolía, en cambio, la identificación con el objeto perdido (o imperdible) se efectúa según el modo primario. El yo "se toma" por el objeto perdido. Se abruma él mismo de auto-reproches; se acusa de los menores pecadillos, atribuyéndoles la gravedad

249

de pecados mortales. Se desvaloriza, y reclama para sí un terrible castigo. Es sólo un disfraz. En verdad, si una parte del yo se levanta contra la otra como si se tratara de su peor enemigo, es sólo para disfrazar el deseo de maltratar al objeto, y cumplir, en esta prolongación de existencia que es la identificación, los deseos sádicos que fueron reprimidos en el pasado más remoto. Hasta el suicidio, tan a menudo logrado en la melancolía, admite ser justificado en una interpretación que lo relaciona con la fase oral de la sexualidad infantil. En virtud de la confusión entre el yo y el objeto, de ese modo se perpetra una segunda muerte del objeto. Queda consumada una unión con él, ahora inmortal. Las nupcias con el objeto ya no labran de conocer separación, en lo infinito e ilimitado de los paraísos recuperados de la oralidad. Es la concepción expuesta en "Duelo y melancolía".

Cuando en *El yo y el ello*, Freud vuelve sobre la melancolía, re-nueva su interpretación, pasándola por el cedazo de la segunda tópica. Ya no son ahora dos mitades de un mismo yo las que se escinden para combatirse. La escisión del yo, a

²¹⁴ Se sabe que Freud primero englobó la melancolía y la esquizofrenia en las neurosis narcisistas. En 1924, se decidió a restringir esta calificación a la melancolía, incluyendo la esquizofrenia en la categoría de las psicosis propiamente dichas.

la que empero Freud no renunciará, puesto que su último trabajo se titula "La escisión del yo en el proceso defensivo" (1938); la escisión del yo, pues, es remplazada por la relación conflictiva entre el yo y la parte de él que hace mucho tiempo se ha separado: el superyó. La melancolía ofrece entonces el afligente espectáculo de la persecución del yo por el superyó implacable. Es Yahvé, que castiga a su pueblo elegido porque tiene la cabeza dura; y le hace pagar el precio de esta elección con esa conciencia desdichada que Hegel le reconocería. La diferencia entre 1915 y 1923 parece una simple cuestión de matiz. Pero en verdad la nueva teoría está muy alejada de la antigua. En efecto, Freud no deja de insistir en que, a diferencia del yo, el superyó es alimentado por el ello. Dicho de otro modo, que la moral de que es heraldo arraiga en lo profundo de la instancia más salvaje de la psique, habitada ahora por las pulsiones de muerte junto a las pulsiones de vida, en una mezcla explosiva en que cualquier debilitamiento de Eros, provenga de la realidad exterior, con el duelo, o de la realidad interior, con la decepción excesiva producida por un cambio en el objeto; en que ese debilitamiento, pues, hace de la mezcla vital una burbuja de cultivo mortífero. Y Freud no dejará después de lanzar un mandoble, de pasada, a Kant: señala que el imperativo categórico está lejos de ser tan inmutable como afirma, puesto que la melancolía en primer término, pero también las formas más graves de masoquismo, prueban que el superyó está sujeto a variaciones que le quitan todo carácter trascendental.

Un año después de *El yo y el ello*, en "El problema económico del masoquismo" (1924), apéndice del ensayo de 1923, Freud irá todavía más lejos. Distinguirá entre el masoquismo del superyó, responsable de una "resexualización" de la moral, y el masoquismo del yo, de origen misterioso, que obstaculiza la cura, más aún que el anterior

250

En efecto, el masoquismo del superyó es la expresión *ligada* de las pulsiones de muerte: no olvidemos que el superyó es también una "Potencia Protectora del Destino", de la que se puede afirmar que resguarda al individuo por el hecho de mantener las grandes prohibiciones instituidas por la sociedad. En cambio, el masoquismo del yo sería reflejo de la impregnación difusa del aparato psíquico por una destructividad excesiva, difundida por todas las instancias, en estado no ligado y, por lo tanto, no dominado.

Más avanza Freud en su reflexión, y más el yo se le aparece incapaz de responder a sus tareas. Servidor de tres amos de contradictorias exigencias, ello, superyó y realidad, debe contar, no sólo con la ceguera que aqueja a su parte inconciente, sino con el veneno que lo mina desde el interior: la pulsión de muerte. Se convierte en la sede de un conflicto que sólo se revela en toda su amplitud en la enfermedad, pero que está presente en todos. Tomado entre su obstinación en no abandonar sus fijaciones libidinales más antiguas, incompatibles con las limitaciones de la realidad exterior (del mundo físico, así como del mundo social) y la destructividad de las pulsiones de muerte, de orientación centrífuga o centrípeta, se agota en taponar los agujeros, llenar las fisuras, apuntalar sus muros, correr de una avería a la otra, para mantenerse erguido. Visión pesimista sin duda. La vida parece algo tan natural que uno quizá no se asombra bastante de que pueda ser agradable, así como Einstein decía que uno no se asombra bastante de que el universo sea comprensible.

Mucho se ha especulado sobre las razones que llevaron a Freud a formular la hipótesis aventurada de la pulsión de muerte. Se conjeturó que pudo estar

afectado por sucesos personales, responsables de esa mutación que adornó el aparato psíquico con los colores de la muerte. Esta visión tan poco confiada en el poder de la vida, si pudo tomar el relevo de la precedente, que magnificaba en la sexualidad su potencia vitalizante, habría sido sólo por el efecto del envejecimiento, causa de una menor resistencia ante las pruebas infligidas por el destino (cáncer, pérdida de su hija y de su nieto, etc.). En verdad, lo que conocemos de la biografía de Freud nos llevaría más bien a creer que sus preocupaciones por la muerte son de antigua data. Están presentes desde el nacimiento del psicoanálisis.²¹⁵ Lo certifica la correspondencia con Fliess.

En esa correspondencia descubrimos a un Freud que, a favor de su adhesión a la teoría de los "períodos" de su amigo, se entregaba a cálculos sobre la fecha presunta de su muerte, tanto más cuanto que sentía su salud amenazada por síntomas cardíacos, que no eran

251

todos neuróticos o psicósomáticos. Si es legítimo entender que los años en que Freud cultivó la amistad de Fliess se señalaron por una fuerte estimulación de sus pulsiones sexuales homoeróticas, lo que lo llevó a un sometimiento masoquista a los juicios de aquel a quien admiraba profundamente, también habría que destacar la exaltación narcisista de una relación especular, que tiñó esa amistad. Y si la ambivalencia no estaba ausente de esas relaciones (Freud tropezaba en Fliess con una resistencia a reconocer sus descubrimientos, cuando por su parte se mostraba muy permeable a los puntos de vista del berlinés), la ruptura se debió sin duda a una suerte de sobresalto, en que su propio narcisismo prevaleció. En suma, en esta relación con Fliess, el yo de Freud hace un doble juego. Se sabe mortal y otorga a sus logros el carácter de una carrera contra la muerte, al tiempo que libidiniza esta angustia de muerte en lo que llama su "torpeza" (la homosexualidad). En cambio, se pretende inmortal; más racionalmente: en procura de la inmortalidad que le depararán sus descubrimientos. Al cabo, a esta parte de él mismo decide acordarle la precedencia sobre la otra. No hay más que evocar los fantasmas que tuvo en el momento de su análisis del sueño de Irma, cuando imaginó la placa que para los transeúntes del futuro conmemoraría la revelación de los secretos de la vida onírica.

Una historia análoga parece haber vivido con ese otro hermano mayor, Breuer, a quien atribuirá sus propios descubrimientos, con una modestia excesiva que acaso enmascaraba a la vez su orgullo y su culpa. La verdad es que fue la timidez del coautor de *Estudios sobre la histeria*, la restricción que a este imponía un yo demasiado razonable, la causa de que pusieran término a su colaboración.

Breuer, Fliess; la serie se cerraría con Jung, porque Freud, demasiado afectado por la desilusión que le había infligido quien esta vez era menor que él, decidió poner fin a las trampas de la homosexualidad sublimada.²¹⁶ Tuvo toda clase de

²¹⁵ ⁴ Para no hablar de los años precedentes, acerca de los cuales carecemos de información de primera mano.

²¹⁶ Ferenczi y otros epígonos, que después quisieron ocupar ese lugar en el corazón de Freud, tuvieron que pagar las consecuencias.

miramientos con este heredero, haciendo de padre tolerante ante las expresiones de un complejo de Edipo suficientemente claro, en que reconocía los anhelos parricidas de aquel a quien deseaba transmitir su corona. El príncipe Hal había ceñido su cabeza con la corona de su padre, aún antes que expirara. Tras un período de sometimiento homosexual (recordemos el desmayo de Freud en una de sus reuniones), rompió con el hijo como había puesto fin a su relación con los mayores, a quienes inconscientemente consideraba padres, más que pares. Renunciando a una muerte prematura, puesto que ya lo preocupaban su sucesión y el futuro de su obra, que habría sido aceptada con más facilidad en un no judío, prosiguió solo su conquista de la inmortalidad.

Sabemos que, entre las razones que movieron a Freud a abandonar

252

sus puntos de vista sobre las distribuciones de las pulsiones en libido yoica y libido de objeto, una, y no la menos importante, obedeció a que esta concepción, elaborada después de la ruptura con Jung, le pareció demasiado cercana a las ideas del que había preferido la disidencia para ganarse su propia inmortalidad. La teoría que acordaba tan importante papel al narcisismo acaso no fue sino el efecto de un trabajo de duelo, que era preciso rematar acentuando la incompatibilidad de las teorías de Freud y de Jung.

Es sin duda lo que explica que una vez expuesta la última teoría de las pulsiones, en *Más allá del principio de placer*, posterior en siete años al trabajo príncipe sobre el narcisismo, Freud se desinteresara de este. El narcisismo no fue más que un rodeo, un alto en el camino que llegaría a su meta en 1921, meta que ya no sería cuestionada en los dieciocho años que le quedaban de vida. Tanto volvió Freud la espalda al narcisismo, que ni siquiera se tomó el trabajo de explicar a sus discípulos y al público al que procuraba llegar más allá de los miembros de la profesión, el modo en que sus antiguas ideas -tan convincentes, sin embargo- se debían revisar a la luz de las hipótesis nuevas.

Se podría considerar que desde 1920-1921, Freud tomó conciencia de que las relaciones ambivalentes que se habían expresado en sus amistades sucesivas con Breuer, Fliess y Jung, no eran más que una pantalla. No era la hostilidad consciente o preconsciente que ellos le manifestaban lo que se oponía al pleno despliegue de su genio, sino su agresividad dirigida hacia sí mismo. Dicho de otro modo, no tenía peor enemigo que él mismo.

Sin embargo, si es en la pulsión de muerte donde se debe buscar la explicación, en última instancia, de ese freno inhibitor del cumplimiento de las síntesis que incumben a Eros, no por ello se pueden desdeñar las formas en que este se liga a las pulsiones de muerte: la agresividad dirigida a otro, la homosexualidad y el narcisismo. La inmortalidad del yo debe ser pensada también a través de ese prisma que descompone las constituyentes que descubrimos cuando analizamos con más atención la creación del doble, merced al cual este fantasma adquiere la conciencia.

Todo esto muestra la complejidad de lo que J.-B. Pontalis ha llamado, con razón, el "trabajo de la muerte" en Freud.²¹⁷ En modo alguno parece justificado pensar que el creador del psicoanálisis cedió con demasiada facilidad a la tentación de exponer una hipótesis fantástica con la pulsión de muerte; estaríamos mucho más cerca de la verdad señalando cuánto se resistió a ello. No hay más que considerar la otra disidencia, la de Adler. Este había tendido a Freud una cuerda por ese lado, que él no tomó. Habría podido dejarse tentar, con la salvedad de formular de otro modo lo que las limitaciones

²¹⁷ J.-B. Pontalis, *Entre le rêve et la douleur*, Gallimaid.

de su discípulo le impedían conceptualizar. Por el contrario, Freud se impuso el tiempo para reflexionar; así retardó el escrito, que sin duda llevó en sí mucho antes que pusiera negro sobre blanco las ideas que primero presentó con prudencia, sin exigir adhesión alguna. Estaba permitida la duda en este punto, a diferencia de lo que sucedía con otros conceptos, como el inconciente, la represión, el Edipo y la transferencia, condiciones *sine qua non* del derecho a llamarse psicoanalista. Con el paso de los años, de 1921 a 1939, la especulación se convertiría en certidumbre. Para él, al menos.

La pulsión de muerte trabaja en silencio, dice Freud; el alboroto de Eros cubre el rumor amortiguado de su acción deletérea. Un silencio a veces interrumpido por una alerta de que la escritura lleva la huella. "El motivo de la elección del cofre" concluía con los tres rostros de la mujer: amante, progenitura, tierra en que descansan los cuerpos abandonados por la vida. Freud se sentía afín al viejo Lear mucho antes que llegara a la vejez. Una complicidad inconciente lo ligaba a Breuer: cada uno por su lado había apodado Cordelia a su compañera. El viejo que cargaba a la joven hija no era más que la figura invertida de otra imagen, mucho más probable: la muerte que se lleva al viejo, siempre niño. La mitología asocia con predilección la mujer a la muerte. Si esta representación se puede justificar con una interpretación en obediencia a la angustia de castración, de igual manera se alimenta del patrimonio del inconciente colectivo, que desde la noche de los tiempos tiene establecido el paralelo entre la muerte y la vida antenatal. Los muertos, en muchas culturas, y sobre todo en las edades más arcaicas, son colocados en posición fetal en su sepultura. ¿Hay idea más difundida en las creencias de los pueblos, perennizada por otra parte en las religiones monoteístas siempre vigentes, que la muerte como renacimiento en otro mundo?

"Lo ominoso" terminaba ya con el silencio que nos imponía la irrepresentabilidad así de la muerte como de la vagina. He ahí entonces al hombre aquejado de mudez ante eso impensable. Pero, peor todavía, ¿cómo vivirse mujer, mutilada por una representación de una parte de su cuerpo, reducida a envidiar el sexo que no tiene? Es verdad, el pene es atestiguable por la vista, pero no así la vagina. ¿No es esto, al contrario, un muy fuerte estímulo a la representación?

La concepción falocéntrica de Freud describe un significativo paso de mudanza. Por lo que toca a la sexualidad, el testimonio de los sentidos confiere al pene una representabilidad que da razón de los desplazamientos y las condensaciones de que puede ser objeto en el inconciente. Pero, por lo que respecta a la maternidad, Freud cambiará de estrategia. La maternidad es atestiguable por los sentidos.²¹⁸ Sin embargo, el mismo falocentrismo que confiere al pene un

poder de representación exclusiva desempeñará aquí su papel en sentido inverso. En *Moisés y la religión monoteísta* (1938) Freud atribuirá a las incertidumbres de la paternidad el desarrollo de la curiosidad intelectual, los progresos en la espiritualidad, según su expresión, consistentes en acordar más valor a la deducción intelectual que al testimonio de los sentidos. Si así fuera, se debería atribuir a la mujer una penetración intelectual más grande, en virtud de las deducciones que no puede menos que inspirarle la situación escondida de su sexo. Freud se la niega. ¿En nombre de qué?

²¹⁸ Salvo en la transferencia.

Es que esa "antigua patria de los seres humanos", esa vagina de donde todos han salido, que suscita en ellos esa extrañeza familiar o esa familiaridad extraña, al punto que nada podrían decir de ella; que envuelve en el mismo silencio el sexo femenino y la muerte, esa vagina, pues, hace de la condición femenina un estado por así decir natural, en tanto que la cultura es cosa de los hombres. El mito de la mujer donadora de vida y de muerte ha llevado a Freud, a la vez, a idealizar la figura de la madre, y a discernir en el repudio de la feminidad -en los dos sexos- las razones de la obstinación en seguir enfermo. He ahí entonces un peligro: se ve en la madre -común a los dos sexos- una amenaza por conjurar, casi tan grande como la amenaza de la muerte. ¿Es otra peripecia de la angustia de castración? Desde la introducción de las pulsiones de muerte, ya no se la puede invocar para cualquier circunstancia.

El psicoanálisis posfreudiano, cuya figura más notable es una mujer, Melanie Klein, ha sabido mostrar que la idealización de la imagen de la madre era una desmentida de las angustias persecutorias de que es objeto. La referencia a la psicosis (las posiciones esquizoparanoideas y depresivas retoman una división presente en la psiquiatría desde Kraepelin, contemporáneo de Freud) reemplazó a los marcos de la neurosis, que habían servido a Freud para decodificar la angustia de castración tras la angustia de muerte. Para Melanie Klein, que tomaría a Freud al pie de la letra (y sin duda de una manera que le era más extraña que familiar), ni la vagina ni la muerte carecían de representación en el inconsciente. Hasta se podría entender que ocupan todo el lugar. El falocentrismo de Freud, al que Lacan permaneció fiel ("La mujer no toda es") era destronado por el "mamocentrismo" de Melanie Klein. Mucho antes que se plantee la cuestión de la castración, es la del pecho bueno y el pecho malo la que divide desde el origen al niño. Mucho antes que el bebé, quien desde luego está inmerso en un mundo de lenguaje, hable, lo que se le puede atribuir en materia de "pensamientos" gira en torno de lo vivido, de la aniquilación. Debe en exclusividad su supervivencia a los mecanismos de defensa maniqueos que estructuran, bien o mal, el universo por veces paradisiaco e infernal —pero el segundo marca más que el primero- del que era el habitante por momentos beato y por momentos aterrizado.

¿Qué se hace, en este contexto, de la inmortalidad del yo? ¿Es

255

preciso resignarse y admitir que las dos versiones son inconciliables? Quizá no. De tanto insistir en la vulnerabilidad del yo desbordado por los múltiples efectos de la destructividad, se vuelve más indispensable el fantasma de su inmortalidad.

Lo reencontramos, una vez más, en el nivel del narcisismo originario. La inmortalidad es un estado de idealización del yo, al que por otra parte sabemos amenazado en su existencia. La invulnerabilidad que de esa manera se le confiere es solidaria de un estado que se puede calificar de bisexualidad autosuficiente, o de asexualidad indiferente, o también de indiferenciación sexual. Un yo que fuera todo narcisismo, por oposición a un yo dependiente de su objeto primario omnipotente. En sus formas de expresión más elaboradas, el yo desdoblado ya no tiene necesidad del objeto complementario que pertenece al otro sexo. La completud narcisista ya no es el resultado de la fusión con el objeto; nace ahora de la relación que el yo mantiene con su doble. A la manera en que se ha podido decir que el ideal del autoerotismo eran "los labios que se besan a sí mismos", se podría también adivinar en el fantasma de inmortalidad el ideal simétrico del yo que se hace el amor a sí mismo, o se lo hace a su expresión desdoblada, sin ser inquietado ya ni por la angustia de castración ni por la angustia de muerte.

El yo no defiende ahora sólo su integridad o su unidad, con este anhelo de inmortalidad. Niega sus límites en el espacio y en el tiempo. Ya no conoce la finitud del ser-ahí ni el desgaste del aquí y ahora. La serie de figuras por las que pasa la inmortalidad va de la fusión primitiva del yo joven con el objeto, pasando por la investidura narcisista del yo, hasta llegar a la investidura del doble, en un movimiento evolutivo coherente.

La amenaza psicótica comienza con la hipocondría: esta se interpreta como bloqueo de la libido en una parte del cuerpo, que vive por su propia cuenta, expresando así las primerísimas manifestaciones de una fragmentación psíquica que despedazará al yo si la psicosis se desarrolla. Ahora entendemos mejor por qué Freud disoció la psicosis de la melancolía; en efecto, hace falta más que una regresión narcisista para dar razón de lo que parece depender de una destrucción de la unidad del yo. Y no se debe sin duda al azar que los sostenedores de la pulsión de muerte se recluten hoy entre los psico-somatistas: al menos los de la Escuela de París, con P. Marty a la cabeza.²¹⁹

El concepto de pulsión de muerte ha movido a reinterpretaciones diversas, de Hartmann a Laplanche. Para el primero, de los puntos de vista de Freud, lo que merece ser aceptado es la importancia de

256

la agresividad, en pie de igualdad con la sexualidad. Pero se trata sólo del contingente de pulsiones dirigidas hacia el exterior, en que Freud sólo discernía una derivación secundaria, destinada a drenar hacia afuera la mayor parte de la letalidad originaria. Laplanche preferirá hablar de pulsiones sexuales de vida y de pulsiones sexuales de muerte.²²⁰ Comoquiera que fuere, son pocos los autores que no reconocen la necesidad de conceder a las fuerzas de muerte la condición de grupo de pulsiones. Aunque se rechazara la idea de un masoquismo originario, la vuelta masoquista sobre el yo y la importancia del trastorno hacia lo contrario (del amor hacia el odio) hacen pesar sobre el yo una amenaza cuya fuerza es bastante para constreñirlo a crear el fantasma de inmortalidad, sobre todo si está aquejado de una carencia narcisista.

Se puede afirmar que el radicalismo de Freud lo llevó a formulaciones que parecen lo contrario de sus primeras concepciones. El curso de la vida, que se esfuerza hacia la muerte, no obedece al agotamiento de un potencial de recursos exhaustos; es el efecto de un proceso mortífero activo, que gana más y más terreno con la edad o según la dotación biológica del sujeto. La sexualidad sólo es vitalizante a condición de ser bien tutelada. Y hete aquí que leemos, de la pluma de quien tanto había contribuido a devolverle el lugar que a sus ojos merecía como fuente de vida, que el principio de placer parece obrar por cuenta de la pulsión de muerte. Creo que esta idea ha inspirado en buena medida la obra de

²¹⁹ P. Marty, *Les mouvements individuels de vie et de mort*, y *L'ordre psychomatique*, Payot.

²²⁰ J. Laplanche, *Vida y muerte en psicoanálisis*, Amorrortu editores.

Georges Bataille.²²¹ "El problema económico del masoquismo" situará en el primer plano el principio de Nirvana, tomado de Barbara Low; este obra al servicio de las pulsiones de muerte, y el principio de placer, que trabaja al servicio de las pulsiones sexuales, no sería más que su forma modificada en los seres vivos. No hace falta un gran esfuerzo de reflexión para advertir -lo atestigua la referencia al Nirvana- que pulsión de muerte e inmortalidad remiten la una a la otra.

Advertimos cuan desigual es la lucha entre Eros y pulsiones de muerte, puesto que estas siempre tienen la última palabra. El individuo, escribirá Freud poco antes de su muerte, en una de las raras notas que ha dejado, sucumbe a raíz de sus conflictos interiores, mientras que la especie lo hace a raíz de su conflicto con el mundo exterior. En el trascurso de su obra, la afirmación revolucionaria que reducía la angustia de muerte a la angustia de castración se encogió como una piel de onagro. La inconciencia de la muerte se hace in-conciencia de la aspiración a morir. Acaso habría que decirlo de otro modo: el duelo por el pene de la madre se ha dejado clasificar en la categoría más general de las pérdidas de objeto (parcial o total). La melancolía, infortunio de algunos, remite al prototipo del duelo, que

257

quizás es la causa de esta miseria común contra la cual el psicoanálisis declaró excusación desde *Estudios sobre la histeria* (1893-1895). Si leemos bien a Freud, es decir, lo leemos al revés, de 1939 a sus comienzos, observamos con asombro que el tardío principio de Nirvana, cuya invención también en este caso es atribuida a otro, estaba ya en su pensamiento con el nombre de principio de inercia (la inexcitabilidad de los sistemas no investidos)."²²² Ese psiquismo que, so pretexto de que no perturben su quietud, se hace el muerto ¿no aspira a esto en permanencia sin saberlo?

Nadie escapa a la depresión que se liga a la condición humana porque es el precio que pagamos al apego a los objetos que nos dan la alegría de vivir. No todos morimos por ello, felizmente. En la mayoría de los hombres, las pulsiones de vida nos devuelven un gusto de vivir que por un momento pudo faltarnos. La libido recupera su predominio, inviste objetos nuevos o reinvierte los que fueron la causa de la decepción que nos movió a desinvertirlos. Aun el duelo de los seres más queridos, los que creíamos irremplazables, toca a su fin un día. Es la gran lección de Montaigne y de Proust. El olvido está de parte de la vida, porque de lo contrario la inmortalidad sería una carga. La represión es, entonces, conservadora. Cuando el duelo se hace interminable, no es en la cuenta del amor donde anotaremos esa pérdida inconsolable, sino, al contrario, en la de un resentimiento, originado en el abandono por el objeto, resentimiento que no dice su nombre.

A los dos órdenes de argumento que nutren la reflexión de Freud sobre la muerte, a saber, la reacción ante los sucesos que lo afectaron, y la resistencia a la cura en la reacción terapéutica negativa, atribuible al masoquismo, se sumó el testimonio de la vida social: la guerra de 1914-1918. Aunque cediera a la pasión nacionalista (¿y cómo habría resistido a ella, con hijos en el frente?), encontró ahí, sin ninguna duda, un motivo más para formular la hipótesis de la pulsión de muerte. La aniquilación de vidas humanas en una guerra que llamaron mundial habría podido moverlo a pensar que esa pulsión tenía por objetivo primero la muerte del otro. No era más que la apariencia. Aprovechó la ocasión para extender el horizonte de su lucidez en "De guerra y muerte. Temas de actualidad" y en

²²¹ G. Bataille, *L'erotisme*, Minuit.

²²² Véase el "Proyecto de psicología". [AE, 1, págs. 339-89.]

"Nuestra actitud hacia la muerte",²²³ donde señaló nuestra indiferencia ante la muerte de los demás, cuando no forman parte de nuestro patrimonio libidinal. Aun en este último caso, por dolorosamente afectados que estemos, terminamos por resignarnos a no contarlos entre los nuestros. En efecto, no obstante el inmenso apego que a ellos nos liga, nunca son otra cosa que unos huéspedes a quienes damos

258

albergue en nosotros. En el fondo permanecen ajenos a nuestro yo más íntimo, que sobrevive a su desaparición. No obstante, si la muerte sigue siendo inconcebible para nosotros, es quizá la muerte de quienes fueron nuestros objetos de amor la que nos instiló la idea de inmortalidad.

A juicio de Freud, si el pensamiento de los "primitivos" se vio llevado de manera espontánea a creer en la inmortalidad, fue por las diversas y variadas razones expuestas en *Tótem y tabú* (1913). Una de ellas nos muestra cuán explicable es esa creencia. La muerte de las personas investidas por la libido, e interiorizadas en el yo, en modo alguno suprime su existencia en nosotros. No sólo las huellas dejadas por el recuerdo las mantiene con vida en nuestro psiquismo, sino que reaparecen mientras dormimos en la forma que tenían muchos años antes de haber abandonado el mundo. Desaparecido su cuerpo, su alma sobrevive en nosotros en lo inconciente. Si su alma es inmortal, lo es la nuestra también. Las sombras frecuentan el sueño de los vivos, y los ponen en duelo aun sin que lo sepan. "La sombra del objeto [es decir, su fantasma] cayó sobre el yo", se lee en "Duelo y melancolía". Sin duda se tiene el derecho de pensar que esta amenaza hace imposible dormir: Lady Macbeth vive despierta una pesadilla interminable que sólo cesa con la muerte. Los muertos se invitan en nosotros cuando tienen algo que reprocharnos, o una deuda que recordarnos.

En suma, hemos creído hacer el duelo de nuestros deudos queridos, pero aquel nunca fue tan completo como imaginamos. Las almas muertas recobran vida en el inconciente, aun si no están sedientas de sangre y respetan nuestro gusto por la vida. ¿Cómo no considerar aquí los estrechos lazos que unen el duelo con el estado amoroso? Uno sucede al otro, como su revés o su doble invertido. Si creemos como Freud -lo que se puede discutir- que el amor empobrece el narcisismo, y que entonces la sobrestimación del objeto es paralela a la subestimación del yo,²²⁴ se comprende mejor que, enfriado o disipado el estado amoroso, el yo vuelva a hincharse con el sentimiento de su valor y a dar pábulo a la inmortalidad. M. Torok²²⁵ señala, con razón, que inmediatamente después de la muerte de un ser querido, y antes del trabajo del duelo en sentido estricto, el yo reacciona a esa pérdida con una euforia breve (tácita casi siempre, por

259

razones evidentes), que no se explica por la mera desmentida de la muerte, sino, más bien, por la satisfacción triunfante del yo, que ha quedado con vida. El duelo maníaco, o la mudanza de la melancolía en manía, ilustran los recursos defensivos del yo, que en este caso da muestras de algo más que de una "bella indiferencia".

²²³ En *Essais de psychanalyse*, Payot. [AE, 14, págs. 277-302.]

²²⁴ C. David, en *L'état amoureux* (Payot), ha señalado que también el amor puede acrecentar el narcisismo por la vía de crear en el enamorado una exaltación acompañada de un estado de elación, consecutivos a la identificación con el objeto sobrestimado, sobre todo en el caso en que el amor es recíproco. Se podría decir que aquí es la pareja la que se cree inmortal, lo que podría explicar el suicidio de dos en el paroxismo del amor, como en el caso de H. von Kleist.

²²⁵ M. Torok, "Maladie du deuil et fantasma de cadavre exquis", en N. Abraham, *L'écorce et le noyau*, Aubier, págs. 229-51.

Tenemos entonces un haz de argumentos suficientemente convincentes para pensar que la inmortalidad del yo dispone de un campo muy vasto en el psiquismo, puesto que se extiende de la normalidad a la psicosis. Si está justificado reconducir esto al narcisismo, es preciso agregar que entonces el propio narcisismo es el que está directamente afectado por las pulsiones de muerte, en el seno del yo. Creo que es imposible atenerse a las formulaciones explícitas de Freud sobre el narcisismo, que lo sitúan por entero del lado de las pulsiones de vida. Al narcisismo positivo se debe aunar su doble invertido, que propongo llamar *narcisismo negativo*. De este modo, Narciso es también Jano. En lugar de dar sustento a la aspiración hacia la unificación del yo por el atajo de las pulsiones sexuales, el narcisismo negativo, dominado por el principio de Nirvana, representante de las pulsiones de muerte, tiende al rebajamiento de toda libido al nivel Cero; aspira a la muerte psíquica. Es lo que considero lógico inferir acerca de lo que ocurre con el narcisismo después de la última teoría de las pulsiones. Más allá de la fragmentación que despedaza al yo y lo reconduce al autoerotismo, el narcisismo primario *absoluto* quiere el reposo mimético de la muerte. Es la procura del no deseo del Otro, de la inexistencia, del no ser; otra forma de acceso a la inmortalidad. Nunca más inmortal el yo que cuando sostiene no tener ya órganos, no tener ya cuerpo. Tal el anoréxico que se rehúsa a ser dependiente de sus necesidades corporales y reduce sus apetitos por una inhibición drástica; que se deja morir, como tan bien lo dice el lenguaje usual.

No sólo los individuos se dejan morir. Civilizaciones enteras parecen aquejadas de apatía; renuncian a sus ideales, caen en la pasividad, signo precursor de su desaparición, cuando han perdido toda ilusión acerca de su futuro. Porque es este un aspecto de la parte terminal de la obra de Freud que no ha obtenido suficiente atención de sus comentadores. Si Freud se persuade, día tras día, del buen fundamento que tiene para afirmar el papel capital que desempeñan las pulsiones de destrucción, no se debe a que generalice de manera abusiva lo que le enseña su experiencia clínica. Su ambición no se limitaba, como se sabe, a elucidar los misterios de la neurosis o aun de la psicosis. El tratamiento de las neurosis no era más que una aplicación del método. Menos segura que cuando extrae sus conclusiones de la cura, la escucha del mundo social viene a confirmar lo que el oído del psicoanalista descifra del discurso conciente. Las sociedades, de las más "salvajes" a las más civilizadas, proclaman sin cesar su deseo de paz y unas a otras se despedazan en la guerra como en

260

la paz. ¿Acaso la guerra no es, en fin de cuentas, la mejor protección del peligro fratricida de la guerra civil? Shakespeare lo sabía ya.

La civilización no es sino el resultado del equilibrio entre las pulsiones de vida y las pulsiones de muerte. Mejora la suerte de los individuos, les permite gozar de muchas ventajas que los pueblos no civilizados ignoran; pueblos estos que, por otra parte, tienen otras. Pero es también el terreno predilecto de las pulsiones de muerte. Pocos son los progresos técnicos no utilizados con fines mortíferos. Además, la civilización impone a los individuos renuncias a la satisfacción de las pulsiones, que restringen el campo de Eros. Ella, la civilización, favorece la represión, valoriza la sublimación e inclina a la autosatisfacción. Un narcisismo no desarraigable lleva a creer que una civilización vale más que las otras. El conflicto se abre paso también entre naciones llamadas civilizadas, que dan libre curso a una barbarie que ellas justifican aduciendo los ideales más nobles. Este programa reclama compensaciones para los sacrificios demandados a Eros,

compensaciones que el despliegue de la agresividad no alcanza a satisfacer. Proveer a ello fue sin duda la función del ideal; por la religión antaño y después por las ideologías políticas, ayer y hoy.

A la inmortalidad de los dioses respondió la inmortalidad de los héroes (guerreros, atletas, políticos, santos, filósofos, artistas y científicos). No es contingente recordarlo: entre *Más allá del principio de placer* y *El yo y el ello* estuvo *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), donde Freud profetizó, sin saberlo, el destino de ciertas sociedades europeas, que las empujaba a la dictadura. Pero se mostró tímido en ese caso porque no se atrevió a utilizar los recursos de la última teoría de las pulsiones, que acababa de exponer. En un momento en que todavía tenía dudas sobre el alcance de su descubrimiento, le pareció conveniente, al aventurarse en el dominio social, no sumar al carácter conjetural de su exploración la hipotética pulsión de muerte. Pero *El malestar en la cultura* (1930) corregiría esa omisión. *Moisés y la religión monoteísta* (1938) prolonga a *Tótem y tabú* (1913), y afirma con audacia que en efecto el padre fue muerto por sus hijos... contra toda verosimilitud. Y ello, no tanto para mostrar la permanencia del Edipo, desde los orígenes, en la colectividad, sino sobre todo para reafirmar ahí el trabajo de la pulsión de muerte y los medios por los cuales un pueblo resiste su propia desaparición: el reagrupamiento en torno de un Libro, que es, dice, su única contribución al proceso civilizatorio. Hoy el proyecto político ha tomado el relevo de la escritura.

En nuestros días, parece que muchas de nuestras sociedades ya no encuentran la manera de dar al fantasma de inmortalidad un soporte colectivo por la celebración de ritos o la conmemoración del pasado. Privada de la amalgama comunitaria, la inmortalidad es descuidada, como una tumba abandonada. Queda relegada a creencia singular, a "religión privada", que arraiga con la misma fuerza en la psique, pero se avergüenza de las críticas que le dirige el yo racional.

261

Desde luego, es sólo una reacción de fachada, de escasa importancia para el mundo interior. No obstante, las exigencias de la racionalidad han puesto fin a la garantía que el yo individual recibía de una convicción compartida, confesable y aun loable, en que el yo individual se nutría de su expresión colectiva: aun si cada quien sabe, en su fuero interno, que el prójimo no puede prescindir de la misma ilusión. lamenta la comunión perdida.

Es lícito entonces preguntarse: ¿Qué será de esta expresión esencial de la relación del hombre con la muerte, con *su* muerte, sin ese sostén social? Puede suceder que las sociedades que mantengan esa fe en la inmortalidad de los individuos, quienes deberán pagar con el sacrificio de su vida el precio del advenimiento de una edad de oro utópica, sean las que triunfen de las otras, en que la inmortalidad se reduzca a ser mero retoño del inconciente individual.

Comoquiera que fuere, es dudoso que esta fe más o menos fanática pueda realizar sus objetivos sin recurrir a la destrucción de otras sociedades animadas por ideologías diferentes y, como nos lo ha enseñado la experiencia, a la violencia en su propio seno. Porque la persecución de los ideales megalomaniacos (¡cambiar la naturaleza humana!) es una gran devoradora de muertos. Será preciso entonces contar con la desilusión, que no dejará de sobrevenir, con el freno del cumplimiento de las promesas. Bajo la presión de los hombres y de los acontecimientos, acaso esas sociedades se vean obligadas a devolver a Eros algunos de los derechos de que fue expropiado. Esa era ya la conclusión de *El malestar en la cultura*, hace más de cincuenta años. ¿Se puede esperar que la inmortalidad, puesta al servicio de Eros, sabrá asignarse metas más modestas, y

encontrará suficientes satisfacciones narcisistas en el orgullo de pertenecer a una tradición cultural, sin por ello despreciar a las demás, y de sumar a los placeres de la pertenencia los de la filiación, hija de la alianza? Es, quizá, la forma que adopta el desafío lanzado al hombre moderno: tener que contar sólo consigo mismo, cuando el cielo ha sido abandonado por los dioses. Freud se alineaba con la moral estoica en sus reflexiones sobre la vida y la muerte. Hoy quizá ya no basta prepararse serenamente para la eventualidad de la muerte. Además es preciso tratar de refrenar la tentación de abandonarse colectivamente a ella cuando amenaza al planeta con devastaciones irreparables.

Referencias

Los textos que ya habían sido publicados se revisaron. Las modificaciones son sobre todo de forma. Los escasos agregados quisieron precisar lo que en la publicación anterior se había enunciado un poco elípticamente. Debo agradecer a Olivier Green la ayuda que me prestó en la preparación del texto definitivo.

"Un autre, neutre: valeurs narcissiques du même", *Nouvelle revue de psychanalyse: Narcisses*, 1976, 13.

"Le narcissisme primaire: structure ou état?", *L'Inconscient*, 1966, n°1-2, 1967.

"L'angoisse et le narcissisme", *Revue française de psychanalyse*, 1979, 43, págs. 45-87.

"Le narcissisme moral", *Revue française de psychanalyse*, 1969, 33, n°3.

"Le genre neutre", *Nouvelle revue de psychanalyse, Bisexualité et différence des sexes*, 1973, 7.

"Le narcissisme, hier et aujourd'hui", inédito. "La mère morte", conferencia en la Sociedad Psicoanalítica de París, 20 de mayo de 1980, inédito. "Le moi, mortel-immortel", inédito.